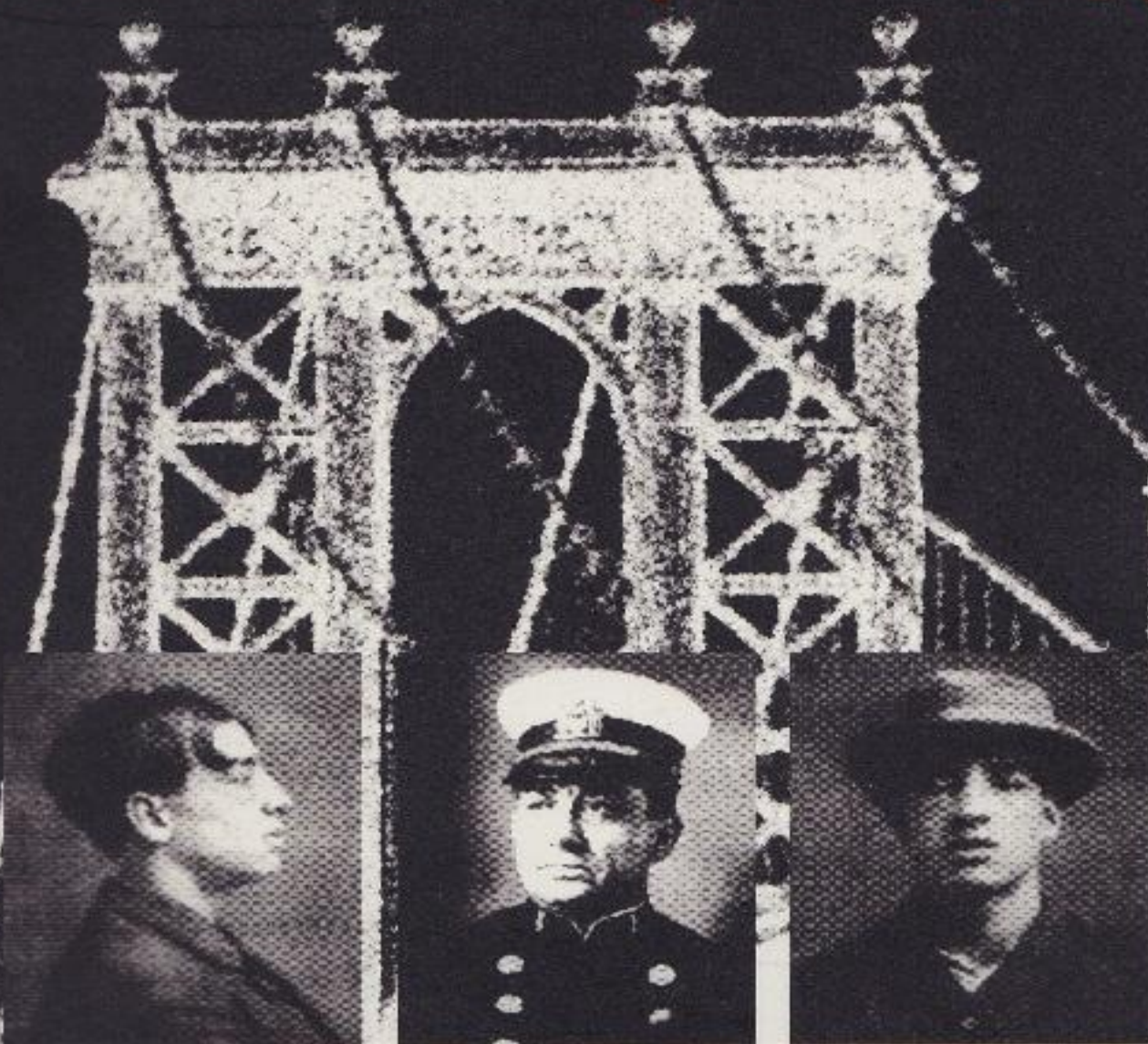


Gangs de Nueva York

Bandas y bandidos en la Gran Manzana (1800-1925)



Herbert Asbury

Lectulandia

Editado por primera vez en 1927 y objeto de encendidos elogios por parte de lectores tan preparados y agudos como Luc Sante o Jorge Luis Borges — quien tomó a uno de sus protagonistas (Monk Eastman) como base del célebre «proveedor de iniquidades» que protagonizó uno de los cuentos de la *Historia universal de la infamia*—. *Gangs de Nueva York* se había convertido en un libro de culto que ofrecía a sus lectores sorprendente información de primera mano sobre algunos de los aspectos menos conocidos de la historia de Nueva York.

El origen y nacimiento de las primeras bandas organizadas, los criminales más sanguinarios, los golpes más espectaculares, las vinculaciones con el poder político y económico de la ciudad, el carácter y psicología de los grandes delincuentes de los primeros años del siglo xx, la carrera y los métodos del ejército y de la policía de la época... todo aparece descrito aquí con una intensidad y colorido que ni la mejor de las novelas negras ha conseguido jamás. Con un encantador cuidado por el detalle y un vigor narrativo fruto de su maestría como reportero, Herbert Asbury logra recrear con extraordinaria faena los bajos fondos del Nueva York de finales del siglo xix y principios del xx y los más importantes delitos que allí se cometieron.

Una obra extraordinaria, sin término de comparación posible, que sirve de base a la película que con el mismo título rodó el prestigioso director Martin Scorsese.

Lectulandia

Herbert Asbury

Gangs de Nueva York

Bandas y bandidos en la Gran Manzana (1800-1925)

ePub r1.0

joseb85 20.11.16

Título original: *The Gangs of New York: An Informal History of the Underworld*
Herbert Asbury, 1928
Traducción: Carme Font Paz
Diseño de cubierta: Jordi Sabat

Editor digital: joseb85
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Introducción

Este libro no es un tratado de sociología, ni pretende ofrecer soluciones a los problemas sociales, económicos y criminales que plantean las bandas de gánsteres. Tampoco tiene la intención de interpretar y analizar la figura del gánster al estilo moderno del «creo que creía», de modo que se encamine al lector hacia los más profundos recovecos de la mente de estos individuos y desde ahí se observe el funcionamiento de su escaso aparato mental. Bien al contrario, este libro pretende ser una crónica de las proezas más espectaculares de aquellos ciudadanos rebeldes que constituyeron una peligrosa molestia en Nueva York durante casi un siglo; una crónica que reúna los indicios suficientes para mostrar su trasfondo de vicio, pobreza y corrupción política, y que ayude a comprenderlos. Afortunadamente, su figura ya no forma parte de la escena metropolitana, pero ha permanecido viva durante casi diez años en la imaginación de los aplicados periodistas, entre quienes la tradición del gánster tiene más vidas que el gato de Matusalén. Nunca ha habido nada que proporcionara tanto material escrito, ni mejor, que estos sucesos turbulentos, de manera que los periodistas siguen resucitando al gánster cada vez que se produce un misterioso asesinato en los barrios bajos o entre las luces blancas de Broadway. No importa cuán obvio resulte que el origen del crimen es el contrabando de alcohol o el tráfico de drogas, siempre se considera que ha sido un crimen perpetrado por una nueva banda de gánsteres; se desempolvan y se difunden ciertas palabras y frases que han caído en desuso y perjudican el ejercicio de la profesión, y a la mañana siguiente se gritan a un populacho encantado de que se haya derramado sangre sobre la faz de la tierra y se haga inminente una nueva guerra entre bandas de gánsteres.

Pero el conflicto nunca llega a materializarse, y es muy probable que jamás lo haga de nuevo porque ya no hay bandas de gánsteres en Nueva York. No hay gánsteres en el sentido más común de la palabra. En su día, el gánster prosperó gracias a la protección y manipulación del político corrupto, ya que le resultaba un aliado de valor incalculable en época de elecciones. Pero al gánster, sencillamente, le llegó su hora. La mejora de las condiciones sociales, económicas y educativas ha contribuido a reducir el número de miembros en estos grupos. Además, las bandas organizadas han sido desmanteladas por la policía, quien siempre se ha mostrado dispuesta a estrenar campañas represivas cuando así se lo permitían sus maestros políticos. El inspector de policía Alexander S. Williams asestó el primer golpe mortal a las bandas de gánsteres al anunciar y poner en práctica su famosa frase de «hay más ley en la puma de la porra de un policía que en una decisión del Tribunal Supremo»; y el declive de esas bandas continuó cuando la decencia invadió la política y una ciudadanía enfurecida manifestó sus protestas contra las reyertas y las peleas indiscriminadas. Las bandas de gánsteres se dieron definitivamente a la fuga cuando John Purroy Mitchel fue elegido alcalde presentándose como candidato reformista en 1914. Sus comisarios de policía, Douglas I. McKay y Arthur Woods, acabaron

derrotándolas por completo enviando a prisión a unos trescientos gánsteres, entre los cuales se encontraban muchos de los miembros más destacados de los bajos fondos.

Es cierto que todavía quedan pequeños grupos que a veces eligen nombres imponentes, como La banda de los Gophers, los Hudson Dusters y los Gas Housers, pero tanto estos son bandas como el populacho armado es un ejército. Son sencillamente jóvenes adolescentes que buscan aprovecharse de las reputaciones de antaño. En estos últimos tiempos han surgido también varios grupos de jóvenes delincuentes que la prensa califica de bandas de gánsteres, como los Cry Babies, los Cake Eaters y las bandas capitaneadas por Cowboy Tessler y Richard Reese Whittemore. Sin embargo, aunque alguna de las antiguas bandas de gánsteres pudo llegar a aglutinar a mil miembros, ninguno de estos grupos modernos contaba con más de media docena de personas, y tampoco era capaz de funcionar más de unos cuantos meses hasta que la policía lo desmantelaba y sus líderes eran condenados a muerte. No tenían nada en común con las grandes bandas de matones y buscacamorras como los Dead Rabbits, los Bowery Boys, los Eastmans, los Gophers y los Five Pointers. Estos grupos se parecían más a las bandas de ladrones profesionales que plagaron la metrópolis poco después de la Guerra Civil. En el mundo de los bajos fondos, a los grupos ni siquiera se los considera como bandas, sino que se los conoce con el nombre de «cuadrillas». Se diferencian en que una cuadrilla solo consta de un puñado de hombres, rara vez más de seis u ocho, que se reúnen para cometer una serie específica de robos u otros delitos y no rinden especial lealtad ni adhesión a su líder. Son pistoleros y ladrones, pero ninguno de sus asesinatos y robos tiene nada que ver con la rivalidad entre bandas de gánsteres ni con cuestiones de jurisdicción entre ellas. Las disputas callejeras y las peleas violentas son muy ajenas a la naturaleza de estos gentiles canallas. Sus actuaciones no son igual de espectaculares que las hazañas de sus veteranos compañeros, y probablemente nunca lo serán hasta que la leyenda los roce con su dedo mágico. Pero estos quizá sean más peligrosos, en proporción con su número, que los temibles bandidos que en su día aterrorizaron las calles Bowery^[a], Hell's Kitchen, y el antiguo cruce de Five Points, puesto que la mayoría de ellos son drogadictos, suelen estar de mal humor y son raudos con el gatillo.

El gánster cuyo reinado acabó con el asesinato de Dropper *el Niño* (Kid Dropper) era, principalmente, un producto de su entorno. La pobreza, la desintegración familiar y la de su barrio lo trajeron al mundo; la corrupción política y todos los males que de ella se derivaban acompañaron su crecimiento. Generalmente empezaba formando parte de una banda de delincuentes juveniles, y la falta de orientación y supervisión adecuadas lo facultaron sin problemas para alistarse a las filas de gánsteres adultos. De este modo, se hacía hombre sin la más mínima noción del bien y del mal, con una aversión hacia el trabajo honesto equivalente a su total repulsión, y con una gran admiración hacia todo aquel que podía conseguir mucho a cambio de nada. Además, la única vía de escape de la miseria de su entorno era llevar una vida con emociones

fuertes, y no podía hallar otra manera de dar rienda suelta a su turbulento espíritu más que con el sexo y las peleas. Muchos chicos se convirtieron en gánsteres únicamente por un deseo abrumador de imitar las hazañas de algún personaje espectacular del mundo de los bajos fondos, o porque ansiaban la fama y la gloria que eran incapaces de conseguir si no era con una reputación de tipo duro y caradura.

El credo fundamental del gánster, y en verdad de cualquier otro tipo de delincuente, es que un hombre tiene lo que es capaz de conservar. Y que quien le ha usurpado esa cosa no ha hecho nada malo, simplemente ha demostrado su ingenio. El gánster de antaño era, por lo que parece, muy valiente; pero su valentía era en realidad una aceptación impasible, ignorante y poco imaginativa del destino que le aguardaba, fuera el que fuese. Merece la pena observar que el gánster siempre se convertía en un soldado de primera categoría, ya que su imaginación nunca estaba a la altura de concebir que él o su víctima sufrieran ningún daño considerable a raíz del impacto de una bala o del corte de una navaja. La crueldad del gánster y su falta de escrúpulos frente a la sangre o el dolor fue acertadamente ilustrada por uno de los hombres de Monk Eastman cuando este renombrado canalla era vigilante de la sala de bailes de East Side, al inicio de su carrera. Eastman conservaba la paz del lugar con una enorme porra, con la que se apuntaba un golpe cada vez que hacía callar a un cliente escandaloso. Una noche, se acercó a un anciano inofensivo que estaba bebiendo cerveza y le abrió la cabeza con un golpe tremendo. Cuando le preguntaron por qué había atacado al hombre sin que este le provocara, Eastman contestó: «Qué pasa, llevaba cuarenta y nueve golpes con esta porra y quería llegar a los cincuenta justos».

Naturalmente, hay excepciones, porque algunos de estos líderes de bandas de gánsteres venían de buena familia y eran inteligentes, a la vez que astutos. Algunos de ellos abandonaban el mundo de los bajos fondos después de una breve carrera en él, y luego prosperaban en empresas más respetables. Pero básicamente, el gánster era un matón estúpido nacido entre la miseria y la suciedad, criado entre el vicio y la corrupción. Cumplía con su destino natural.

H. A.

Nueva York,
5 de enero de 1928.

Capítulo uno

EL ORIGEN DE LAS BANDAS DE GÁNSTERES

1

La primera banda de gánsteres que aterrorizó Nueva York durante casi un siglo surgió entre las viviendas ruinosas y lúgubres que ocupaban las inmediaciones hediondas de la zona de Five Points, en el distrito Sexto de Bloody Ould. Este último abarcaba, aproximadamente, el territorio comprendido entre Broadway, la calle Canal, la Bowery, y Park Row, anteriormente calle Chatham. El antiguo sector de Five Points reúne actualmente a tres de los principales organismos de la administración de justicia de la ciudad: el Tumbas (Tombs), el edificio de los Juzgados de lo Penal, y el recién estrenado Tribunal del Condado. Pero en la época colonial, y durante los primeros años de la república, cuando el cementerio de los negros en Broadway y en la calle Chambers estaba a las afueras de la ciudad y la actual Times Square no era más que un desierto raso donde merodeaban los indios nativos, Five Points era principalmente una tierra cenagosa que bordeaba un enorme estanque. Los ingleses lo llamaban Fresh Water, y los holandeses Shellpoint o Kalchhook. Posteriormente, el estanque se dio a conocer con el nombre de El colector (The Collect), y esa es la denominación que recibe en los mapas antiguos. Comprendía la zona entre las actuales calles de White, Leonard, Lafayette y Mulberry, un espacio que ahora lo ocupan principalmente el Tombs y los Juzgados de lo Penal.

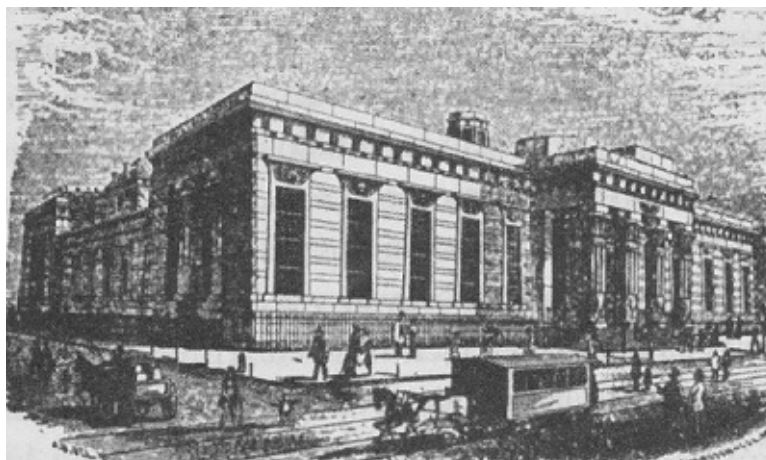
La primera prisión se construyó en 1838, y aunque su nombre oficial era Salones de Justicia (Halls of Justice), se conocía popularmente como el edificio *Tumbas* porque su estructura era una réplica de los antiguos mausoleos egipcios tal como se describen y retratan en un libro titulado *Los viajes de Stevens*, escrito por John L. Stevens, de Hoboken, Nueva Jersey, después de un largo viaje por las tierras de los faraones.

En el centro mismo del Collect había una isleta que se solía utilizar como lugar para las ejecuciones y otros castigos judiciales. Fue allí donde se colgó a un gran número de negros (o bien murieron en la hoguera o en la rueda de la tortura) tras la Revuelta de los Esclavos de 1714, cuando los hombres de color se alzaron en armas contra sus legítimos amos en un intento de quemar y saquear la ciudad^[1].

Más tarde, la isleta se convirtió en un almacén de pólvora, y recibió el nombre de Isla Polvorín (Magazine Island). La principal desembocadura del estanque estaba en su extremo norte, cerca de donde ahora convergen las calles White y Center. Después, el curso de la corriente cambió hacia el noroeste, y pasaba por la actual

calle Canal atravesando Lispenard's Meadows hasta el río Hudson. Mucho antes de la guerra de la Independencia, aún quedaban en pie las empalizadas que se habían levantado en la frontera sur de Manhattan (justo al norte de la actual City Hall) como barrera protectora contra los indios. Se construyó un puente corto de piedra entre Broadway y la calle Canal, para permitir a las expediciones adentrarse en arriesgadas travesías hacia el desierto y llegar a las pequeñas colonias de Harlem y del extremo norte de la isla. Fue en el Collect, en 1796, donde John Fitch hizo zarpar, a modo experimental, a uno de los primeros barcos a vapor, once años antes de que el *Clermont* navegara causando furor por las aguas del río Hudson. El barco de Fitch era una yola común, de unos cinco metros y medio de largo y un mástil de dos metros, equipada con un motor de vapor crudo. Los pasajeros de esta embarcación fueron Robert Fulton, el ministro Robert R. Livingston y un joven de dieciséis años, John Hutchings, quien permaneció en popa guiando el barco con un remo.

Había muchos peces en las aguas del Collect, y como los indios nativos fueron despojados de sus bosques de caza y se desplazaron hacia el norte hasta llegar al continente, el estanque se convirtió en el lugar favorito de pesca. Tanta era la afición, que se hicieron necesarias ciertas medidas preventivas, y en 1732 se aprobó una ley que prohibía el uso de redes para la pesca.



Edificio Tombs

Durante ese mismo año, Anthony Rutger logró una cesión de setenta y cinco acres de tierras cenagosas en ambas orillas de la principal desembocadura del río, con la condición de drenar esas tierras en el plazo de un año y dejarlas libres para cualquier asentamiento humano. Abrió un canal desde el estanque hasta el río Hudson, pero lo construyó tan hondo que las aguas del Collect descendieron notablemente, de modo que los aficionados a la pesca se quejaron de que estaban desapareciendo los peces. Obligado a desecar unos novecientos metros que aún quedaban desde la orilla, Rutger abandonó sus planes, pero en casi setenta y cinco años nadie hizo grandes esfuerzos por reclamar esa tierra. En 1791, el ayuntamiento

de la ciudad compró el derecho de cesión a los herederos de Rutger, y llegó a pagar unos setecientos dólares por unas tierras que ahora valen setecientos millones por lo menos.

Con el intento de Rutger de drenar esas tierras se ganó bastante terreno al río, y como la población de la ciudad iba en aumento y el extremo sur de la isla estaba ganando densidad de población, muchas familias de clase media y baja empezaron a construir sus casas a orillas del estanque y en las tierras pantanosas. En 1784, esas colonias eran tan extensas y numerosas que las autoridades municipales nombraron a un comité para que trazara y abriera las calles en los alrededores del Collect. En 1796, ese mismo comité trató sin éxito de convencer a los propietarios de las tierras para participar en un proyecto para acabar de secar el estanque con la ayuda de un canal de doce metros. En 1801, Jacob Brown, en esa época secretario de Urbanismo, recomendó oficialmente que se secara el Collect, ya que se estaba contaminando con las grandes cantidades de vertidos de desechos y constituía una amenaza para la salud. Pero su propuesta fue rechazada, y no se hizo nada al respecto durante seis años.

Durante el invierno de 1807-1808, la actividad comercial de Nueva York quedó prácticamente suspendida debido a las severas inclemencias del tiempo y la agitada situación de la política exterior. Las clases bajas, sin empleo, se morían de hambre. En enero de 1808, una multitud capitaneada por los marineros cuyos barcos estaban parados en el puerto, se manifestó en el City Hall Park, y arrancó en cólera por las calles levantando pancartas pidiendo pan y trabajo. Alarmados por el temperamento de esa gente, las autoridades locales prometieron asignar un fondo para ganar tierra en el Collect y drenar las tierras pantanosas. A raíz de esa promesa, se llevó a cabo la primera mejora pública de importancia en la historia de Nueva York. Numerosos grupos de hombres trabajaron para nivelar los picos al este y oeste de Broadway, a la vez que se vertía tierra al estanque y el agua se encauzaba por unos canales que se abrieron hasta los ríos Hudson y East. Varios años después, cuando la tierra se hubo asentado casi por completo, las calles trazadas a lo largo de las tierras pantanosas se alargaron hasta atravesar el estanque, y toda esa zona quedó abierta para más asentamientos. La primera vía pública en atravesar el Collect recibió el nombre de calle Collect, y discurría casi en línea recta de norte a sur por el centro de ese distrito ganado al río. En años posteriores se llamó calle Rynders, en honor al capitán Isaiah Rynders, líder político del distrito electoral Sexto y, como tal, patrón y protector de las bandas de gánsteres de Five Points. Durante casi cincuenta años, esa vía pública estuvo repleta de burdeles y tabernas, y era una de las partes más sórdidas y degeneradas de la ciudad. El nombre de esa calle volvió a cambiar, esta vez por el de calle «Centre», cuando se cerraron esos establecimientos y empezó la remodelación de la zona de Five Points. En los últimos años, esa calle pasó a escribirse Center.

2

La zona de Five Points constituía, en un principio, la intersección de las calles Cross, Anthony, Little Water, Orange y Mulberry, que desembocaban en una zona triangular de un acre de extensión. En el centro había un pequeño parque llamado Paradise Square, que luego se cercó. Con el tiempo, esas vallas se convirtieron en un tendedero vecinal que desmerecía el parque con las ropas colgando al sol, mientras los niños hacían guardia armados con ladrillos y palos. A lo largo de los años, a medida que la ciudad crecía y emprendía nuevos proyectos urbanísticos, se fue alterando la dirección de muchas de las calles de la zona de Five Points. Como consecuencia de ello, el aspecto de todo el distrito experimentó cambios considerables, al igual que las costumbres de sus habitantes. La calle Anthony se alargó hasta la plaza Chatham y se convirtió en la actual calle Worth. La calle Orange pasó a ser la calle Baxter, y la Cross renació con el nuevo nombre de calle Park. La Little Water desapareció por completo, y Paradise Square se convirtió en la esquina sudoeste de Mulberry Park, llamada Columbus Park desde 1911. La zona actual de Five Points es el cruce de las calles Baxter, Worth y Park.

La Plaza Paradise era prácticamente la única parte de la ciudad donde los pobres eran bienvenidos. Mientras los aristócratas y los ricos hombres de negocios se paseaban por Broadway y City Hall Park y se deleitaban con los jardines de Cherry Hill, los plebeyos acudían al Points en sus ratos libres para tomarse un respiro. La plaza y su distrito colindante se convirtieron en la isla Coney^[b] de la época, y eran el refugio de marineros, criadores de ostras, jornaleros y empleados de oficina de bajo rango. Los aristócratas del Points eran los carniceros, porque este colectivo era el más deportivo de la ciudad. Eran grandes bebedores, llevaban un estilo de vida extravagante y el cuerpo les pedía actividades excitantes. Una de sus diversiones favoritas era atosigar y cazar toros: se encadenaba un toro a un tiovivo donde unos perros lo atormentaban. El principal escenario para este deporte era Bunker Hill, a unos treinta metros al norte de la actual calle Grand, cerca de Mulberry, lugar donde los americanos erigieron un fuerte durante la Guerra de la Independencia y lo defendieron valientemente contra las tropas británicas bajo las órdenes del general Howe. Después de la guerra, Bunker Hill pasó a ser una explanada muy popular para batirse en duelo o celebrar reuniones multitudinarias. Más recientemente, las bandas de gánsteres de Five Points y Bowery lo empleaban como campo de batalla. A principios del siglo XIX, un carnicero de Fly Market llamado Winship levantó una cerca dentro de los límites de la antigua fortificación y construyó un estadio con capacidad para dos mil personas. En él, los toros eran víctima del atosigamiento de multitud de carniceros y sus invitados, quienes apostaban sobre el número de perros corneados por los toros. El panteón de la familia Bayard, muy poderosa durante la época colonial, se encontraba en el extremo sur de Bunker Hill, de modo que, cuando

esa colina quedó al mismo nivel que el resto de la ciudad, se desenterraron los restos mortales de esa familia. Un ermitaño del distrito Points se apoderó del panteón y vivió en él durante muchos años, lo que aterrorizaba a los niños del lugar. Al final fue asesinado.

Bailar era el principal entretenimiento en esos primeros tiempos de Five Points, y pronto aparecieron numerosas salas de baile en las calles colindantes a Paradise Square. Estos lugares fueron los precursores de los modernos clubes nocturnos y *cabarets*, aunque carecían de la ostentación de los actuales palacios del *jazz*. Unas cortinas de bombasí rojo decoraban las ventanas; se arrojaba arena al suelo para mayor adaptabilidad de las botas pesadas; los únicos asientos que había eran unos bancos largos pegados contra la pared. Del techo colgaban unas arañas con velas, siendo el aceite de ballena o el sebo los únicos métodos de iluminación artificial. Bailar era gratis siempre que el cliente se tomara una jarra de cerveza, blanca o negra, en el bar situado en una de las esquinas de la sala. Y cuando a un rico le daba por invitar a todo el mundo, era libre de hacer lo que quisiera en el barrio de Points. Las salas de baile generalmente permanecían abiertas hasta las tres de la madrugada y, al menos durante sus primeros años, funcionaban sin sobresaltos. Quienes gustaban de emociones fuertes se enfrascaban de vez en cuando en alguna pelea, y en ocasiones se lanzaba algún que otro ladrillo que acababa partiendo la cabeza a alguien. Todo aquel que sacaba un puñal o una pistola era rápidamente inmovilizado por una multitud de hombres para luego ser sumergido en la cloaca del Collect, que era todo lo que quedaba del riachuelo que en su día llegaba hasta la calle Canal. No se bebían licores fuertes, pero los más juerguistas consumían enormes cantidades de cerveza.

Los actuales puestos de perritos calientes, cacahuets y palomitas tenían su equivalente en Five Points, especialmente con las nodrizas negras que vendían menta, fresas, rábanos y ñames calientes de puerta en puerta; pero también con las muchachas blancas que ofrecían mazorcas de maíz braseadas dentro de unos cubos de madera de cedro que llevaban colgando de sus brazos. Solían llevar vestidos de calicó con lunares y se cubrían la espalda con un chal de cuadros escoceses, pero iban descalzas. Las niñas del maíz hacían su aparición en las calles al caer la tarde, y durante toda la noche se confundían entre la gente que atestaba las aceras y las salas de baile. Solían levantar los cubos de las mazorcas mientras entonaban su cantinela:

¡Maíz caliente! ¡Maíz caliente!
Aquí está tu maíz, blanco como un lirio
Todos tenéis dinero
Pobre de mí que yo no lo tengo
Venga, cómprame mi maíz tan blanco
para que pueda irme a casa.

Las chicas del maíz se convirtieron en una de las figuras más románticas de la zona de Five Points, y los jóvenes más apasionados del distrito ansiaban sus favores. Llegaban incluso a batirse en duelo por ellas, y celebraban su belleza y agudeza de ingenio en sus canciones y cuentos. Las ganancias de las chicas más hermosas eran considerables, y en poco tiempo surgió una curiosa costumbre entre los jóvenes héroes de Five Points con una profunda aversión hacia el trabajo. Enviaban cada noche a sus jóvenes y guapas esposas a vender maíz por las calles, mientras ellos las seguían a escondidas y atentaban contra cualquier hombre que se atreviera a flirtear con ellas. El primer ahorcamiento en el Tombs fue resultado de ello. Edward Coleman, uno de los primeros gánsteres de Paradise Square, se enamoró de una joven conocida en todo el distrito de Five Points como «la bella vendedora de maíz». Se casó con ella tras varias peleas a muerte con una docena de aspirantes a novio, y al final la mató también cuando los ingresos de la muchacha no cumplieron con sus expectativas. Coleman fue condenado a muerte el 12 de enero de 1839 en el edificio Tombs, poco después de construido.

3

A lo largo de los primeros diez o quince años de su historia, el distrito de Five Points era bastante decente y relativamente tranquilo. Durante buena parte de todo ese tiempo, un sereno del lugar, conocido con el apodo de Cabeza de piel por el busto incrustado en el casco de piel de este policía de Nueva York, fue suficiente para mantener el orden. Pero no pasó mucho tiempo hasta que ni siquiera un regimiento entero hubiera podido detener a los agitados vecinos de Paradise Square y sacar a los gánsteres y otros delincuentes de sus guaridas. El distrito empezó a ir a peor hacia 1820. Muchos de los viejos edificios comenzaron a derrumbarse o a hundirse en las tierras pantanosas mal drenadas, y no era un lugar seguro para vivir. Los vapores y olores palustres de los pantanos convertían la zona en una amenaza para la salud. Las familias respetables abandonaron sus casas monstruosas de madera entablada y buscaron nuevas viviendas en otras partes de la isla de Manhattan. Esas casas abandonadas eran ocupadas, principalmente, por los esclavos negros liberados y los irlandeses de clase baja, quienes llegaron a Nueva York durante la primera gran oleada de inmigración después de la Guerra de la Independencia y el establecimiento de la República. Poblaban sin orden ni concierto la vieja colonia de chabolas en Points, y hacia el año 1840 el distrito ya se había convertido en el conjunto de barrios bajos más deprimente de América. Según la opinión de varios escritores contemporáneos, era peor aún que los distritos Seven Dials y Whitechapel de Londres.

En esa época, el distrito Sexto comprendía unos ochenta y seis acres, pero gran

parte de ese terreno lo ocupaban establecimientos comerciales. Casi toda la población del distrito vivía en la sección de Paradise Square y en la zona inmediatamente al norte y ligeramente al este de Five Points, un lugar que después se conocería como Mulberry Bend. Miles de personas ganaban lo justo para llevar una vida miserable en las buhardillas y los sótanos húmedos que abundaban allí. La mayor parte de la población vivía en la más absoluta pobreza, y se dedicaba casi exclusivamente al vicio y al crimen. Los irlandeses superaban en número a otros grupos, según indica un censo elaborado por la Cámara de la Industria de Five Points durante la Guerra Civil. Se calculó que la cifra de familias irlandesas era de tres mil cuatrocientas treinta y cinco, seguida de las italianas con cuatrocientas dieciséis. Había unas ciento sesenta y siete familias nativas indias norteamericanas, y setenta y tres procedentes de Inglaterra. Más de tres mil personas vivían hacinadas en la calle Baxter, desde Chatham hasta la calle Canal, una distancia que no superaba los setecientos metros. En un punto en particular de esa calle, de siete metros por treinta, se levantaban unas chozas que albergaban en total a unas doscientas ochenta y seis personas. Por la zona de Points y Paradise Square se contaron doscientas setenta tabernas, y en muchos casos un número parecido de comercios que vendían alcohol ilegalmente, salas de baile, prostíbulos y tiendas de ultramarinos que vendían más artículos líquidos que verduras.

Charles Dickens escribió en su libro *Notas americanas (American Notes)*:

Reemprendamos el camino, y sumerjámonos en la zona de Five Points. Este es el lugar donde unas callejuelas estrechas se desvían a izquierda y derecha apestando a suciedad. La vida que se lleva aquí da los mismos frutos en esta o en cualquier otra parte. Los rostros burdos e hinchados de puertas afuera reflejan su equivalente puertas adentro y en todo el mundo. El libertinaje ha provocado que las casas mismas envejecieran prematuramente. Miren cómo las vigas carcomidas se vienen abajo, y cómo las ventanas rotas y apedazadas parecen fruncir el ceño poco a poco, cual si fueran ojos heridos en reyertas entre borrachos. Muchos de estos puercos viven aquí. ¿Acaso se preguntan por qué sus amos caminan erguidos en vez de a cuatro patas, y por qué hablan en vez de gruñir?

Hasta la fecha, casi cada vivienda es una taberna de poca monta. En las paredes del bar hay colgados unos retratos a todo color de Washington y la reina Victoria, así como de cierta águila americana. Entre las casillas de la bodega se atisban unos trozos de cristal cilindrado y papel de colores, porque incluso aquí renace una especie de gusto por la decoración. Como los marineros frecuentan estos tugurios, hay cuadros con motivos náuticos por doquier: de marineros despidiéndose de sus amadas; retratos de William, el de las baladas^[c], y su Susan de ojos negros; de Will Watch, el valiente contrabandista, y de Paul Jones, pirata, entre otras ocupaciones. En estos

cuadros, los ojos pintados de la reina Victoria y los de Washington reposan en una extraña concordia, como en la mayoría de escenas representadas ante su maravillosa presencia.



Un antro de Five Points

Abra la puerta de una de esas angostas jaulas llenas de negros durmiendo. ¡Puaf! Tienen una estufa de carbón y se acercan tanto al brasero, que todo huele a carne o a ropas chamuscadas. El vaho es tal que te sofoca y te deslumbra. En cada rincón de estas oscuras calles, siempre hay alguien arrastrándose medio dormido cuando levantas la vista, como si se acercara la hora del Juicio Final y los muertos empezasen a salir de sus tumbas.

Un lugar donde los perros aullaban para que los hombres, las mujeres y los niños se retiraran sigilosamente a dormir, y forzaran a las ratas desperdigadas a proveerse de mejor morada. También aquí las calles y callejuelas están cubiertas de un lodo que, al andar, te llega a la altura de las rodillas; sótanos donde la gente baila y juega; paredes engalanadas con motivos de barcos, fuertes y banderas, y de águilas americanas fuera de toda proporción. Casas en ruinas, abiertas a la calle, de cuyas amplias grietas en las paredes otras ruinas amenazan la vista, como si el mundo del vicio y la miseria no tuviera nada más que mostrar. Viviendas atroces que deben su reputación al robo y al asesinato. Todo lo inmundo, lo decadente y lo corrupto se halla aquí.

La calle más célebre de la antigua Nueva York era Little Water, una vía pública muy corta que partía de la calle Cross, atravesaba Paradise Square y llegaba hasta Cow Bay. Esta última se llamaba así porque en su día fue una pequeña bahía en el viejo Collect, donde se daba de beber al ganado. Durante los prósperos días del distrito de Five Points, Cow Bay era un callejón sin salida que medía unos nueve metros de ancho en su entrada y se iba estrechando de forma irregular en unos treinta metros de largo. Este oscuro y decadente callejón, donde generalmente se solía hincar el pie en la basura al andar, estaba bordeado a cada lado por unos bloques de viviendas de madera entablada que llegaban a tener hasta cinco pisos de alto. Muchos de estos pisos estaban unidos por pasadizos secretos donde se cometían robos, asesinatos y donde se enterraba a las víctimas. Uno de esos bloques de viviendas recibía el nombre de La Escalera de Jacob (*Jacob's Ladder*), ya que se entraba en él por unas peligrosas escaleras voladizas que se tambaleaban. Otro recibía el feliz apodo de Puertas del infierno (*Gates of Hell*). Un tercero se conocía como La mansión enladrillada de los murciélagos (*Brick-Bat Mansion*).

Si te acercas a Cow Bay —advierte un libro llamado *Hot Corn*, publicado en 1854— moja tu pañuelo en alcanfor para que puedas soportar el repelente hedor al entrar. Avanza a tientas por el pasillo largo y estrecho. Gira a la derecha, hasta llegar a las oscuras y peligrosas escaleras; fíjate en dónde apoyas tu pie, si en el primer escalón o en los bordes de los escalones más anchos, ya que de lo contrario pisarás la porquería. Ten cuidado, también, porque puedes encontrar a alguien, hombre o mujer, que estará borracho y te empujará por puro odio de que vistas mejores ropas; o por miedo a que vengas a rescatarlos de sus amados y dementes antros de perdición y te los lleves descendiendo por esa asquerosa escalinata. Más arriba, en el quinto piso, te encontrarás bajo el tejado negro y lleno de humo; tuerce a tu izquierda, y vigila no vuelques esa cazuela de sopa de menudillos hirviendo sobre un pequeño horno en lo alto de la escalera. Abre la puerta y entra, si es que puedes. Mira: hay un negro y su esposa sentados en el suelo, apurando la cena que les queda en un cubo. ¿En qué otro lugar podrían sentarse, si no hay ninguna silla? Una jarra rota de barro contiene agua, y tal vez no sea todo agua. Otro negro y su esposa reposan en otra esquina; un tercero está sentado junto a la ventana monopolizando todo el aire que entra. En otro rincón, ¿qué ves? Un negro con una mujer blanca robusta, corpulenta y bastante atractiva. ¿No están durmiendo juntos? No, no exactamente: no hay ninguna cama en la estancia, ni sillas, ni mesas ni nada. Solo harapos, suciedad, bichos y seres humanos en un estado máximo de degradación.

La antigua fábrica de cerveza, la Old Brewery, estaba situada en el centro de Five Points y fue el edificio de viviendas más famoso de toda la historia de la ciudad. Pasó a llamarse Coulter's Brewery cuando se levantó en 1792 a orillas del antiguo Collect, y la cerveza que se producía allí fue muy popular en todos los estados del este. Se dio a conocer, sencillamente, como la «antigua fábrica de cerveza» después de transformarse en un edificio de viviendas en 1837, ya que la finca en sí se había deteriorado tanto que ya no servía para su propósito inicial. Tenía cinco pisos de alto^[2] y en una ocasión se le pintó la fachada de amarillo pero, debido al clima y al paso de los años, se fue desconchando la pintura y los tablones de madera de la fachada se abombaron, de modo que acabó pareciéndose a un sapo gigante, con verrugas sucias y leprosas, achaparrado felizmente entre la suciedad y la miseria de la zona Points. Frente al edificio se abría un callejón, de un metro de ancho en su extremo sur y estrechándose gradualmente hacia el norte. Llegados a ese norte, la callejuela conducía a un sitio conocido como el «Antro de los Ladrones», donde más de setenta y cinco hombres, mujeres y niños, blancos y negros, tenían su hogar sin muebles ni equipamiento básico. Muchas de las mujeres eran prostitutas y entretenían a sus clientes en esa covacha. Justo enfrente, había un corredor conocido como El callejón de los asesinos (*Murderer's Alley*), y hacía buen honor a su nombre. Muchos historiadores lo han confundido con otro Callejón de los asesinos o Pasaje de Donovan en la calle Baxter, no muy lejos de Points. Ahí fue donde el famoso estafador y carterista, George Appo, hijo de padre chino y madre irlandesa, vivió durante muchos años a pesar de que le faltaba un ojo.

Los sótanos de la antigua fábrica de cerveza estaban divididos en unas veinte habitaciones, que en su momento habían albergado las máquinas para la fabricación del brebaje. Había también otras setenta y cinco habitaciones en los pisos superiores, dispuestas en doble fila a lo largo del Murderer's Alley hasta llegar al Antro de los Ladrones. Durante su época de esplendor, el edificio acogía a más de mil hombres, mujeres y niños, casi igualmente repartidos entre irlandeses y negros. La mayoría de compartimentos del sótano estaban ocupados por negros, muchos de los cuales tenían esposas blancas. En estos tugurios nacían niños que llegaban a adolescentes sin haber visto el sol o sin respirar aire puro, ya que era tan peligroso para un habitante de la Old Brewery abandonar su parcela como para un forastero entrar en el edificio. En una habitación del sótano de unos cinco metros cuadrados, y apenas diez años antes de la Guerra Civil, veintiséis personas vivían allí en la más escalofriante miseria y pobreza. Cuando en una ocasión se cometió un asesinato en ese sótano (una niña fue apuñalada por haber sido tan tonta como para mostrar un penique que había conseguido mendigando en la calle), el cadáver quedó tendido en el suelo durante cinco días antes de que fuera enterrado por la madre de la pequeña en una profunda

tumba cavada en el sótano mismo. En 1850, se llevó a cabo una investigación que reveló que ninguna persona de las veintiséis hacinadas en ese lugar había salido al exterior durante más de una semana, excepto si no era para esperar en la puerta de entrada con la esperanza de que un inquilino con mejor fortuna pasara con algo de comida. Cuando aparecía una de esas personas, se le asestaba inmediatamente un golpe en la cabeza y se le robaban las provisiones.

Las condiciones de vida en el edificio eran de lo más espantosas. El mestizaje era un hecho aceptado, el incesto no era poco común y reinaba la promiscuidad. Las viviendas estaban plagadas de ladrones, asesinos, carteristas, vagabundos, rameras y degenerados de todo tipo.



La Old Brewery

Las reyertas eran una actividad casi constante y apenas había una hora del día o de la noche en la que no se celebrara una orgía de alcohol. A través de las debiluchas paredes de listones de madera se colaba el sonido sordo y contundente de una barra de metal o de briqueta; los gritos de las infelices víctimas, los lamentos de los niños moribundos y los gritos de locura de hombres y mujeres, en ocasiones de chicos y chicas, retorciéndose de ansiedad durante su *delirium tremens*. Los asesinatos eran frecuentes; se ha calculado que, durante casi quince años, la Old Brewery contaba con una media de un asesinato por noche, y el edificio de Cow Bay no era menos. Pocos asesinos recibían su castigo porque, salvo que un batallón de policías irrumpiera en el lugar, nadie esperaría salir con vida de la Old Brewery y, además, los vecinos nunca soltaban prenda sobre lo ocurrido. Incluso si la policía conocía la identidad de un asesino, rara vez podía dar con él, porque el criminal se sumergía en los distintos barrios de Points y se valía de los distintos corredores de la zona para huir. Muchos de los inquilinos de los antros de Old Brewery y de Cow Bay habían sido en su día hombres y mujeres de cierta reputación, pero después de pasar unos

años en las profundidades de los bajos fondos acababan inevitablemente degradándose al nivel de los habitantes originarios del lugar. Del último descendiente de los Blennerhassetts, el segundo hijo de Harman Blennerhassett, socio de Aaron Burr en la gran conspiración para invadir territorio español en México, se rumoreaba que murió en la Old Brewery, al igual que otros muchos cuyas familias gozaron de cierta notoriedad.

Las iglesias y los grupos de bienestar social manifestaron durante muchos años su gran preocupación por las precarias condiciones de Five Points, pero no se hizo nada para recuperar y regenerar el distrito hasta finales de 1830, cuando las congregaciones presbiterianas de las calles Central y Spring enviaron misioneros a la zona. Sin embargo, la población de Points era principalmente irlandesa y por tanto católica devota. Los misioneros fueron catalogados de demonios protestantes y expulsados por los gánsteres y otros criminales. En 1840, se fundó la Broadway Tabernacle, una iglesia congregacionista de Broadway cerca de la calle Anthony, actualmente calle Worth. El grupo religioso solo se dedicaba esporádicamente al trabajo social. Por eso no se consiguió ningún avance significativo en la zona hasta 1850, cuando el reverendo Lewis Morris Pease y su esposa fueron enviados a Points por la Ladies' Home Missionary Society, una asociación dentro de la Iglesia Episcopal Metodista. La pareja se estableció en un pequeño piso de la calle Cross, cerca de la Old Brewery, e inauguró su misión.



La madre moribunda. Una escena en la Old Brewery

Pease fue uno de los grandes trabajadores humanitarios de su tiempo. Gracias a su labor, más que a la de cualquier otro hombre, se debe la regeneración definitiva de Five Points y la desaparición de sus antros de vicio y miseria. Pero no se le permitió

continuar con su trabajo por mucho tiempo y sin interrupciones. En el plazo de un año fue despedido por las señoras de esa sociedad misionera, quienes posteriormente hicieron grandes esfuerzos para desprestigiar sus obras. En 1854, escribieron la historia de la misión metodista en Points, y la publicaron en un libro titulado *The Old Brewery*. En él, el nombre de Pease ni siquiera se menciona.

Se hace referencia a él, no muy educadamente por cierto, con la expresión «nuestro primer misionero». Dichas señoras creían que Pease debía predicar el Evangelio y poco más, aparte de captar conversos y miembros para la iglesia, de modo que por unos cuantos meses Pease y su esposa se atuvieron a la voluntad de la asociación. Pero el reverendo se dio cuenta de que el problema básico de Five Points era la ignorancia y la pobreza, y que no se acabaría con el vicio y el crimen sin eliminar antes sus factores causantes. Con ese fin, fundó escuelas tanto para adultos como para niños. También creó talleres donde los fabricantes textiles enviaban su materia prima para confeccionar ropa barata bajo la supervisión del misionero y su esposa.

La relación del misionero con la asociación acabó cuando un grupo de mujeres visitó a las criaturas objeto de su generosidad lo que les aseguraba un lugar en el cielo y supo que Pease no había predicado ni un solo sermón desde hacía dos días. Había estado muy ocupado cargando fardos de ropa desde las fábricas en Broadway hasta los talleres de Five Points. Fue sustituido por el reverendo J. Luckey, un evangelista con mucho talento. Pease y su mujer no quisieron marcharse de Points, y fundaron una misión no confesional donde siguieron con su labor de acercar la educación y el empleo a Paradise Square. De esa misión, surgió la Cámara de la Industria de Five Points, que aún hoy sigue siendo una de las más excelentes organizaciones educativas y formativas del distrito. Su primer edificio se construyó en 1856 en la calle Anthony, y en 1864 los viejos edificios de Cow Bay se vendieron y se derribaron para crear una cámara más grande y mejor provista.



Una escena en la Old Brewery

Un comité compuesto por Daniel Drew, entre otros, negoció la compra de la Old Brewery en nombre de la Sociedad Misionera antes mencionada. En 1852, la adquirió por dieciséis mil dólares, de los cuales mil fueron donados por las autoridades locales. Los habitantes del lugar, tanto humanos como roedores, fueron expulsados, y el 2 de diciembre de 1852 empezó el derribo de la colonia de viviendas hacinadas. El 27 de enero de 1853, el obispo Jones, de la Iglesia Metodista Episcopal, puso los cimientos de una nueva misión, levantada sobre el terreno de la Old Brewery con un coste total de treinta y seis mil dólares. Los trabajadores que echaron abajo la Old Brewery llenaron varios sacos de huesos humanos que habían encontrado entre las paredes y los sótanos. Cada noche, los gánsteres acudían en masa al lugar en ruinas para buscar el tesoro que, según se rumoreaba, se escondía allí. No dieron con nada, pero la verdad es que se cavaron muchos hoyos y se destaparon los pasadizos secretos y los escondites tras las paredes. La destrucción de la Old Brewery se completó con gran satisfacción, y el reverendo T. F. R. Mercein, bajo la inspiración de una musa, compuso un poema en honor a la ocasión:

*Dios sabe que es hora de derrumbar tus paredes piedra a piedra;
El impulso vital, como si un corazón fuera, sigue fluyendo;
Los susurros sofocan los lamentos
de tantos años de llenar la copa de la muerte
con páginas de rencor;
Tantos años la copa negra destilaba*

*a los corazones marchitos que sucumbían.
¡Oh! Este mundo es severo y lóbrego,
vagando están por todas partes;
¡Dios! ¿Es que nunca les has dicho a los agotados
que ellos tienen en ti su morada?*

*¡Sucia guarida! Una gloriosa resurrección
se levantará de tu tumba.
La fe, la esperanza y el afecto puro
predicarán la fuerza de la salvación.
Dios bendiga al amor que, como un ángel,
acude a cada grito.
Hasta que cada labio beba este evangelio
que Cristo nos predicó a todos.
¡Oh! Este mundo es severo y lóbrego,
vagando están por todas partes;
¡Alabado sea Dios! Una voz habló a los agotados,
y en ti hallaron una morada.*

Capítulo dos

LAS PRIMERAS BANDAS DE GÁNSTERES DE BOWERY Y FIVE POINTS

1

Las primeras bandas de gánsteres de Five Points tienen su origen en los edificios ruinosos, las tabernas y las salas de baile del distrito de Paradise Square. Pero su organización en unidades de trabajo, así como la posterior transformación de esa zona en la Alsacia del vicio y el crimen, fue resultado inmediato de la inauguración de las tabernas clandestinas que surgieron en Paradise Square y en todas las calles que desembocaban en ella. El primero de estos establecimientos con semblante de verdulería lo inauguró Rosanna Peers en la calle Center en el año 1825, justo al sur de la calle Anthony, actualmente calle Worth. Rosanna colocaba montañas de verduras podridas en los estantes del exterior, pero contaba con un cuarto trasero donde vendía el alcohol de temporada más barato que en las tabernas y bares legales. Este cuarto pronto se convirtió en el sitio preferido de gánsteres, carteristas, asesinos y ladrones. La banda de gánsteres conocida como los Cuarenta Ladrones, que por lo visto fue la primera en Nueva York con un liderazgo definido y reconocido, se creó en la verdulería de Rosanna Peers. Su cuarto trasero se utilizaba como lugar de reunión, y era la base central de operaciones de Edward Coleman y otros eminentes cabecillas. En estos escondrijos recibían las informaciones de sus secuaces, y en sus sombríos rincones despachaban a los gánsteres hacia sus misiones de guerra. Los Kerryonians, un grupo originario de Country Kerry, Irlanda, fueron también un producto de la verdulería Rosanna. Estos formaban una pequeña banda de gánsteres que apenas merodeaba fuera de la calle Center y tampoco se involucraba en peleas callejeras; sus miembros se dedicaban casi exclusivamente a odiar a los ingleses.

Los Chichesters, Roach Guards, Plug Uglies, Shirt Tails y los Dead Rabbits ya eran grupos organizados y tenían sus lugares de encuentro en otras verdulerías. Con el tiempo, esos imperios se llegaron a considerar como los peores antros de Five Points y los centros de su infamia y actividad criminal. A Los camisa de faldón (*Shirt Tails*) se les llamaba así porque iban vestidos con la camisa por fuera de los pantalones, como los chinos. El elocuente apodo de Los malos del sombrero de copa (*Plug Uglies*) venía de los enormes sombreros de copa que llevaban puestos estos malhechores, que solían llenar de algodón y de piel para cubrirse las orejas a modo de casco cuando entraban en batalla. Los Plug Uglies eran principalmente irlandeses muy altos y corpachones, aunque entre ellos había también alguno de los tipos más duros nacidos en Five Points. Incluso los personajes más feroces de Paradise Square,

los que arrancaban los ojos con un cincel o los expertos camorristas, se encogían de miedo cuando un Plug Ugly andaba buscando lío. Iba armado con una enorme porra en una mano y una vara en la otra, le asomaba un revólver en el bolsillo del pantalón, y llevaba el sombrero de copa embotado hasta las orejas revelando tan solo la feroz mirada de sus ojos. Era muy bueno en las peleas más violentas, y calzaba unas botas muy pesadas tachonadas de púas con las que pateaba a sus víctimas indefensas tendidas en el suelo.

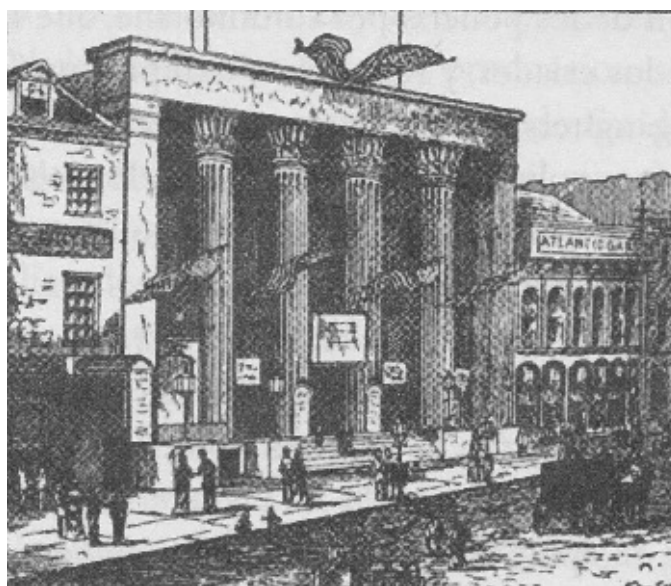
Los Conejos muertos (*Dead Rabbits*) fueron al principio parte de los Roach Guards, organizados para honrar la memoria de un vendedor de alcohol de Five Points. Pero surgieron diferencias internas entre ellos y en una de las tormentosas reuniones de la banda alguien lanzó un conejo muerto al centro de la estancia. Una de las facciones en riña se lo tomó como un augurio y sus miembros se fueron, creando una banda independiente con el nombre de Dead Rabbits^[3].

A veces también se les conocía con el nombre de Los pájaros negros (*Black Birds*), y se hicieron famosos por sus proezas como ladrones y matones. El uniforme de batalla de los Roach Guards se distinguía por una raya azul en sus pantalones, mientras que el de los Dead Rabbits tenía una raya roja y en la punta de sus porras llevaban atravesado un conejo muerto con un gancho. Los Rabbits y los Guards se juraron su más profunda enemistad y luchaban constantemente entre ellos. Pero cuando se las habían de ver con las bandas del puerto y las de Bowery se unían formando causa común contra el enemigo, al igual que hacían los Plug Uglies, los Shirt Tails y los Chichesters. Lo más corriente es que todos los gánsteres de Five Points pelearan en camiseta.

2

Five Points perdió gradualmente interés como centro de ocio a medida que las verdulerías invadían el distrito y las bandas de gánsteres empezaban a abusar de sus privilegios como señores supremos de Paradise Square, de modo que Bowery se fue convirtiendo poco a poco en la zona de entretenimiento más importante. Ya en 1752, cuando las aguas del Collect cubrían aún el terreno del edificio Tombs y fluían lentamente por la calle Canal, la Bowery comenzó a tener pretensiones de convertirse en la calle de moda a partir de la inauguración de los Jardines Botánicos de Sperry, posteriormente llamados Jardines Voxhaull, situados en el extremo norte de una vía pública cerca de Astor Place. Esas pretensiones fueron a más en 1826, con la construcción del teatro Bowery sobre el terreno de la taberna de Bull's Head, donde George Washington se detuvo una vez para aplacar su sed con cerveza de la Bowery en el día de la evacuación británica en 1783. El nuevo teatro abrió su reparto de actuaciones con una comedia, *The Road to Ruin*, pero su primera producción

importante fue en noviembre de 1826, cuando el actor Edwin Forrest representó el papel principal de *Otelo*. Durante muchos años, fue uno de los teatros más importantes del país. En su escenario actuaban algunos de los mejores actores del momento. Era el teatro más grande de la ciudad, con un aforo de tres mil personas, además de ser el primer local provisto de lámparas de gas. El local se incendió en tres ocasiones entre 1826 y 1838, y ardió una vez más quince años antes de la Guerra Civil, cuando la policía, recién uniformada por orden del alcalde Harper, apareció en escena con toda la pompa de sus uniformes nuevos y sus gemelos relucientes. Los policías ordenaron a los espectadores que abrieran paso a los bomberos, pero los gánsteres de la Bowery se burlaron de los policías por su uniforme, que era parecido al de los criados, y rechazaron cumplir sus órdenes.



El antiguo teatro de Bowery

Los gánsteres atacaron violentamente cuando alguien gritó que esos policías trataban de imitar a los *bobbies* ingleses, y muchos hombres de Harper salieron heridos hasta que al final pudieron acabar con la reyerta. A raíz de este y otros incidentes surgió tanta polémica que se decidió retirar el uniforme a los agentes. Durante varios años la policía de la calle solo se distinguía por su placa de cobre en forma de estrella, y de ahí les viene el nombre de *cops* o *coppers*^[d]. Después de aguantar muchas tormentas, el teatro pasó a llamarse Thalia, y aún sigue en pie, amenazado por el paso elevado de la vía férrea en la Tercera avenida. Ahora se dedica a proyectar películas y representar obras italianas, con alguna que otra escenificación de grupos chinos de teatro ambulante.

Hubo otros teatros después del Bowery, entre ellos el Windsor, célebre por sus actuaciones de *Hands Across the Sea* y por la extraordinaria actuación de Johnny Thompson en *On Hand*. Durante muchos años, estos teatros representaban obras de

primera clase y eran frecuentados por la aristocracia de la ciudad. Pero con el tiempo, ya que el talante de la calle iba cambiando y los distintos antros y gánsteres popularizaron la zona en todo el país, los teatros prefirieron representar obras de suspense y de asesinatos de tal calaña que se conocían como «las obras del Bowery» y no podían verse en cualquier otro teatro. Entre estas representaciones destacaban *The Boy Detective*, *Marked for Life*, *Neck and Meck* y *Si Slocum*. De estas producciones surgieron unos melodramas muy populares en todo Estados Unidos, hasta que se vieron superados por el cine. Los primeros pisos y palcos de los teatros de Bowery —después de que el público decente de antaño dejara de frecuentarlos y prefiriera los teatros de Broadway— solían estar ocupados por familias alemanas respetables del distrito Séptimo, que bebían limonada y paladeaban ruidosamente unos caramelos de menta y chocolate algo pasados de moda. Pero la platea y los pisos más altos estaban plagados de gamberros de toda clase y de ambos sexos, quienes pataleaban, silbaban y gritaban cuando bajaba el telón y después se marchaban rápidamente. «Estos lugares están tan abarrotados las noches de los domingos que apenas se puede respirar», escribió un autor que visitó el teatro Bowery justo antes de la Guerra Civil. «Las actrices demasiado corruptas y disolutas que no podían actuar en otro lugar lo hacían en el teatro Bowery. Las farsas vulgares, las comedias indecentes, y las obras de bandidos y asesinos se reciben con gritos de aclamación por la muchedumbre que abarrota esos teatros de poca monta. Los chicos que venden periódicos, las barrenderas, los carteristas, las vagabundas, los carboneros, todos quienes pueden pedir o robar unos peniques, llenan las gradas de estos corruptos lugares de entretenimiento. No hay ni un salón de baile, ni de conciertos, ni tabernucha alguna, que presente el espectáculo de la depravación y la degradación de Nueva York como el que muestran las gradas del teatro Bowery».



Una barrendera

Unos años después de la construcción del primero, los teatros empezaron a proliferar en la zona Bowery, además de las salas de conciertos y de baile, y de tabernas subterráneas. También proliferaron unos enormes bares especializados en cerveza donde cabían entre mil y mil quinientas personas sentadas en unas largas mesas que iban de punta a punta del local.

Hasta 1898, la calle Bowery contaba con noventa y nueve locales de ocio —de los cuales solo catorce eran catalogados de respetables por la policía— y seis tabernas por manzana. Actualmente, la calle apenas reúne doce teatros, dedicados a las películas burlescas y al teatro *yiddish*, italiano y chino. Algunos de los bares de poca monta esparcidos por Bowery antes y después de la Guerra Civil nunca se han llegado a igualar, ni siquiera por las tabernas clandestinas durante la Ley Seca, debido a la calidad tan fuerte y terrible de sus licores. En muchos de los establecimientos de clase baja, cuando estos empezaron, cada bebida valía tres centavos y no se empleaban ni vasos ni jarras. Los barriles de bebidas alcohólicas fuertes reposaban en unos estantes detrás de la barra de la taberna, y el camarero vertía su contenido por una fina manguera de goma. El cliente, quien previamente pagaba en la barra, se colocaba un extremo de la manguera en la boca y bebía todo lo que podía sin respirar. Cuando paraba para tomar aliento, el atento tabernero le cortaba el suministro de licor y el cliente debía pagar de nuevo si quería otro trago. Algunos de esos tipos de Bowery eran tan expertos con la manguera, y contenían tanto la respiración, que bien

podían emborracharse con un delicioso trago de tres centavos. Una de las tabernas más famosas, situada en la calle Baxter cerca de la calle Bowery, ofrecía —y así lo anunciaba a bombo y platillo— un cuarto trasero llamado «la habitación de terciopelo». Cuando a un buen cliente ya no le quedaba ni un penique, la casa le regalaba una enorme jarra vacía y lo escoltaban con mucha ceremonia hasta la «habitación de terciopelo», donde se le permitía beber cuanto quisiera hasta quedar inconsciente y dormir hasta que pasaran los efectos de la pócima.

La taberna de cerveza más famosa de las primeras que había en la calle Bowery era la Atlantic Gardens, justo al lado del antiguo teatro Bowery (actualmente un palacio del cine). Tanto en sus pisos superiores como en los de la planta baja, había sillas para más de mil personas. Los dos carros pesados de cuatro caballos, trabajando diez horas al día, apenas daban abasto para suministrar a los clientes cerveza fresca recién salida de fábrica. En este y en otros establecimientos parecidos, la casa ponía la música: pianos, arpas, violines, percusión e instrumentos de viento; se jugaba a los dados, al dominó, a las cartas, y a veces también se practicaba el tiro al blanco. Todo era gratis, excepto la cerveza, que costaba cinco centavos y la servían en una enorme jarra. La mayoría de tabernas al aire libre las administraban los alemanes, y al principio solo frecuentaban estos locales los hombres y mujeres de esa nacionalidad, quienes llevaban consigo a sus familias y pasaban el día apaciblemente. Unas jóvenes de entre doce y dieciséis años servían la cerveza, y llevaban unos vestidos cortos y unas botas con la punta roja que les llegaban casi hasta las rodillas, de las que colgaban unas campanillas en unas borlas. La venta de bebida era un negocio tan rentable que los dueños de estas tabernas al aire libre competían entre ellos por el privilegio de entretener a las grandes organizaciones raciales y políticas, a menudo pagando hasta quinientos dólares a cualquier asociación que accediera a celebrar un picnic de todo el día en su establecimiento. Durante varios años, estos locales al aire libre eran totalmente respetables, pero los indolentes matones de las clases bajas pronto empezaron a invadirlos, y no precisamente para beber cerveza, sino para tragarse todos los licores fuertes de las botellas. Con el tiempo, llegaron a convertirse en los sitios favoritos de los gánsteres y otros criminales del distrito, y la calle Bowery asumió el talante que la ha convertido en una de las vías públicas más famosas del mundo.

3

Las primeras y más importantes bandas de gánsteres del distrito de Bowery fueron los Bowery Boys, los True Blue Americans, los American Guards, los O'Connell Guards y los Atlantic Guards. Sus miembros eran principalmente irlandeses, pero no fueron tan criminales o peligrosos como sus hermanos de Five Points, a pesar de que entre

ellos había muchos camorristas de sobrado talento. Los True Blue Americans eran divertidos y mentirosos, pero inofensivos. Vestían sombreros de copa de seda y unas largas levitas negras que les rozaban los tobillos y que llevaban bien abrochadas justo por debajo de la barbilla. Su objetivo primordial en la vida era pasar el rato en las esquinas de las calles y despotricar de Inglaterra, así como predecir tenebrosamente la destrucción inmediata del Imperio Británico a tiro y espada. Al igual que muchos de los hijos de Erin^[e] que han llegado a este país, nunca lograron americanizarse completamente, de modo que Irlanda seguía siendo su principal interés oral. Las otras bandas fueron probablemente vástagos de los Bowery Boys, y generalmente se unían a ellos en sus peleas con los temibles tipos de Paradise Square. Sus hazañas no les rindieron ningún lugar prominente en la historia de las bandas de gánsteres.

Durante muchos años, los Bowery Boys y los Dead Rabbits mantuvieron una fuerte enemistad, y apenas había semana que no se liaran a puñetazos en las calles de Bowery, en la sección de Five Points, o bien en el antiguo campo de batalla de Bunker Hill, al norte de la calle Grand. Los peores conflictos entre bandas de gánsteres de principios del siglo XIX los protagonizaron estos grupos, quienes siguieron con sus contiendas hasta los disturbios militares de 1863 en plena Guerra Civil, cuando se unieron a otras bandas y delincuentes en un esfuerzo para saquear y quemar Nueva York. En estas primeras luchas, los Bowery Boys recibían el apoyo de otras bandas de gánsteres de Bowery, mientras que los Plug Uglies, los Shirt Tails y los Chichesters se congregaban bajo el flagrante emblema de los Dead Rabbits. A veces las batallas duraban dos o tres días sin cesar, y en las calles que tomaban las bandas se levantaban barricadas con carros y losas. Los gánsteres se disparaban unos a otros con mosquetes y pistolas, o bien luchaban cuerpo a cuerpo valiéndose de navajas, varas, porras, los dientes y los puños. Un poco apartadas de esa muchedumbre en plena batalla estaban las mujeres, con los brazos llenos de municiones de reserva y con sus delicados ojos atentos a cualquier fallo en la defensa del enemigo, por lo que siempre estaban dispuestas a prestar sus manos o dientes en el fragor de la ocasión.

Estas amazonas también solían luchar en las filas, y muchas de ellas alcanzaron bastante fama como feroces combatientes. Eran especialmente hábiles en el arte de crear jaleo, y durante los disturbios de la Guerra Civil fueron las mujeres quienes infligieron las más horrendas torturas a los negros, los soldados y los policías capturados por esa chusma. Cortaban a rodajas la piel de sus víctimas con cuchillos de carnicero, les desgarraban ojos y lengua, y les prendían fuego tras rociar el cuerpo entero con petróleo y colgarlo de un árbol. Los Dead Rabbits, durante los primeros años cuarenta del siglo XIX, contaban con la lealtad de la fémina guerrera más notable, una angulosa arpía conocida con el apodo de *Maggie Gato del Infierno* (Hell Cat Maggie), quien llegó a luchar junto a los cabecillas de las bandas de gánsteres en muchas de las grandes batallas con los grupos de la Bowery. Se decía de ella que limó sus dientes incisivos de tal manera que parecían agujas y que sus largas uñas de las

manos eran postizas y de cobre. Cuando Hell-Cat Maggie lanzaba su grito de guerra y empezaba a morder y a hincar sus uñas entre una mole de gánsteres enemigos, incluso los tipos más valientes palidecían y huían. Los primeros gánsteres tampoco daban cuartel: cuando un hombre caía herido, sus enemigos saltaban tranquilamente por encima de su cuerpo y lo pateaban hasta la muerte. Normalmente, la policía era incapaz de dispersar a toda esa muchedumbre, de modo que se vio obligada a pedir ayuda a la Guardia Nacional de la época y al ejército. La ciudad pronto se acostumbró a los distintos regimientos de soldados marchando por las calles en son de batalla para acallar la revuelta de una banda de gánsteres. De vez en cuando también se llamaba a la artillería, pero generalmente los gánsteres huían antes de vérselas con los mosquetes de los soldados de infantería. Gran parte de este trabajo lo realizaba el regimiento vigésimo séptimo, y más tarde el séptimo.

Tenemos poca constancia de las actividades de muchas de las bandas de gánsteres de Bowery, pero en el saber popular de las calles abundan las historias en torno a los Bowery Boys y las proezas de sus grandes líderes. A veces a esta banda se la llamaba Bowery B'hoys^[f], lo cual es indicativo de su origen racial. Fue probablemente la banda de gánsteres más célebre de la historia de los Estados Unidos. Antes de que los eminentes Chuck Connors aparecieran a finales de los años ochenta, y transformaran al prototipo de hombre duro en un pájaro de taberna y en un vagabundo, el Bowery Boy no era un holgazán excepto los domingos y en época de vacaciones. Tampoco era un criminal, salvo en algunas ocasiones y hasta que estalló la Guerra Civil. Se inclinaba por ganarse la vida como carnicero, como aprendiz de mecánico o como gorila de algún salón de baile en Bowery. Casi siempre se ofrecía como bombero voluntario, de ahí la gran virtud de esta banda de gánsteres porque, poco antes de la Guerra Civil, los bomberos, muchos de ellos fervientes partidarios del alcalde Tammany Hall, tenían mucho que decir sobre la conducta del gobierno del Ayuntamiento. Muchos de los políticos más eminentes pertenecieron a la brigada de bomberos y surgió mucha rivalidad entre los distintos grupos, quienes además se dedicaban a poner apodos a sus carros a motor: El fantasma blanco (*White Ghost*), El chiste negro (*Black Joke*), El barriga de sábalo (*Shad belly*), El huesos secos (*Dry Bones*), El pirata rojo (*Red Rover*), El carro de heno (*Hay Wagon*), La chica blanca (*Yaller Gal*), El sopa de alubias (*Bean Soup*), El trasto viejo (*Old Junk*) y La solterona (*Old Maid*). Líderes políticos tan famosos como Cornelius W. Lawrence, Zophar Mills, Samuel Willetts, William M. Wood, John J. Gorman y William M. Tweed fueron bomberos voluntarios. Incluso en esa primera época George Washington fue un ferviente entusiasta de los carros de bomberos, y durante un tiempo a lo largo de su estancia en la metrópolis estuvo al frente del departamento de bomberos de Nueva York. Antes de la creación de una brigada de bomberos profesional, uno de los grandes acontecimientos del año era el «desfile de los bomberos». La gente se congregaba en las aceras y saludaba a los valientes bomberos de camisa roja y sombrero de castor, mientras estos empujaban sus carros a motor por las calles

adoquinadas. Delante marchaba una banda de música tocando *Solid Men to the Front*, un tema alegre que fue muy popular durante muchos años.

Pero la rivalidad de las brigadas de bomberos, entre cuyos miembros se contaban hombres de buena reputación, era amistosa aunque agotadora. El Bowery Boy quería a su carro de bombero a motor casi tanto como a su chica, y él y su brigada se consideraban desgraciados si el vehículo llegaba a quemarse en un incendio. El colmo de la humillación era preparar la maquinaria para un incendio y darse cuenta de que las otras brigadas habían acaparado todos los conectores de las bocas de incendio. Para evitarlo, el Bowery Boy recurría a métodos directos. Cuando sonaba la alarma de incendios, cogía un cubo vacío de un colmado y lo llevaba corriendo a la boca de incendios más cercana al edificio en llamas. Daba la vuelta al cubo tapando dicha boca y se sentaba encima, defendiéndolo valerosamente contra los asaltos de sus bomberos rivales hasta que llegaban sus hombres con el carro a motor. Si la cosa salía bien, el Bowery Boy se convertía en un héroe y su brigada se anotaba una importante victoria. Normalmente, la batalla para hacerse con las bocas de incendio era tan fogosa que a los Bowery Boys apenas les quedaba tiempo para apagar el incendio.

El Bowery Boy de la primera época, quien seguía a su cabecilla en muchas reyertas contra sus odiados Dead Rabbits y otras bandas de Five Points, era un rufián corpulento que llevaba unas largas patillas al estilo Tío Sam, el símbolo de América que aún sigue apareciendo en los semanarios de humor ingleses. Llevaba un sombrero de copa de seda, generalmente abollado, y el extremo de las perneras recogido en las botas. Movía la mandíbula constantemente porque mascaba tabaco mientras afilaba un enorme cuchillo que nunca abandonaba. Años después, poco antes de la época de los Chuck Connors, cambió su aspecto a la moda masculina del momento: el Bowery Boy se paseaba por su calle favorita con un sombrero alto de castor con la pelusa peinada a su gusto. Una elegante levita cubría su esbelta figura, y en el cuello llevaba anudado un vistoso pañuelo. Sus pantalones, muy holgados, iban igualmente recogidos en sus pesadas botas. Llevaba el pelo entrecortado detrás de la cabeza y la barbilla y el cuello afeitados, aunque los mechones de su sien los rizaba con mucha elegancia y se los embadurnaba con grasa de oso u otro tipo de unguento fuerte y maloliente. En esta segunda época empezó su declive, pero seguía siendo un ciudadano rebelde, beligerante y era mejor no provocarle.

Algunos de los tipos más temibles y violentos que partieron cráneos o arrancaron ojos luchaban entre las filas de los Bowery Boys. De su escuela surgieron muchos alborotadores famosos y líderes políticos. Bill Poole *el Carnicero*, un gánster muy conocido y funcionario del distrito electoral, debía lealtad a los Bowery Boys, al igual que su asesino, Lew Baker, quien le pegó un tiro mortal en Stanwix Hall, en 1855.

Pero la figura indiscutible de la banda de los Bowery Boys, y la más imponente de toda la historia de las bandas de gánsteres de Nueva York, fue un líder muy popular en los años cuarenta del siglo XIX. Dirigió las actividades de los gánsteres en

sus expediciones punitivas y más importantes de Five Points. Se desconoce su identidad, pero hay muy buenas razones para suponer que se trataba de un mito.



La Great East Side de Nueva York. Escenas típicas durante un paseo por la Bowery. Representa la vida y personalidad de la calle más animada de la gran metrópolis de América.

No obstante, nos han llegado muchos relatos sobre sus proezas y su valentía en las luchas contra los Dead Rabbits y los Plug Uglies, recobrando impulso a medida que pasaban de boca en boca. Con el sobrenombre de Mose, este personaje se ha convertido en una figura legendaria de dimensiones verdaderamente heroicas, siendo a la vez el Sansón, el Aquiles y el Paul Bunyan del distrito Bowery. En segundo lugar, en el podio de la popularidad se encuentra la diminuta figura de su fiel amigo y consejero, Syksey, de quien se dice que acuñó la expresión «aguanta la colilla», una impresionante súplica para quedarse con los restos de un puro.

La actual generación de chusma en Bowery sabe poco o nada sobre el todopoderoso Mose; lo recuerdan los ancianos que se quejan de que ahora solo queda lo tenebroso y triste de esta gran calle. Pero antes de la Guerra Civil, cuando Bowery gozaba de sus mejores días y el Bowery Boy era el pavo real en el país de los gánsteres, se cantaban canciones en honor a sus inmensas hazañas, y los gánsteres entraban en batalla gritando su nombre e implorando a su espíritu que se uniera a

ellos y les prestara su poder en las armas. No cayó precisamente en el olvido cuando Chanfrau lo inmortalizó en su obra *Mose, el chico de la Bowery* (*Mose, The Bowery B'hoy*) que se representó en 1849 por primera vez ante una clamorosa audiencia en el antiguo teatro Olympic, el mismo año de la revuelta de Astor Place.

Mose era fornido y medía, por lo menos, dos metros y medio. A su colosal volumen cabe añadirle su abundante cabellera pelirroja, rematada por un sombrero de castor que medía unos cuarenta centímetros desde el ala a la copa. Sus manos eran tan grandes como el trasero de un cerdo de Virginia, y en esos escasos momentos en los que estaba en reposo, las manos le colgaban por debajo de sus rodillas. Syksey solía jactarse de que el jefe de su banda podía permanecer en pie y rascarse las rótulas con las manos sin agacharse. Los pies de este hombretón eran tan grandes que no le cabía ni el dedo gordo en las botas comunes que vendían las zapaterías. Calzaba unos zapatos muy resistentes hechos a medida, en cuyas suelas había unas láminas de suela tachonadas con unos clavos de dos centímetros y medio de largo.

Se cernían el miedo y la desolación sobre las bandas de Five Points cuando el gran Mose se lanzaba contra ellos y empezaba a dar patadas y pisotones. Huían desesperados y se escondían en las profundidades más remotas de los tugurios de Paradise Square.

La fuerza física del gigante Mose equivalía a la de diez hombres. Otros Bowery Boys entraban en guerra armados con porras y varas de metal, pero Mose, cuando se preparaba para una contienda, llevaba en una mano un enorme adoquín y en la otra una rama tiesa de nogal o roble. Esa era su porra, y cuando estaba absorto en el fragor de la batalla, simplemente arrancaba una farola de metal y agredía a su adversario con gran afán. En vez de la navaja, tan querida para sus seguidores, él depositaba su confianza en un cuchillo de carnicero. En una ocasión, cuando los Dead Rabbits superaban a su banda y se dirigían a toda prisa hacia Bowery para hacer pedazos la sede central de los Boys, el gran Mose arrancó un roble de la tierra y, sosteniéndolo por sus ramas superiores, lo utilizó como azote, propinando tales golpes a los Dead Rabbits que se compararon a los que asestó Sansón a los filisteos. Los gánsteres de Five Points se dispersaron y huyeron ante el acoso de Mose, pero este los persiguió hasta sus guaridas en Paradise Square y destruyó dos de sus locales antes de aplacar su furia. Una vez más, permaneció firme y en pie ante cien de los mejores combatientes de Points. Arrancó los pesados adoquines de la calle y la acera y los lanzó a sus enemigos, lo que causó gran número de bajas.

Cuando estaba tranquilo, este gran dios de los gánsteres tenía también como costumbre levantar un coche de caballos, cargárselo a sus espaldas y recorrer así unas cuantas manzanas, riéndose a carcajada limpia con los saltos que daban los pasajeros cuando devolvía el coche a tierra firme. Su risa levantaba tanto viento que el coche entero temblaba, las copas de los árboles se balanceaban como si de una tormenta se tratara, y todo el distrito de Bowery retumbaba con un estrépito similar al de las cataratas del Niágara. A veces, Mose desenganchaba los caballos y él mismo tiraba

del carro por todo lo largo de la calle Bowery a una velocidad trepidante. Un día, en la plaza Chatham —si se quiere dar crédito a la leyenda—, Mose levantó un carruaje por encima de su cabeza y, con caballos incluidos medio colgando, lo colocó todo sobre la palma de su mano y lo llevó hasta Astor Place.

Cuando un barco estaba parado en las aguas del río East y se dirigía peligrosamente a la deriva hacia las rocas traicioneras de Hell Gate, Mose se metía en un bote de remos, encendía su puro (que medía más de sesenta centímetros de largo) y enviaba hacia el barco unas nubes de humo de tal potencia que este quedaba a salvo y luego cabeceaba por el río como si fuera presa de un huracán. Tan increíbles eran los soplos de Mose, que el barco llegaba al puerto y superaba la isla Staten antes de que su timón respondiera. De vez en cuando, Mose se divertía situándose en el centro del río y cerrando el paso a todo barco. Justo cuando alguno aparecía, soplabla, y el velero se daba la vuelta. Mose se sentía a gusto en el agua. Se solía sumergir en las aguas de Battery, al sur de Manhattan, y buceaba de un tirón hasta la playa de la isla Staten, una distancia que actualmente atraviesan los transbordadores en veinticinco minutos. Podía recorrer el río Hudson con dos enormes brazadas, y con solo seis completaba todo el perímetro de la isla de Manhattan. En cambio, cuando quería cruzar el río East para llegar a Manhattan, rechazaba nadar los ochocientos metros del río que los separaban: simplemente, saltaba.

Cuando Mose quería aplacar su sed le pedía a la cervecera un carro entero de cerveza y, en los calurosos meses de verano, se paseaba con un barrilete con capacidad para casi doscientos litros de cerveza colgado de su cinturón, pues no le alcanzaba una cantimplora común. Cuando comía en la ciudad, los carniceros de los mercados Center y Fly trabajaban durante días para preparar ese gran acontecimiento. Mataban cerdos y ganado y ponían a punto kilos de asado para satisfacer las necesidades de este gigante de modo que pudiera recobrar fuerzas. Consumía tanto pan, que cualquier rumor de que Mose tenía hambre provocaba una conmoción entre los panaderos. Tres kilos de ostras eran para él solo un pequeño aperitivo, y le servían sopa y café en barriles. Como postre o como tentempié ligero le gustaba tomar fruta. Los historiadores afirman que los cerezos de Cherry Hill y las zarzamoras de Mulberry Band desaparecieron debido a los distintos cambios que experimentó la ciudad, pero las leyendas de Bowery cuentan que Mose arrancaba esos árboles de cuajo y comía su fruta. Tenía hambre y no estaba de humor para esperar a que alguien recogiera las cerezas y las moras.

4

Los genios políticos de Tammany Hall vieron enseguida el valor práctico de tener contentos a los gánsteres, y la conveniencia de facilitarles lugares donde reunirse y

escondese. Vieron también que se podían congraciarse con sus favores y emplear sus particulares talentos en el día de las elecciones para asegurarse el gobierno de Tammany. Muchos líderes electorales y de distrito tenían permiso para entrar en las bodegas clandestinas donde se habían organizado las primeras bandas de Five Points, mientras otros se trabajaban a sus contactos en las tabernas y salones de baile de Bowery, o bien tomaban bajo su protectorado a las casas de juego o prostitución. El mundo de los bajos fondos se convirtió así en un factor importante dentro de la política, y bajo el control y la manipulación de los honorables políticos, las bandas de gánsteres de Bowery y Five Points participaron en la gran serie de revueltas que empezaron con los disturbios de las elecciones de primavera de 1834 y continuaron, con frecuentes brotes, durante diez años. En todo ese tiempo tuvieron lugar los motines de la calle Flour y Five Points, además de los disturbios más graves durante la abolición de la esclavitud. Se produjeron también, al menos, doscientas batallas entre bandas de gánsteres, e innumerables conflictos entre brigadas de bomberos voluntarios.

En el verano de 1834, las posibilidades de las bandas de gánsteres de seguir su ocupación natural se vieron incrementadas por la aparición de dos nuevos grupos políticos, los Native Americans y el Equal Rights Party. Este último era una facción resentida de Tammany Hall, y estaba abiertamente a favor de una igualdad de derechos para todos los ciudadanos. Se oponía a los cheques de banco y al establecimiento de monopolios por ley. Los Native Americans deploraban la designación de cargos públicos de extranjeros, y pedían con vehemencia la derogación de las leyes de extranjería con las que Tammany Hall había obtenido tan enorme séquito de votantes irlandeses. Los Native Americans reemplazaron a los Whigs^[g] en algunas de las elecciones municipales, y ambos siguieron el ejemplo de Tammany: pagaron a gánsteres para que sacudieran a sus oponentes y votaran dos veces en las elecciones.

La banda de gánsteres de Bowery conocida como los American Guards, cuyos miembros se enorgullecían de su origen nativo americano, se encariñaron muy pronto con el partido Native Americans y respondieron felizmente a las peticiones de sus líderes canallas del distrito. Durante el verano de 1835, un año después de las revueltas de las elecciones, surgió una fuerte enemistad entre esta banda y los O'Connell Guards, organizada bajo los auspicios de un vendedor de alcohol de Bowery, paladín de la facción irlandesa de Tammany Hall. Estas bandas se pelearon abiertamente el 21 de junio de 1835, entre las calles Grand y Crosby al sur de East Side, batalla que se extendió hasta la zona de Five Points, donde los gánsteres de Paradise Square tomaron partido y se generalizó la contienda en toda esa parte de la ciudad. El alcalde y el *sheriff* dieron la voz de alarma y todos los serenos que velaban las calles y la policía se las arregló para detener a estos rebeldes sin la ayuda de los soldados, aunque se llamó a varias compañías y estas permanecieron en alerta en sus cuarteles durante toda la noche. El doctor W. M. Caffrey, un distinguido cirujano,

resultó muerto a consecuencia de un fuerte ladrillazo mientras trataba de abrirse paso entre la multitud para atender a un paciente. Y el juez Olin M. Lowndes fue gravemente herido cuando se adentró en la zona de los disturbios con la policía.

A finales de 1833, tuvieron lugar varios conflictos de menor magnitud sobre el movimiento abolicionista, y las casas de muchos de sus líderes destacados fueron bombardeadas con piedras y ladrillos. Pero la mayoría de manifestaciones contra la esclavitud se vieron eclipsadas por las emocionantes elecciones de primavera, ya que era la primera vez que se había elegido a un alcalde por voto directo y se produjeron unas amargas luchas de tres días entre Tammany y los Whigs, antes de que el primero ganara finalmente en las urnas. Hacia mediados de 1834, los sentimientos en contra de los abolicionistas, que siempre fueron muy intensos en la metrópolis, desembocaron una vez más en un estallido de violencia. El 7 de julio una muchedumbre atacó la capilla de la calle Chatham y el teatro Bowery, donde el actor Edwin Forrest representaba *Metamora*, una función benéfica a favor del director del teatro, un inglés llamado Farren. Cuando la policía sacó a los alborotadores del local, estos huyeron hacia la calle Rose, actualmente una sórdida vía pública en los tenebrosos rincones del puente de Brooklyn, pero en su día una importante zona residencial con lujosas mansiones. Allí asaltaron la casa de Lewis Tappan, un destacado abolicionista, rompiendo las puertas y ventanas con piedras. Irrumpieron en el edificio, destrozaron su interior, sacaron los muebles a la calle, los amontonaron en unas enormes pilas y los rociaron y prendieron con petróleo. Cuando los asaltantes arrojaron a la hoguera los cuadros que decoraban las paredes, uno de los gánsteres encontró un retrato de George Washington, pero otro rufián trató de arrebatárselo. El gánster se lo acercó al pecho y gritó muy dramático:

—¡Es Washington! ¡Por amor de Dios, no queméis a Washington! —Su grito se hizo eco en la calle, y toda la gente que estaba fuera exclamó al unísono: «¡Por amor de Dios, no queméis a Washington!».

Formaron una cadena y pasaron el cuadro del primer presidente de Estados Unidos con sumo cuidado, primero lo hicieron descender por las escaleras hasta la calle, donde un grupo de matones lo llevó hasta una casa vecina. Lo dejaron en el porche de esa casa y lo vigilaron con mucho celo hasta que acabaron las revueltas. En los días siguientes, se produjeron algunos brotes de violencia esporádicos, y el 10 de julio un numeroso grupo de personas provocaron cuantiosos daños a las residencias y centros de negocios de las calles Spring, Catherine, Thompson y Reade. Otro numeroso grupo de camorristas, compuesto enteramente de gánsteres de Five Points, aterrorizó la zona colindante y Paradise Square. Los insurgentes parecían estar bien organizados, ya que los mensajeros iban y venían entre las distintas bandas y tenían vigilantes propios que patrullaban las calles y alertaban a sus compañeros si se acercaba la policía o los militares. Corrió el rumor de que los cabecillas de las bandas de gánsteres decidieron quemar y desvalijar las casas de Five Points que no tuvieran puesta una vela en la ventana, de modo que el distrito entero de Paradise Square se

iluminó de repente.

No obstante, se saquearon y quemaron una docena de edificios. A medianoche, el cielo resplandecía por las llamas de los incendios, mientras una densa cortina de humo se cernía sobre esa parte de la ciudad. Los gánsteres incendiaron cinco prostíbulos, hicieron salir a los inquilinos y los trataron de la forma más vergonzosa. La iglesia de congregación negra de St. Philip, en la calle Center, quedó destruida, al igual que tres casas al otro lado de la calle y una junto a la iglesia. Durante toda la noche, se podían escuchar los gritos de tortura de los negros. Unos fanáticos sacaron los ojos y cortaron las orejas a un inglés que habían capturado los gánsteres. Pero a la una de la madrugada, cuando el estruendo de las cornetas anunció la llegada del ejército, los cabecillas de las bandas de gánsteres dispersaron a sus hombres. Al cabo de media hora solo se escuchaba en Five Points el caminar decidido de las tropas y los sollozos de las infelices víctimas que se lamentaban junto a su casa en ruinas. Al día siguiente, ya de noche, los insurgentes destrozaron una iglesia de la calle Spring y formaron una barricada con muebles. Pero sus intenciones no prosperaron gracias al regimiento de infantería vigésimo séptimo, que destruyó las fortificaciones y ahuyentó a la multitud sin disparar ni una sola vez.

Las autoridades locales tuvieron que hacer frente a más dificultades con el gran incendio del 16-17 de diciembre de 1835. Duró un día y medio y el termómetro marcaba diecisiete grados bajo cero. El fuego arrasó trece acres de terreno del distrito financiero de Nueva York y las pérdidas ascendieron a veinte millones de dólares. El incendio empezó en el número 25 de la calle Merchant y se propagó hasta las calles Pearl y Exchange; avanzó en dirección sur hasta la calle Broad, hacia el este hasta el río East, y de Wall Street a Coenties Slip. Todos los edificios de la parte sur de Wall Street, desde la calle William hasta el río East, quedaron destruidos. No se logró controlar el incendio hasta que los marines de los astilleros dinamitaron la iglesia protestante holandesa, la lonja y otros edificios, con el fin de crear una barrera natural que el fuego no pudiera traspasar. Se quemaron varios centenares de viviendas, y por lo menos otras cincuenta fueron destruidas y saqueadas por delincuentes, quienes también se hicieron con las inmensas pilas de muebles, joyas y ropas amontonadas en las calles que nadie podía vigilar. Gran parte de estos objetos de valor los recuperó la policía al cabo de una semana en los cuchitriles de Bowery y Five Points. Los gánsteres quemaron muchas casas y locales; un hombre que fue sorprendido prendiendo fuego a un edificio entre las calles Broad y Stone fue capturado por un grupo de vecinos iracundos y colgado de un árbol. Su cuerpo, congelado, quedó balanceándose durante tres días, antes de que la policía tuviera tiempo para descolgarlo.

El fuego fue una de las causas directas que provocaron el pánico entre la gente en 1837, pues las pérdidas económicas fueron tan cuantiosas que muchos bancos quebraron y las compañías de seguros no cubrieron los daños a todo riesgo. Por esta razón, los propietarios de negocios y fábricas no pudieron reunir el dinero suficiente

para volver a abrir, y miles de personas se quedaron sin empleo durante todo el verano siguiente. A principios de septiembre de 1836, la harina costaba siete dólares el tonel, en el plazo de un mes ascendió a doce y los comerciantes llegaron incluso a anunciar que llegaría a veinte antes de que acabara el invierno. El pan empezó a escasear pronto entre los pobres, y en las barracas de Bowery y Five Points miles de personas estaban al borde de morir de hambre. En febrero de 1837, circulaba el rumor de que quedaban solo cuatro mil toneles de provisiones en el gran depósito de Troy, en Nueva York, en vez de los habituales treinta mil. Los periódicos publicaron la noticia con los mayores titulares a primera página de la época, y en los artículos editoriales se denunciaba a ciertos comerciantes por acaparar grandes cantidades de harina y grano, esperando a que subiera el precio.

Reinaba el malestar, y como consecuencia de ello la gente convocaba reuniones para hablar de la situación. Esas reuniones no desembocaron en una acción contundente hasta el 10 de febrero de 1837, cuando una multitud que había escuchado las apasionadas arengas en el City Hall Park asaltó el depósito de trigo y harina de Eli Hart & Company, en la calle Washington, entre Dey y Cortland. Los vigilantes de Hart se refugiaron en el edificio, pero se olvidaron de atrancar la puerta y la multitud enfurecida no encontró resistencia alguna para asaltar el depósito y linchar a los incautos. Entraron en el silo y desparramaron por el suelo los toneles de harina y los sacos de trigo. La mayoría de toneles y cubas se partió con solo tocar el suelo; algunos los rompieron los hombres sin pensárselo dos veces al son de una cantinela que habían compuesto para la ocasión: «¡Ahí va la harina, a ocho dólares el tonel!». Cuando llegó la policía, reforzada con un buen número de sus agentes y dos compañías de la Guardia Nacional, ya se habían echado a perder quinientos toneles de harina y mil sacas de trigo. Ante el fragor de los mosquetes y las porras, los rebeldes huyeron atravesando la ciudad hasta llegar a los depósitos de S. H. Herrick & Company, cerca de Coenties' Slip. Allí destruyeron treinta toneles de harina y cien sacas de trigo antes de que la policía los dispersara.

Al día siguiente el precio de la harina subió un dólar por tonel.

5

Uno de los primeros líderes políticos en descubrir que los gánsteres eran un buen recurso que cabía explotar en beneficio propio fue el capitán Isaiah Rynders, capo de Tammany en el distrito Sexto, rey de los gánsteres de Five Points, jefe del célebre club Empire en el número 25 de Park Row, y propietario de media docena de verdulerías clandestinas en Paradise Square. El capitán Rynders hizo su aparición por vez primera en Nueva York en los años treinta del siglo XIX, tras una breve carrera como jugador y busca camorras a orillas del río Mississippi. Fue uno de los políticos

más astutos que jamás ha tenido Nueva York, aunque a veces su amor hacia los irlandeses y su odio hacia los ingleses enturbiaba su juicio. Con el tiempo llegó a ser un alguacil del estado, y durante más de veinticinco años ejerció un poder considerable en Tammany Hall, excepto por un intervalo de varios años en la década de los cincuenta cuando se convirtió en un renegado y se acogió a la causa de los Nativos Americanos. Durante mucho tiempo el capitán Rynders tuvo su sede central en el número 11 de la calle Ann, en la taberna Sweeney, una calle que frecuentaban los bomberos voluntarios. Pero, en 1843, organizó el club Empire, un grupo que se convirtió en el núcleo político del distrito Sexto y que fue el centro neurálgico de todas las actividades gansteriles relacionadas con la política. Gracias a esa plataforma, Rynders llevaba las riendas y movía los hilos necesarios para que sus secuaces nunca ingresaran en prisión. Con la ayuda de los cabecillas de las bandas de gánsteres y de tenientes tan hábiles como Dirty Face Jack (Jack Cara Sucia), Country McCleester y el escritor Edward Z. C. Judson —más conocido con el seudónimo de Ned Buntline—, el capitán Rynders se hizo rico y poderoso y tenía todo el distrito Sexto bajo su dominio político. Su control de las bandas de gánsteres de Five Points era tan absoluto que la policía le solía pedir que sofocara algún disturbio imposible de apaciguar.

El capitán fue un personaje importante durante los disturbios abolicionistas, pero su hazaña más notable fue en 1849, cuando se aprovechó de los celos profesionales existentes entre Edwin Forrest y William C. Macready, el eminente actor británico. Se convirtió en el principal instigador de las famosas revueltas de Astor Palace, cuando una multitud enfurecida sacó a Macready del escenario el 7 de mayo de 1849. Los asaltantes actuaron como respuesta a los feroces ataques verbales del capitán Rynders y otros agitadores contra el actor británico, así como a su hábil manipulación de los prejuicios raciales de la extensa comunidad irlandesa de Nueva York. Al cabo de tres días, el 10 de mayo, Washington Irving, John Jacob Astor y otros prominentes ciudadanos convencieron a Macready para que actuara de nuevo, pero el capitán Rynders inundó en un santiamén la ciudad con panfletos difamatorios en contra de los ingleses e instando a los americanos a defender su país contra el insulto y la opresión extranjera. Esa misma noche, entre diez mil y quince mil personas se concentraron en el Astor Palace, y Macready tuvo que escapar de nuevo cuando el teatro fue agredido primero con morteros y piedras, y después incendiado por los gánsteres cuando se vieron atrapados por la policía y huyeron al sótano. El fuego no causó grandes daños porque se extinguió a tiempo.

La policía fue incapaz de controlar a la multitud incluso cuando Macready abandonó el teatro y escapó hacia New Rochelle disfrazado, de modo que al final tuvieron que llamar al regimiento. Los soldados también fueron blanco de los ataques, y después de que se vieran obligados a retirarse hasta el ala este del Astor Palace y les sacaran de las manos algunos de sus mosquetes, lanzaron varias descargas hacia la multitud, causando la muerte a veintitrés personas y heridas a

veintidós. Más de cien policías y vigilantes sufrieron heridas por las piedras y los morteros, y seis de estos últimos recibieron disparos. Otro de los intentos de destrozar y quemar el Astor Palace Opera House tuvo lugar durante la noche del 11 de mayo, pero los asaltantes se acobardaron cuando vieron a un numeroso grupo de soldados de refuerzo y a la artillería dispuestos a barrer Broadway y la calle Bowery. El clima estuvo caldeado durante casi una semana, y durante varios días un numeroso grupo de personas se concentraron frente al New York Hotel, donde Macready se había hospedado, pidiéndole que saliera para colgarlo. El actor pudo coger un tren en New Rochelle dos horas después de que acabaran los disturbios del 10 de mayo. Llegó a Boston y viajó en barco hasta Inglaterra. Nunca regresó a América.

Capítulo tres

PERDICIÓN EN EL PASEO MARÍTIMO

Antes de la Guerra de la Independencia, y durante casi treinta años a partir de entonces, el barrio residencial más fino de Nueva York era el distrito Cuarto. Se extendía hasta el sudeste de Five Points y contaba con calles tan famosas como la Cherry, la Oliver, la James, la Roosevelt, la Catherine, la Pike, la Water y la Dover. En este distrito, y especialmente en Cherry Hill, el punto más septentrional al noroeste, vivían las familias de antiguo linaje y los ricos comerciantes. Los perfumados cerezos y las mansiones espléndidas bordeaban los caminos. La calle Cherry era el corazón de este distrito tan de moda, y era precisamente en esta vía pública, en la esquina de Franklin Square, donde vivía George Washington cuando fue elegido presidente de Estados Unidos. La casa de John Hancock estaba en el número 5 de la calle Cherry, y en el número 27 vivía el capitán Samuel Chester Reid, que fue quien diseñó la bandera americana. La vivienda en el número 7, al lado de la mansión Hancock, fue la primera de la ciudad en tener lámparas de petróleo. En el número 23, había un restaurante llamado The Well, uno de los locales favoritos de los oficiales del ejército, la marina y los patrones de barcos privados en servicio durante la Guerra de la Independencia. Fue en ese establecimiento de donde surgieron las fiestas de asados, tan populares en las despedidas de soltero.

Pero la oleada de inmigración que invadió a América poco después de la Guerra de la Independencia forzó a la aristocracia a trasladarse hacia el norte, y en 1840 sus mansiones ya se habían convertido en hileras interminables de edificios ruinosos que servían de cobijo a la miserable población que se revolcaba en el vicio y la pobreza. Cuando se derribó la vieja cervecería de Bowery, su reputación como el inmueble más sucio y depravado de la ciudad la heredó el Gotham Court, conocido con el nombre de Sweeney's Shambles, en el número 36-38 de la calle Cherry. También se disputaban ese privilegio los edificios de Arch Block, que abarcaban la calle Thompson y Sullivan entre las vías Broome y Grand. En Arch Block vivía, entre otros personajes, la voluminosa mujer negra apodada la Gran Sue o la Tortuga. Pesaba más de ciento cincuenta kilos y un periodista de la época llegó a describirla como «a una enorme tortuga negra de pie sobre sus patas traseras».

Gotham Court comprendía dos filas de viviendas unidas entre sí formando una hilera de cuarenta metros a lo largo de la calle Cherry en dirección a la calle Oak. En esas casas vivían más de mil personas, principalmente irlandeses, pero también algunos italianos y negros. La entrada en cualquiera de las dos filas de casas se hacía por dos callejuelas a cada lado, llamadas respectivamente calle Single y Double. La Single medía un metro ochenta de ancho y la Double medía casi tres. Esta última callejuela también se conocía con el nombre de Paraíso (Paradise), y fue donde nacieron y pasaron su niñez Edward Harrigan y William J. Scanlon, los famosos

actores de vodevil y obras musicales. Esta calle fue motivo de inspiración de la famosa canción *La luz del sol en la calle Paraíso*:

*Hay una callejuela muy conocida
donde se reúnen los jóvenes las noches de los domingos;
Aunque no es muy ancha, y además sombría,
la llaman Paraíso.
Una chica muy dulce vive en esa callejuela,
es la hija de la viuda McNally;
Tiene el pelo dorado y todos los chicos dicen
que es la luz del sol de la calle Paraíso.*

*Muchos desean casarse con ella, según cuentan,
y la joven siempre rechaza con educación a sus pretendientes;
Pero últimamente se la ha visto con Tommy Killeen,
paseando por las noches.
Nosotros solo podemos adivinar el resto; como es el chico a quien
más ama, pronto cambiará su nombre de McNally;
Pero aunque cambie su nombre, todos la conoceremos por el de siempre,
como la luz del sol de la calle Paraíso.*

Una de las principales vías de alcantarillado en esa parte de la ciudad transcurría justo por debajo de Gotham Court, y las bocas de acceso estaban en las calles Single y Double. Los gánsteres y otros delincuentes, que se escondían de la policía en las barracas de esa zona, abrieron otros pasadizos secretos en los sótanos de las viviendas y se ocultaban con su botín en los recovecos de las cloacas. Los espantosos olores y vapores que salían a la superficie convertían esa zona en una de las menos saludables de toda la ciudad. La tasa de mortalidad era siempre elevada, y durante la epidemia de cólera llegó a un ciento noventa y cinco por mil. De los ciento ochenta y tres niños que nacieron en Court durante un período de tres años, sesenta y uno murieron a las pocas semanas de vida. Los bebés también morían debido a las mordeduras de las enormes ratas que poblaban la zona, algunas de ellas tan grandes como gatos, y que infestaban las cloacas y solían invadir las viviendas. El departamento de Sanidad del ayuntamiento declaró en ruina a Gotham Court en 1871, pero no fue hasta la década de los noventa de ese mismo siglo que se desalojaron y derribaron las viviendas.

Las precarias condiciones de la zona se extendieron a todo el distrito Cuarto, y en 1845 ya era famoso como hervidero del crimen y la corrupción. Las calles donde en su día circulaban los carruajes de los aristócratas se habían convertido en vías públicas que albergaban a bandas de gánsteres tan famosas como los Daybreak Boys, los Buckoos, los Hookers, los Swamp Angels, los Slaughter Housers, los Short Tails, los Patsy Conroys y la banda Border. Ninguna vida humana estaba a salvo, y

cualquier hombre bien vestido que se adentrara en esas calles era asaltado, asesinado, o ambas cosas a la vez, antes de que pudiera atravesar una manzana. Si los gánsteres no podían atraer a una futura víctima hacia una de sus guaridas, la seguían hasta que pasaba frente a una ventana determinada, desde la cual una mujer arrojaba un cubo de cenizas sobre la cabeza de la víctima. Mientras esta se ahogaba y jadeaba, los malhechores la trasladaban a un sótano, donde la asesinaban y le sacaban la ropa, para después abandonar su cuerpo desnudo sobre la acera. La policía hacía pocos esfuerzos para detener a estos depravados del distrito Cuarto, salvo cuando estos se reunían y eran más de doce. Si uno de ellos trataba de esconderse en una de esas viviendas destartadas, las fuerzas del orden sitiaban el lugar durante una semana o más hasta que este salía rendido y muerto de hambre. Las principales guaridas de estos malhechores estaban bien provistas de armas: contaban con mosquetes, cuchillos y pistolas.

En la calle Water, que transcurre paralela al río East, prácticamente todas las viviendas tenían uno o más escondites. Algunos de estos inmuebles tenían incluso un bar, una sala de baile y un prostíbulo repartidos en cada piso. Durante al menos veinticinco años, esta calle fue probablemente el escenario de los crímenes más violentos que jamás se hayan cometido en cualquier otra calle del continente. John Allen dirigía su famosa sala de baile y prostíbulo subterráneo en el número 304 de la calle Water. En toda esa zona que abarcaba unos ochocientos metros, había cuarenta establecimientos parecidos, así como un centenar de otros pequeños locales de dudosa fama. Sportsmen's Hall, un establecimiento del gánster Kit Burns, era un bloque de tres pisos en el número 273 de la calle Water. Su mitad inferior estaba pintada de un color verde bilioso, y en la puerta de entrada colgaba una enorme insignia dorada. La habitación principal de la primera planta era un anfiteatro, con sus duros bancos de madera. Justo en el centro había un ruedo vallado con postes de casi un metro de altura. En ese foso arrojaban unas enormes ratas grises del muelle junto a unos perros Terrier que no habían comido en varios días. Uno de los gánsteres más famosos que frecuentaba este lugar era George Leese, también conocido como Snatchem, miembro de la banda de gánsteres El matadero (Slaughter House). Según la opinión de un periodista de la época, Leese era «un rufián obscuro, una bestia con ojos azules saltones, rostro hinchado y una forma de caminar de lo más presuntuosa».

Este gánster, además de ocuparse de sus negocios como pirata de río, era la sanguijuela oficial en las apuestas de combates ilegales que solían celebrarse en los antros del distrito Cuarto y en Five Points. Con dos revólveres en su cinturón y una navaja colgando de sus botas, Snatchem era un personaje importante en estos ambientes deportivos. Cuando uno de los combatientes empezaba a sangrar por los rasguños y los cortes que le ocasionaba su oponente, Snatchem se encargaba de chupar la sangre de la herida. Él mismo se describía muy orgullosamente como un «canalla hijo de revólver listo para matar» y un «degollacabezas en una habitación a oscuras». Por lo que parece, era todas esas cosas. Otra atracción de Sportsmen's Hall

era el sobrino de Kit Burns, conocido con el apodo de Jack *el Rata*. Por diez centavos, Jack arrancaba a mordiscos la cabeza de un ratón, y por veinticinco decapitaba una rata.



Una pelea de perros en el ruedo de Kit Burns

Uno de los tugurios más famosos de la calle Water era Boquete en la pared, situado justo en la esquina con la calle Dover. Pertenecía al manco Charley Monell y a sus fieles ayudantas, Mag *la Tirantes* (Gallus Mag) y Kate Flannely. Gallus Mag era uno de los personajes más notables del distrito Cuarto, una mujer enorme que medía más de metro ochenta de alto y se aguantaba el vestido con unos tirantes de pantalón. Era la gorila y la factótum general del Boquete en la pared; hacía guardia con paso majestuoso y firme frente al local con una pistola en su cinturón y una gigantesca porra que le colgaba de la muñeca. Era muy diestra con estas armas y, al igual que la célebre Maggie *Gato del Infierno* de Five Points, una virtuosa en el arte del jaleo. Tenía como costumbre, después de atizar con su porra a cualquier cliente escandaloso, agarrarlo de la oreja con sus dientes y arrastrarlo hasta la puerta, entre los frenéticos aplausos de los testigos presenciales. Si su víctima protestaba y se resistía, entonces le arrancaba la oreja de un mordisco, la echaba a la calle, y depositaba su miembro descuajado en una jarra de alcohol en la barra del bar, donde mostraba su colección de trofeos remojados en vinagre. Era una de las vecinas más temidas de la zona del paseo marítimo, y la policía de la época se estremecía al describirla como la mujer más salvaje que jamás habían conocido.

El antro donde Gallus Mag ejercía tal beligerante supervisión se convirtió en el lugar más vicioso de la ciudad. El capitán Thorne, del cuerpo de policía del distrito Cuarto, tuvo que cerrarlo después de que se cometieran siete asesinatos en ese lugar en un período de menos de dos meses. Fue en El boquete donde Slobbery Jim y Patsy *el Barbero*, ambos criminales violentos y miembros prominentes de la banda

Daybreak Boys, libraron su famosa pelea. En una de sus incursiones por el paseo marítimo, Slobbery Jim y Patsy *el Barbero* encontraron a un inmigrante alemán recién llegado que caminaba por el malecón de Battery. Lo detuvieron, le pegaron con una porra hasta dejarlo inconsciente y le robaron todo el dinero que tenía, unos doce centavos. Lo lanzaron al mar y el pobre diablo se ahogó. Los dos delincuentes pararon en El boquete para repartirse su botín, pero Slobbery Jim dijo que, ya que había sido él quien levantó al alemán contra la pared, le tocaban por lo menos siete u ocho de los doce centavos. Pero Patsy *el Barbero* insistía en dividir esa cantidad en dos partes iguales, argumentando con la misma lógica que si él no hubiera golpeado al alemán con la porra, Slobbery no hubiera podido lanzarlo al agua. Slobbery Jim se enfadó muchísimo y agarró la nariz prominente de Patsy *el Barbero* con sus dientes. Patsy contestó a su compañero de banda con una cuchillada en las costillas, pero este no salió malherido. Durante más de media hora los dos granujas se revolcaron por el suelo sin que Charly *el Manco* o Gallus Mag hicieran nada para detenerlos, porque se dieron cuenta de que no se trataba de una pelea común, sino de hombres arrebatados luchando por sus principios. Al final, Slobbery Jim se hizo con un cuchillo y apuñaló a Patsy *el Barbero* en el cuello. Cuando este cayó al suelo desangrado y agonizante, lo pateó con sus botas tachonadas hasta que Patsy murió. Slobbery Jim escapó y no se supo nada más de él hasta la Guerra Civil, cuando hizo su aparición como capitán del ejército de la Confederación.

A pesar de que en la calle Water estaban la mayoría de los antros más viciosos del distrito Cuarto y de que era una zona frecuentada por los gánsteres más peligrosos, no había mucho donde escoger entre esta y otras calles del distrito. La calle Cherry, por la que en su día se pasearon George Washington y John Hancock, era la sede central de los extorsionistas. Se hacían pasar por dueños de pensiones, y en ellas se robaba o se estrangulaba o se secuestraba a los marineros que llegaban. Un comité municipal calculó que a finales de los años sesenta del siglo XIX, se llegaron a robar al año más de dos millones de dólares a unos quince mil marineros. Dan Kerrigan, un destacado boxeador que se enfrentó en un combate de tres horas y media con el australiano Kelly, poseía uno de estos locales de extorsión en el número 110 de la calle Cherry; y la señora Bridget Tighe, una famosa extorsionista, tenía su sede de operaciones cerca de la de Kerrigan, en el número 61 de esa misma calle. En el número 110 y medio estaba la pensión de Tommy Hadden, el extorsionista más famoso de todos, quien también tenía una casa de huéspedes en la calle Water. Pasó dos temporadas en la prisión del estado acusado de robo y de secuestrar a marineros. Tanto Hadden como Kit Burns habían sido líderes de la banda Dead Rabbits y de otras bandas primerizas de Five Points. Más tarde, se cansaron del clima tan agitado de Paradise Square y se mudaron al distrito Cuarto, donde abrieron antros de mala muerte, se hicieron ricos, y se convirtieron en destacadas piezas decorativas del paseo marítimo. De vez en cuando volvían a Points y acompañaban a los Rabbits o a los Plug Uglies cuando estos tenían misiones importantes que realizar.

Normalmente asesinaban a los marineros incautos mientras dormían en el hotel Distrito Cuarto, entre las calles Catherine y Water. Los cadáveres eran arrojados al agua después de ser trasladados por unos pasadizos subterráneos que desembocaban en el mar, a los que se accedía por una trampilla que había en el propio hotel. Corrían rumores de que el primer asesinato de Jack el Destripador en Nueva York ocurrió en ese hotel, cuando una vieja arpía llamada Shakespeare fue descuartizada por un tipo medio tonto que tenía el apodo de Frenchy. Shakespeare siempre alardeaba de que venía de una familia aristocrática y de que en su juventud había sido una actriz muy famosa en Inglaterra. Apoyaba sus afirmaciones recitando, a cambio de una botella de ginebra, todos los papeles femeninos de las obras de *Hamlet*, *Macbeth* y *El mercader de Venecia*, de modo que en el distrito todos la consideraban una autoridad en arte dramático. Por mediación de Thomas Byrnes, jefe de policía, Frenchy fue liberado después de pasar unos años en prisión. Siempre defendió su inocencia, y corría el rumor de que alguien le había hecho esta jugarreta y que Shakespeare fue asesinada por el auténtico Jack el Destripador, quien supuestamente matara solo en Londres. Durante varios años hubo una especie de celos profesionales entre Scotland Yard y la policía de Nueva York. El jefe de policía Byrnes se había jactado públicamente en una ocasión de que ellos ya hubieran atrapado a Jack el Destripador si este hubiera cometido sus crímenes en Nueva York. Desafió a ese criminal inglés a que viniera a Estados Unidos, y al poco tiempo Shakespeare fue asesinada. Muchos detectives de la policía creyeron que Jack el Destripador había aceptado el reto, y que la policía había arrestado a Frenchy para salvaguardar su honor profesional. Las pruebas recogidas en los asesinatos de Londres indicaban que Jack el Destripador, era marinero.

Otra de estas famosas pensiones era Pearsall & Fox Hotel, en la calle Dover, cerca de la Water. Tenía una sala de baile en la planta baja, un prostíbulo en los pisos segundo y tercero, y habitaciones para alquilar en el cuarto y el quinto. Otro establecimiento de esta índole era la Casa de cristal (Glass House), en el número 18 del pasaje Catherine. Lo administraba Martin Bowe, miembro de una célebre familia en el distrito Cuarto. Bowe tenía tres hermanos. Jack, Jim y Bill, todos ellos destacados pistoleros, cuchilleros y ladrones. No solo lideraban a otros gánsteres en sus correrías por el puerto y los barcos que atracaban en el río East, sino que también actuaban como peristas y administraban los botines que obtenían otras bandas. Uno de sus principales seguidores fue Jack Madill, camarero de la Glass House durante más de un año. Al final, acabó en prisión con cadena perpetua por haber matado a su esposa después de que esta se hubiera negado a ayudarlo a robar a un marinero borracho o, en la jerga de la época, a «desplumar a un mamado».

Pero el establecimiento más famoso de este tipo en el distrito Cuarto era un salón de baile, situado en el número 304 de la calle Water. Lo dirigía John Allen, un miembro de una respetable familia acomodada en el estado de Nueva York, al norte. De joven se vio obligado a cumplir con las expectativas de sus padres y seguir los

pasos de sus hermanos, dos de los cuales se convirtieron en sacerdotes presbiterianos y un tercero fue ministro de la iglesia baptista. Pero en 1850 Allen no se sentía satisfecho con las futuras recompensas como sacerdote, de modo que abandonó sus estudios en el seminario y se trasladó con su mujer a vivir en el distrito Cuarto. Allí abrieron una sala de baile y un prostíbulo, en el que trabajaban veinte chicas vestidas con unos corpiños negros de satén, faldas y medias escarlata, y unas botas con la punta roja y unas campanillas que les colgaban de los tobillos. Cuando hubo acabado la Guerra Civil, una de las inquilinas de este establecimiento fue la hija del subgobernador de un estado de Nueva Inglaterra. Había llegado a Nueva York para buscar fortuna y se vio atrapada en las numerosas redes de traficantes de chicas de la ciudad que funcionaban sin ningún tipo de impedimento. Ese antro se convirtió pronto en uno de los principales centros recreativos de los gánsteres del distrito Cuarto. Allen lo administraba con tan buen juicio que en diez años llegó a amasar una fortuna de más de cien mil dólares. En seguida se dio a conocer como «el hombre más malvado de Nueva York», un sobrenombre con el que el periodista Oliver Dyer, del *Packard's Monthly*, lo bautizó. El local de Alley se convirtió en uno de los peores que jamás haya tenido la ciudad, merecedor de listarse entre otros establecimientos posteriores tan famosos como el Haymarket, el McGuirk's Suicide Hall, el Paresis Hall y el renombrado Armory Hall, de Billy McGlory.



Tentaciones en los antros del paseo marítimo

Allen ya había desistido por completo de servir al Señor cuando se embarcó en sus negocios del distrito Cuarto, aunque nunca acabó de olvidar su formación en el seminario. Curiosamente, y a pesar de que era un borracho, un ladrón, un proxeneta y probablemente un asesino, siguió siendo un devoto religioso, e insistía en envolver a su indigna ocupación con un halo sagrado. Su establecimiento abría cada tarde a la una, pero había tres días a la semana en que a las doce en punto reunía en el bar a sus rameras, a los camareros y a los músicos, y allí les leía y comentaba un pasaje de las sagradas escrituras. En cada uno de los compartimentos donde sus mujerzuelas entretenían a sus clientes había una Biblia y todo tipo de literatura religiosa. En las noches de gala se regalaba a los clientes copias del Nuevo Testamento. Allen estaba suscrito a casi todas las publicaciones religiosas de Estados Unidos, y recibía varias copias de los suplementos religiosos de los periódicos *New York Observer* y *The Independent*, sus favoritos. Los dejaba desperdigados por el salón de baile y el bar, y en cada mesa y banco reposaba un libro de himnos titulado *El amigo del humilde trotamundos*, un cancionero muy popular en esa época. Allen siempre estaba a punto para dirigir un coro improvisado de canciones religiosas entre sus rameras y clientes, de modo que no era poco habitual que el local resonara con el ruido de los cánticos. La canción favorita de las rameras era *Hay reposo para los agotados*:

*Hay reposo para los agotados,
hay reposo para ti,
a la otra orilla del Jordán,
en los dulces campos del Edén,
donde florece el Árbol de la Vida,
hay un reposo para ti.*

Las diversas revistas y artículos en los periódicos que explicaban con todo lujo de detalles la curiosa manera en que Allen administraba su establecimiento llamaron mucho la atención, de modo que los representantes de la iglesia de la ciudad decidieron sacarle provecho a esta situación. El reverendo A. C. Arnold, de la misión Howard, fue especialmente infatigable y visitaba con frecuencia el local de Allen con la intención de convencerle de que un sacerdote dirigiera esas reuniones religiosas. Finalmente, el 25 de mayo de 1868, el reverendo Arnold llevó a un regimiento de seis sacerdotes y otros seis devotos legos hacia los peligrosos tugurios de la calle Water. Encontró a Allen tan borracho que este no pudo ni protestar cuando el reverendo y sus fieles se pusieron a rezar a media noche hasta las cuatro de la madrugada. La anécdota salió publicada en los periódicos, y durante varios meses se produjo todo un desfile de curiosos y sacerdotes en ese antro de la calle Water, lo que ahuyentó a los clientes habituales de Allen y este fue perdiendo mucho dinero. Los sacerdotes siguieron celebrando sus encuentros religiosos cuando Allen estaba lo

suficientemente borracho como para permitirlo. Insistieron tanto para que abandonara su infame negocio que al final, en la medianoche del 29 de agosto de 1868, las puertas de la sala de baile se cerraron por primera vez en diecisiete años. A la mañana siguiente había un cartel colgado en la puerta:

ESTA SALA DE BAILE ESTÁ CERRADA
SOLO SE ADMITE LA ENTRADA A LOS CABALLEROS QUE VAYAN ACOMPAÑADOS DE
SUS ESPOSAS, Y QUE DESEEN EMPLEAR COMO SIRVIENTAS A JÓVENES MAGDALENAS
ARREPENTIDAS.

Al día siguiente el reverendo Arnold anunció que John Allen había retomado el buen camino y que nunca volvería a su anterior ocupación. En pocos días los sacerdotes ya estaban celebrando sus encuentros religiosos en la sala de baile. El domingo de esa misma semana, Allen fue a misa en la capilla de la misión Howard, y el reverendo Arnold pidió a la congregación que rezara por él, cosa que hicieron. La aparición de Allen en la iglesia causó tanto revuelo, al igual que las reuniones religiosas públicas, que estas continuaron a diario hasta el primero de octubre. Mientras tanto, los sacerdotes habían estado presionando a Kit Burns para que les cediera su cuchitril y pudieran celebrar sus encuentros religiosos, y el 11 de septiembre esas reuniones empezaron también en la casa de huéspedes de Tommy Hadden, en la calle Water, aunque no se llegaron a celebrar en su local de la calle Cherry. El bar de Bill Slocum, en la calle Water, también fue presa de los predicadores. Ni Slocum, ni Burns ni Hadden asistían a las celebraciones religiosas en la iglesia de la misión, aunque dieron su permiso para que se mencionara su nombre durante las plegarias.

Se produjo tanta conmoción por este renacer religioso en la calle Water que a mediados de septiembre se emitió un comunicado público, firmado por el reverendo Arnold, el doctor J. M. Ward, el reverendo H. C. Fish, el reverendo W. C. van Meter, el reverendo W. H. Boole, el reverendo F. Browne, Oliver Dyer, el reverendo Isaac M. Lee y el reverendo Huntington. Dicho documento explicaba los últimos sucesos en torno a las actividades religiosas en la calle Water. Afirmaba que Allen, Burns, Slocum y Hadden habían prestado sus instalaciones a la oración porque se habían convertido de nuevo al cristianismo, y que estaban cooperando con los sacerdotes únicamente por motivos religiosos.



Encuentro de oración en la sala de baile de John Allen

El comunicado también decía que esa nueva congregación estaba compuesta principalmente de marineros y vecinos del distrito Cuarto, y que algunos de los más desgraciados inquilinos de esa zona habían asistido a los encuentros y, en algunos casos, pidieron rezar y acudir a clases privadas de catequesis.

Estos datos los presentaron los sacerdotes como hechos, y así se aceptaron como tales hasta que el *New York Times*, tras una intensa investigación, expuso la situación real. Este periódico escribió que no se estaba produciendo ningún renacer religioso entre los vecinos de la zona del puerto, y que Slocum, Allen y Tommy Hadden no se habían convertido ni reformado. Se demostró que los predicadores y sus promotores financieros habían alquilado el antro de Allen por un mes, y que le pagaron trescientos cincuenta dólares a cambio del privilegio de celebrar reuniones de oración y otros servicios religiosos. Además, quedaba obligado, como parte del trato, a cantar himnos, a rezar y a decir públicamente que había prestado su local gratis por el amor que sentía hacia los predicadores. La noticia del periódico continuaba así:

En cuanto a la reforma de los otros hombres, no es más que un embuste, como en el caso de Allen. Tommy Hadden hace el papel de bueno con la esperanza de librarse del juicio ante los tribunales por haber secuestrado hace poco a un vecino de Brooklyn y embarcarlo a la fuerza como marinero; pero su piedad también tiene que ver con un bonito arreglo monetario con curas empresarios, parecido al de Allen. El establecimiento de Kit Burns abrirá sus puertas a los servicios religiosos el próximo lunes, pero que no se engañe el lector sobre la reforma moral de este personaje. La razón, también aquí, es hacer dinero y, debe saberse, va a recibir una media de ciento cincuenta

dólares al mes a cambio de que los religiosos utilicen su local una hora al día. Slocum también quería que rezaran por él en la misión de Howard el pasado domingo, pero se entiende que no merece tal veneración porque los misioneros no están dispuestos a pagarle un alquiler muy alto a cambio de su local. Y en cuanto a ese pretendido renacer espiritual en la calle Water, bajo la falsa presunción de que estos hombrezuelos se han reformado y han cedido voluntariamente sus salones al culto por motivos religiosos, no cabe decir más. Las reuniones diarias de oración no son más que asambleas de personas religiosas de las clases más altas de la sociedad, en lugares donde antes había salones de baile de poca monta. Todo este asunto ha suscitado un interés inusual por estos encuentros y sin duda alguna ha dado pie a muchas cosas buenas. Pero también es cierto que en dichas reuniones religiosas hay muy pocas mujeres de mala vida, si es que hay alguna. Ni tampoco están esos rufianes y hombres viciosos del vecindario. No se llega ni por asomo a esa clase de personas, y es falso afirmar que se está produciendo un renacer espiritual en la zona. El talante del público que acude a estas celebraciones religiosas, y las celebraciones en sí, se asemeja al de las misas de mediodía en la iglesia Fulton.

El *New York World* publicó la siguiente información sobre una de las reuniones en el tugurio deportivo de Kit Burns:

Los encuentros religiosos de la calle Water siguen realizándose. Ayer al mediodía, una multitud se congregó en la taberna de Kit Burns y apenas había algún gánster. La mayoría de esas personas parecían ser comerciantes y tenderos que pasaban por ahí. Al cabo de unos minutos, después de las doce, el ruedo deportivo se llenó de público, y el señor Van Meter hizo su aparición, situándose en un lugar donde pudo dirigirse a la audiencia desde el centro del ruedo vallado. Los gánsteres y los vendedores de textiles iban ocupando las gradas superiores hasta llegar al techo, y llegaba un olor nauseabundo de los perros y de las ratas muertas bajo los asientos.

Kit se quedó fuera, insultando y maldiciendo los ojos de los misioneros por no darse prisa.

Kit dijo: «Que me cuelguen si algunos de los tipos que están aquí no merecen una paliza. Tipos que en su vida han visto una pelea de perros. Debo ser muy guapo para que tantos tipos elegantes me miren».

Snatchem era una figura destacada en ese renacer religioso de la calle Water. Su inteligencia no era mucha, pero se conmovía fácilmente con los acalorados llamamientos de los predicadores y la emoción de los cánticos. Pedía que rezaran por

él en cada plegaria, y solía avergonzar a los sacerdotes preguntándoles en público cuándo recibiría el barril de agua del Jordán, puesto que le habían asegurado que limpiaría sus pecados. Pero Snatchem fue prácticamente abandonado a merced del diablo cuando, al preguntarle por qué quería ir al cielo, contestó que deseaba ser un ángel y morder la oreja de Gabriel.

El entusiasmo de los nuevos creyentes se vio considerablemente truncado por los artículos que iban apareciendo en el *Times* y en el *World*. A raíz de ello, el público empezó a faltar a los servicios religiosos cuando se hizo evidente que los sacerdotes no habían contado toda la verdad sobre el supuesto renacer místico. Con el tiempo, se abandonó la campaña religiosa, y la calle Water y parte del distrito Cuarto retomaron su talante pecaminoso. Pero el establecimiento de John Allen nunca se recuperó de los efectos implacables de las oraciones; los gánsteres empezaron a considerarlo, como el mismo Allen declaró, «débil y demente», de modo que los esfuerzos para abrir de nuevo su local fueron en vano. Conservó a sus mujeres y sus músicos, y una vez vencido su contrato con los predicadores, trató desesperadamente de devolver a su establecimiento su antiguo y malvado esplendor. Pero al cabo de unos meses, se vio obligado a abandonar la empresa. Su última aparición pública tuvo lugar a finales de diciembre de 1868, cuando él y su esposa y varias de sus chicas prestaron declaración ante el juez Dowling en el tribunal de policía del edificio Tombs, acusados de robar quince dólares a un marinero. Una de las chicas, Margaret Ware, fue procesada de inmediato, y Allen se vio obligado a pagar una fianza de trescientos dólares para declarar ante el tribunal general. Allen acusó a Oliver Dyer de provocar su arresto, y declaró que todo había sido «una faena».

Capítulo cuatro

PIRATAS DE RÍO

1

Los primeros gánsteres de Five Points y la zona Bowery eran ladrones comunes, en ocasiones asesinos, pero principalmente eran alborotadores y matones que batían sus reyertas al aire libre. Sin embargo, los gánsteres que plagaban el distrito Cuarto y se apiñaban cada noche en los tugurios y tabernas para pasar el rato y conspirar, esos eran básicamente asesinos y ladrones. Rara vez se implicaban en peleas a muerte con los gánsteres de otros distritos, pero cuando lo hacían, normalmente dominaban al adversario y lo dejaban mutilado y sangrando. Con la posible excepción de una banda de última hornada, los Whyos de Mulberry Bend, que eran los criminales más peligrosos que jamás hayan rondado por las calles de América. Cualquiera de ellos era más que un adversario para un Dead Rabbit, un Plug Ugly o un Bowery Boy, y ni siquiera las leyendas sobre el todopoderoso Mose relatan una contienda exitosa contra los gánsteres del paseo marítimo.

En época más reciente, los Huston Dusters, así como los Potashes, los Gophers y otras bandas de la calle Hell's Kitchen y el West Side, han ganado considerable reputación por sus incursiones en la orilla oeste de Manhattan. Pero los primeros piratas limitaban sus actividades, principalmente, al paseo marítimo del río East, y solo una banda de importancia operaba en el río Hudson. Se trataba de toda una colección de rufianes conocida como la Banda de la calle Charlton. Tenían su sede central en una taberna de poca monta en la entrada de la calle Charlton, y salían cada noche a robar lo que hubiera en el puerto y a matar a cualquiera que se adentrara en su territorio. Pero la mayoría de embarcaderos del río Hudson los utilizaban los barcos a vapor de alta mar y los veleros. Los propietarios procuraron que el muelle estuviera bien iluminado y contrataron a unos cuantos vigilantes. De modo que los gánsteres de la calle Charlton vieron que las ganancias de sus robos iban escaseando, y la verdad es que se vieron obligados a elegir entre la piratería corriente y moliente, y el trabajo honesto.

Naturalmente, eligieron la piratería, y durante los dos primeros años de su nueva carrera vagaban por el río Hudson con botes de remos. Pero no tuvieron mucho éxito hasta la primavera de 1869, cuando se unió a ellos una mujer conocida como Sadie *la Cabra*, quien dio nueva vida a la banda. Sadie mereció ese apodo porque tenía como costumbre, cuando encontraba a un desconocido que parecía tener dinero o algo de valor, agachar la cabeza y golpearle con ella en el estómago. Después su compañero

de banda disparaba a la sorprendida víctima con un tirachinas, y luego le robaban sus bienes con toda comodidad. Durante varios años, Sadie *la Cabra* fue una de las gánsteres favoritas entre las bandas del distrito Cuarto, aunque al final acabó implicada en una pelea con Gallus Mag en la que salió muy mal parada. Huyó del distrito, dejando tras de sí una de sus orejas remojadas en vinagre en el Boquete de Gallus Mag, y buscó refugio en el antro de la banda de la calle Charlton, en el West Side.

Bajo las órdenes de su inspirada gestión, los gánsteres de la calle Charlton ampliaron considerablemente su campo de operaciones. Robaron un pequeño balandro de excelente calidad para la navegación, y con la bandera pirata ondeando en el mástil y Sadie *la Cabra* paseándose por cubierta con paso decidido, la banda navegaba de un lado al otro del río Hudson, desde el río Harlem hasta pasada la ciudad de Poughkeepsie. Asaltaban granjas y mansiones junto al río, aterrorizaban a aldeas enteras y a veces pedían rescates por los hombres, mujeres y niños que secuestraban. Se decía que Sadie *la Cabra*, cuya ferocidad superaba con creces la de sus rufianes seguidores, obligó a varios hombres a ir por el barco vestidos al más puro estilo pirata. Durante algunos meses estos gánsteres se anotaron muchos éxitos, y llenaron sus escondites de fardos de artículos, algunos de ellos de considerable valor, que luego repartían entre los peristas y los chatarreros que bordeaban los ríos Hudson y East. Pero después de cometer varios asesinatos, los pequeños agricultores de esa zona se armaron y empezaron a dar la bienvenida a los gánsteres con mosquetes y pistolas. Pasado el verano, su vida se volvió tan peligrosa que abandonaron el balandro.



Rateros de muelle trabajando

Se decía que Sadie *la Cabra* se procuró una buena parte del botín conjunto y regresó al distrito Cuarto, donde firmó una tregua con Gallus Mag y la reconoció como reina del paseo marítimo. Gallus Mag se emocionó tanto por la abyecta rendición de su antigua rival que echó mano de sus trofeos y le devolvió su oreja

femenina. Según la leyenda, Sadie *la Cabra* se hizo incrustar la oreja en un medallón que llevaba colgado del cuello.

En su informe al alcalde de septiembre de 1850, el jefe de policía George W. Matsell calculó que había entre cuatrocientos y quinientos piratas de río en el distrito Cuarto, organizados en unas cincuenta bandas de gánsteres en activo. «Los piratas de río —dijo— persiguen sus infames operaciones con una perseverancia sistemática, y demuestran una astucia y habilidad que solo puede lograrse con una práctica de mucho tiempo. Nada les sale mal. Con sus botes, bajo el manto de la noche, merodean por los muelles y los riachuelos, y agarran con destreza cualquier artículo de valor que alguien haya dejado descuidado, aunque solo sea por un instante». Algunos de esos botes piratas venían del paseo marítimo de Brooklyn, y otros de las costas de la isla Staten y New Jersey. De vez en cuando, un barco de pesca de gran tamaño se alejaba del puerto durante la noche y servía de barco nodriza, luego volvía al salir el sol y repartía el botín acumulado a los chatarreros. Pero los gánsteres de río de los que se quejaba el señor Matsell provenían de los antros del distrito Cuarto y, posteriormente, del distrito Séptimo y del Corlears' Hook, justo en la revuelta del río East, al norte de la calle Grand. Los piratas robaban cualquier cosa que pudieran pillar en el muelle o en los propios barcos. Normalmente pasaban el botín a sus propios contenedores y almacenes, lo que evitaba la identificación de los objetos robados por parte de la policía y dificultaba que esta obtuviera pruebas de que la mercancía había sido robada.

Los Chicos del amanecer (*Daybreak Boys*), un grupo que se reunía en la taberna de poca monta propiedad de Pete Williams en el Slaughter House Point —así llamaba la policía a la intersección de la calle James y Water—, fueron la primera banda de gánsteres de río que funcionaron como unidad criminal organizada. Se llamaban así porque normalmente escogían el amanecer para llevar a cabo sus empresas más peligrosas e importantes, y pocos eran los días en que el sol del amanecer no los descubría rondando por el muelle o recorriendo el río en botes de remo. Nicholas Saul y William Howlett, ejecutados en el Tombs cuando el primero tenía veinte años y el segundo tan solo un año más, fueron los líderes más célebres de los Daybreak Boys, aunque entre los miembros de la banda había otros muchos criminales de buena reputación, como Slobbery Jim, Sow Madden, Cow-legged Sam McCarthy y Patsy *el Barbero*. Ninguno de estos gánsteres superaba los veinte años cuando gozaba de la reputación de gánster asesino y degollador. Apenas había un hombre entre ellos que no hubiera cometido al menos un asesinato e innumerables robos antes de llegar a su mayoría de edad. Saul y Howlett se unieron a la banda cuando tenían dieciséis y quince años respectivamente, y otros hombres eran incluso más jóvenes. Otros eran niños de diez y doce años.

Los Daybreak Boys pronto saltaron a la fama como los gánsteres más violentos de la época, dispuestos a hundir adrede un barco, romperle el cráneo a un vigilante o cortar una cabeza sin el menor reparo. A menudo asesinaban por el puro placer de

matar, sin que mediara provocación o la esperanza de obtener ganancias. Saul y Howlett se convirtieron en jefes de los Boys en 1850, y bajo su liderazgo conjunto la banda sembró el terror en la ribera del East durante dos años enteros, aunque a veces se adentraban en las aguas más peligrosas del río Hudson y en el puerto. Tanto Saul como Howlett eran gánsteres extraordinariamente hábiles y la valentía con la que afrontaban cualquier misión, así como la evidente prosperidad económica de sus compañeros, atrajo rápidamente a los gánsteres más viciosos del distrito. La policía calculó que durante los dos años en que estos dos héroes dirigieron a los Daybreak Boys la banda llegó a robar por un monto conjunto de al menos cien mil dólares, y cometió unos veinte asesinatos. Es también muy probable que esa cifra de muertes fuera el doble, porque raramente pasaba un día sin que uno o más cadáveres flotaran en el río o se hallaran tendidos en el suelo de un embarcadero abandonado, con los bolsillos vacíos y heridas mortales en sus cuerpos. Apenas se encontraban pruebas que pudieran delatar al asesino.

La noche del 25 de agosto de 1852, un detective que pasaba por el tugurio de Pete Williams en Slaughter House Point, vio a Saul, a Howlett y a Bill Johnson, un miembro incompetente de la banda pero compañero habitual de los dos cabecillas. Estaban sentados en una mesa cabeza con cabeza, ajenos a la diversión del lugar. Era evidente que tramaban algo malo porque, además, Johnson estaba bebiendo en exceso, algo que siempre hacía este gánster temeroso cuando se auguraba algo trascendental. Al cabo de una hora, el detective volvió a pasar por el local, pero los tres gánsteres se habían marchado y supuso que estarían en una de las salas de baile a las que solían ir. Pero no era así, pues se habían embarcado en un bote de remos y con el escálcamo engrasado y los remos amortiguados con trapos se dirigieron hasta el bergantín William Watson, anclado en el río East entre la calle Oliver y James Slip. Johnson se quedó en el bote, borracho como una cuba. Saul y Howlett treparon gateando hasta la cubierta del bergantín y se abrieron paso hasta la cabina, donde el vigilante, Charles Baxter, se abalanzó contra ellos cuando estos procedían a arrancar la caja fuerte del capitán y a deslizarla por el pasamanos hasta su bote. Baxter les atacó a pesar de que no iba armado, y lo hizo con tanta ferocidad que los gánsteres perdieron la cabeza y en vez de agredirlo con una porra o un tirachinas hasta dejarlo inconsciente, le dispararon una bala en el pecho.

Saul y Howlett abandonaron su intento de desvalijar el bergantín, y se precipitaron hacia el bote poniendo rumbo a la costa. Johnson estaba aún tan borracho que fue incapaz de ayudarles a remar. Pero el William Watson no estaba muy lejos de la costa, de modo que un policía del muelle Oliver pudo oír el disparo. Al cabo de unos minutos, el agente pudo distinguir entre la oscuridad del mar el bote de remos abriéndose paso entre la niebla que esa noche se había posado sobre el río. Cuando el bote atracó en el muelle, vio cómo Saul y Howlett arrastraban a Johnson por el embarcadero hasta el antro de Pete Williams. Horas después, tras descubrirse el cadáver de Baxter, una brigada de veinte policías armados hasta los dientes irrumpió

en ese local situado en el Slaughter House Point y detuvo a los tres gánsteres después de luchar violentamente con varios hombres que unieron sus fuerzas para defender a sus jefes. Los tres gánsteres fueron procesados y se les declaró culpables de asesinato. Johnson fue condenado a cadena perpetua, pero Saul y Howlett fueron condenados a muerte. Durante la mañana del 28 de enero de 1853, fueron colgados en el patio del Tombs en presencia de más de doscientos espectadores interesados. Cien de esos espectadores, entre ellos el carnicero Bill Poole y Tom Hyer, el perista, hicieron cola ante el patíbulo y estrecharon la mano a los condenados.

Con la muerte de estos dos cabecillas, Slobbery Jim y Bill Lowrie asumieron el liderazgo de la banda Daybreak Boys. Pero Slobbery Jim tuvo que abandonar la ciudad enseguida para librarse de su ejecución por el asesinato de Patsy *el Barbero*. La banda fue perdiendo poder después de que el jefe de policía Thorne mandara cerrar el local de Slaughter House Point. Lowrie y su amada, Molly Maher, abrieron después otra taberna, la Rising States, en la calle Water cerca de Oliver, donde trataron de mantener unido lo que quedaba de los Daybreak Boys. Pero Lowrie fue detenido durante un robo en el muelle poco después de inaugurar su establecimiento ilegal, y fue condenado a quince años de prisión. Sam McCarthy *Pierna de Vaca* asumió el liderazgo de la banda y se hizo novio de Molly Maher, aunque al cabo de unos meses abandonó tanto al río como a su nuevo amor y probó suerte en una banda de ladrones de Five Points, que operara en los distritos residenciales y comerciales de las afueras de la ciudad.

Mientras tanto, el jefe de policía Matsell y otros oficiales seguían con la inquietud de crear un cuerpo policial para proteger el muelle y los barcos. A esta cruzada se unieron muchos ciudadanos destacados, entre ellos James W. Gerard, quien viajó a Londres para estudiar con todo detalle las acciones de la policía de la capital inglesa, y al regresar publicó una serie de artículos pidiendo a Nueva York una mayor protección policial. El señor Gerard fue también líder de la campaña que al final logró crear un cuerpo de policía permanentemente uniformado. No solo les instó a que eligieran un uniforme distintivo, sino que le hizo hacer uno a su propio sastre y luego se lo puso durante un baile de disfraces, lo cual suscitó muchos comentarios. Pero no fue hasta 1859 que las autoridades de la ciudad consintieron a la organización de una policía portuaria. Ese cuerpo policial lo formaron al principio un puñado de hombres que patrullaban por los ríos y las aguas costeras del puerto en botes de remos. El primero de esos botes zarpó el 15 de marzo de 1858, y al cabo de unos días lo hicieron otros doce bajo las órdenes de experimentados agentes de policía con la misión de registrar y examinar cualquier movimiento peligroso.

Con la ayuda de los botes de remos, la policía emprendió una enérgica campaña contra los gánsteres del distrito Cuarto, concentrando sus ataques en los Daybreak Boys, quienes ya estaban un tanto desmoralizados por la mala suerte de sus líderes y la fuga de Sam *Pierna de Vaca*. El repartidor Blair y los guardias Spratt y Gilbert mataron a doce gánsteres en 1858, y durante ese mismo año el sargento detective

Edwin O'Brien arrestó a cincuenta y siete gánsteres afiliados a los Daybreak Boys, los Short Tails y los Border Gang. Estos arrestos dividieron a los Daybreak Boys y, a finales de 1859, la banda había desaparecido casi por completo. Los miembros que sobrevivieron a los ataques de la policía huyeron a la zona Bowery, a Five Points o a Corlears' Hook, donde se unieron a diversas bandas. Pero los Swamp Angels —que tenían su sede central en la alcantarilla debajo de la finca Gotham Court, en la calle Cherry—, los Hookers y el resto de bandas del distrito Cuarto siguieron causando muchos problemas a la policía. Los agentes marítimos de la zona nunca sabían adónde iría a parar la mercancía que salía de un barco en el muelle East. Las reyertas entre la policía y los gánsteres ocurrían durante la noche, y muchos hombres de ambos bandos salieron heridos o perdieron la vida. Las bandas marítimas de Brooklyn y New Jersey empezaron también a adentrarse en aguas de Manhattan, aunque generalmente los de Brooklyn no se alejaban demasiado de sus bases de operaciones porque las oportunidades de robo y asesinato eran muchas en el muelle de esa zona. Sus escondites estaban en un lugar poco poblado entre Brooklyn y Williamsburg, que en esa época se llamaba Ciudad irlandesa (Irishtown), en la que ahora viven judíos e italianos.

2

El gánster más ilustre que llamó la atención de la policía durante esa época fue Albert E. Hicks, conocido popularmente como Hicksey. Era un ladrón y gánster independiente que vivía con su mujer y su hijo en el número 129 de la calle Cedar, no muy lejos de la iglesia Trinity y a dos manzanas del río Hudson. Hicks se pasaba el día en los antros de la zona marítima del distrito Cuarto. A pesar de que no formaba parte de ninguna de las grandes bandas de gánsteres, a veces se alistaba en las filas de alguna de ellas si sus actividades prometían suficiente emoción y recompensas.



Albert E. Hicks

Una noche de marzo de 1860, después de beber demasiado en uno de los salones de baile de la calle Water, Hicks buscó alojamiento en una de las pensiones de secuestradores de la calle Cherry, con la confianza de que su reputación le protegería. Pero el cabecilla de la «pensión» no guardaba respeto a nadie. Echó láudano en la última copa de Hicks antes de que este se acostara, luego en mitad de la noche se acercó a la habitación de Hicks y con un golpe seco se aseguró de que su víctima durmiera aún mejor. Cuando Hicks se despertó a la mañana siguiente, ya estaba a bordo del balandro *E. A. Johnson*, rumbo a Deep Creek, Virginia, junto a un cargamento de ostras. Los secuestradores se encargaron incluso de registrar a Hicks en el buque como miembro de la tripulación, con el nombre de William Johnson. Aparte del gánster secuestrador, en el barco viajaban el maestre, el capitán Burr y dos hermanos, Smith y Oliver Watts.

El *E. A. Johnson* zarpó del puerto de Nueva York con Hicks tumbado en el castillo de proa y tratando de hacer memoria. Al cabo de cinco días, el balandro quedó abandonado en el mar, a unas cuantas millas de la isla Staten. Lo encontró la goleta *Telegraph* de New London, Connecticut. La goleta se unió al remolcador *Ceres*, y juntos pudieron remolcar al *Johnson* hacia Fulton Market, en el extremo sur de Manhattan. Era evidente que el *Johnson* había colisionado con otro buque, ya que su bauprés y su tajamar estaban destrozados. Los marineros que iban a bordo del *Johnson* llevaban tiempo suficiente en el mar como para saber acoplar un remolque, pero aludieron que la cubierta estaba en muy mal estado. Una vez amarrado en el

muelle el juez de instrucción Schirmer y el agente Weed, de la prefectura segunda de policía, entraron en el *Johnson* y lo registraron. Vieron que las velas estaban sueltas sobre la cubierta, y que faltaba un bote salvavidas en la popa. La cabina y el techo, el suelo, las sillas, las literas y la mesa estaban manchados de sangre, al igual que la ropa de cama, los papeles del barco y varias prendas desparramadas por el compartimento. En el suelo de la cabina, así como en el tablado de cubierta, unas huellas delataban que alguien había estado arrastrando un cuerpo pesado hasta un extremo del barco, puesto que además el pasamanos mostraba salpicaduras de sangre. Allí encontraron cuatro dedos humanos y un pulgar, y cerca de ellos un hacha con restos de sangre.

Al día siguiente, Andrew Kelly y John Burke, inquilinos del edificio de la calle Cedar, comparecieron ante la policía y le contaron al capitán Weed que veinticuatro horas antes de que el balandro llegara a puerto, Hicks había regresado a casa con una enorme suma de dinero, y que este había respondido con evasivas cuando se le preguntó de dónde lo había sacado. Esa misma noche, Hicks hizo las maletas y abandonó la ciudad con su mujer y su hijo. El guardia Nevins lo localizó en una casa de huéspedes en Providence, Rhode Island, y con la ayuda de la policía de la ciudad arrestó a toda la familia. Los llevaron de vuelta a Nueva York y soltaron a la señora Hicks y al niño, pero Hicks quedó detenido momentáneamente porque su declaración sobre cómo había conseguido ese dinero tenía puntos oscuros.

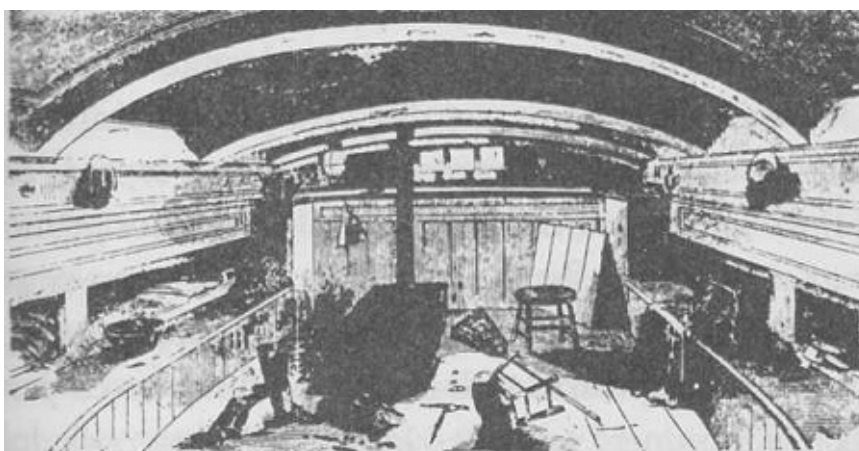
Un registro exhaustivo de las pertenencias del gánster reveló un reloj que se identificó como perteneciente al capitán Burr, así como un daguerrotipo que una joven le había dado a Oliver Watts antes de que partiera el balandro. Hicks negó rotundamente que su nombre fuera Johnson o que estuviera a bordo del barco, pero no fue capaz de explicar la posesión del reloj y la foto. Posteriormente, fue identificado por John Burke como vecino de la calle Cedar. Luego, un marinero de uno de los barcos de la isla Staten identificó a Hicks como el hombre que lo había abordado durante su escapada a Manhattan, pidiéndole que le ayudara a contar el dinero contenido en dos bolsas. Empezó a hilarse toda una telaraña de pruebas circunstanciales en torno a Hicks, motivo por el cual fue dado en custodia a Isaiah Rynders, jefe de Policía del Cuerpo Nacional, quien lo encerró en el Tombs. En mayo se celebró su juicio ante el juez del distrito, y tras una deliberación de solo siete minutos, el jurado lo declaró culpable de piratería y asesinato en alta mar. Fue condenado a muerte el viernes 13 de julio, y el tribunal especificó que la ejecución por ahorcamiento tuviera lugar en una de las islas gubernamentales de la bahía de Nueva York. Menos de una semana después del juicio, Hicks hizo llamar al celador de Tombs y le dijo que deseaba confesarse, para aliviar su alma de todo pecado. Con las manos esposadas por detrás de la espalda y la cadena y la pesa colgando de su tobillo, el gánster se paseó arriba y abajo de la sala ante una audiencia de agentes y periodistas. Describió con todo lujo de detalles escabrosos el asesinato del capitán Burr y los dos chicos, Smith y Oliver Watts. El suceso, según explicó, tuvo lugar a las

diez en punto de la noche. Mientras le daba vueltas al asunto de cómo había sido secuestrado, llegó a la conclusión de que se vengaría de esos malhechores matando a todos los del barco.

«Yo llevaba el timón —dijo—, y el capitán Burr y uno de los hermanos Watts estaba durmiendo en cabina. El otro Watts vigilaba en proa. De pronto, el demonio tomó posesión de mí y decidí matar al capitán y a la tripulación esa misma noche».

Hicks colocó una cuña en el timón para que el balandro siguiera su curso, y cogió un cabrestante. Avanzó sigilosamente por cubierta hasta llegar al muchacho que vigilaba el abrir de las aguas en proa. Pero su cuerpo dibujó una larga sombra con la luz de la luna y Watts se dio la vuelta para ver quién venía. El joven gritó una vez, pero luego la vara de cabrestante le dio en la cabeza y le rompió el cráneo. El golpe seco y el grito despertaron al hermano, y este se acercó a proa subiendo por la escalerilla de cubierta. Entretanto, Hicks había conseguido un hacha, y cuando el chico llegó a cubierta, el gánster le decapitó. Luego Hicks bajó por la escalerilla en busca del patrón. El capitán Burr, un hombre bajo, grueso, pero muy musculoso, se despertó por la entrada del ladrón asesino. Burr se incorporó y vio a Hicks en el centro de la cabina, mientras este se abalanzaba hacia él con el hacha en ristre. El pirata atacó al capitán con el arma manchada de sangre y reluciendo con la tenue luz que se balanceaba sobre el camastro del capitán.

El hacha partió la almohada del capitán Burr, pero este se apartó y cayó al suelo a tiempo para salvar el pescuezo. Agarró a Hicks por las rodillas, y mientras el gánster se lanzaba también al suelo, el capitán luchó desesperadamente para cogerle el cuello, pero Hicks hacía todo lo posible para que su hacha entrara de nuevo en acción. La pelea duró varios minutos, pero al final Hicks puso al capitán contra el calentador de cabina y, antes de que Burr pudiera acabar de incorporarse, el pirata le clavó el hacha en plena cabeza, partiéndole el cráneo.



Interior de la cabina del balandro E. A. Johnson

Luego Hicks se dirigió a cubierta, donde encontró al primer hermano Watts

tratando de ponerse en pie. El gánster le propinó un golpe que lo volvió a noquear y después arrastró su cuerpo hasta el pasamanos, donde lo levantó por encima de la barandilla para lanzarlo al agua. Pero el joven se agarró a la barandilla, por lo que Hicks se vio obligado a cortarle los dedos con el hacha, y Watts cayó finalmente al mar. Después, Hicks tiró por la borda los otros cadáveres, desvalijó las bolsas de dinero del capitán y condujo el barco hasta la costa. Cuando avistó la isla Staten, utilizó el bote salvavidas para desembarcar, no sin antes abandonar el balandro en alta mar.

La condena de Hicks y su posterior confesión causaron mucho revuelo en toda la ciudad, y durante varias semanas hubo un flujo constante de personas que visitaban el Tombs, paseaban por los pasillos y observaban la celda donde Hicks reposaba tumbado en el suelo. Entre los primeros visitantes se encontraba Phineas T. Barnum, el gran empresario artístico, cuyo Museo Americano disfrutaba en esa época de mucha popularidad. Barnum pidió hablar en privado con el prisionero, a lo que Hicks accedió tras consultarlo con el celador del Tombs. Barnum comunicó al pirata que deseaba un perfil de yeso de su cabeza y busto para poder exponerlo en el museo junto a otras curiosidades. Después de todo un día de deliberaciones, se llegó a un acuerdo en el que Hicks accedía a posar a cambio de veinticinco dólares en efectivo y dos cajas de puros de cinco centavos. A la mañana siguiente, el yeso ya estaba listo, y esa misma tarde Barnum volvió al Tombs con un traje nuevo para Hicks. Posteriormente, Hicks se quejó al celador de que Barnum le había engañado porque sus ropas nuevas eran de pacotilla y en absoluto tan buenas como las que tenía antes.

La señora Hicks visitó a su marido a las seis en punto del jueves 12 de julio. La pareja se despidió, la mujer se fue, el reverendo Duranquet entró en la celda del condenado y permaneció con él hasta las once de la noche, momento en el cual Hicks se tomó una taza de té y se retiró a acostarse. Durmió profundamente, y a las cuatro de la madrugada le despertaron y le ordenaron que se vistiera. Hicks no daba indicios de lamentarse o arrepentirse, sino que comió con apetito el desayuno y luego se fumó los últimos puros que Barnum le había regalado. Le contó al celador que Barnum le había pedido que devolviera las cajas vacías de los puros para exponerlas en el museo. El guardia le prometió que Barnum las recibiría.

Poco antes de las nueve, llegó el jefe de policía Rynders, ataviado con la espada del *sheriff* que se había tomado prestada para la ocasión. Entró en la prisión, atendido por el *sheriff* Kelly y otros funcionarios de menor rango, todos ellos vestidos con levitas negras y sombreros de copa. El jefe de policía leyó con voz grave y sonora la condena a muerte, y declaró que el prisionero se preparara para la ejecución, lo cual hizo Hicks vestido con un traje de algodón azul confeccionado especialmente para la ocasión. Se quejó de que el traje no le sentaba bien y que no había sido planchado debidamente, pero el celador le contestó que no había tiempo para más cambios.

El gánster fue esposado y le ataron las cadenas en las piernas. Lo trasladaron de su celda al pasillo central de la prisión, donde el jefe de policía Rynders y su séquito

le estaban esperando solemnemente. Junto con el padre Duranquet y rodeado de los funcionarios marchando en cuadrilla con sus sombreros de copa apoyados en el pecho, Hicks fue escoltado con gran ceremonia hasta la calle. Las miles de personas congregadas allí estallaron con gritos y vítores al ver a Hicks, y tanto el prisionero como el jefe de policía contestaron con un gesto de agradecimiento. Por un instante, el grupo ejecutor se quedó parado en los escalones de la entrada principal, ya que en una de las esquinas de la calle Center apareció una banda de música. Acompañaba a unos carruajes de caballos negros conducidos por unos hombres vestidos de luto de pies a cabeza. La procesión se detuvo frente al Tombs entre los toques de trompeta, y Rynders, con su sombrero alto de seda recostado en el codo y su espada pegando contra sus talones, bajó ceremoniosamente las escaleras y se colocó en el asiento delantero del primer coche. A su lado se sentó el jefe segundo Thompson, mientras Hicks hacía lo propio en el asiento de atrás, entre el padre Duranquet y el *sheriff* Kelly. En el segundo carruaje viajaban los ayudantes del *sheriff*, cada uno con su bastón de mando, y en los otros coches había policías, jugadores, peristas, políticos, médicos y periodistas. Cuando Rynders dio la señal, se inició el repicar de los tambores y los músicos entonaron un canto fúnebre. Los carruajes se alejaron lentamente hacia los callejones abarrotados de gente hasta la calle Canal. Precisamente allí esperaba el barco de vapor *Red Jacket* para transportar a la procesión ejecutora a Bedloe Island, donde actualmente reluce la Estatua de la Libertad con su brillante antorcha.

Los vehículos y los músicos se separaron cuando la procesión llegó al muelle. Las dos mil personas que habían sido invitadas a la ejecución, pero no al paseo en coche, se embarcaron en el *Red Jacket*. Hicks se acomodó en cabina, y se puso a rezar de inmediato con el padre Duranquet. A las diez en punto ya habían embarcado unos mil quinientos hombres, todos ellos rumbo a la isla. Pero Rynders se dio cuenta de que quedaba aún mucho tiempo antes de la ejecución, y propuso divertir a sus invitados con una travesía adicional por el río Hudson. De modo que el *Red Jacket* cambió de rumbo, y se dirigió lentamente río arriba hasta la boca de la calle Hammond, donde estaba anclado el buque de vapor *Great Eastern*, recién llegado de Europa en su viaje inaugural. Acercaron a Hicks hasta la barandilla del barco y mientras el *Red Jacket* rodeaba al *Great Eastern*, Rynders se detuvo en un puente de cubierta. Con su espada en una mano y una trompeta en la otra, comunicó a los pasajeros el motivo de la travesía y el significado de las cadenas y las esposas que Hicks llevaba puestas.

Hacia las 10.30, el *Red Jacket* empezó de nuevo a descender por la bahía y llegó a la isla Bedloe al cabo de media hora. Los invitados volvieron a formar una procesión y, guiados por Rynders, el padre Duranquet y Hicks, marcharon por territorio gánster entre nutridas filas de marines a las órdenes del capitán John B. Hamilton. Mientras tanto, un poco más apartados del embarcadero, un destacamento de la infantería Ford Hamilton esperaba para escoltar al gánster hasta la escena de la ejecución. Hicks avanzaba pronunciando oraciones con sus labios y las manos colocadas sobre el

pecho. Cuando sus pies pisaron la isla, se arrodilló con el padre Duranquet y le pidió al Todopoderoso que su alma recibiera una atención especial. Le permitieron terminar su súplica, mientras los invitados observaban de pie y con sus sombreros en las manos. Luego la procesión siguió su curso, con Hicks en el centro de un cuadrado formado por la tropa, al tiempo que la banda del destacamento tocaba un réquiem.

Mientras tanto, cientos de barcas llegaban de Manhattan, la isla Staten, New Jersey y Brooklyn. Formaban una masa sólida que se extendía más de treinta metros desde la costa. Pasadas estas filas de embarcaciones menores, había grandes barcos de recreo, alegremente decorados con banderines y atestados de gente con ganas de divertirse, entre los que se encontraban vendedores ambulantes de maíz, de azúcar y otros dulces. Se calcula que al menos diez mil personas presenciaron la ejecución, ya que el patíbulo se levantó tres metros sobre el agua y la ejecución quedaba a la vista de todos aquellos que se encontraban en el mar. Hicks subió puntualmente al patíbulo a las 11.30 y, al cabo de quince minutos, después de que Rynders y otros oficiales le hubieran estrechado la mano, se procedió a cortar la cuerda, de modo que el cuerpo de Hicks quedó colgando sobre la trampilla. El condenado se batió por unos instantes con la muerte, pero al poco rato ya no dio muestras de dolor. El cadáver quedó suspendido durante una media hora, luego lo desataron y lo transportaron de vuelta a Manhattan en el *Red Jacket*. Hicks fue enterrado en el cementerio Calvary, pero apenas dio tiempo a que su cuerpo se enfriara del todo porque la tumba fue profanada por personas de gustos macabros, quienes vendieron el cadáver a estudiantes de medicina a cambio de unos cuantos dólares.

3

Cuando la policía fue empujando hacia el norte a las bandas del distrito Cuarto y a lo largo del río East, nacieron tugurios en el distrito Corlears Hook parecidos a los que existieron en las calles Water y Cherry. Estos nuevos antros recibieron nombres tales como Bañera de Sangre (Tub of Blood), Cocina del Infierno (Hell's Kitchen), El Castillo del Galán (Swain's Castle), El Puertecito (Snug Harbor), El callejón de los Gatos (Cat Alley) y el Lechos de Lava (Lava beds). Muchos ladrones y gánsteres de reputación frecuentaron estos locales después de la Guerra Civil. Entre los clientes más habituales se encontraban Skinner Meehan, Dutch Hen, Brian Boru, Sweeney *el Niño*, Hop Along Peter o Jack Cody. Sweeney *el Niño* y Brian Boru durmieron en una explanada de roca cerca de Hook durante veinte años. Pero una noche, al acostarse, Brian Boru estaba tan borracho que no fue capaz de defenderse cuando lo atacaron y devoraron unas enormes ratas grises que plagaban el muelle y recorrían kilómetros en busca de comida. Hop Along Peter era un tipo bastante tonto, pero muy violento, y se abalanzaba con furia contra cualquier uniforme de policía. Se convirtió en uno de los

matones de agentes más temidos de su época.

Patsy Conroy, quien había trabajado con mucho éxito en el paseo marítimo del distrito Cuarto, trasladó al completo a su banda a Corlears Hook y pronto logró la ayuda de ladrones y camorristas tan famosos como Joseph Gayles, apodado *Socco el Bracero*; de Scotchy Lavelle, Johnny Dobbs, cuyo nombre real era Mike Kerrigan, Kid Shanahan, Pugsy Hurley, Wreck Donovan. Tom *el Ratón*, Negro Wallace, Beeny Kane, Piggy Noles y otros muchos más. Posteriormente, Scotchy Lavelle se convirtió en el orgulloso propietario de un local en Chinatown, mientras que Johnny Dobbs se forjaba un nombre como ladrón de bancos. La carrera de *Socco el Bracero*, lugarteniente de Conroy, acabó repentinamente la noche del 29 de mayo de 1873. Junto con Bum Mahoney y Billy Woods robó un bote a la entrada de la calle Jackson. Los tres gánsteres lo arrastraron hasta el embarcadero 27 del río East, donde el bergantín *Margaret* estaba amarrado a la espera de mercancía. Los ladrones entraron en el buque y procedieron a desvalijar la caja fuerte, pero el ruido despertó al capitán y al oficial de cubierta. Empezaron a pelearse, los gánsteres salieron gravemente heridos y fueron arrojados por la borda a la barca, mientras el patrón del bergantín disparaba en el aire para avisar a la policía. En ese momento los guardias marítimos Musgrave y Kelly estaban patrullando el río en un bote de remos. Trataron de interceptar a los ladrones, pero los perdieron entre la niebla y la oscuridad y regresaron al muelle, donde Musgrave encendió su linterna. La tenue luz reveló un bote que se alejaba lentamente por debajo del entablado del muelle, con Mahoney y Woods remando y *Socco el Bracero* de pie en popa y un revólver en la mano.

Socco disparó tan pronto como vio la luz de la linterna, pero erró en el tiro y sus compañeros soltaron los remos para procurarse las pistolas. La policía devolvió el disparo y el primer tiro de Musgrave dio a *Socco el Bracero* justo por debajo del corazón. El gánster cayó desplomado en la barca. Mahoney y Woods volvieron a los remos y se dirigieron rápidamente corriente arriba, donde tiraron al agua a *Socco el Bracero* para que el bote pesara menos. Pero Socco, aunque gravemente herido, no estaba muerto, y la impresión del agua fría lo revivió. Braceó hacia el bote de sus compañeros, se agarró a la borda y les suplicó que lo subieran de nuevo. Los policías podían oírle, de modo que Woods propuso darle a Socco en los nudillos con los remos y dejar que se ahogara, pero Mahoney fue más considerado y subió a bordo al gánster herido. Socco falleció antes de que la embarcación avanzara quince metros, y el apesadumbrado Mahoney se vio obligado a arrojar de nuevo el cadáver al agua. Al cabo de dos días, el cuerpo apareció en la entrada del canal Stanton, a pocos metros de la casa donde vivía el gánster.



Pelea con piratas de río

La suerte de Socco *el Bracero* asustó a sus compañeros de Corlears Hook, pero en poco tiempo recobraron su coraje. Seis meses después, el 30 de noviembre de 1873, el bergantín *Mattan* transportaba un cargamento de petróleo y al atardecer se detuvo en el río East, justo enfrente de Castle Garden, una antigua sala de celebraciones donde cantaba Jenny Lind y que ahora alberga un acuario. El comandante y propietario del barco, el capitán T. H. Connauton, tenía previsto embarcar a más tripulación al día siguiente y zarpar rumbo a Liverpool. Pero poco después de medianoche, siete gánsteres enmascarados salieron sigilosamente de un embarcadero cubierto en Corlears Hook y avanzaron remando hasta el *Mattan*. Subieron trepando por una cuerda que la tripulación del bergantín había dejado suelta en proa por descuido. Una vez a bordo, empezaron sus actividades en popa, pero uno de los ladrones tropezó con unas cuerdas enrolladas y cayó de bruces en plena cubierta, con lo cual el oficial de cubierta se acercó inmediatamente para ver qué ocurría. Enseguida derribaron a su oponente con una honda, y luego lo ataron y amordazaron. También capturaron al segundo oficial de cubierta y al cocinero cuando este se atrevió a asomar la cabeza por la escotilla.

El capitán Connauton, su esposa y sus tres hijos dormían en cabina mientras los gánsteres se dirigían sigilosamente hacia ella. Llamaron a la puerta, y cuando el patrón preguntó qué querían, los malhechores le contestaron que la policía del puerto deseaba hablar con él. El capitán Connauton, medio dormido, abrió la puerta, pero la cerró de golpe cuando se percató de que iban enmascarados y armados con varas de metal y hondas. Apenas se había cerrado la puerta, cuando uno de los gánsteres disparó con un enorme revólver. La bala atravesó uno de los paneles de la puerta e hirió al capitán en la pierna. Este cayó al suelo y, aunque la señora Connauton y sus hijos trataron con todas sus fuerzas de bloquear la puerta con muebles, los gánsteres la echaron al suelo y entraron violentamente en la cabina, donde le pidieron al capitán que les entregara los cuatro mil dólares en efectivo que sabían que llevaba a bordo.

Pero el capitán Connauton se negó a revelarles el escondite de su fortuna, de modo que los gánsteres cogieron a la señora Connauton y le pusieron la pistola en la sien, amenazando con matarla si no se les era entregado todo el dinero. El señor Connauton les convenció al final de que no tenía cuatro mil dólares, sino menos, y estos soltaron a su esposa cuando el capitán les prometió mostrarles dónde encontrar cuarenta y cinco dólares. Los gánsteres saquearon la cabina, pero al cabo de una hora el bergantín acabó zarpando con todo el dinero: un anillo de diamantes, dos relojes, tres cadenas de oro, una sortija de rubíes y tres vestidos de seda que la señora Connauton había comprado en Liverpool durante su último viaje a Inglaterra.

Al cabo de dos días del asalto al bergantín, la policía portuaria arrestó a Tommy Dagan y a Billy Carroll, dos gánsteres jóvenes pero violentos que al poco tiempo fueron procesados y condenados a prisión. Pero seis meses después, la policía supo que Dagan y Carroll habían pasado la noche del asalto en un tugurio de la calle Water, y que los enmascarados que habían entrado en el *Mattan* eran miembros de la banda de Patsy Conroy dirigidos por Denny Brady y Larry Griffin, ladrones selectos que no solo eran expertos en robos de río, sino también en asaltos de alto calibre. Cuando los atracos en el paseo marítimo ya no fueron un negocio tan rentable, estos malhechores crearon una banda de ladrones enmascarados que se dedicaban a asaltar pequeñas ciudades del condado de Westchester, a ambos lados del estrecho de Long Island, y en la misma Long Island. Durante dos años, sembraron el pánico en estos lugares, pero al final Brady fue detenido y procesado por el robo de una casa en Catskill. Griffin y Patsy Conroy fueron igualmente detenidos, en casa de Robert Emmet, en la localidad de White Plains.

La banda de Hook también se trasladó del distrito Cuarto a Corlears Hook, y después de que Conroy fuera enviado a prisión y sus hombres se dispersaran, se convirtió en la banda más temida del distrito. El grupo estaba capitaneado por Tommy Shay, Suds Merrick, James Coffee y Terry Le Strange, quienes se dedicaban a los hurtos en el paseo marítimo y a robar carteras. Otros gánsteres destacados, entre ellos Bum Mahoney, se unió a los Hookers. Tomaron como sede central de sus operaciones un tugurio a la entrada de la calle Stanton, pero sus «trabajos» los realizaban a lo largo del río East desde la calle Catorce hasta la Battery. Tuvieron mucho éxito durante un tiempo, pero a finales de 1874 Sam McCracken, Tommy Bonner y Johnny Gallagher, tres de los mejores gánsteres de Merrick, fueron condenados a prisión por una buena temporada después de asaltar el barco *Thomas H. Brick* y de atar y amordazar al capitán.

Con tres de sus mejores bazas en manos de la policía, Merrick claudicó como jefe de los Hookers, y le sucedió Bum Mahoney. Mahoney tenía solo veintitrés años cuando asumió el cargo, pero ya se había convertido en uno de los gánsteres más conocidos y temidos de la zona marítima. Uno de sus lugartenientes era Slipsley Ward, quien fue detenido y encarcelado después de trepar hasta la cubierta de una goleta en el embarcadero Pike, tratando de hacerse con el mando del barco él solo.

Otro miembro de los Pikers era Piggy Noles, un hombre que robó un bote de remos, lo pintó de nuevo y luego se lo vendió a su propietario original. Y un tercero era Negro Wallace, que sucumbió después de su intento de robo a tres hombres en un bote de remos. Desgraciadamente, esos tres hombres eran detectives. Mahoney también debía lealtad al viejo Flaherty, el cabecilla de una célebre familia. El viejo Flaherty tenía unas patillas largas y blancas y una sonrisa de benevolencia, pero era uno de los gánsteres más crueles del distrito Séptimo. Finalmente, fue enviado a la penitenciaría de la isla Blackwell acusado de robo. Su esposa, una destacada ladrona de tiendas y carterista, le siguió al poco tiempo. Mientras tanto, su hijo pequeño fue condenado a quince años de cárcel en Sing Sing acusado de estrangulamiento y robo en vía pública. El primogénito de la pareja, en busca de nuevos territorios sin explorar, consiguió una condena de diez años en la prisión del estado de Illinois.

La policía logró ahuyentar a los gánsteres del distrito Cuarto cuando estaba a punto de acabar la Guerra Civil, pero no lo consiguió del todo con los gánsteres de Corlears' Hook hasta que se creó, en 1876, una escuadrilla policial de barcos de vapor bajo las órdenes del jefe de policía Gastlin. El *Séneca* fue el primero de estos vapores, y luego se añadieron varios a la flota. Navegaban arriba y abajo de los ríos East y Hudson, y también cruzaban el puerto. Las cabinas de estos barcos estaban atestadas de policías que embarcaban en pequeños botes de remos cuando se avistaba un gánster o alguien daba la voz de alarma. Posteriormente, se añadieron a la flota unas lanchas de vapor y de ahí surgió la actual División de Marina, tal vez la sección más eficiente del departamento de policía.

En 1890, la mayoría de antros de la calle Water y Corlears' Hook tuvo que cerrar por falta de promotores. En los diez años siguientes, la policía acabó prácticamente con las bandas de gánsteres organizadas de la zona marítima, aunque quedaron, hasta el día de hoy, ladrones independientes de gran proeza. Pero hasta la aparición de los Manos blancas (*White Hands*), después de la Primera Guerra Mundial, no hubo bandas de gánsteres dignas de mención contemporáneas a los Daybreak Boys. Bajo las órdenes de Dinny Meehan y Bill Lovett *el Salvaje*, los White Hands aterrorizaron la sección del puente de Brooklyn y la calle Red Hook, sobre el río East. Hacían incursiones ocasionales y asaltos a barcos en el muelle de Manhattan. Sin embargo, estas últimas actividades eran las menos y nunca les acabaron de salir bien. El método de Bill *el Salvaje* era sencillo: los estibadores y propietarios de barcos que se negaban a pagar un tributo a la banda recibían su particular acoso, destruyendo, saqueando y quemando su propiedad. Lovett fue asesinado en 1923, tres años después de que Meehan falleciera, para su satisfacción, a manos de un gánster celoso que aspiraba a su corona. Después, la banda quedó en manos de Peg Leg Lonergan, pero era un hombre muy ambicioso. Emprendió un asalto a la sede central de una banda de gánsteres del Brooklyn sur, y resultó muerto junto a dos de sus principales hombres. Desde entonces, los White Hands no han tenido un jefe destacado y han permanecido más o menos inactivos.

Capítulo cinco

EL ASESINATO DE BILL *EL CARNICERO*

1

Los elementos criminales más desvergonzados de Nueva York, justo antes de la Guerra Civil, eran los jugadores. Amasaron sorprendentes fortunas y podían pagar bonitas sumas de dinero a los políticos a cambio de protección, de modo que funcionaban con un desprecio absoluto hacia los ataques de los reformadores de la ciudad. A finales de 1850, Jonathan H. Green, un jugador reformado convertido en el director ejecutivo de la Asociación para la Erradicación del Juego en Nueva York, dirigió un estudio sobre esta situación. El 20 de febrero de 1851, presentó su informe ante el público reunido en el Broadway Tabernacle, una sala donde Horace Greeley y otros eminentes ciudadanos impartían sus charlas. Green describió la existencia y el funcionamiento de unas seis mil casas de juego, de las que más de doscientas eran locales de primera clase que frecuentaban hombres con mucho dinero. También había varios miles de pequeños locales donde se jugaba a la lotería, a la rifa y a la ruleta, este último un pasatiempo muy popular entre los inmigrantes.

La mayoría de casas de juego finas estaban situadas en las calles Park Place, Liberty y Vesey, en Park Row y en Broadway sur. También en la calle Barclay, que actualmente se dedica a las tiendas de imágenes y textos religiosos. El establecimiento de Jim Bartolf, famoso por sus estafas, estaba situado en el número 10 de Park Place. Casi al lado vivía Jack Wallis, un hombre de origen chino que dirigía un establecimiento de bastante reputación, en su día propiedad de los franceses José y Jimmy Berry. Wallis les arrebató su negocio jugándose a cara o cruz. Otros célebres tugurios de juego eran el Handsome Sam Suydam y el Harry Colton en la calle Barclay; el Hillman en la calle Liberty, el Pat Herne y el Orlando Moore en Broadway sur, y el Frank Stuart en Park Place. El Herne era el más popular de todos, pero Herne, el mismo dueño del local, era un jugador incorregible. Lo que ganó en su propio establecimiento lo perdió rápidamente en las casas de la competencia. Muchos de los locales finos, así como un nutrido número de casas de apuestas y sorteos, pertenecían supuestamente a Reuben Parsons, el monarca de los ludópatas de su tiempo, conocido también con el apodo de El gran banquero americano de naipes. Parsons era de Nueva Inglaterra, y había llegado a Nueva York con varios miles de dólares y la intención de emprender un negocio y seguir con la vida decente que había llevado en su ciudad natal. Pero, al poco tiempo, perdió su fortuna en una casa de apuestas, y se quedó tan impresionado con la facilidad y el

desparpajo con que había volado su dinero que decidió abrir su propio local de juego. Parsons se hizo rico, pero a diferencia de muchos de sus colegas vestía trajes sencillos y era de talante modesto. Se negó a asociarse con otros casinos y apenas se le veía públicamente en los lugares que él administraba con genialidad. Además, jamás en la vida volvió a jugar después de su primera experiencia.

Probablemente, hubo más jugadores y casas de juego en Nueva York durante los años cincuenta y sesenta del siglo XIX que en cualquier otro período de la historia de la ciudad. «Las calles Park Row, Barclay y Vesey son el Wall Street de estos despreciables personajes», escribió el *New York Herald*. «Tal vez se juega más en esta calle que en todo Londres, y es muy probable que las medidas efectivas adoptadas en Londres y en París para eliminar este infame negocio impulsen a muchos de estos europeos a venir a nuestra ciudad, de modo que se puede anticipar un notable incremento de los robos y pillajes, y de todos los vicios y crímenes que suelen acompañar a tales negocios. Muchos de estos jugadores comunes se mezclan con la gente de buen ver en la ciudad y, en comparación, un carterista podría parecer un miembro respetable de la sociedad. Se pasean por Broadway desde por la mañana hasta la tarde, se dejan ver por las salas de ópera por la noche y se dedican a timar en las calles Park Row y Barclay hasta las cinco de la madrugada. Son los miembros más *distingúés* de las termas y balnearios». El pasatiempo favorito en las salas de juego que dirigían estos elegantes personajes era el *faro*, un juego de naipes tan popular como lo es actualmente el póker. «El *faro*, otra de las mascotas preferidas de la policía y de nuestros guardianes de la moral pública —escribió Green en su informe final—, es un juego tan particularmente adaptado al gusto de los americanos que casi se puede considerar el juego nacional, al mismo nivel que el *Rouge et Noir* en Francia y el *Monte* en España. En esta ciudad, el *faro* avanza a pasos agigantados y se está extendiendo por todos los estratos de la sociedad».

Todos los establecimientos de clase alta exhibían letreros espléndidos. Contaban con unos sirvientes uniformados que atendían a las demandas de los jugadores y, a veces, también se contrataba a músicos y actores de teatro profesionales. Algunos de estos locales no llegaron nunca a sentir la competencia de otros establecimientos similares propiedad de Richard Canfield y Honest John Kelly. Un escritor de la época describió uno de estos suntuosos locales de Park Row del siguiente modo: «Unos espejos de enormes proporciones llegan hasta el techo. Nada de frescos vulgares, sino cuadros caros de artistas de primera línea que adornan las paredes y el techo. Abunda el oro auténtico, los muebles dorados y de palisandro cubiertos con telas de satén y terciopelo. La cena se sirve a las seis en punto. No hay nada en Nueva York que se pueda comparar a la elegancia de la mesa. La vajilla es de oro y plata, secundada por copas de un corte exquisito y otros objetos de porcelana fina. Las viandas de temporada son las mejores y se sirven con mucho estilo. Entre los propietarios de estas casas de juego de clase alta hay una constante rivalidad para sobresalir en materias de cocina y presentación en la mesa».

John Morrissey entró en este mundo de paraísos del juego, de gánsteres y jugadores a principios de la década de los cincuenta. Era un hombre inteligente, muy alto y muy fuerte. En el destino de Morrissey estaba escrito convertirse en un destacado gánster; en un perista profesional con una victoria en su haber contra John C. Heenen; en un propietario de lujosas casas de juego en Nueva York y Saratoga Springs; en un miembro del parlamento y el congreso y, junto con el original Honest John Kelly, en líder de Tammany Hall y dispensador de su influencia. Y, por cierto, aunque Morrissey llegó a Nueva York harapiento y sin un centavo, se convirtió en un hombre muy rico. Llevaba sortijas en los dedos, diamantes que le brillaban en la pechera, y tenía cofres abarrotados de oro. En cierta ocasión, cuando estaba en la cúspide de su carrera, se calculó que su fortuna ascendía a setecientos mil dólares.

Se decía que Morrissey nació en Irlanda, pero la primera noticia que se tuvo de él en Estados Unidos fue en Troy, en el estado de Nueva York donde ayudaba en una taberna y se forjó un nombre en la vecindad como camorrista y matón. Visitó varias veces la ciudad de Nueva York, antes de establecerse permanentemente en ella. En una de sus visitas intentó la loable pero imposible tarea de arruinar el local del número 25 de la calle Park Row, feudo de Isaiah Rynders. Este había dejado temporalmente Tammany Hall para probar suerte con el partido de los Native Americans, también llamado Know Nothing. Había cambiado el nombre de su club Empire por el de Americus, y este se había convertido en el lugar preferido de los líderes de las bandas de gánsteres y buscacamorras que luchaban bajo la bandera del Know Nothing. Entre estos personajes estaba Tom Hyer, el campeón americano de pesos pesados, y Bill Poole, también apodado Bill *el Carnicero*, jefe de una banda de matones en el West Side que sembraron el terror en la calle Christopher. A Poole se le consideraba el máximo alborotador y arrancaojos de su época, y ni siquiera los camorristas más agresivos de Five Points y del distrito Cuarto se atrevían a pelear con él. Antes de organizar su propia banda de gánsteres y de convertirse en todo un varón de la política, Poole trabajó como aprendiz en la banda de los Bowery Boys.

Morrissey fue gravemente herido por Poole y otros matones del partido Native Americans cuando irrumpió hecho una furia en el club Americus con la intención de destruirlo. Su fuerza y su valor impresionaron tanto a Rynders que este ordenó que lo acostaran en el mejor dormitorio de la casa y lo cuidaran hasta que volviera en sí. Luego Rynders le ofreció un buen puesto de trabajo en su banda, pero Morrissey declinó el honor por su tremenda animadversión hacia Tom Hyer y Bill Poole. Regresó a Troy para recuperarse, pero al cabo de unas semanas ya estaba de vuelta a Nueva York y se puso a trabajar en varias tabernas y casas de juego, esperando la oportunidad de demostrar su valía. Dicha oportunidad le vino al fin durante unas elecciones locales en los distritos del norte. Como se esperaban problemas en las urnas y se rumoreaba que Bill *el Carnicero* y sus gánsteres tenían la intención de

atacar el distrito electoral y destruir las urnas, los ciudadanos honestos decidieron tomar sus medidas. Sabían que no podían confiar en la policía para que los protegiera, y estaba en boca de todos que deseaban emplear los servicios de un gánster de primera línea para que contrarrestara la violencia de Poole y sus muchachos.



John Morrissey

A la mañana siguiente, Morrissey llamó a John Kennedy —quien posteriormente se convirtió en superintendente de policía y cayó gravemente herido en unos disturbios—, y quedaron en organizar a una banda de matones para proteger el distrito electoral y evitar que Bill *el Carnicero* hiciera de las suyas. Cuando llegó el día señalado, Morrissey estaba frente a las urnas con cincuenta de sus hombres de Five Points más agresivos, a quienes había contratado por un dólar cada uno. Plantó su ejército de gánsteres alrededor del edificio, y dio la orden de que a los tipos de Poole había que dejarlos tendidos en el suelo y pegarles hasta romperles el cráneo. También les hizo saber que no se oponía a que alguno de los hombres de Poole quedara lisiado de por vida, y que agradecería toda oreja o nariz que pudieran regalarle como recuerdo. Al mediodía, se acercó al distrito electoral un enorme carro de cuatro caballos con una carga de treinta gánsteres de Poole. Bill *el Carnicero* en persona iba a la cabeza, saltaron del carro y entraron violentamente en el edificio. Pero se detuvieron de inmediato cuando se percataron de la presencia de Morrissey y de la bienvenida que este les había preparado. Poole y Morrissey se vieron las caras en medio de la sala y se miraron por unos instantes. Bill *el Carnicero* se dio cuenta de que los hombres de Morrissey eran muchos más, de modo que se dio la vuelta y salió del edificio con paso firme. Seguido de sus hombres, subió al carro y se fueron.

Morrissey se había anotado una notable victoria sin atizar ni un golpe. No obstante, sus gánsteres, decepcionados por la falta de emociones fuertes, lanzaron unos cuantos pedazos de ladrillo mientras los secuaces de Poole se retiraban. Tres de ellos cayeron abatidos al suelo.

Cuando la noticia de esta hazaña de Morrissey llegó a oídos de los líderes de Tammany, lo recibieron con los brazos abiertos y le dieron el dinero suficiente para abrir una pequeña sala de juego. Con un negocio que funcionaba y dinero caliente en su bolsillo, Morrissey ocupó su legítimo lugar entre los cargos inferiores de Tammany Hall. Se convirtió en el socio y compañero de matones tan célebres como Jim Turner, Lew Baker y Yankee Sullivan, este último un famoso matón que al final acabó linchado por la guardia de San Francisco. Su nombre auténtico era Ambrose. Todos esos hombres se habían preparado para plantar cara a Tom Hyer y Bill *el Carnicero*, pero sucumbieron ante los puñetazos secos y las contundentes patadas de sus adversarios. A finales de 1854, Hyer le dio a Yankee Sullivan una paliza sin precedentes en una taberna situada entre Park Place y Broadway, y repitió la proeza al cabo de unos meses cuando se volvieron a ver las caras en un cuadrilátero de boxeo profesional. Naturalmente, Sullivan, Turner y Baker estaban de acuerdo con Morrissey respecto a su odio hacia los gladiadores del Native Americans, y ambos grupos se solían pelear a menudo.

A principios de enero de 1855, Turner y Baker fueron al Platt Saloon, un local en la planta baja del teatro Wallack entre la calle Broadway y la calle Doce. Encontraron a Hyer frente a la barra tomándose una copa de ron. Al cruzarse, Turner rozó su codo con la nariz de Hyer y le rompió el vaso en los labios, lo que a la vez insinuaba el nacimiento ilegítimo de Hyer. Este último protestó, con lo cual Hyer y Baker se sacaron el abrigo y empuñaron sus pistolas con un gesto amenazante y provocador. Hyer dijo con una voz dulce que no buscaba líos y Turner, envalentonado por la actitud del gánster, disparó dos veces y una de las balas acabó rozando el cuello de Hyer. Este sacó su pistola pero, en vez de disparar a Turner, lanzó el arma contra la pared. Cuando se dio la vuelta vio que Turner cargaba la pistola para un tercer disparo, con lo cual agarró al gánster de Tammany y lo arrojó al suelo con tanta fuerza que la pistola se le fue de las manos. Mientras tanto, Baker atacaba a Hyer por la retaguardia, y trataba de descerebrar a su oponente con la culata del revólver que no había podido cargar. Hyer lanzó a Baker por encima de Turner, pero al poco rato llegó un policía y ordenó detener a Baker. Al final, el policía se negó a interferir en una lucha privada entre caballeros, de modo que Hyer cogió a Baker por el pescuezo y lo arrastró por un tramo de escaleras hasta la calle, donde se dispuso a patearlo y a darle puñetazos sin piedad. Baker se las había arreglado para hacerse con un cuchillo mientras estuvo tendido en el suelo, y luego luchó con todas sus fuerzas para deshacerse de Hyer mientras este lo arrastraba, momento que aprovechó para cortar los nudillos. Pero Hyer le sacó enseguida el cuchillo de las manos. Al final, Baker acabó tendido inconsciente en la acera, y Hyer volvió a entrar en el local en busca de

Turner, pero este ya se había escapado por la puerta trasera, dejando su revólver en el suelo.

Esta pelea en el Platt causó mucho revuelo en los círculos políticos y gansteriles, y tanto los buscacamorras de Tammany como los de Native American se armaron hasta los dientes y se pasearon por los locales de moda alardeando de sus intenciones beligerantes. Al cabo de unos días, Bill *el Carnicero* se las vio con Baker en un tugurio de la calle Canal llamado Gem. Le propinó al gánster de Tammany una paliza increíble con la intención, tal como Baker aseguró después, de sacarle los ojos y una oreja. La policía interfirió antes de que Baker acabara hecho una piltrafa, y Poole abandonó el local jurando a los cuatro vientos que «ya arreglaría este asunto de Baker». Desde ese día, Baker fue armado día y noche, y apenas se le veía sin Turner o Paudeen McLaughlin, otro destacado peleón de Tammany con una predisposición especial al asesinato desde que le arrancaran la nariz durante una reyerta en Five Points. Era también un experto en ponerle las botas a un adversario después de derribarlo con una porra o por el impacto de una honda, de modo que era un tipo muy respetado en los bajos fondos. Alentado por Turner y McLaughlin, Baker prometió a bombo y platillo que mataría a Poole cuando lo viera, y este replicó que si jamás volvía a poner las manos encima de Baker, sus restos mortales pasarían desapercibidos en las pompas fúnebres.

Morrissey vio en la profunda enemistad entre Poole y Baker una oportunidad para demostrar su alarde habitual de que podría derribar a un matón de los Native American en un combate abierto y sin armas. Físicamente, Poole y Morrissey eran casi iguales. Ambos medían más de un metro ochenta de estatura y pesaban más de noventa kilos. Poole era probablemente más agresivo, pero Morrissey suplía sus defectos de nacimiento con una mayor pericia y velocidad en sus movimientos. Todo el mundo sabía que merecía la pena trasladarse kilómetros de distancia para presenciar una pelea entre estos dos hombres, de modo que los promotores deportivos no escatimaban esfuerzos para que eso ocurriera. Pero la verdad es que nunca llegaron a luchar. Una noche, semanas después de que Baker acabara tan mal a manos de Poole, este último y Morrissey se las vieron cara a cara en una taberna de Broadway. Morrissey ofreció una apuesta de cincuenta dólares a que Bill *el Carnicero* no sería capaz de nombrar un lugar donde no pudiera encontrarle. Poole nombró el embarcadero de la calle Christopher, justo en el centro de la zona controlada por su propia banda, y Morrissey pagó sin rechistar. Al cabo de media hora, lo provocó de nuevo apostando a que Poole no podría nombrar otra calle, y Bill *el Carnicero* sugirió que se encontraran en el muelle de la calle Amos, a una manzana al norte de la calle Christopher, a las siete en punto de la mañana del día siguiente.

Esta vez Morrissey aceptó el trato en contra de las advertencias de sus amigos, quienes le aseguraron que le estaba citando en terreno peligroso. Acompañado de una docena de hombres, Morrissey llegó al muelle en coche de caballos. Fue atacado de inmediato por una tropa de casi doscientos hombres de Poole. Luchó con arrojo, pero

los gánsteres lo arrastraron hasta un embarcadero y le dieron una buena paliza antes de ser rescatado por una multitud de hombres de Tammany, quienes sabían de las dificultades en las que se encontraría su héroe. Poole no apareció en escena, pero al cabo de unos días, en la noche del 24 de febrero de 1855, él y Morrissey se volvieron a encontrar en Stanwix Hall, una taberna nueva de Broadway cerca del antiguo hotel Metropolitan, centro de la vida nocturna de la ciudad en esa época. Morrissey y Mark Maguire, rey de la banda Newboys, estaban jugando a las cartas en un cuarto trasero cuando entró Poole, y Morrissey irrumpió inmediatamente en el lugar al escuchar la voz penetrante de Bill *el Carnicero* alardeando de sus proezas. Al acercarse a Poole, Morrissey le escupió en la cara, sacó una pistola un tanto anticuada y apuntó a Poole en la cabeza, disparando tres veces. Pero el cartucho no funcionó, y Morrissey pidió que alguien de los allí reunidos le prestara un arma. Nadie se la dio, y Poole sacó su pistola. Estaba a punto de disparar a su adversario cuando Maguire lo agarró por la manga y le dijo, con tono de reproche: «¿No irás a matar a este infeliz a sangre fría, verdad?».

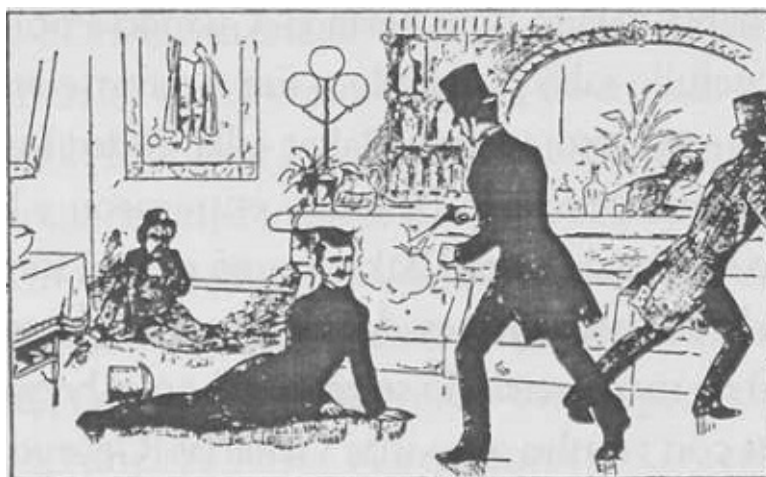
Poole soltó algunas groserías y tiró la pistola al suelo. Luego cogió dos enormes cuchillos de una mesa y los lanzó a la barra del bar, invitando a Maguire a que eligiera uno para pelear. Pero Maguire declinó amablemente la invitación, al igual que hizo Morrissey cuando Poole le instó a aprovecharse de la oferta. Poole, carnicero de profesión, lo sabía todo sobre cuchillos, y a nadie se le escapaba el hecho de que podía lanzar un cuchillo de carnicero a seis metros de distancia e hincarlo tres centímetros en el tronco de pino. En estas entró Baker, y cuando Morrissey vio a su amigo se quiso dar prisa y se dispuso a atacar a Poole con los puños y los pies. Pero varios policías habían seguido a Baker, y Morrissey y Poole fueron arrestados. Ninguno de los dos protestó ante tal indignidad, y por lo que parece no tenían ganas de buscarse líos. Fuera del local, los agentes soltaron a Poole y a Morrissey cuando estos prometieron irse a casa y quedarse allí hasta la mañana siguiente.

Morrissey, que había estado casado solo unos días, fue de inmediato a la casa número 55 de la calle Hudson, donde vivía con su suegro, y no se le vio el pelo en todo el día. Media hora después de que la policía lo retuviera, Poole regresó a Stanwix Hall, acompañado de su cuñado, Charley Lozier, y su buen compañero y consejero, Charley Shay. Aparentemente fue para disculparse ante el tabernero, pero en realidad buscaba más camorra. Entretanto, Baker ya había hablado con Turner, Paudeen y media docena más de gánsteres de Tammany, y decidieron hacer algo de inmediato respecto a Poole. Fueron a la taberna cerca de la medianoche, y encontraron a Poole frente a la barra con Lozier, Shay y otros amigos y simpatizantes. Paudeen, el último del grupo en entrar, echó el cerrojo a la puerta.

Turner pidió las bebidas, y Paudeen se paseaba frente a la barra. Rozó el codo de Poole, y cuando este le lanzó una mirada fulgurante, Paudeen gritó: «¿Qué estás mirando, eh, bastardo de orejas negras?».

Agarró a Poole por la solapa del abrigo, Paudeen le escupió tres veces a la cara y le provocó. Poole sacó con mucha calma cinco monedas de su bolsillo y las estampó sobre la barra con un golpe seco. Con ello se ofrecía a batirse con cualquier hombre de Tammany que valiera ese dinero, pero señaló que Paudeen no lo valía. Por un instante nadie dijo nada, y luego Turner gritó con gran excitación: «¡A por ellos!».

Cogió rápidamente su Taima, un enorme revólver de cañón largo, que llevaba sujeto en su cintura. Se la colocó a la altura del codo y apretó el gatillo. Pero no acertó en el objetivo y se hirió él mismo en el brazo, con lo cual soltó un grito y cayó al suelo. Luego disparó de nuevo, esta vez hiriendo a Poole en la pierna. Bill *el Carnicero* avanzó tambaleándose por el impacto de la bala, y agarró a Baker con sus brazos extendidos. Pero este lo esquivó mientras Poole caía otra vez desplomado al suelo y Baker sacaba su pistola, apuntando a Poole en el pecho. «Creo que te mataré de todos modos», dijo Baker. Disparó dos veces, y a pesar de que una de las balas penetró en el pecho de Bill Carnicero y la otra le partió el abdomen, Bill se fue incorporando lentamente.



El asesinato de Bill el Carnicero

Por un instante, el carnicero se quedó tambaleándose frente a la barra del bar, luego cogió un enorme cuchillo de cortar carne y se dirigió dando tumbos hacia Baker, gritando que le sacaría el corazón. Pero apenas pudo avanzar unos cuantos metros, ya que se desmayó en brazos de Shay. Baker, Turner y los demás escaparon por la puerta delantera que Paudeen había dejado bien cerrada. Cuando Poole cayó al suelo, el cuchillo salió disparado y fue a clavarse en el marco de la puerta justo cuando Baker salía. Todos los presentes en la taberna, excepto Baker, se entregaron a la policía al cabo de un par de horas. Baker cruzó el río Hudson hasta llegar a la ciudad de Jersey, donde permaneció escondido hasta el 10 de marzo, cuando se embarcó en el bergantín *Isabella Jewett* con rumbo a las islas Canarias. George Law, un líder rico del partido Native Americans, puso su velero clíper de nombre *Metralla* a disposición de las autoridades, y estas zarparon veloces en busca del bergantín. El

Isabella Jewett fue interceptado dos horas antes de llegar a las costas de Tenerife, y los policías de Nueva York hicieron desembarcar a Baker y lo devolvieron esposado a Nueva York. Enseguida lo procesaron, junto con Turner, Morrissey, Paudeen y otros varios, y tuvo que comparecer tres veces ante el tribunal. Pero en cada ocasión, el jurado lo declaraba inocente, de modo que al final las autoridades desistieron de recurrir a más vías legales y Baker fue puesto en libertad.

A pesar de sus graves heridas, Poole vivió catorce días después del incidente ante el asombro total de los médicos, quienes le aseguraron que era totalmente anormal que un hombre sobreviviera tanto tiempo con una bala en el corazón. Pero al final, mientras Tom Hyer y otros gladiadores de los Native American velaban ansiosamente por él al pie de su cama y repartían boletines a una multitud apesadumbrada en las calles, Bill *el Carnicero* murió, jadeando con su último suspiro: «Adiós, muchachos: ¡muero como un auténtico americano!».

Los Native American obsequiaron a Poole con uno de los funerales más extraordinarios de toda la historia de Nueva York. Más de cinco mil hombres acompañaron al féretro montados en carruajes o a pie, y seis bandas de música tocaron cantos fúnebres mientras la solemne procesión avanzaba lentamente desde Broadway hasta la calle Whitehall, donde esperaban unas barcas para transportar al cortejo fúnebre hasta el cementerio Greenwood de Brooklyn. Desde la calle Bleecker hacia el sur, en la Battery, Broadway rebosaba de espectadores en silencio. Durante semanas, no se hablaba de otra cosa en la ciudad más que del asesinato de Bill *el Carnicero* y su magnífico funeral. La gente citaba hasta la saciedad las últimas palabras de Bill. Se escribieron a toda prisa nuevas obras de teatro para salas baratas especializadas en melodramas, y las obras que ya estaban en cartel cambiaron su última escena para que el protagonista pudiera alzar la bandera americana y gritar: «Adiós, muchachos: ¡muero como un auténtico americano!». El público devolvía la emoción con un aplauso estruendoso.

3

John Morrissey se retiró del boxeo profesional en 1857, después de derrotar a Heenan, y luego se centró en la política y en la administración de sus casas de juego. Uno de esos casinos que abrió con sus primeros ingresos como gánster marchaba muy bien, y en 1860 ya se había convertido en uno de los locales recreativos más importantes de la ciudad. Estaba situado en Broadway, cerca de la calle Décima, no muy lejos de la actual Iglesia Protestante Episcopal de la Gracia, y de los almacenes Wanamaker's. «Las mesas, los camareros, la cocina y todo lo demás escribió un autor de la época, no tienen equivalente a este lado del Atlántico». En 1867, Morrissey abrió un casino y un restaurante de lujo en Saratoga Springs. Después de su muerte,

quedaron en manos de Richard Canfield, tal vez el propietario de casinos más célebre de América. Morrissey alardeaba de que «nunca había hecho trampas en el juego», pero no parece que se comportara de este modo tan especial en sus actividades políticas. Durante las declaraciones de William M. Tweed en 1877, este aseguró que Morrissey introdujo un sistema de doble voto en Filadelfia, y que pagó la suma de sesenta y cinco mil dólares a repartir entre los concejales para asegurarse la victoria de uno de los hombres de Tweed. Morrissey se convirtió en líder en Tammany Hall en los años setenta, junto a Honest John Kelly, pero dejó de serlo pocos años después. Su relación activa con los gánsteres cesó poco después de su pelea con Tom Heenan.

Capítulo seis

LA POLICÍA Y EL MOTÍN DE LOS DEAD RABBITS

1

Al igual que ocurría en el resto del país, Nueva York fue un hervidero de conflictos y agitación durante los diez años previos a la Guerra Civil. Se producían frecuentes enfrentamientos, tanto verbales como físicos, entre los grupos abolicionistas y los defensores de la esclavitud. Desde el púlpito de la iglesia de Plymouth, en Brooklyn, el reverendo Henry Ward Beecher añadía más leña al fuego con sus apabullantes críticas a los propietarios de almas y cuerpos del sur del país. Muchos de los sacerdotes más destacados siguieron el ejemplo de Beecher y sumaron su voz a las crecientes oleadas de protestas. Otros veían el mal en los teatros de la época, cargando su artillería pesada contra la famosa bailarina Sontag, en boca de todos por la ligereza de sus pies y por bailar con faldas muy cortas. Se rumorea que fue la primera mujer de América que, al menos en público, daba patadas por encima de su cabeza. La gente, entusiasmada, abarrotaba el teatro cada vez que ella actuaba. Incluso la seguían por las calles, y los jóvenes brindaban por ella en las tabernas y le cantaban canciones frente a la ventana de su casa.

Quienes no se impresionaban por los encantos de Sontag acudían a raudales a Niblo's Garden, donde Adelina Patti, una niña que aún no había cumplido ni diez años, maravillaba a los críticos con la belleza de su voz; o bien iban al Teatro Nacional, donde una extraordinaria obra de teatro, *La cabaña del tío Tom*, se estrenó a principios de los años cincuenta y marcó el récord estando en cartel durante doscientas noches seguidas. No tuvo tan buena acogida el viejo Sothern. El actor pisó las crujientes tablas del Barnum Museum y trabajó sin descanso para desarrollar el arte que posteriormente le traería la fama como Lord Dundreary y lo consolidaría como uno de los mejores actores del teatro americano. Ni tampoco la tuvo la discreta llegada del doctor James Littlefield a principios de 1854, a pesar de que hizo mejorar el buen nombre de una barbería en el número 413 de la calle Broadway, y fue el precursor de una profesión que ahora cuenta con miles de clientes. Fue el primer podólogo de Nueva York.

En esta época, o tal vez un poco antes, fue cuando los políticos de Tammany emprendieron el saqueo sistemático del tesoro público de la ciudad, que continuó sin restricciones hasta la derrota de los hombres de William Tweed en 1870. Tan rapaces eran los miembros del consejo municipal de 1850 que merecieron el apodo de los Cuarenta Ladrones, mezclando este honorable nombre de una de las primeras bandas

de Five Points con la mugre de la política. El consejo municipal de 1856 recibió también ese mismo apodo y los gánsteres, claramente avergonzados de lo bajo que había caído su nombre, disolvieron su grupo y se alistaron en las filas de los Dead Rabbits. Ciertos descubrimientos de los reformistas en los años cincuenta revelaron que todos los departamentos del gobierno municipal eran corruptos. Los funcionarios que supuestamente eran pobres almas trabajando para la causa pública a precios de saldo, se jubilaban con enormes fortunas en bienes muebles a nombre de sus esposas; o bien les sobraba el oro forjado con la venta de permisos de construcción, concesiones, votos, alquileres, recaudaciones de organizaciones delictivas y prostíbulos, o la juiciosa adjudicación de contratos. En la *Historia de Tammany Hall*, documentada con el registro oficial de la Junta de Ediles y otras varias fuentes, Gustavus Myers cita chanchullos tales como la escrituración de trescientos sesenta y ocho traspasos en un año atribuidos al superintendente de policía, George W. Matsell y su socio, el oficial Norris; o el pago de tributos a más de mil hombres que protegían regularmente el establecimiento situado en la calle Greenwich, perteneciente a Madame Restall. A dicha señora se la conocía con el apodo de Madame Asesina, una célebre abortista que se suicidó en su bañera cuando Anthony Comstock irrumpió en su casa. La casa de Madame Restall y su profesión eran tan conocidas que, durante los últimos años de su vida, cuando salía de su casa, los niños de la calle le gritaban: «¡Tu casa está hecha de calaveras de bebés!».

La designación de los miembros del cuerpo de policía estuvo a manos de los concejales y ediles desde 1844, cuando se creó el cuerpo de policía municipal, hasta 1853, cuando intervinieron los jueces. En un esfuerzo para detener la creciente oleada de corrupción, crearon la Junta de comisarios de policía, que incluía al alcalde, al registrador y al juez de la ciudad. Pero el resultado fue el mismo, independientemente de quién adjudicase los puestos de policía: los sobornos y las estafas simplemente pasaron de un grupo político a otro. El policía tenía como costumbre pagar cuarenta dólares al jefe de la prefectura donde deseaba trabajar, y dos o tres veces más esa cantidad al político que le designaba en el cargo. Los jefes de policía pagaban un mínimo de doscientos dólares a sus protectores políticos. A los policías, cualquiera que fuera su rango, se los empleaba como cobradores de sobornos y estafas, y como intermediarios a la hora de cerrar los tratos oscuros de los políticos. El cuerpo de policía, en su conjunto, estaba desconcertado y desmoralizado. Los escasos agentes honestos del departamento poco podían hacer para cumplir las leyes o acabar con la población delictiva de la ciudad. El arresto de cualquier gánster conocido suponía la aparición de un edil o de un funcionario indignado que pedía y procuraba su absolución. Salvo algunos avances contra el poder de los gánsteres del distrito Cuarto unos tipos tan intolerables que ni siquiera los políticos se atrevían a protegerlos, la única campaña policial contundente de este período fue contra la banda Luna de miel (Honeymoon). Esta banda empezó a funcionar en 1853, con gran éxito en el distrito Dieciocho, que en esa época atravesaba todo el East Side y era una zona con edificios

dispersos y ocupados ilegalmente. La policía no molestó a los gánsteres durante varios meses, y estos se envalentonaron aún más. Cada noche, el cabecilla de la banda de los Honeymoon colocaba a uno de sus hombres en cada esquina de la avenida Madison con la calle Veintinueve y se quedaban allí hasta la medianoche, mientras asaltaban y robaban a todo aquel que fuera bien vestido. Cuando George W. Walling fue nombrado jefe de policía a finales de 1853 y se le asignó la dirección del distrito, vio que toda la zona vivía bajo el terror de la banda Honeymoon. Para acabar con esa situación, organizó el primer escuadrón policial Strong Arm y enseñó unas tácticas de ataque que serían muy utilizadas años después. A Walling siempre le sorprendía que los gánsteres apenas se plantaran frente a un policía con una porra, y que no hubiera nada que temieran más que un sonoro puñetazo. De modo que eligió a seis de sus agentes más valientes y duros y los envió vestidos de civiles. Se dedicaban a perseguir a los gánsteres, y los pegaban hasta dejarlos inconscientes antes de que estos pudieran entrar en acción con porras, hondas o varas de metal. Al cabo de unos días, el jefe de la banda retiró a sus hombres de sus posiciones, aunque Walling no les dio respiro. Facilitó a cada agente de la prefectura los nombres de los miembros de la banda, y cuando veían a alguno de ellos, lo atacaban y le pegaban. En cuestión de dos semanas, Honeymoon se desmembró y sus hombres huyeron hacia Five Points y Bowery, donde la policía no era tan severa. Walling también empleó un brazo fuerte para poner fin a las peleas nocturnas de dos secciones vecinas, conocidas respectivamente como «los ingleses» y «los irlandeses», situadas a ambos lados de la calle Veintidós entre la avenida Segunda y Tercera. Los vecinos de estas chabolas solían pelearse unas doce veces cada noche, y cuando la policía entraba en uno de esos edificios lo hacía en grupos de dos o más. Pero Walling concentró toda su fuerza policial en una esquina, y cuando empezaba una pelea los policías aparecían y empezaban a pegar a los ingleses e irlandeses de forma indiscriminada. Estas reyertas cesaron al poco tiempo y reinó una cierta tranquilidad en la zona.

2

El número de gánsteres que siguieron a los grandes líderes de bandas de Five Points, Bowery o el distrito Cuarto se incrementó durante la década anterior a la Guerra Civil gracias a los camorristas y alborotadores que llegaban a Nueva York procedentes de otras ciudades. En 1855, se calculó que la metrópolis albergaba al menos a treinta mil hombres que debían lealtad a los cabecillas de bandas y, a través de ellos, a los líderes políticos de Tammany Hall y el partido Native American. Este partido mantenía la política en un estado de constante ebullición gracias a sus luchas frenéticas y constantes por el privilegio de malversar los fondos públicos.

En época de elecciones, los gánsteres empleados por facciones rivales se

amotinaban en los colegios electorales. Rompían las urnas y agredían a todo ciudadano honrado que trataba de ejercer su derecho a voto. Los gánsteres solían votar temprano y lo hacían varias veces, y fueron adquiriendo un desprecio tan grande por la policía y por cualquier autoridad que esta predisposición tuvo consecuencias desastrosas durante los Disturbios de los Siete Días antes de la guerra. El punto culminante de los enfrentamientos puramente políticos se alcanzó en 1856, cuando Fernando Wood fue elegido alcalde por un segundo mandato. Wood se topó con una amarga oposición, no solo por parte de los Native American, quienes le acusaron de favorecer a los irlandeses y a otros grupos extranjeros, sino también por parte de los reformistas, ya que Wood había demostrado ser un funcionario imprudente y sin principios, alguien que había destapado el tesoro público para que sus hombres lo saquearan. Sin embargo, contaba con el apoyo incondicional de las capas bajas de la sociedad, especialmente de los propietarios de casas de juego y tabernas, cuya lealtad se había asegurado con la promesa de no hacer entrar en vigor una ley de 1855 que prohibía la abertura dominical de estos establecimientos. Obligó a cada agente del cuerpo de policía a pagarle para financiar su campaña electoral, y un agente que se negó a hacerlo se vio obligado a estar de guardia veinticuatro horas sin descanso.

Los Dead Rabbits, la banda más grande y más poderosa de todas, se puso de parte de Wood, al igual que la mayoría de sus canallas de Five Points y muchos de los gánsteres del paseo marítimo. Los Bowery Boys y otras bandas del distrito de Bowery eran partidarios de los Native American. La noche antes de las elecciones, el alcalde Wood emitió una orden ejecutiva en virtud de la cual daba el día libre a los policías, pero con la condición de no acercarse a los colegios electorales excepto para votar. Cuando los gánsteres empezaron los disturbios, encontraron la resistencia de grupos ineficientes de agentes que pronto se vieron superados por el mayor número de gánsteres, de modo que los policías se retiraron de inmediato. En el distrito Sexto, un grupo de gánsteres de Bowery atacó por sorpresa el colegio electoral y dispersó a los Dead Rabbits, aunque luego estos últimos se vieron respaldados por los gánsteres de Paradise Square y volvieron al ataque, armados con varas, cuchillos, hachas, porras y pistolas. Derrotaron a los camorristas del Native American, mientras media docena de policías se añadían a la fiesta parapetándose en una casa vacía y disparando de vez en cuando desde las ventanas. Durante todo el día, se produjeron enfrentamientos parecidos en otros distritos, pero los gánsteres de Wood demostraron ser los más eficientes y los más violentos. Tammany Hall acabó su jornada electoral, y Wood ganó con treinta y cuatro mil ochocientos sesenta votos frente a los veinticinco mil doscientos nueve de Isaac O. Barker, el candidato del Native American. El recuento de votos mostró un incremento en el número de papeletas en relación con las elecciones anteriores, y los enemigos de Wood le recriminaron que al menos diez mil de esos votos eran fraudulentos. Pero no se llegó a investigar la cuestión.

En 1857, dos años después de que Bill Poole muriera, Nueva York vivió uno de los años más turbulentos y desastrosos de su historia, que empezó con una gran corrupción política y acabó con una tragedia financiera. Fue el año del «gran pánico» y en diciembre una gran cantidad de bancos y casi un millar de comercios sumaban pérdidas que superaron los ciento veinte millones de dólares. Durante el segundo mandato de Fernando Wood como jefe de policía, este era ya un tipo tan corrupto, y su organización tan caótica e ineficiente, que el legislativo intervino de nuevo y puso fin al control del gobierno municipal sobre el departamento de policía. Durante las sesiones parlamentarias de primavera, se aprobaron varias leyes que modificaron la carta fundacional de la ciudad. La más importante de estas leyes abolió la Policía Municipal y el Consejo de la Policía en virtud de una ley de 1853, y sustituyó al cuerpo de policía del distrito metropolitano de Manhattan, de Brooklyn, de las pequeñas ciudades de la isla Staten y de las localidades al norte del río Harlem. Todos estos municipios estaban comprendidos en los condados de Nueva York, Kings, Richmond y Westchester. El gobernador tenía la potestad de designar a cinco comisarios de policía, que a la vez nombraban al superintendente del cuerpo. El primer consejo lo formaron Simeon Draper, James Bowen, James W. Nye, Jacob Cholwell y James S. T. Stranahan, todos ellos más o menos involucrados en varias contiendas de los reformadores contra los saqueadores políticos de la ciudad. Frederick A. Talmage, quien había sido juez penal durante las revueltas de Astor Place en 1849, se convirtió en el primer superintendente de policía, y aceptó el puesto después de que otros hombres lo rechazaran.

El nuevo Consejo de Policía pidió a Fernando Wood que deshiciera el cuerpo municipal y devolviera los bienes robados. Pero este se negó a hacerlo y ni siquiera cedió cuando el Tribunal Supremo emitió un dictamen en mayo de 1857, en el cual ratificaba la constitucionalidad de la nueva ley. Pidió al cuerpo de policía que le apoyara, y cuando esta cuestión se sometió a votación, quince jefes de policía y ochocientos agentes, así como el superintendente George W. Matsell, se negaron a reconocer la autoridad del Consejo Metropolitano, y decidieron seguir como miembros del cuerpo de policía municipal. El resto de altos cargos y agentes, entre ellos el jefe George W. Walling, juraron lealtad al nuevo cuerpo policial, que abrió su sede central en la calle White y sustituyó a los agentes que fueron fieles al alcalde. Wood, a su vez, designó a ciertos hombres para que reemplazaran a los que se habían pasado al cuerpo metropolitano. Las tensiones llegaron a su punto máximo el 16 de junio, cuando Daniel D. Conover fue al City Hall para aceptar el cargo de comisario de calles, un puesto que el gobernador King le había designado. El alcalde también pidió la potestad de designación y nombró a Charles Devlin, y luego se le acusó de haber comprado ese puesto por cincuenta mil dólares.



Motín de la policía en el City Hall

Cuando Conover hizo su aparición, la policía municipal lo echó. Pero obtuvo de inmediato dos órdenes judiciales para el arresto del alcalde, una que le acusaba de incitar un motín y la otra de ejercer violencia física contra Conover. Una de las órdenes fue entregada al jefe de policía Walling, quien se dirigió rápidamente al City Hall para hablar con Wood en su despacho. El alcalde se sentó tras su escritorio aferrándose a su placa de oficial. Walling explicó el motivo de su visita, y cuando el alcalde se negó rotundamente a ser arrestado, el jefe de policía lo cogió tranquilamente por el brazo y le amenazó con que lo sacaría a la fuerza del edificio, tal como haría con cualquier persona sujeta a una orden de arresto. Más de trescientos policías del cuerpo municipal hacían guardia frente al City Hall para anticiparse a cualquier contratiempo, y el alcalde fue rescatado antes de que el jefe Walling lo sacara del despacho a rastras. Fue Walling quien acabó en la calle e intentó entrar de nuevo en el edificio, aunque no pudo. Estaba discutiendo con el jefe Ackerman, de los municipales, cuando un destacamento de cincuenta policías metropolitanos, bajo las órdenes del coronel Perry y el capitán Jacob Sebring, llegó al City Hall para ejecutar la segunda orden judicial de Conover.

Los metropolitanos tenían un aspecto imponente con sus levitas y sombreros de copa, y con sus porras nuevas reluciendo a la luz del sol, pero fueron pan comido para los municipales que salieron del edificio a raudales y los atacaron. Durante más de media hora, se libró un combate a muerte en las escaleras y en los pasillos del City Hall, pero al final los metropolitanos fueron expulsados del edificio y huyeron del lugar sin orden ni concierto. Durante la reyerta, cincuenta y dos policías salieron heridos. Y uno, el agente Crofut de la prefectura diecisiete, recibió tales golpes que quedó inválido de por vida. Los llevaron ante las oficinas del juez James M. Smith, mientras los médicos les curaban las heridas. El alcalde y sus seguidores se reunieron en un despacho privado, que había quedado destruido, y se felicitaron porque la

persona sagrada de su jefe ejecutivo estaba intacta.

En plena refriega, Conover llamó al *sheriff* Westervelt para que ejecutara las órdenes, y los abogados del *sheriff* le aconsejaron que ese era, en efecto, su deber. Acompañado de Conover y su abogado, y secundado por su placa, su espada y su sombrero oficial, el *sheriff* se dirigió con mucha elegancia hasta la escalinata del City Hall. Entró en las oficinas del alcalde, donde Wood se negó de nuevo a someterse a arresto. Entretanto, el regimiento séptimo de la guardia nacional, con orquesta y banderas incluidas, marchaba por la calle Broadway para embarcarse hacia Boston, donde le esperaba uno de los regimientos de Massachussets. A unos noventa metros del City Hall, los miembros del consejo de la policía metropolitana se encontraron con los soldados e informaron al comandante, el general de división Charles Sandford, de que habían venido para ejercer la potestad que el legislativo les había otorgado. Esa potestad consistía en convocar a la Guardia Nacional cuando la paz y la dignidad de la ciudad se vieran amenazadas. Y eran de la opinión de que había llegado ese momento.

El regimiento séptimo desfiló por el Park y el City Hall. Después, el general Sandford y sus hombres hablaron con el *sheriff* Westervelt y los comisarios de policía. Luego, con la espada repicando en sus talones y rodeado de un pelotón de infantería con bayonetas, el general entró con decisión en el edificio, donde informó al alcalde Wood de que representaba al poder militar de todos los estados y que no toleraría más resistencia por su parte. Wood echó un vistazo por la ventana, y al ver que el exterior estaba plagado de soldados, aceptó las órdenes judiciales y lo arrestaron. Al cabo de una hora ya estaba en libertad bajo fianza, y tal como indican los registros de la ciudad, nunca fue a juicio. Los tribunales civiles alegaron que el gobernador no estaba autorizado para designar un comisario de calles, y que Devlin tenía derecho al puesto. Al cabo de unos meses, el policía que había salido herido en los enfrentamientos entre los municipales y los metropolitanos presentó una demanda contra Wood y recibió una indemnización de doscientos cincuenta dólares de cada una de las partes. Pero el alcalde nunca llegó a pagarle ni la indemnización ni las costas del procedimiento legal, cosa que al final hizo la ciudad con sus fondos públicos.

A principios de otoño, el Tribunal de Apelaciones ratificó el dictamen del Tribunal Supremo y afirmó que la nueva ley era constitucional. Al cabo de unas semanas, el alcalde desmanteló a los municipales. Pero durante el verano ambos cuerpos de policía patrullaron la ciudad, y prestaron más atención a sus respectivos feudos privados que a las vidas y propiedades de los ciudadanos. Cuando un guardia metropolitano arrestaba a un delincuente, venía un municipal y lo dejaba en libertad, de modo que el ladrón podía seguir con su ocupación mientras los agentes luchaban entre ellos. Los concejales y los magistrados que apoyaban al alcalde se pasaban el día en las jefaturas de policía, y cuando entraba un prisionero, lo soltaban de inmediato avalados por ellos. Los funcionarios a favor de los metropolitanos hacían

lo mismo en las jefaturas municipales. Como resultado de ello, los gánsteres y otros delincuentes corrían a sus anchas por la ciudad, en una orgía de saqueos, asesinatos y disturbios. Los ciudadanos respetables eran asaltados a plena luz del día en Broadway o en otras vías principales, mientras los policías municipales y metropolitanos dirimían sus diferencias a golpes tratando de decidir quién tenía derecho a interferir. Las bandas de ladrones y delincuentes saqueaban comercios, asaltaban carruajes, y los domicilios quedaron sin protección alguna. Los inquilinos dependían de los cerrojos y de su valentía.

Las bandas de Five Points y Bowery, las más turbulentas de la ciudad, se aprovecharon de esta oportunidad para ventilar sus antiguos rencores y cada dos por tres provocaban disturbios. No había semana que no se produjera media docena de estos enfrentamientos. También en este raso, al igual que ocurrió en los motines de 1834, los regimientos de la Guardia Nacional empuñaron las armas y trataron de acallar a los provocadores con sables y bayonetas. La batalla más sangüinaria de esta época tuvo lugar el 4 y 5 de julio de 1857, cuando la disputa entre el alcalde y la policía metropolitana ya había alcanzado dimensiones considerables y la policía estaba inmersa en un profundo caos. Dirigidas por los Dead Rabbits y los Plug Uglies, todas las bandas de Five Points, con la excepción de los Roach Guards, celebraron el 4 de julio con un asalto al edificio del número 42 de la calle Bowery, el club donde se reunían los Bowery Boys y los Atlantic Guards. Se pelearon a muerte, pero los gánsteres de Bowery salieron victoriosos y obligaron a sus enemigos a volver a los antros de Paradise Square. Ese mismo día los disturbios llegaron hasta las calles Pearl y Chatham, una zona que ahora queda al norte de Park Row. Los pocos policías metropolitanos que trataron de interferir salieron gravemente heridos, los municipales alegaron que no era asunto suyo, y que no intervendrían para acallar los disturbios.

A la mañana siguiente, las bandas de Five Points, reforzadas por los Roach Guards, salieron de Paradise Square y atacaron un lugar llamado El dragón verde, en la calle Broome cerca de Bowery, el club favorito de los Boys y las bancas de Bowery. Armados con varas de metal y unos enormes adoquines, los hombres de Five Points entraron en el establecimiento antes de que los gánsteres de la Bowery pudieran defenderse. Destrozaron la barra del bar, arrancaron el suelo de la pista de baile, y luego se bebieron todo el alcohol de la barra. Las noticias del asalto llegaron a oídos de los Bowery Boys, y estos salieron furiosos de sus guaridas junto con los Atlantic Guards y otros gánsteres que debían lealtad a Bowery. Las bandas se encontraron en la calle Bayard y se pusieron manos a la obra de inmediato. Fueron los artífices de los disturbios más graves de la historia de la ciudad.

Un policía solitario, con más coraje que juicio, trató de abrirse paso a través de la masa humana de hombres pegándose, con la intención de arrestar a los líderes. Pero evidentemente le atizaron, luego lo desnudaron y le pegaron aún más con su propia porra. Después, el hombre pudo llegar arrastrándose hasta la acera y, ataviado solo

con unos calzoncillos de algodón, corrió a la jefatura de los metropolitanos en la calle White, donde hizo sonar la alarma y se desmayó. Salió un escuadrón de policías con el fin de detener los disturbios, pero cuando iban por la calle Center los gánsteres se unieron en una causa común contra los agentes y estos se vieron obligados a retirarse después de que corriera la sangre y varios policías salieran heridos. Al final, aunaron fuerzas y se mezclaron entre la multitud, momento en el que arrestaron a dos hombres que parecían ser líderes. Pero tuvieron que retirarse de nuevo, ya que los gánsteres lograron llegar a las casas de Bowery y Bayard. Después de desalojar a los inquilinos, subieron a los tejados y se apostaron en las ventanas, desde donde atacaron a los guardias con piedras y ladrillos.

Cuando la policía se marchó sin sus prisioneros, reinó por un instante la tranquilidad, pero solo sirvió para calentar más los ánimos y los Dead Rabbits volvieron a la carga después de que un grupo de mujerzuelas de Five Points se abalanzaran contra ellos y los llamaran cobardes a gritos. Los grupos de refuerzo de Paradise Square siguieron de cerca a las mujeres, pues algunos gánsteres habían llevado con ellas las filas heroicas de Bowery. Se calcula que hubo de unos ochocientos a mil hombres en los enfrentamientos, todos ellos armados con porras, adoquines, hachas, pistolas y cuchillos. También se sumaron a la cita varios cientos de ladrones y malhechores que no pertenecían a ninguna banda. Vinieron con la esperanza de sacar dinero y como sabían que la policía iba a estar muy ocupada con los motines, aprovecharon para entrar a robar en las casas y comercios de Bowery, Bayard, las calles Baxter, Mulberry y Elizabeth. Los propietarios de esas viviendas tuvieron que protegerlas con barricadas, empuñar pistolas y mosquetes. «Volaban los palos y las piedras —escribió el *New York Times* del 6 de julio de 1857— y también desde las ventanas, desde donde muchos hombres empuñaban sus armas. Los que estaban heridos quedaban tendidos en la acera y la gente pasaba por encima de ellos. Los Rabbits avanzaron y forzaron a sus oponentes a subir la calle Bayard hasta Bowery. Luego, los fugitivos, con refuerzos recién llegados se volvieron contra sus perseguidores y volvieron a las calles Mulberry, Elizabeth y Baxter».

A primera hora de la tarde, el comisario de policía Simeon Draper despachó a otro grupo de agentes contra la multitud, y estos se dirigieron en formación hacia los disturbios, aunque fueron agredidos a cada paso. Los agentes despejaron las calles y empujaron a golpes a grupos sueltos de Dead Rabbits y Bowery Boys hacia el interior de las casas o hacia los tejados. Un gánster desesperado que se negó a rendirse recibió tales golpes que cayó desde un tejado y se rompió el cráneo. Sus enemigos se encargaron de rematarlo. En otro tejado, la policía cogió a dos líderes de los Dead Rabbits, y a pesar de que los gánsteres de Five Points devolvieron el ataque con gran violencia, se las arreglaron para enviarlos a comisaría, escoltados por un destacamento de Bowery Boys.

Tan pronto como la policía se fue, los gánsteres reemprendieron su batalla con más cizaña. Levantaron barricadas en las calles con carros y piedras, y desde sus

respectivas líneas de defensa, los gánsteres lanzaban piedras y atizaban golpes con porras. Un gigante de los Dead Rabbits se paseó con sangre fría frente a su barricada y, aunque le dispararon varias veces, este utilizó su pistola con tanto acierto que mató a dos gánsteres de Bowery e hirió a varios. Al final, un niño cuyo hermano luchaba con los Bowery Boys le atizó hasta dejarlo inconsciente. El chico se arrastró por el suelo cruzando la barricada, y cuando estuvo cerca de su presa le propinó un buen porrazo en la cabeza al Dead Rabbit.

La policía siguió con sus esfuerzos de separar a facciones en lucha, pero no lo logró y se vio obligada a retirarse varias veces con muchas bajas. A la mañana siguiente, las autoridades policiales, desesperadas, hicieron venir a Isaiah Rynders, jefe político del distrito Sexto y como tal rey de los gánsteres de Five Points. Le imploraron que detuviera esa carnicería. Pero los amotinados estaban tan furiosos que se negaron a cumplir las órdenes de Rynders, y mientras este les soltaba arengas frente a las barricadas, los Bowery Boys procedieron a atacarle antes de que pudiera volver con sus hombres. Como se dio cuenta de que era inútil seguir insistiendo, se dirigió a la central de la policía metropolitana y le sugirió al comisario Draper que llamara al ejército. Mientras tanto, los gánsteres habían prendido fuego a dos o tres casas, la lucha continuaba, y los ladrones independientes seguían sembrando el terror entre los inquilinos que se obcecaban en quedarse en sus casas.

El comisario Draper le pidió al general de división Sandford que trajera a tres regimientos, pero no fue hasta las nueve de la noche que empezaron a oírse los toques de corneta y el repicar de los tambores. Los soldados marcharon con sus bayonetas brillando bajo la luz de la luna y el resplandor de las casas en llamas. Avanzaron por las calles White y Worth, reforzados por dos destacamentos policiales de setenta y cinco hombres cada uno que iban delante de las tropas y atizaban a todo gánster que se interpusiera en su camino. Dos regimientos en vez de tres, el Octavo y el Setenta y uno, respondieron al llamamiento. Ninguno de ellos desplegó toda su fuerza, pero fue suficiente para acobardar a los gánsteres, quienes abandonaron el campo de batalla y se refugiaron en sus guaridas. No se produjeron más disturbios, ya que la policía y los soldados patrullaron el distrito toda la noche y a la mañana siguiente. Durante estos dos días de disturbios, ocho hombres habían resultado muertos y hubo más de cien heridos, de los cuales cincuenta se vieron obligados a pasar una temporada en el hospital. Se cree que murieron más hombres y que hubo más heridos, de los que se ocuparon sus compañeros de profesión. Varios días después de los disturbios, ya se habían cavado media docena más de tumbas en los sótanos y pasadizos subterráneos de Five Points y Paradise Square. Algunos de los gánsteres más célebres de las bandas Dead Rabbits y Bowery Boys no se dejaron ver en sus tugurios habituales.

El 6 de julio, un grupo itinerante de Bowery Boys se enfrascó en una pelea con los Kerryonians en la calle Center, pero al final huyeron a Bowery y a la plaza Chatham antes de que interviniera la policía. Al cabo de unos días, este clima de enfrentamiento se contagió en los asentamientos alemanes del East Side, cerca del río

East. La policía envió varios destacamentos a las avenidas A y B para sofocar los distintos brotes de violencia entre los jóvenes ambiciosos de la zona, gente que deseaba imitar las hazañas de sus vecinos irlandeses. Durante más de una semana, se sucedieron peleas esporádicas entre los gánsteres de Five Points y los de Bowery, aunque los primeros se ofendieron con las insinuaciones de la policía y los periódicos de que eran criminales. «Los Dead Rabbits nos han pedido decir —escribió el *Times* — que los miembros de esta banda no son ladrones, que ellos no participaron en el motín con los Bowery Boys y que los enfrentamientos de la calle Mulberry fueron entre los Roach Guards de la calle Mulberry y los Atlantic Guards de Bowery. Los Dead Rabbits son sensibles en cuestiones de honor, de eso estamos seguros, y no permitirían que un ladrón viviera a costa de ellos, menos aún que fuera uno de los suyos».

3

La situación mejoró considerablemente cuando el alcalde Wood desmanteló al fin la policía municipal, aunque la metropolitana tuvo muchas dificultades para crear un cuerpo lo suficientemente fuerte. En otoño, cuando el pánico financiero se apoderó de la sociedad, no había más que ochocientos agentes para vigilar las calles, aproximadamente un agente para cada ochocientos cuatro habitantes. A pesar de que los elementos criminales estaban relativamente bajo control y las bandas habían cesado de pelearse constantemente, surgieron brotes de disturbios y motines que fueron subiendo de tono a medida que los bancos, las fábricas y los comercios cerraban sus puertas y despedían al personal. En noviembre, con el invierno acechando, los numerosos grupos de hombres hambrientos y sin trabajo, asustados por las perspectivas de morir de hambre, irrumpieron violentamente en las calles pidiendo pan y trabajo a gritos. Amenazaron con atacar el Arsenal del Estado, mientras las autoridades almacenaban paquetes enteros de mosquetes y municiones. El edificio estuvo vigilado por la policía, y las tropas del ejército americano hicieron guardia día y noche en el edificio de aduanas de Battery y en la Oficina de Tasación de Wall Street. No fue hasta que se despejó el cielo financiero y los negocios volvieron a la normalidad que la policía metropolitana pudo seguir con la reorganización de su departamento.

Capítulo siete

LA BATALLA DE LOS SEIS DÍAS

1

La furia que se desató en las calles de Nueva York de lunes a sábado durante una calurosa semana de julio de 1863 empezó a modo de protesta contra la ley de reclutamiento obligatorio que el Congreso había aprobado en marzo. Pero pronto se olvidó el motivo real de las manifestaciones, y acabó siendo una insurrección de delincuentes y criminales contra el orden establecido. Los disturbios fueron el destino final de una carretera en mal estado que la ciudad había recorrido durante los últimos quince años, y el resultado lógico de la corrupción de un gobierno que había permitido que la isla de Manhattan se convirtiera en la Meca de los criminales procedentes de todo Estados Unidos y los rincones más sombríos de Europa.

«Esta multitud no es el pueblo —escribió Henry J. Raymond en el *New York Times*— ni pertenece al pueblo. La componen en su mayor parte los elementos más viles de la ciudad. Ni siquiera tiene el mérito de ser lo que normalmente es una multitud furiosa: el resultado de la mera ignorancia y la pasión. Hablan, o mejor dicho, hablaron al principio, sobre la opresión de la ley de reclutamiento obligatorio. Pero más de la mitad de quienes se enfrascaron en la violencia de estos días han sido niños y jóvenes menores de veinte años, en absoluto sujetos a la ley de reclutamiento. Si dicha ley se aboliera mañana, la inspiración de esa muchedumbre sería la misma. Sus motivaciones van más allá de esta ley, o de cualquier otra ley. Proceden de un odio malicioso hacia quienes se encuentran en mejores circunstancias que ellos, de un anhelo de saquear, de un espíritu bárbaro contra razas distintas, de una disposición a apoyar las fortunas en decadencia de los rebeldes del sur... Se debe acabar con esa gentuza de inmediato... Denles metralla, y mucha». Al principio el *New York Herald* describió a esa multitud como «el pueblo», y el *World* como «los trabajadores de la ciudad», pero estos periódicos adoptaron luego el punto de vista de *The Times*. Desde el inicio de los disturbios, Horace Greeley, del *Tribune*, defendió el uso de la mayor fuerza posible para desmantelar a esos grupos conflictivos.

El censo de 1860, el último recuento oficial antes de los conflictos, calculó que la población de la ciudad de Nueva York, que en esa época comprendía solo la isla de Manhattan, era de ochocientos trece mil seiscientos sesenta y nueve habitantes, de la cual poco más de la mitad tenía origen extranjero. Entre estos, los irlandeses eran la mayoría, con un total de doscientas tres mil setecientas treinta personas, y los alemanes sumaban ciento diecinueve mil novecientos ochenta y cuatro habitantes.

Los irlandeses se habían instalado principalmente en los distritos de Five Points y Mulberry Bend, con trescientos diez habitantes por acre. Los alemanes vivían en el East Side. Apenas causaron problemas durante los disturbios; más bien al contrario, organizaron brigadas de agentes que ayudaron mucho a la policía y al ejército. Había también gente de otras nacionalidades que vivía en colonias similares y hacía vida propia, conservaba su lengua y sus costumbres, y no pretendía mezclarse con los americanos. Lo que sí deseaban era la nacionalidad americana, algo que los políticos turbios prometían para recabar votos.

El 1 de julio de 1860, la cifra total de personas acusadas de delitos en Nueva York era de cincuenta y ocho mil sesenta y siete. De estas, cerca de un ochenta por ciento había nacido en Europa. En 1862, el año antes de los disturbios, la policía arrestó a ochenta y dos mil setenta y dos hombres y mujeres, aproximadamente una décima parte de la población. Ese mismo año, la cifra de delincuentes en la metrópolis era de entre setenta mil y ochenta mil, un incremento de veinte mil respecto a los últimos diez años. Estos números no tomaban en cuenta la gran cantidad de propietarios de tabernas y locales ilegales ni a los protectores políticos de los ladrones y asesinos, tan delincuentes como los que más, aunque se atuvieran a los márgenes de la ley. La cifra de insurgentes implicados en saqueos, asesinatos y quemas de edificios durante esa semana oscilaba entre cincuenta mil y setenta mil, dependiendo de las fuentes. Algunos de esos grupos dispersos y rebeldes que se echaron a la calle sumaban unas diez mil personas. En su mayoría eran inmigrantes de Europa que habían llegado a América en barco en los años cuarenta y cincuenta. Muchos desembarcaron en Nueva York y se quedaron allí, y pronto se sintieron como en su casa al implicarse en las bandas de Bowery, de Five Points o de otras zonas criminales. Eran esas bandas las que salían de sus guaridas cuando husmeaban camorra, y las que formaron el núcleo organizativo de las revueltas de julio.

2

El ejército de la Confederación, bajo las órdenes del general Robert E. Lee, empezó su invasión hacia el norte a principios de junio, y el gobierno federal de Washington convocó a los estados de Nueva York, Pensilvania, Virginia Occidental y Maryland para reunir a ciento veinte mil soldados de emergencia hasta que la ley de reclutamiento obligatorio entrara en vigor. Diecisiete regimientos de Nueva York y Brooklyn fueron a parar al corazón de la guerra en Pensilvania, y la ciudad más importante del continente americano se quedó sin tropas, salvo por unos doscientos hombres del Cuerpo de Inválidos, mil hombres de varias unidades de la Guardia Nacional y los Cuerpos de Voluntarios, otras unidades y cuerpos en proceso de formación, y aproximadamente setecientos marines y soldados de los regimientos de

infantería Doce y Tres. Estos últimos incluían a las tripulaciones de los buques militares anclados en el río Hudson y en las guarniciones de Navy Yard, Ford Hamilton, Governor's Island y otros puestos militares. Estas unidades contaban con unas cuantas piezas de artillería, incluidos dos obuses y armas de campaña. Pero ninguna de estas piezas estuvo a punto en los dos primeros días de los disturbios, y solo se pudo contar con algunos destacamentos regulares del ejército y los miembros del Cuerpo de Inválidos, plagado de hombres mutilados y heridos que se encargaban de hacer guardia en los arsenales, en las armerías o en fabricas de munición. Por aquel entonces, quien se encargaba de dispersar cualquier motín era la policía metropolitana, con un cuerpo de dos mil doscientos noventa y siete hombres de varios rangos, de los cuales solo mil seiscientos veinte eran agentes. En algunas de las contiendas, la policía se veía superada en número, en una proporción de al menos quinientos a uno, pero la verdad es que pocas veces se acobardaban frente a sus oponentes. Un martes por la noche, unos mil ciudadanos, armados con pistolas y porras, juraron el cargo en la sede del cuerpo de voluntarios, y el miércoles por la mañana llegaron los regimientos de infantería y caballería procedentes de los campos de batalla de Pensilvania. En poco tiempo, se reunieron entre siete mil y diez mil hombres para hacer frente a los motines. Entre ellos estaban los regimientos de infantería de voluntarios número 152, 52, 11, 54 y 83; el regimiento Decimotercero de caballería, de Rochester; la infantería 26 del cuerpo de voluntarios de Michigan; el regimiento 65 de la Guardia Nacional, procedente de Nueva York y Búfalo; y los regimientos de la Guardia Nacional números 7, 18, 74 y 69, procedentes de Nueva York y Brooklyn. También entraron en acción doce baterías de artillería, y se lanzó metralla contra los manifestantes más violentos de Manhattan.

La gran mayoría de insurgentes eran irlandeses, simplemente porque los gánsteres y otros delincuentes de la ciudad eran irlandeses. Se dijo que, en algunos distritos, los motines no eran más que una insurrección católica. Este rumor se fundaba en la quema y saqueo de la Misión Episcopal Metodista de Five Points, a cargo de una multitud que gritaba las glorias del Papa y alzaba pancartas con lemas como «¡Abajo los protestantes!». Naturalmente, no había nada de cierto en estos rumores, ya que los disturbios, aunque delictivos, no eran en absoluto de carácter religioso. Pero más sospechoso resultaba que no se destruyera ni se amenazara ningún edificio católico; o que en varias ocasiones los sacerdotes católicos en solitario fueran suficientes para convencer a una multitud con intenciones asesinas; o que el arzobispo Hughes, a pesar de ser requerido varias veces por el alcalde George L. Opdyke y el gobernador Horatio L. Seymour, se negara a interceder para poner fin a las contiendas hasta la madrugada del viernes, el último día de los conflictos. Luego emitió una declaración al respecto, pero escribió un prólogo tan crítico con Horace Greeley, del *Tribune*, que desmereció el propósito de la declaración. Ese mismo día, el arzobispo salió al balcón de su domicilio y se dirigió a una multitud congregada como respuesta a una carta pastoral titulada: «El arzobispo Hughes habla a los hombres de Nueva York, a

quienes muchos periódicos califican de insurgentes».

3

En abril, el presidente Lincoln emitió una declaración en la que convocaba a trescientos mil hombres al ejército. Al cabo de un mes, el Departamento de Defensa anunció que el reclutamiento empezaría el 11 de julio en la ciudad de Nueva York. No se pidió la cooperación de las autoridades municipales, ni tampoco que la policía vigilara los despachos oficiales que se abrieron al efecto en varios puntos de la ciudad. El Cuerpo de Inválidos, bajo las órdenes del coronel Ruggles, recibió la advertencia de trasladar a sus hombres de las armerías y los arsenales a cualquier otro puesto de guardia que fuera necesario. En todo Nueva York, así como en otras partes del país, había una fuerte oposición a la ley de reclutamiento obligatorio. El motivo de ese rechazo era la cláusula que permitía la excepción de este reclutamiento a todo aquel que pagara al gobierno trescientos dólares. Evidentemente, esto favorecía a los ricos y dejaba claro que los pobres irían a la guerra. Algunos periódicos publicaban artículos incendiarios a medida que se acercaba el día del reclutamiento, y un grupo político llamado Los caballeros del círculo de oro fue muy crítico en su oposición a esta ley. Se creía que dicha sociedad organizó el núcleo del primer grupo de insurgentes, pero no hay pruebas históricas que avalen esta suposición. En cualquier caso, el motivo de las manifestaciones quedó en el olvido cuando los gánsteres y otros criminales salieron de Five Points y otros distritos y empezaron a saquear y a incendiar diferentes lugares. Los trabajadores, especialmente los no cualificados, se opusieron radicalmente a la ley de reclutamiento porque casi ninguno de ellos tenía trescientos dólares y era evidente que serían llamados a filas. Varios oficiales de alto rango del ejército recibieron amenazas cuando se disponían a redactar listas de nombres. Unos días antes de que empezara el reclutamiento, el capitán Joel B. Erhardt, jefe militar del distrito Noveno, fue atacado por varios hombres armados con varas de metal mientras visitaba un edificio nuevo entre las calles Liberty y Broadway. Pidió ayuda, pero se la tuvo que ver a solas con los insurgentes durante tres horas, armado solo con una pistola. Al final se vio obligado a marcharse sin los nombres.

A primera hora de la mañana del 11 de julio, la policía recibió la información de que Los caballeros del círculo de oro y otros grupos contrarios a la nueva ley tenían la intención de hacerse con el arsenal de la Séptima avenida y la calle Treinta y cinco. El superintendente John A. Kennedy ordenó al sargento Van Orden y a otros cinco agentes que vigilaran las armerías. Había varias personas frente a los edificios cuando llegó la policía, pero pronto se fueron cuando los agentes entraron en la armería y cerraron las puertas. Al cabo de unas horas, empezó el listado de nombres en la

oficina de reclutamiento del distrito Noveno, entre la Tercera avenida y la calle Cuarenta y seis. La jornada transcurrió tranquila, a pesar de que había varios grupos reunidos en el exterior que proferían sus amenazas. Solo en este día se recogieron mil doscientos treinta y seis nombres, y se decidió seguir con la labor el siguiente lunes cuando, según se anunció, se elegirían doscientos sesenta y cuatro nombres adicionales para completar el cupo del distrito.

Al día siguiente, el domingo 12 de julio, la ciudad parecía tranquila. Pero, en realidad, fluía en Nueva York una peligrosa corriente subterránea de miedo y emoción. Había grupos de hombres apostados en las esquinas de las calles, y la polémica cláusula de excepción a la ley de reclutamiento obligatorio pasó a mayores cuando se rumoreó que varios hombres ricos que estaban en las listas ya habían pagado sus correspondientes trescientos dólares, y que se vieron libres de sus obligaciones militares. Los detectives de la policía observaron movimientos extraños entre las bandas de gánsteres. Los cabecillas se intercambiaban mensajes constantemente, y varias cuadrillas de gánsteres reunieron grandes cantidades de porras, ladrillos, adoquines y otras armas. Por la noche, hubo varios incendios al sur de la ciudad, y los grupos de curiosos que se acercaron para ver a los bomberos eran más numerosos y escandalosos de lo normal. A pesar de ello, las autoridades policiales no se mostraron alarmadas, y a excepción de la vigilancia en la armería, el superintendente Kennedy siguió con su rutina al día siguiente.



Los insurgentes avanzan por la Segunda avenida

El lunes amaneció caluroso y despejado. Apenas habían pasado dos horas desde que amaneció, pero el clima ya estaba caldeado. A las seis en punto, unos grupos de hombres y mujeres salieron de sus guaridas de la mitad sur de la isla y se reunieron en varios puntos del West Side. Tan pronto como estos grupos iban adquiriendo mayores proporciones, fueron avanzando hacia el norte por las avenidas Octava y

Novena. Mientras tanto, unas cuadrillas se metieron en las calles paralelas y entraron en varias fábricas y obras, obligando a los obreros a dejar su trabajo y unirse al motín. Varios patronos y capataces que se opusieron a ello acabaron recibiendo palos. Así pues, mientras los ciudadanos respetables de la ciudad estaban desayunando, los elementos criminales y violentos, con armas de todo tipo, se reunían en puntos concretos al este de Central Park, una zona que actualmente es el barrio residencial de moda en la ciudad.

El lugar empezó a llenarse de agitadores que provocaban a la gente con discursos subidos de tono contra la ley de reclutamiento. A las ocho, una multitud dividida en dos filas salió a la calle y se dirigió hacia el sur por las avenidas Quinta y Sexta, empuñando sus armas y desafiando a gritos a la policía y al gobierno. En la calle Cuarenta y siete las dos filas se unieron, giraron hacia el este y avanzaron con paso firme por la Tercera avenida hasta llegar a la calle Cuarenta y seis, donde estaba situada la oficina de reclutamiento. Según las fuentes, se calcula que entre cinco mil y quince mil personas participaron en estas manifestaciones. Para hacerse una idea concreta de sus dimensiones, basta recordar las palabras del hijo del rector de la Universidad de Columbia, quien cronometró a los manifestantes: tardaron entre veinte y veinticinco minutos en acabar de pasar todos por un punto determinado, y llenaban la calle Cuarenta y siete de punta a punta.

Un nutrido grupo de personas llegó frente al edificio de reclutamiento, mientras otro se dedicaba a gritar amenazadoramente ante la oficina de Broadway y la calle Veintinueve. Media hora después de que toda esa gente saliera de sus puntos de encuentro en Central Park, el superintendente Kennedy despachó a sesenta y nueve agentes, dirigidos por el capitán Speight y los sargentos Wade, Mangin, McCredie y Wolfe, con la intención de proteger la oficina de Broadway. A la vez, ordenó que el jefe de policía Porter enviara sesenta hombres a la Tercera avenida como refuerzo de los agentes apostados allí. Cincuenta hombres del Cuerpo de Inválidos empuñaron también las armas y marcharon al rescate de esta última oficina. A las nueve en punto, la policía recibió tantos mensajes de alarma en su sede que el superintendente envió el siguiente telegrama:

«A todas las unidades de Nueva York y Brooklyn: Avisen a sus pelotones de reserva y reténganlos en la comisaría hasta nueva orden».

Los agentes del jefe Speight pudieron evitar disturbios mayores en la oficina de Broadway, y los manifestantes siguieron con lo suyo sin interrupciones hasta el mediodía, donde la convocatoria quedó aplazada veinticuatro horas. Pero en la Tercera avenida la multitud seguía creciendo sin límites, y mientras el máximo jefe militar del distrito sacaba de un bombo de lotería los trocitos de papel con los nombres de los elegidos para la guerra, los amotinados empezaron a chillar y a agitarse, llenando la avenida en un radio de doce manzanas a cada lado de la calle Cuarenta y seis. Los insurgentes detenían a todo carro o carruaje que tratara de abrirse paso entre la multitud, desataban a los caballos y hacían salir al conductor y a

los pasajeros. Las pancartas de «¡Fuera la Ley de Reclutamiento!» visibles en varios puntos de la ciudad se aclamaban con gritos y aplausos. Las emociones estaban a flor de piel, y a las diez en punto la primera línea de rebeldes se acercó a la fina barrera de policías armados con porras y de espaldas al edificio, a la espera de que los amotinados le prendieran fuego. Lo tenían todo preparado, solo quedaba el toque final de un fósforo.

Los preparativos del incendio los organizó la Compañía de Voluntarios Treinta y Tres, más conocida como Black Joke, un grupo de famosos camorristas de calle. Su líder había sido llamado a filas el sábado, y sus seguidores revelaron la intención de destrozarse el bombo del sorteo y destruir los listados. La compañía entera estaba congregada frente al edificio cuando llegó el grupo principal de manifestantes procedentes de Central Park, y a medida que estos avanzaban también lo hacían los incendiarios. De pronto, alguien sacó una pistola y disparó en el aire. Los hombres de Black Joke se abalanzaron hacia la puerta. La policía resistió con valentía, aunque no pudieron con tantos hombres y el jefe Porter ordenó la retirada hacia el edificio. Pero no les dio tiempo a cerrar y atrancar las puertas, con lo cual los incendiarios irrumpieron en las salas y destrozaron el bombo del sorteo. Detrás de los incendiarios se escondía la multitud, gritando y empuñando sus porras y armas de fuego. Después de una breve pero violenta pelea en los pasillos del edificio, la policía se escondió en una callejuela y avanzó por la Segunda avenida, dejando que los rebeldes tomaran posesión del edificio. Estos se encargaron enseguida de encender un fósforo. Cuando llegaron los bomberos, los rebeldes no les dejaron apagar el incendio y atacaron al ingeniero jefe John Decker cuando este trataba de introducir las mangueras en el edificio en llamas. Los bomberos no pudieron hacer nada y se quedaron observando la destrucción de toda la manzana, desde la calle Cuarenta y seis a la Cuarenta y siete.

Mientras tanto, el superintendente Kennedy había salido del cuartel de la policía para hacer una ronda, sin saber que la multitud de manifestantes había adquirido enormes dimensiones. Iba vestido con ropa de calle y llevaba una caña de bambú a modo de bastón. Llegó en un coche de caballos hasta el cruce de la calle Cuarenta y seis con la avenida Lexington, donde pudo ver el montón de gente que salía del edificio en llamas y las columnas de humo que se alzaban en el cálido aire de julio.



Incendio en las oficinas de la Tercera avenida

Aparcó su vehículo en una esquina y avanzó por la calle Cuarenta y seis hacia la Tercera avenida. Pero lo reconocieron a medio camino y una banda de matones se abalanzó hacia él. Antes de que pudiera defenderse, un hombre vestido con un uniforme antiguo del ejército le golpeó. El policía se puso en pie de nuevo y con la caña rajó el rostro de su adversario. Pero al instante volvió a caer al suelo, donde lo apalearon. Kennedy se las compuso para levantarse de nuevo, aunque la mole humana lo empujó hasta el borde de un terraplén donde había unas obras, y lo arrojó a un montón de piedras apiladas. Volvió a ponerse en pie y, con la multitud pisándole los talones, huyó atravesando un solar vacío hacia la calle Cuarenta y siete. Allí se las tuvo que ver con otro grupo, que lo echó a palos hacia la avenida Lexington, donde un tipo grandote le atizó con una porra y Kennedy cayó en una charca de lodo. Varios hombres se abalanzaron contra el policía pero este, sangrando por todo el cuerpo, llegó chapoteando hasta la avenida Lexington. Una vez allí, se desmayó en brazos de John Eagan, un ciudadano influyente que convenció a la multitud de que Kennedy estaba muerto. Cuando toda esa gente se dio media vuelta y regresó a los edificios en llamas, los compañeros de Kennedy metieron a su jefe en un carruaje, disimularon su presencia con unos sacos, y lo trasladaron a la jefatura central de policía. El médico detectó setenta y dos golpes de distinta consideración en el cuerpo de Kennedy, y más de una docena de cortes. No pudo volver a participar en ninguno de los siguientes enfrentamientos.

Ya que el superintendente Kennedy estaba enfermo en el hospital, la dirección de la policía y la estrategia antidisturbios recayó por completo en los comisarios John C. Bergen y Thomas C. Acton, este último un destacado político republicano y uno de los fundadores de la Union League Club. Al tercer miembro de la cúpula policial, James Bowen, lo habían designado Brigadier General del cuerpo de voluntarios y se había unido a su división semanas antes de que empezaran los disturbios. Bergen se

puso al frente de la situación en la isla Staten y en Brooklyn, mientras que Acton asumió el mando en Manhattan. Desde el lunes por la mañana hasta el viernes por la tarde, Acton no durmió ni se cambió de ropa y, salvo en algunas breves incursiones de inspección, no abandonó la comisaría. Debido a la creación de la policía metropolitana, la comisaría central se había trasladado al número 300 de la calle Mulberry. Durante la semana de los enfrentamientos, Acton recibió y contestó más de cuatro mil telegramas. También dirigió las posiciones de los cuerpos policiales y militares, ya que los oficiales del ejército entablaron una buena relación con él y respetaban su buen juicio en cuanto a estrategia militar.

Antes de salir de la comisaría central, el superintendente Kennedy había ordenado que las brigadas de las distintas prefecturas, incluyendo las que habían despejado a los amotinados de Broadway, fueran al rescate de los pobres policías que trataban de proteger el edificio situado entre la Tercera avenida y la calle Cuarenta y seis. La primera brigada en toparse con los rebeldes estaba compuesta de trece hombres a las órdenes del sargento Ellison. Fueron atacados en el cruce entre la Tercera avenida y la calle Cuarenta y seis y, superados en número en una proporción de doscientos a uno, se vieron obligados a retirarse antes de que se produjera una carnicería. La gente separó al sargento Ellison del resto del grupo y le arrebataron la porra, pero logró pegar a un gánster y cogerle su mosquete, de modo que pudo apalear varios cráneos antes de que un tipo armado con un palo lo dejara inconsciente. Ellison quedó tendido en la acera mientras las peleas seguían su curso, y no lo rescataron hasta que apareció otro destacamento del sargento Wade y se abrió paso entre la multitud.

Mientras los hombres del sargento Wade y los que quedaban del sargento Ellison se ocupaban de atizar a los insurgentes, llegó una tercera brigada bajo las órdenes de los sargentos Mangin y Smith. Pero había demasiada gente para tan pocos policías y estos tuvieron que retirarse con media docena de sus colegas heridos. Poco después, el sargento McCredie, conocido entre los policías como *Mac el Peleas*, arremetió con quince hombres contra la mole humana, mientras el sargento Wolfe lo hacía desde otra esquina con diez agentes. McCredie asumió el control de todo el cuerpo de policías, y fue capaz de reunir cuarenta y cuatro porras. Con tantas armas, los agentes volvieron a atacar a los rebeldes y, tras una intensa pelea, empujaron a toda esa gente de vuelta a la calle Cuarenta y cinco. Sin embargo, quedaron aún varios miles de personas merodeando por la zona, y McCredie y sus hombres se vieron de nuevo superados por una masa humana que los acosaba por todos lados. Cada policía que participó en esta refriega salió gravemente herido y el sargento McCredie, forzado a entrar en una casa, recibió tal golpe que atravesó los paneles de madera de la puerta principal. Aturdido y gravemente herido, se levantó tambaleándose y corrió escaleras arriba hasta el segundo piso, donde una joven alemana lo escondió entre dos colchones y convenció a los amotinados de que el hombre que buscaban había saltado por la ventana. Los agitadores prendieron fuego a la casa y se fueron. La joven cargó a McCredie a sus espaldas y lo llevó como pudo hasta la avenida Lexington, donde

un carruaje lo acercó hasta la comisaría de policía.

Otros grupos de agentes cargaron contra la multitud mientras McCredie era rescatado, pero fueron igualmente derrotados y sufrieron varias bajas. Muchos manifestantes corrían de arriba abajo por las calles impidiendo que la policía se concentrara en pequeños grupos y atacaran juntos. A la una en punto, el gentío arrasó la calle Treinta y cinco a su paso por el sur de la ciudad, donde el jefe de policía Steers y sus hombres probaron suerte contra el enemigo. También en este caso, pronto se vieron superados en número y huyeron desperdigados. Mientras tanto, un destacamento del Cuerpo de Inválidos de cincuenta hombres, armados con mosquetes y sables, se dirigió a la Tercera avenida. Fueron recibidos con una lluvia de ladrillos y adoquines, que mataron a un soldado e hirieron a seis. Asombrados por la violencia inesperada del ataque, el comandante ordenó a la primera línea de sus hombres que dispararan con balas de fogueo, pero los disparos no surtieron más efecto que enfadar aún más a la multitud y dejó desarmado a medio destacamento. La mole humana volvió a la carga con gran estruendo, y la segunda línea del cuerpo de inválidos contestó con metralla. Mataron a seis hombres e hirieron a una mujer. Por un instante, los rebeldes se apaciguaron, pero luego atacaron de nuevo con más violencia que nunca. Antes de que las fuerzas del orden pudieran retirarse, los insurgentes les habían arrebatado sus armas y les atizaron con porras. Desesperados, los agentes se retiraron sin orden ni concierto calle abajo, dejando a su paso varios hombres heridos o muertos. Los amotinados procedieron a torturar y a mutilar a esos pobres diablos.



Un policía muere a manos de los rebeldes

Los rebeldes más listos se dieron cuenta de que si robaban las armas de los policías podrían acabar con ellos y, de ese modo, tomar la ciudad y saquearla antes de que llegaran los efectivos militares. Con esto en mente, planearon tomar la armería

entre la Segunda avenida y la calle Veintiuno, así como el taller de ferrocarriles a una manzana hacia el norte que había sido convertida en una fábrica de municiones. En cada uno de estos edificios, había almacenadas cerca de cuatro mil carabinas y unos doscientos mil cartuchos de munición. Pero los detectives de la policía se enteraron de los planes de los asaltantes, y el jefe de policía Cameron de la prefectura dieciocho mandó una brigada al depósito de armas. El sargento Banfield y veinte hombres tomaron posesión de la armería, y a las dos en punto recibieron refuerzos con treinta y dos agentes de la famosa brigada de Broadway, bajo las órdenes del sargento Burdick y los agentes de distribución Ferris y Sherwood. Estos últimos iban armados con carabinas, aparte de sus porras y revólveres. Cada policía se apostó en una ventana y esperaron a los asaltantes.

No tardaron en llegar. Al cabo de media hora, una mole humana de diez mil personas se congregó frente a la armería, arrojando ladrillos, adoquines, y disparando con pistolas y mosquetes cuando un policía asomaba la cabeza por las ventanas. A las cuatro, los rebeldes atacaron y empezaron por la puerta principal, dirigidos por un tipo corpachón que empuñaba una almádena. Sus repetidos golpes acabaron por derribar la puerta, y un hombre muy conocido en los círculos gansteriles de Five Points se abalanzó hacia el boquete de la puerta y entró arrastrándose en el edificio, ansioso por ser el primero. Uno de los policías le disparó de inmediato en la cabeza. Por un instante, los rebeldes retrocedieron, pero pronto volvieron a la carga con energía renovada, aporreando las puertas con palancas, troncos de árbol y palos. Asestaron tales golpes que el edificio entero retumbaba. Enseguida se hizo evidente que la armería no resistiría al ataque, y el sargento Burdick preparó la retirada. Era suicida tratar de abrirse paso entre la multitud aunque había un espacio que los insurgentes habían pasado por alto. Se trataba de un agujero en una de las paredes traseras del edificio, un boquete de unos treinta por cuarenta y cinco centímetros y de unos cinco metros de profundidad. Cada uno de los hombres de la brigada de Broadway medía más de metro ochenta de alto y eran fornidos, pero se las arreglaron para meterse en el agujero. Tras abrirse paso entre unos cuantos tipos desperdigados, al final llegaron a la prefectura dieciocho de policía en la calle Veintidós, cerca de la Tercera avenida. Pero al cabo de una hora dicho edificio fue atacado y quemado, y la brigada de Broadway huyó a la comisaría central de la calle Mulberry.

Apenas hubo salido la brigada atrapada en la armería, los rebeldes echaron las puertas abajo y entraron triunfantes en el edificio. El saqueo de la planta subterránea fue considerable, pero la mayoría de carabinas y munición estaba almacenada en la sala de instrucción de la tercera planta, y allí fue donde los insurgentes se dirigieron de inmediato. En pocos minutos, la sala estaba repleta de exaltados empuñando armas y llenándose los bolsillos de municiones. Para evitar que la policía les aguara la fiesta, los rebeldes barraron la puerta de la sala de instrucción, un hecho que iba a tener horribles consecuencias. Mientras la armería era saqueada, las brigadas de la policía que habían aguantado en las avenidas Segunda y Tercera habían aunado fuerzas, de

modo que más de cien hombres lanzaron un ataque contra la multitud que aún quedaba frente a las puertas de la armería. Los golpes de porra permitieron que la policía se abriera paso, y esta formó una barrera de cuatro filas frente a la puerta destrozada.



Incendio en la armería de la Segunda avenida

Varios grupos de insurgentes salieron del edificio para ayudar a sus compañeros, y a medida que salían la policía los atizaba. Algunos resultaron muertos por el fuerte impacto de los golpes. Mientras tanto, otros grupos, temiendo que el número de agentes fuera suficiente para recuperar la armería, prendieron fuego al edificio en seis focos distintos. Este era de madera y muy antiguo, y en cuestión de minutos las plantas bajas ardían por completo. Los rebeldes que escapaban del fuego pasaron sin problemas ante la policía, a menos que llevaran consigo alguna carabina o municiones. Si era así, los agentes les atizaban sin piedad. Los tipos reunidos en la sala de instrucción tenían muy pocas probabilidades de escapar, ya que la puerta estaba trabada con tan buen propósito que no se podía abrir. Cuando al final la arrancaron de las bisagras, las primeras plantas del edificio eran ya pasto de las llamas. Al poco rato, los rebeldes lograron saltar por la ventana, pero muchos de ellos acabaron rompiéndose la cabeza al darse contra la acera y murieron. Otros tuvieron más suerte y se rompieron un brazo o una pierna.

Apenas habían saltado diez hombres cuando el suelo de la sala se vino abajo, de modo que quienes faltaban por saltar acabaron cayendo sobre las llamas. Nunca se supo la cifra exacta de hombres que perecieron en el fuego, pero después de la semana de disturbios, cuando los trabajadores empezaron a despejar los escombros,

reunieron más de cincuenta sacos y barriles de huesos humanos que posteriormente fueron enterrados en el cementerio de Potter's Field.

4

Mientras seguía la batalla para tomar posesión de la armería, la gran mole humana que se había congregado en la Tercera avenida se dividió en pequeños grupos e invadió la isla de Manhattan desde el río Hudson hasta el río East, saqueando, quemando y pegando a todo negro que encontrara a su paso. Colgaron a tres hombres de color el primer día de los disturbios, durante el anochecer, y después siguieron ahorcando a una media de tres al día. Los colgaban de árboles o postes de luz, y sus cuerpos aparecían mutilados. Algunos cadáveres eran poco más que huesos con carne carbonizada, ya que las mujeres que iban tras los rebeldes participaban, de vez en cuando, en las peleas más violentas y se dedicaban a verter alcohol en los cortes de las heridas para después prenderles fuego. Luego bailaban cerca de la antorcha humana al son de canciones obscenas y palabras maldicientes. Pasadas tres horas del primer ataque en la oficina de reclutamiento de la Tercera avenida, varios domicilios de Lexington a la altura de la calle Cuarenta y seis fueron también saqueados y quemados. Los rebeldes salían de las casas llevándose lo que fuera: ropa, muebles y otros bienes. También quemaron la taberna Bull's Head, en la calle Cuarenta y seis, así como el bloque de edificios de Broadway entre las calles Veinticuatro y Veinticinco. La mole humana que durante la mañana se congregó frente a las oficinas del jefe de la policía militar, situadas en la calle Veintinueve en Broadway, regresó por la tarde y quemó el edificio. Sacaron los muebles al exterior y los destrozaron a hachazos. Seis joyerías y otros comercios de los alrededores fueron igualmente saqueados, y robaron varios cientos de pistolas y revólveres.

Uno de los grupos de rebeldes se separó del principal y se dirigió hacia el este para asaltar la residencia del alcalde Opdyke, en la Primera avenida, mientras otro grupo marchó hacia el sur, atravesó Broadway y prendió fuego a la comisaría central. Unos pequeños destacamentos de la policía siguieron luchando contra los insurgentes, pero no lograron reunir la fuerza suficiente para reducirlos. Había tantos grupos numerosos de personas gritando por las calles que enfrentarse a uno suponía dejar que los demás saquearan y quemaran a sus anchas. Cien agentes habían conseguido llegar a la comisaría central, pero muchos estaban gravemente heridos y quedaron menos de ciento cincuenta totalmente sanos para seguir con su trabajo. En vez de enviarlos en pequeñas brigadas antes de organizar la ayuda militar, el comisario Acton decidió acabar con todo en un intento de dispersar a la enorme multitud que se estaba dirigiendo a la comisaría central, ya que los detectives de la policía que se habían mezclado entre los insurgentes informaron de que los líderes

planeaban, si las cosas les salían bien en la calle Mulberry, invadir el distrito financiero y saquear los bancos y la subdelegación del tesoro público.

Se convocó a todos los policías disponibles, y estos se pusieron a las órdenes del inspector Daniel C. Carpenter, un oficial de alto grado del departamento. Carpenter habló unos minutos después de que el oficial de instrucción Copeland formara a los hombres frente al edificio. «Vamos a acabar con esta gentuza —dijo Carpenter—, pero no tomaremos prisioneros». Se podían oír los gritos salvajes de los rebeldes mientras el inspector Carpenter y unos ciento veinticinco hombres desfilaban por las calles Mulberry y Bleecker. Cuando giraron hacia Broadway vieron que la masa humana que avanzaba despacio llenaba la calle entera de punta a punta y que se extendía hacia el norte hasta perderse de vista. Había al menos diez mil personas, la mayoría hombres, e iban armados con porras, pistolas, revólveres, palos y espadas. A la cabeza llevaban una enorme bandera americana, y otra que leía «¡FUERA LA LEY DE RECLUTAMIENTO OBLIGATORIO!». A su paso por Broadway, los rebeldes prendieron fuego a media docena de casas y una gigantesca cortina de humo negro envolvía esa parte de la ciudad. Los tenderos bajaron las persianas y abandonaron sus comercios; los rebeldes desalojaron a la fuerza las diligencias; por delante de la multitud corrían unos cuantos hombres negros asustados; en las calles se apilaban los muebles y los carruajes de los vecinos que se vieron obligados a abandonar sus casas por miedo a las llamas y a los saqueos.

El inspector Carpenter colocó a sus hombres en cuatro filas a su paso por Broadway, mientras la policía marchaba ligera hacia el norte. Allí se las vio con la multitud congregada en la calle Amity, al sur de la mansión La Farge, donde habían entrado cien hombres para linchar a los sirvientes negros. Por unos instantes, las primeras filas de los rebeldes se serenaron, y luego un tipo corpachón, armado con una porra, se adelantó precipitándose contra el inspector Carpenter, que iba delante de sus hombres. Pero Carpenter era un tipo duro. En vez de echarse atrás, asestó un golpe en la cabeza a su adversario y este cayó muerto. Detrás de Carpenter iban los agentes Doyle y Thompson, y este último se hizo con la bandera. Doyle se ocupó de matar al hombre de la pancarta. Casi al instante, recibieron una lluvia de ladrillos, adoquines y balazos, de modo que volvieron a las filas de la policía. Varios agentes salieron gravemente heridos, pero lo que quedó de la brigada cerró filas y siguió su marcha, alzando sus porras casi al unísono y dejando huella entre los rebeldes mientras se enfrentaban a ellos cuerpo a cuerpo. Poco a poco, los insurgentes empezaron a retroceder ante la embestida de la policía y, en cuestión de minutos, los rebeldes se desmembraron y huyeron desperdigados, mientras la policía los perseguía por las calles y los reducía sin piedad. Las aceras estaban llenas de cadáveres y hombres heridos, que horas después fueron atendidos por sus camaradas bajo la luz de la noche.

El alcalde Opdyke no había previsto vigilancia policial en su casa, a pesar de que sus vecinos eran conscientes de los riesgos de un asalto. Al final, cuando los rebeldes

se arremolinaron en la Primera avenida, más de cincuenta hombres armados con espadas, carabinas y pistolas, bajo las órdenes del coronel B. E Manierre, montaron guardia frente a la casa del alcalde. Este alarde de fuerza disuadió a los rebeldes sin que tuvieran que disparar ni un solo tiro, de modo que volvieron a la ciudad y se unieron a la gran masa humana reunida frente al orfanato Colored Orphan de la Quinta avenida, entre las calles Cuarenta y tres y Cuarenta y cuatro, al norte de la actual Biblioteca Pública y núcleo de un distrito comercial de moda. El orfanato era un bloque de cuatro pisos con dos alas de tres plantas cada uno, y albergaba a doscientos niños negros menores de doce años, junto con unos cincuenta empleados. El superintendente William E. Davis cerró a cal y canto las puertas delanteras. Mientras los rebeldes trataban de forzar su entrada, Davis envió a los niños al fondo del edificio, salieron por la puerta de atrás y llegaron a la avenida Madison, donde los condujeron en diligencias hasta la prefectura veintidós de policía, situada en la calle Cuarenta y siete, entre las avenidas Ocho y Nueve. Luego los trasladaron a la isla Blackwell, en el río East, con escolta militar.

Cuando apenas habían salido los niños, los asaltantes arrancaron las puertas del orfanato y entraron a raudales. Mientras tanto, unas cuantas bandas de gánsteres sueltas se encargaron de atacar comercios y residencias de la zona, prendiéndoles fuego. Los rebeldes que habían invadido el orfanato destrozaron el mobiliario con hachas. También mataron a una niña negra escondida debajo de una cama y que había quedado atrás en el éxodo de sus compañeros. Los asaltantes se llevaron las camas, los juguetes y los efectos personales de los niños. Luego prendieron fuego al orfanato en seis puntos distintos. El ingeniero jefe del cuerpo de bomberos, John Decker, fracasó en sus dos intentos de entrar en el edificio con las mangueras, pero al final lo consiguió junto a quince hombres de su brigada. Apagaron el incendio, aunque después fueron atrapados por varios manifestantes que los echaron a la calle. Los pobres bomberos presenciaron la destrucción del orfanato y la de otros edificios cercanos.



El orfanato Colored Orphan

Durante varias horas los motines se limitaron al centro de la ciudad. Ninguno de los grupos de rebeldes se había adentrado más lejos de la calle Veintiuno, excepto la gran mole humana de Broadway que había desafiado al inspector Carpenter. Pero a media tarde, los gánsteres empezaron a salir de Five Points, de Bowery y de la zona marítima, de modo que nuevos grupos de rebeldes se atrincheraron en varios puntos de la mitad sur de la ciudad. Pronto llegaron los rumores de asaltos al sur de la calle Cincuenta y nueve. Los poblados de negros al sudeste y sudoeste fueron el principal objetivo de estos ataques. Los rebeldes quemaban o destruían viviendas después de matar o herir a sus habitantes. Veinte familias negras fueron obligadas a desalojar sus casas en las calles Leonard y Baxter; y el restaurante Crook, en la calle Nassau, fue saqueado por un grupo que propinó una tremenda paliza a los camareros negros. Seis domicilios de la calle Pell fueron igualmente destruidos, y un grupo de rebeldes invadió el hogar Arch Block, en la calle Thompson, un edificio donde vivían personas de color muy pobres. Los asaltantes destrozaron el tugurio de Big Sue después de que una banda de mujeres irlandesas de Five Points la atacaran brutalmente. Le confiscaron el alcohol y se lo sirvieron a sus compañeros. Medio borrachos, se marcharon de esa parte de la ciudad, incendiando, robando y matando a su paso.

5

Al anochecer, Nueva York estaba prácticamente a merced de los rebeldes, y de todos lados llegaban los rumores de que la policía era derrotada. La ayuda del ejército no era suficiente ni contundente. Los incendios eran la única luz entre la oscuridad de la

noche, y las columnas de humo sobre la ciudad hacían más sofocante el aire de julio. Se registraron brotes de disturbios en Harlem y al norte del West Side, que culminaron antes de medianoche con el incendio de la casa del cartero Abram Wakerman, en la calle Ochenta y seis. A las ocho en punto, la policía recibió la noticia de que un gran grupo de insurgentes se estaba congregando frente a la comisaría central, y que ya andaba por la Quinta avenida con la funesta intención de ahorcar a Horace Greeley y de quemar el edificio del *Tribune* en la plaza Printing House, delante de la explanada del City Hall. La masa humana giró hacia el este a la altura de la calle Veinte, y avanzó por la Tercera avenida hasta Bowery. Desde allí llegó a la plaza Chatham y a Park Row, guiada por un tipo imponente empuñando la bandera americana. Miles de personas iban tras él, cantando en voz alta:

*Colgaremos al viejo Greeley de un manzano añejo,
colgaremos al viejo Greeley de un manzano añejo,
colgaremos al viejo Greeley de un manzano añejo,
¡y lo enviaremos directo al infierno!*

Durante toda la noche, otro grupo de manifestantes se reunió frente al City Hall y en la plaza Printing House, y cuando el núcleo principal de manifestantes llegó de Park Row empezó de inmediato un ataque. El sargento Devoursney trató de defender él solo el edificio del *Tribune*, y la verdad es que lo hizo con mucho arrojo en la puerta de entrada hasta que tuvo a su alrededor a varios gánsteres muertos o heridos. Finalmente se vio superado por la multitud, y esta entró en el edificio destrozándolo todo y prendiéndole fuego. El comité editorial y los trabajadores de imprenta, encabezados por Horace Greeley, escaparon por las escaleras de atrás. Greeley pudo llegar a un restaurante de Park Row, donde se escondió debajo de una mesa. No lo encontraron, ya que un camarero lo ocultó bien con un mantel. Mientras el jefe de policía Warlow y una brigada de la prefectura primera volvían a su comisaría de la calle Broad, después de una contienda con los rebeldes en el paseo marítimo, recibieron un telegrama con la orden de acudir al rescate del *Tribune*. Warlow condujo a sus hombres hasta la calle Nassau y en la plaza Printing House se encontraron con Thorne. Los dos, con una brigada conjunta de cien hombres, atacaron la retaguardia de los manifestantes y lograron desalojar el edificio. También apagaron el fuego antes de que alcanzara mayores proporciones. Los rebeldes subieron desperdigados hacia Park Row y atravesaron la explanada del City Hall Park, donde fueron atacados por un nutrido cuerpo de policías bajo las órdenes del inspector Carpenter y el inspector Folk, de Brooklyn. Traían a cien hombres del río East que habían prestado muy buen servicio al norte de la ciudad. Carpenter formó a sus soldados en compañía y entraron en la explanada con tal furia que enseguida dispersaron a los rebeldes. Después, Folk regresó con su destacamento a Brooklyn,

donde ya habían empezado los altercados, aunque los motines en sí no ocurrirían hasta el miércoles por la noche. Dos horas más tarde, otro grupo de manifestantes se dirigió hacia *The Tribune*, pero los dispersó un destacamento de cincuenta policías que habían montado guardia en la plaza Printing House, mientras el inspector Carpenter llevaba al resto de sus hombres a otras zonas amenazadas. Los empleados del periódico también participaron en esta última contienda, ya que el agente Blackwell, de la policía del puerto, trajo pistolas y carabinas de las armerías de las islas Riker y Blackwell, y las distribuyó entre la redacción y la sala de máquinas. Colgaron unas linternas de las ventanas del edificio, iluminando la plaza de tal modo que no cabía la posibilidad de un ataque sorpresa. Al día siguiente, la policía recibió los refuerzos de cien marines y unos rifles rápidos. Los marines empuñaban desafiantes los rifles de cañón negro asomando por la entrada principal del *Tribune*.

La situación empeoró a las siete de la tarde del lunes en los poblados negros al norte y al este de Five Points. Durante cinco horas, el jefe de policía John Jourdan y sesenta hombres de la prefectura seis patrullaron el distrito, enfrascándose en muchas reyertas y dejando a su paso varias decenas de rebeldes heridos. De vuelta al City Hall, esta brigada se unió a uno de los destacamentos de Carpenter e inspeccionaron el distrito del paseo marítimo, donde habían vuelto a aparecer varios grupos de insurgentes después de la retirada de Warlow. Ya habían empezado a quemar viviendas de negros y a saquear comercios. Algunos de los tugurios más célebres del paseo marítimo fueron igualmente saqueados. Los rebeldes incendiaron un prostíbulo de la calle Water y torturaron a sus inquilinos porque se negaron a entregar a un criado negro. En New Bowery, al este de Five Points, tres negros se refugiaron en un tejado. Pero los manifestantes prendieron fuego al edificio sobre el que estaban, de modo que los negros se vieron obligados a agarrarse a los travesaños con los dedos, mientras los rebeldes pedían a gritos que se soltaran. Al final, las manos de los pobres hombres se quemaron y estos cayeron al suelo. Luego los rebeldes se encargaron de patearlos hasta la muerte.

Mientras tanto varios grupos de rebeldes iban marchando hacia el norte, y las peleas no cesaron en toda la noche. La mayoría de incendios provocados por los manifestantes se apagaron gracias a una intensa lluvia que cayó sobre la ciudad. Algunos historiadores creen que, de no haber sido por la tormenta, la mitad sur de Nueva York habría quedado destruida, porque muchas brigadas de bomberos tardaron en responder. Además, cuando los bomberos llegaban al lugar del incendio, los manifestantes impedían su trabajo.

6

Solo quedaban ochocientos policías en Manhattan cuando empezaron las revueltas el

lunes por la mañana. Al caer la noche muchos agentes que no estaban de servicio volvieron a la comisaría, de modo que al final el comisario Acton pudo reunir a mil quinientos hombres. La gravedad del asunto, ya que muchos de los agentes resultaron heridos, era evidente tanto para el alcalde Opdyke como para el comisario. Cuando los primeros grupos de rebeldes empezaron a reunirse en la Tercera avenida, los comisarios llamaron al general de división Sandford para que convocara a todas las unidades de la Guardia Nacional que se encontrasen en la ciudad. También pidieron la ayuda del general de división John E. Wool, comandante del departamento Este del ejército de Estados Unidos, con la ciudad de Nueva York incluida. Sandford envió mensajeros de inmediato y publicó anuncios en los periódicos de la tarde. En ellos pedía a todos los oficiales y hombres de la Guardia, así como a otros hombres que hubieran prestado servicio militar, que se presentaran en el arsenal situado entre La Séptima avenida y la calle treinta y cinco. El general Wood envió una lancha cañonera desde la isla Governor a los distintos fuertes de la ciudad, con órdenes a los oficiales al mando para que embarcaran a todos los soldados y artillería que pudieran. También pidió al contralmirante Paulding, al frente de los astilleros, que enviara a Manhattan a todos los marines disponibles de los astilleros, así como a los marineros anclados en buques militares. Todas las tropas regulares se pusieron al mando del brigadier general Harvey Brown, quien estableció como sede central de operaciones la oficina del comisario Acton. Opdyke permaneció en el City Hall durante todo el día, y al caer la noche se iba al hotel St. Nicholas. El martes le acompañó el gobernador Seymour, procedente de Albany. El lunes por la noche el alcalde Opdyke envió telegramas al Departamento de Guerra en Washington, pidiendo que los regimientos de Nueva York que habían luchado en Gettysburg vinieran a la ciudad lo antes posible. También despachó correos a los gobernadores de Rhode Island, Connecticut, New Jersey y Massachussets, pidiendo que prepararan tropas por si se necesitaban.

La primera unidad militar reunida, aparte del Cuerpo de Inválidos, fue el regimiento 10 de la Guardia Nacional. Había recibido la orden de cerrar filas el lunes por la mañana en el arsenal situado entre las calles Elm y Worth. En un principio tenían la intención de implicarse en las batallas, pero fueron más útiles dispersando a los rebeldes.

Durante el primer día de los disturbios, dos compañías del ejército se quedaron en el arsenal de la calle Elm para vigilar las municiones almacenadas. Cincuenta hombres del regimiento 10 y cincuenta hombres del Cuerpo de Inválidos ayudaron a los vigilantes del arsenal, donde el general Sandford montó su base de operaciones y desde donde despachaba a sus hombres en misiones de cooperación con la policía. Dos compañías más del regimiento 10 se fueron hacia el arsenal de Central Park. Por la tarde desembarcaron varios destacamentos de infantería y unos doscientos marines, y se dirigieron enseguida a los distintos arsenales y a la comisaría central. Otras dos compañías de infantería llegaron a la comisaría a las once de la noche del lunes, y a

medianoche lo hicieron unos dos mil soldados del estado como refuerzo. Empezó también el reclutamiento del Cuerpo Especial de Voluntarios de la policía. Poco después de medianoche, el coronel Henry Moore, del regimiento 47 del cuerpo de voluntarios, informó que los siguientes hombres y armamento estaban atrincherados en el arsenal de la Séptima avenida:

Varios obuses de la isla Governor, con artilleros; el destacamento 10 de la milicia del estado de Nueva York a las órdenes del comandante Seeley; el destacamento 12 de la infantería regular del ejército de Estados Unidos, de Fort Hamilton, bajo las órdenes del comandante Franklin; ídem, destacamento Tres de infantería, de la isla Governor, bajo las órdenes del comandante Wilkins; ídem, Cuerpo de Inválidos, de la isla Riker; ídem, unidades del cuerpo de voluntarios del estado de Nueva York, bajo las órdenes del comandante Lockwood.

Estas tropas sumaban en total unos mil hombres, todos ellos armados. Pero solo dos destacamentos, el del comandante Wilkins y una compañía de marines, se enfrentaron a los manifestantes. Este último disparó contra un grupo de rebeldes que trataba de detenerlos de camino a su base de operaciones. La infantería de Wilkins relevó a la guardia frente a la casa del alcalde Opdyke y se deshizo de una banda que a medianoche trató por segunda vez de atacar la vivienda.

Capítulo ocho

LA BATALLA DE LOS SEIS DÍAS (CONTINUACIÓN)

1

El segundo día de los disturbios, el martes 14 de julio de 1863, empezó con dos asesinatos. Después de una noche de alcohol y diversiones en los tugurios y salas de baile de Bowery y Five Points, más de mil hombres y mujeres frenéticos invadieron la calle Clarkson antes del amanecer y colgaron de un árbol a William Jones, un ciudadano negro. Jones trataba de proteger a su familia del incendio que los rebeldes habían provocado en su casa. Con las llamas a sus espaldas, los rebeldes bailaron, gritaron y lanzaron piedras al cadáver de Jones mientras se balanceaba en el fuego. Otro negro, de nombre Williams, fue atacado entre las calles Washington y LeRoy. Mientras varios rebeldes lo tiraban al suelo, el líder le aplastó la cabeza con una enorme piedra de más de diez kilos que lanzó varias veces, las mujeres que acompañaban a los insurgentes abrieron el cuerpo de la víctima con un cuchillo y vertieron alcohol en las heridas, pero no pudieron prenderle fuego porque vino la policía. Los hombres del oficial de instrucción Copeland y del comisario John F. Dickson dispersaron a la multitud asesina, y también lograron vencer a los grupos de la calle Clarkson. Asimismo, se ocuparon de descolgar el cuerpo de Jones.

Era evidente que Nueva York iba a vérselas con batallas más duras que en la jornada anterior, y que harían falta todas las fuerzas del ejército y la policía juntas para salvar a la metrópolis del fuego y del pillaje.

A las seis de la mañana, empezaron a reunirse algunos grupos en varias partes de la ciudad. Avanzaban de forma desorganizada y tumultuosa por las calles, persiguiendo y pegando a los negros. También se dedicaban a saquear y a prender fuego a las casas. Uno de estos primeros grupos apareció de repente en la calle Ochenta y seis, en su lado este, y atacó la prefectura de policía veintitrés. A esas horas solo estaba controlada por el portero Ebling, ya que el vigilante policial se había marchado a la comisaría central poco después de medianoche. Los rebeldes quemaron la prefectura entera.

Otro grupo de insurgentes se congregó frente a la casa del alcalde Opdyke, rompiendo puertas y ventanas con ladrillos y adoquines antes de que la policía pudiera dispersarlos. Un tercer grupo de hombres y mujeres invadió la plaza Printing House con la intención de asaltar los edificios del *Times* y el *Tribune*. Pero al final huyeron desperdigados hacia el norte atravesando Park Row y la calle Center, ya que vieron los rifles y los obuses que el ejército había colocado en la plaza durante la

noche. Otros rebeldes quemaron la casa del coronel Robert Nugent, situada en la calle Ochenta y seis en el lado oeste.



Los rebeldes ahorcan y queman a un negro en la calle Clarkson

Varios tropes de hombres se reunieron antes del amanecer en las avenidas Nueve y Una. Trabajaron sin descanso levantando unas barricadas que iban a causar muchos problemas a las fuerzas del orden a lo largo del día. Los postes de telégrafos y los de la luz fueron arrancados, y entre ellos los rebeldes colocaron barriles, carros, cajas y muebles robados de las casas circundantes. En la Primera avenida, las fortificaciones se extendían desde la calle Once a la Catorce, y en la avenida Nueve desde las calles Treinta y dos a la Cuarenta y tres, con unas cuantas barricadas que cruzaban las calles de acera a acera. Durante toda la jornada, en los momentos en que la policía y el ejército dominaban, los rebeldes se refugiaban en estos distritos. No se logró destruir las barricadas ni dispersar a los manifestantes hasta que los soldados hicieron retroceder a los rebeldes con carros pesados de artillería y balas de fogueo.

Ese mismo martes, el inspector Daniel Carpenter reunió a un destacamento de doscientos policías en la comisaría central a las seis en punto de la mañana. Luego se dirigieron hacia el norte para acallar las revueltas de la Segunda avenida, que amenazaban con asaltar el taller de ferrocarriles de la calle Veintidós, de donde la policía no había podido sacar las municiones almacenadas. Cuando el destacamento estuvo a una manzana del taller, se encontró con un grupo de rebeldes que atestaban la calle hacia el norte hasta la calle Treinta y tres. Cientos de manifestantes empuñaban mosquetes, espadas y pistolas, de modo que se enfrentaron con los agentes. Otros invadían las casas a cada lado de la Segunda avenida a la altura de las calles Treinta y dos y Treinta y tres. Muchos de ellos se quedaban en los tejados y se procuraban buenos ladrillos y adoquines. Al igual que había hecho en la batalla de Broadway el lunes, el inspector Carpenter empleó a sus hombres como escaramuzas. Dos filas de policías marchaban despacio hacia el norte, y apenas encontraron

resistencia, salvo por unos cuantos carros y caballos sin control que repiqueteaban en la acera. Pero en la calle Treinta y dos, los rebeldes situados sobre los tejados empezaron a lanzar piedras y ladrillos a la policía, y muchos de los agentes cayeron al suelo por la fuerza de los pesados misiles. Al mismo tiempo, los rebeldes, que poco a poco habían cercado a las fuerzas del orden, atacaron por delante y por la retaguardia. Pero Carpenter y sus hombres lucharon con tal furia y disciplina que en cuestión de minutos despejaron la calle. Los rebeldes se arremolinaron en pequeños grupos a unos cuantos metros de las amenazantes porras. Se les veía tristes y asustados, de modo que cincuenta policías aprovecharon para entrar en las casas y subir a los tejados, donde se las vieron con los gánsteres. Los malhechores no soportaron la presión de los golpes policiales, y muchos saltaron al vacío y se mataron. Otros recibieron palizas, y si alguno lograba bajar a la calle por las escaleras, Carpenter y sus hombres lo esperaban. Unos cincuenta insurgentes se habían apoderado de la taberna situada entre la Segunda avenida y la calle Treinta y uno, y disparaban desde las ventanas. Al final cayeron ante la policía, aunque bien es cierto que algunos agentes lo pasaron muy mal. Uno de los gánsteres disparó una bala que atravesó la gorra de un policía, y este lo agarró por el cinturón y lo arrojó por una ventana, con lo cual el hombre se acabó rompiendo la cabeza.

Los rumores acerca de estas peleas llegaron al arsenal de la Séptima avenida, y el general de división Sandford ordenó al coronel H. J. O'Brien —del destacamento Undécimo del cuerpo de voluntarios de Nueva York— que acudiera, junto con ciento cincuenta soldados de infantería de varias unidades, en ayuda y socorro de la policía. Los soldados iban acompañados de dos cañones y veinticinco artilleros, bajo las órdenes del teniente Eagleson. Cuando vio a los soldados marchando por la Segunda avenida, Carpenter lanzó de inmediato otro asalto contra los rebeldes. Pero la furia de los amotinados había ido en aumento y estos no retrocedieron, sino que respondieron a los soldados y a la policía con ladrillos y piedras y el fuego constante de sus mosquetes y pistolas.

El coronel O'Brien empujó a las tropas a primera línea de fuego y los soldados de infantería lanzaron varias descargas, aunque los rebeldes seguían resistiendo con gran perseverancia. Luego el teniente Eagleson ordenó que sus hombres dispararan, y sus rifles pesados arrojaron una lluvia de metralla hacia las apretadas filas de los rebeldes, lo que causó una gran conmoción. Hicieron falta seis rondas de descargas para que los insurgentes retrocedieran, y cuando lo hicieron corrieron en todas direcciones. Las aceras estaban repletas de cadáveres y de heridos. Una de las personas muertas fue una mujer con un niño en brazos. La mujer cayó al suelo con la primera descarga, pero el bebé quedó debajo de su pecho y se salvó. La gente pasaba por encima de la madre pisándola.

Una vez conseguida cierta tranquilidad en la Segunda avenida, el inspector Carpenter se adentró de forma cautelosa en la parte este de la ciudad. Embistió a varios grupos numerosos que empezaban a inundar las calles. El coronel O'Brien marchó

con sus hombres de vuelta al arsenal, pero al cabo de tres horas regresó solo al escenario de la batalla, ya que vivía cerca y estaba preocupado por el bienestar de su familia y el de sus propiedades. Llegó a su domicilio sin percances, y supo que su mujer y sus hijos se habían refugiado en casa de unos familiares de Brooklyn antes de que empezaran las revueltas. De modo que el coronel decidió volver a su puesto pero, cuando pasó por la Segunda avenida, fue reconocido, y varios rebeldes trataron de hacerle caer del caballo y le lanzaron piedras. El coronel bajó de su caballo y entró en una taberna situada entre la calle Diecinueve y la Segunda avenida. Cuando salió había un nutrido grupo de rebeldes esperándole, ansiosos por matarle. Con la espada en una mano y su revólver en la otra, el coronel O'Brien se dirigió con paso firme hacia su montura. Apenas había recorrido unos metros cuando los rebeldes se abalanzaron contra él y le golpearon en la cabeza con una porra. Al levantarse de nuevo, los rebeldes se le volvieron a echar encima. Le pegaron y patearon, y luego le ataron con una cuerda los tobillos. Lo llevaron por toda la calle arrastrándolo por el pavimento adoquinado. Un sacerdote católico intercedió por él, pero solo le permitieron administrarle la extremaunción. Luego se fue y dejó al coronel O'Brien a merced de los furiosos malhechores. Lo torturaron durante más de tres horas rajaron su cuerpo con cuchillos y dagas, le tiraron piedras y lo arrastraron por toda la calle entonando hurras de victoria. Después lo abandonaron, y su cuerpo inconsciente descansó sobre la acera durante toda la calurosa tarde de julio. Ninguno de sus compañeros se atrevió a rescatarlo ni a traerle agua.



El asesinato del coronel O'Brian

Hacia el atardecer, apareció de nuevo un grupo de personas que procedieron a ofrecerle nuevos tormentos al desgastado coronel. Al final lo llevaron a su propia tumba, y allí un grupo de arpías de Five Points se dedicó a mutilarlo con cuchillos y a tirarle piedras en la cabeza hasta que finalmente murió.

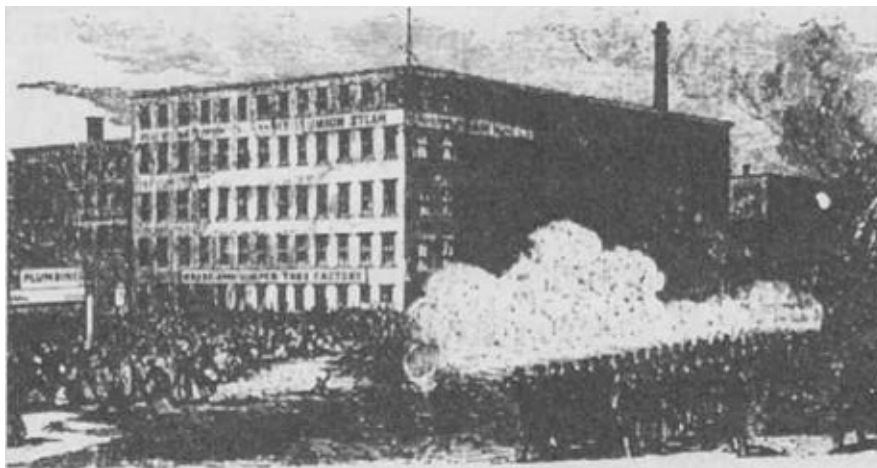
Gracias a los ataques del inspector Carpenter y del coronel O'Brien, los rebeldes no pudieron llevar a cabo el intento de asaltar el taller de ferrocarriles. Pero cuando la policía y los soldados se fueron, la multitud se concentró de nuevo y se apoderó del taller tras una breve lucha con los vigilantes. Sin embargo, en vez de coger las carabinas y distribuir las entre ellos, los rebeldes ni siquiera rompieron los estuches donde estaban guardadas. Unos quinientos hombres vigilaron el local con la intención de emplearlo como base de operaciones y como punto de encuentro de todos los insurgentes del East Side. Doscientos policías, bajo las órdenes del inspector George W. Dilks, se dirigieron a la Segunda avenida cuando supieron que el taller de ferrocarriles estaba en manos de los rebeldes. Tras una intensa lucha, la policía pudo recuperar el edificio. Los agentes persiguieron a muchos de los amotinados hasta los tejados donde se escondían, y allí los mataron. Los muertos y los heridos quedaron desparramados por todas las salas del edificio y por la acera del exterior. Un médico de la zona aseguró que, en una hora, vendó veintiuna heridas en la cabeza, todas ellas mortales.

Durante los violentos enfrentamientos por la recuperación del taller de ferrocarriles, los rebeldes estaban a las órdenes de un tipo grandote y manco que empuñaba una porra enorme utilizándola con gran acierto. También mandaba un hombre joven vestido con un mono harapiento que luchaba valientemente con la navaja y la porra. Al final, el gigante recibió un disparo y murió. El joven se las vio con un golpe tan fuerte en la cabeza que fue a parar directo a una verja de acero, y una de las estacas le atravesó el cuello. Un policía levantó el cuerpo clavado en la verja y descubrieron que el joven tenía rasgos de aristócrata. Sus manos eran delicadas y parecían bien cuidadas; su piel era tersa y blanca. Evidentemente, no era un hombre acostumbrado al trabajo duro. «Aunque iba vestido como un trabajador, con un mono sucio y una camisa asquerosa —escribió un periodista de la época—, debajo llevaba puestas unas medias de cachemir y una bonita camisa de lino». Nunca se supo su identidad porque los rebeldes se llevaron el cadáver, junto a otros, cuando la policía se fue. Se cree que lo llevaron a Five Points en carro, y que lo enterraron en algún sótano de Paradise Square.

Todas las carabinas y las municiones que quedaron en el taller de ferrocarriles se cargaron en unos contenedores que la policía transportó hasta la comisaría central con fuertes medidas de seguridad.

Poco después de la recuperación del taller, un destacamento de soldados se unió a la policía y ambas fuerzas hicieron una ronda por el distrito con la intención de dispersar a grupos sueltos de manifestantes que se mantenían unidos. En la calle Veintiuna, dicha expedición se enfrentó a los violentos disparos de los insurgentes. La policía retrocedió, aunque los soldados avanzaron y silenciaron los tiros con varios cañonazos. Uno de los amotinados, que disparaba desde una casa, resultó muerto cuando un soldado prendió fuego al edificio. El inspector de policía Dilks incluyó, entre otras unidades, a todas las reservas de la prefectura 18. Y mientras estos

hombres luchaban contra los grupos de rebeldes de la Primera y Segunda avenidas, otra banda de amotinados atacó la comisaría de la calle Veintidós, en su lado este. Solo el sargento Burden y tres hombres se encontraban allí en ese momento, y aunque se opusieron al ataque con determinación y mantuvieron a los rebeldes a raya durante media hora, al final tuvieron que salir del edificio en llamas.



La batalla del taller de ferrocarriles

Mientras tanto, el jefe de policía George W. Walling, considerado uno de los mejores luchadores del departamento de policía por haber sobrevivido a múltiples reyertas de gánsteres, estaba muy ocupado con un destacamento de agentes de la prefectura 20. Por la mañana temprano, se dirigieron a la calle Pitt, donde una banda de rebeldes había cercado a una pequeña brigada de soldados. Pero, antes de que llegaran, otros soldados hicieron fuego hacia los asaltantes y los dispersaron. Luego Walling llevó a sus hombres a Bowery y dispersó a varios grupos sueltos. Al cabo de una hora le ordenaron que acudiera al rescate de una compañía de soldados que había sido atacada frente al hotel Allerton, situado en la avenida Once, entre las calles Cuarenta y Cuarenta y uno. Después de reducir al grupo de rebeldes y recuperar gran parte de los mosquetes que les habían robado, Walling atravesó la Quinta avenida y la calle Cuarenta y siete, donde varios grupos de insurgentes campaban por sus anchas y habían empezado a saquear el domicilio del Dr. Ward y de otros vecinos de la zona. Finalmente, el destacamento policial llegó a la comisaría de la calle Treinta y cinco Oeste después de varias horas de intensa lucha, y se unió a una brigada especial para atacar a las barricadas de la Novena avenida.

Por lo que se refiere a las unidades policiales, la formación de este cuerpo especial ya se había completado a las tres de la tarde. Pero pasaron dos horas hasta que las tropas regulares del comandante Wesson llegaron como refuerzo. Mientras tanto, los rebeldes afianzaron sus líneas de defensa y quemaron la taberna Weehawken Ferry, situación en la calle Cuarenta y dos Oeste, ya que el propietario de establecimiento se negó a entregar su colección de licores. A las seis, las fuerzas

militares y policiales unidas salieron de la comisaría y se dirigieron a la Novena avenida, donde miles de rebeldes, armados con mosquetes, pistolas, ladrillos y adoquines, se escondieron tras sus barricadas. Los jefes de policía Slott y Walling dirigieron a un nutrido destacamento de policías que iban de avanzadilla, pero los rebeldes dispararon con tal violencia que se vieron obligados a retroceder.



La policía arremete contra las barricadas de la Novena avenida

En vista de la situación, los soldados lanzaron pequeñas escaramuzas y dispararon varias descargas que mataron a veinte o treinta personas. La policía se precipitó entonces hacia los insurgentes y, con sus porras y hachas, arremetió contra la primera línea de barricadas mientras los soldados se concentraban en la retaguardia y disparaban para evitar un contraataque. Se emplearon métodos parecidos para capturar el resto de barricadas, y al cabo de dos horas los rebeldes huyeron. Se despejaron las líneas de defensa y la policía asumió el control de la Novena avenida.

Mientras se libraba esta batalla, otra gran multitud atacó el domicilio de J. S. Gibbons, primo de Horace Greeley, en el número 19 de la plaza Lamartine, cerca de la Octava avenida y la calle Veintinueve. Los rebeldes irrumpieron en la casa y procedieron a desvalijarla hasta que fueron atajados por la retaguardia. Los policías eran de la brigada de Broadway y unos grupos de reserva de la prefectura Treinta y uno, bajo las órdenes del jefe de policía James Z. Bogart. La terrible lucha entre ambos bandos duró treinta minutos, y en medio de todo ese tumulto apareció otro destacamento de soldados que lanzó tal descarga que sorprendió tanto a los policías como a los asaltantes. El agente Dipple recibió un disparo en el muslo, y la bala le penetró el hueso hasta la médula. Murió al cabo de un rato. Durante el saqueo de la residencia Gibbons, las mujeres causaron más problemas a la policía que los hombres. No solo luchaban con más fiereza, sino que se aferraban a cualquier cosa de valor que encontraran a su paso. No salieron de la casa hasta que la policía las atizó con las porras.

2

A lo largo del martes, la policía tuvo muchas dificultades en mantener libres sus líneas de comunicación, ya que los líderes de la revuelta ordenaron cortar varios postes de telégrafos. Además, los equipos de reparación de los postes, escoltados por soldados, iban constantemente de un lado a otro de la ciudad para arreglar averías. Los rebeldes también derribaron las líneas de telégrafos de la avenida Once, y arrancaron varios tramos de vías de tren del trayecto entre Harlem y New Haven, evidentemente con la intención de impedir la movilidad de los trenes militares. Las líneas de telégrafo de la policía que funcionaban transmitían mensajes importantes a cada momento, pero aun así el comisario Acton suspendió todo tráfico oficial durante un rato el martes por la tarde. A las 1.12 p. m. llegó el siguiente telegrama a la prefectura de policía número cinco:

Envíen lo antes posible al doctor Purple del número 183 de la calle Hudson a casa del inspector Leonard. Bebé muy enfermo.

El médico fue escoltado hasta la casa en cuestión, y después se supo que el bebé se curó.

Durante el mediodía del martes, ya había disminuido el peligro de ataques en armerías, arsenales, astilleros y otros puestos gubernamentales. El almacén de armas del regimiento Séptimo estaba vigilado por cuatrocientos hombres y dos obuses; un número parecido de hombres vigilaban los arsenales de Central Park, el de la Séptima avenida y el de la calle Worth. La subdelegación de la tesorería en Wall Street estaba vigilada por una tropa regular de infantería y una batería de cañones de campaña, todos bajo las órdenes del coronel Bliss del cuerpo de voluntarios. Corrían rumores de que los rebeldes pensaban atacar por sorpresa los astilleros del río East, de modo que los buques de guerra en el puerto y en el río Hudson se dirigieron de inmediato al East. En poco tiempo, todos los accesos al astillero estaban controlados por el barco nodriza *North Carolina*, la corbeta *Sabana* y las lanchas cañoneras *Granite City*, *Gertrudis*, *Unadilla* y *Tulipán*. El acorazado *Passaic* y la cañonera a vapor *Fucsia* habían tomado posiciones en las afueras de Battery para evitar que los rebeldes se adentraran en aguas de la isla Governor. También había embarcaciones militares en la entraba de la calle Wall y en otras vías principales. Todos estos buques apuntaban sus armas hacia las calles por si había visos de revuelta.

A las dos de la tarde el puente sobre el río Harlem fue destruido, a la altura de la presa Macomb. También se derrumbó el hotel Washington y una fábrica en la Tercera avenida a la altura de la calle Ciento veintinueve. Manhattan atravesaba los peores momentos de estos disturbios, y desde Battery al río Harlem varios destacamentos de

soldados y policías entraron en contacto directo con los violentos. Afortunadamente, las fuerzas del orden salieron victoriosas de muchos de estos enfrentamientos. El martes por la tarde, a última hora, casi mil policías del cuerpo especial de voluntarios se equiparon con escudos metálicos, uniformes y porras, y montaron guardia para que los policías y los soldados pudieran batirse en los distintos campos de batalla. Los voluntarios pelearon poco sobre el terreno debido a su falta de entrenamiento y disciplina, aunque las compañías que habían luchado contra el Ejército Confederado sí que fueron de utilidad. Los mismos comandantes que les habían dirigido en el sur del país lo hicieron ahora en Nueva York contra los violentos.

Un enorme grupo de rebeldes trataron de formar una pequeña tropa de caballería con caballos robados de los establos de Red Bird Line. Pero la verdad es que no sabían montar corceles y no consiguieron nada. Otro grupo atacó una iglesia de negros en la calle Treinta situada entre las avenidas Siete y Ocho. El jefe de policía Walling llegó al lugar de los hechos con un nutrido destacamento de agentes. La iglesia ya estaba ardiendo cuando llegó la policía y los rebeldes se estaban peleando con los bomberos que trataban de apagar el incendio. Walling y sus hombres dispersaron a la multitud y mataron a un tipo que estaba en el tejado arrancando los listones de madera con un hacha. Mientras tanto, otras pandillas despojaban el arsenal de la Tercera avenida cerca de la calle Treinta y siete, y habían prendido fuego al edificio después de sacar las armas y las municiones. Luego se informó a los vecinos que vivían cerca del arsenal de que sus casas serían incendiadas esa misma noche. Pero, en cuestión de minutos, los violentos prendieron fuego y ahorcaron a un negro cuando trataba de huir de una de las viviendas. Quemaron diez casas.

Los enfrentamientos no cesaron en toda la noche del martes y se libraron batallas sangrientas en varias partes de la ciudad. Por cuarta vez, un grupo de rebeldes trató sin éxito de atacar el edificio del periódico *The Tribune* en la plaza Printing House. Entre las ocho y las nueve, el policía Bryan de la prefectura Cuatro telegrafió a la comisaría central informando de que una multitud estaba amenazando con quemar el almacén textil Brooks Brothers, en la calle Catherine, actualmente situado entre la avenida Madison y la calle Cuarenta y cuatro. Cincuenta hombres a las órdenes de los sargentos Finney, Matthews y Farrell acudieron al almacén, pero antes de que llegaran empezó el ataque. Los agentes Kennedy, Platt y Davis se mezclaron de paisano entre la multitud y la mantuvieron a raya por un momento, pero enseguida se vieron superados y acabaron vapuleados. Luego los rebeldes arrancaron las puertas del edificio y entraron en el almacén. Una vez dentro prendieron la luz y rompieron las ventanas, de modo que cuando llegó la policía los violentos ya estaban robando trajes y llenándose los bolsillos de corbatas, camisas y otras prendas. También tiraron varios fardos de ropa por las ventanas.

La policía dispersó de inmediato a la multitud congregada en la calle y luego entró en el almacén, atizando a los rebeldes con porras. Muchos trataron de escapar por una cuerda que salía de una trampilla hasta la planta baja, así que la policía les

esperaba allí y les atizaba al bajar. Durante las refriegas, varios agentes recibieron disparos y algunos salieron gravemente heridos, y no fue hasta que el inspector Carpenter apareció con su grupo itinerante que se desalojó el almacén. Varios policías montaron guardia frente al edificio toda la noche. Junto con un destacamento militar, buscaron en los parques y jardines de los alrededores y recuperaron unos diez mil dólares en ropa y atuendos. En una de las casuchas de la vecindad, encontraron cincuenta trajes nuevos, y en otra un saco lleno de corbatas y calcetines.

3

El gobernador Seymour declaró el martes por la tarde que la ciudad se había sublevado, y a medianoche el alcalde Opdyke recibió un telegrama de Edwin M. Stanton, secretario del Departamento de Guerra, en el que le notificaba que se habían formado cinco regimientos de las fuerzas victoriosas de la Unión, y que se acercaban raudos a la metrópolis. Este mensaje no se hizo público, pero alentado por la perspectiva de la ayuda y por los éxitos del día anterior, el comisario Acton anunció en los periódicos del miércoles por la mañana que el núcleo de las revueltas había sido desmantelado y que la policía controlaba la situación. Sin embargo, las luchas no cesaron en toda la semana. El miércoles, cinco negros fueron ahorcados y los soldados lanzaron de nuevo sus obuses y sus cañones de campaña contra los rebeldes. Los cinco mil establecimientos que servían alcohol permanecieron abiertos en las zonas tomadas por la multitud, pero el resto de comercios, almacenes y fábricas cerraron o suspendieron sus actividades. Salvo por algún trayecto discrecional en la Sexta avenida, todos los ómnibuses de caballos interrumpieron su servicio, y los carros y las diligencias que normalmente circulaban por la ciudad con pasajeros o mercancías se escondieron para evitar que los rebeldes levantaran barricadas. Las carreteras del condado de Westchester y más al norte estaban llenas de hombres, mujeres y niños que escapaban de la ciudad. Nueva York era una metrópolis que parecía condenada a la destrucción, y desde el martes al mediodía hasta que acabaron los disturbios, las estaciones de ferrocarril y los muelles hervían de gente peleándose por subir a un tren o a un bote.

El miércoles 15 de julio fue el día más caluroso del año. El aire tan sofocante hizo aún más intolerables las cortinas de humo negro que se alzaban de las ruinas de más de una treintena de casas incendiadas por los rebeldes. Las peleas empezaron antes del amanecer, pero el primer conflicto de consideración ocurrió a las nueve, cuando una brigada de infantería del Octavo regimiento del cuerpo de voluntarios, a las órdenes del general Dodge y reforzada por una tropa de caballería y una batería militar de obuses del coronel Mott, se dirigió a la comisaría central para dispersar a una multitud. Corrían rumores de que se estaba colgando a negros entre la calle

Treinta y dos y la Octava avenida, a una manzana del actual hotel Pensilvania, así como en la explanada de la estación de ferrocarriles Pensilvania. Cuando los militares llegaron a la Octava avenida vieron a tres negros colgados de unos postes y a unas mujerzuelas rajando sus cuerpos con cuchillos al compás de los gritos de unos cinco mil exaltados. Los rebeldes retrocedieron un poco al avanzar las tropas, y el coronel Mott se adentró a caballo en la mole humana y con la espada cortó la cuerda de uno de los ahorcados. Luego utilizó su arma para disuadir a un tipo que trató de apuñalarlo por la espalda.

Cuando el coronel Mott volvió a su puesto, la multitud avanzó de nuevo y empezó a atacar con una lluvia de ladrillos, adoquines y balas de fogueo. Mott ordenó al capitán Howell que preparara el ataque de dos obuses en la Séptima avenida para que barrieran la calle Treinta y dos. Después, la infantería y la caballería arremetieron con bayonetas y sables, y empujaron a los rebeldes hasta la Octava avenida. Pero la multitud volvió a avanzar cuando los soldados regresaron para proteger la artillería, y el capitán Howell gritó que dispararía los cañones si no se dispersaban. Sus palabras fueron recibidas con risas y abucheos, y los rebeldes avanzaron hasta llenar la calle de punta a punta. El capitán Howell ordenó a sus hombres que dispararan, y decenas de manifestantes cayeron al suelo heridos o muertos. Tras seis rondas de disparos, la multitud se dispersó y muchos huyeron hacia la Octava avenida y luego hacia el norte. Los soldados se dividieron en pequeños destacamentos, dispersaron las calles laterales y bajaron los cadáveres de los negros ahorcados. Después, se dirigieron a la comisaría central de la calle Mulberry. Al cabo de media hora reaparecieron los violentos, se llevaron a sus muertos y heridos y volvieron a ahorcar a los negros. Los cadáveres quedaron colgando de los postes hasta bien entrada la tarde, cuando los soltó la brigada de policía del jefe Brower.

La artillería entró de nuevo en acción una hora después en la Octava avenida, cuando los manifestantes atacaron la fundición Jackson situada en la calle Veintiocho entre la Primera y Segunda avenida. Asustados y desorganizados por el impacto de la abundante metralla, algunos grupos rebeldes prendieron fuego a varias casas de la calle Veintisiete y la Séptima avenida. Cuando el ejército se marchó, los violentos se volvieron a reunir en el East Side y quemaron doce viviendas de la Segunda avenida y la calle Veintiocho, aunque desistieron de la fundición. Por la tarde, el coronel Nevers dirigió una compañía de infantería que frustró un intento de destruir al acorazado *Dunderberg* en los astilleros Webb. Otro destacamento militar, con treinta y tres hombres de Hawkins Zouaves y una compañía de la infantería regular, se apoderó de una casa de Broadway en la calle Treinta y tres, donde los insurgentes habían almacenado miles de mosquetes. La expedición contaba con los refuerzos de una batería de cañones que habían llegado a la ciudad al mediodía.

En diversas ocasiones, durante la tarde del miércoles, varias tropas se vieron superadas por los asaltantes, y dos de los obuses fueron requisados después de que los artilleros recibieran una buena paliza. No obstante, esas armas no resultaron de

mucha utilidad para los rebeldes, ya que no tenían municiones. La derrota más grave del día tuvo lugar a las seis de la tarde, cuando el coronel Cleveland Winslow arremetió contra una multitud en la Primera avenida entre las calles Dieciocho y Diecinueve, con una brigada de doscientos voluntarios dirigidos por el general de división Robinson, unos cincuenta soldados de Duryea Zouaves, y dos obuses del coronel E. E. Jardine. Mientras la infantería cargaba contra los rebeldes, el coronel Jardine preparaba sus armas para barrer la avenida, pero antes de disparar los rebeldes se repartieron entre las casas de a cada lado de la calle. En cuestión de minutos, los violentos dispararon desde las ventanas y más de una decena de soldados resultaron heridos y muertos. Los obuses causaron un enorme estruendo en la calle, pero no surtieron efecto, de modo que los soldados trataron sin éxito de recurrir a sus mejores tiradores. Pero estos dispararon con tan poco acierto que en media hora gran parte de los soldados estaban heridos o muertos. Entre ellos se encontraba el coronel Jardine, quien recibió una bala en la pierna de un rebelde que se colocó en plena línea de fuego mientras los soldados cargaban los obuses.

Consciente de que el ejército perdería si los rebeldes atacaban a una, el coronel Winslow ordenó que las tropas se retiraran hasta que la policía llegara con porras, desalojara las casas y empujara a los manifestantes hacia la calle donde estaba la artillería. Pero, al primer indicio de retirada, los rebeldes salieron de los edificios y lanzaron un ataque tan brutal que los soldados escaparon dejando atrás a sus muertos, a sus heridos y a la artillería. Pocos lograron huir y salvarse. El coronel Jardine y dos oficiales heridos de Duryea Zouaves llegaron arrastrándose hasta el sótano de una casa en la Segunda avenida, cerca de la calle Diecinueve. Dos mujeres los escondieron debajo de unas maderas, pero los rebeldes los encontraron cuando irrumpieron en la casa. Los compañeros de Jardine fueron apaleados hasta la muerte. Afortunadamente, uno de los líderes rebeldes era un antiguo conocido de Jardine e intercedió para que no lo mataran. Al cabo de unas horas, cuando el distrito estaba más tranquilo, la mujer llevó a Jardine a un médico. Con el tiempo se recuperó de sus heridas.

4

La victoria en la Primera avenida fue el último éxito importante de los rebeldes. Los regimientos especiales llegaron a Nueva York el miércoles por la noche, y el martes por la mañana el comisario Acton y el general Brown pudieron reemplazar a sus gastadas tropas por varios miles de nuevos soldados que habían luchado contra el Ejército Confederado. El regimiento Setenta y cuatro de la Guardia Nacional llegó a las diez de la noche del miércoles y se dirigió inmediatamente al escenario de los disturbios. Lo mismo hizo el regimiento Sesenta y cinco de Búfalo, que llegó media

hora después. A las cuatro de la madrugada del jueves, el regimiento Séptimo de la Guardia Nacional llegó a la calle Canal, y al amanecer partió hacia las calles del East Side donde se las vio con sus antiguos enemigos, los líderes de las bandas de gánsteres. El regimiento Sesenta y nueve llegó el jueves por la mañana, y al cabo de unas horas las calles de la ciudad resonaban con el traqueteo de dos destacamentos de voluntarios de Nueva York y Michigan, el Decimoquinto y el Segundo respectivamente. Fueron llegando distintas tropas y, con los hombres de refuerzo del general Brown y del comisario Acton, se creó una fuerza militar que hasta la fecha había sido imposible reunir. La isla de Manhattan se dividió en cuatro distritos y se estableció la base de operaciones en Harlem, entre la calle Veintidós Oeste y la Veintinueve Este, así como en el City Hall. En cada distrito había soldados y policías de reserva, mientras varios destacamentos patrullaban las calles con la misión de evitar la formación de grupos rebeldes. Gran parte de este trabajo lo realizaron las tropas, ya que la policía se había implicado tanto en las luchas de los días anteriores que apenas les quedaba un hombre sano. El resto de agentes estaba tan cansado por las batallas y las correrías que ya no podía conformar una resistencia efectiva contra los manifestantes.

El alcalde Opdyke publicó una declaración muy alentadora en los periódicos del jueves por la mañana, en la que pedía a los ciudadanos que regresaran a sus ocupaciones habituales. Se restableció la normalidad en ciertas líneas de ómnibus. Un anuncio oficial, que después se descubrió que era falso, decía que se suspendía el reclutamiento obligatorio en Nueva York, y que el Consejo Municipal estaba celebrando una reunión extraordinaria con la intención de reunir dos millones y medio de dólares para pagar las tasas de excepción de los hombres pobres que fueron llamados a filas y no querían ir a la guerra. Pero, a pesar de las declaraciones, las luchas continuaron durante todo el día. La más grave ocurrió en la Segunda avenida entre las calles Veintinueve y Treinta y una, donde un grupo de manifestantes derrotó a un pequeño destacamento de soldados y policías y asedió la fundición Jackson. El general Brown ordenó al capitán Putnam que acudiera al rescate con una batería de cañones de campaña, cincuenta policías y una compañía entera de infantería. Cuando los rebeldes atacaron, el capitán Putnam arrasó la calle con su artillería, y mató e hirió a más de una decena de hombres. Los violentos se escondieron en varios edificios de la zona, pero los policías y los soldados les persiguieron, les sacaron a la calle bajo la amenaza de sus porras y mosquetes y, una vez fuera, les acribillaron a balazos. Los rebeldes huyeron enseguida y las tropas acudieron al rescate de sus compañeros en la fundición.

Esta fue la última pelea de cierta magnitud, aunque se produjeron algunas reyertas de menor consideración durante el jueves por la noche y el viernes. El alcalde hizo pública otra declaración, en la que decía que los distintos grupos de amotinados habían sido disueltos, y que ahora se disponía de los efectivos militares suficientes para acallar cualquier acción ilegal, por muy notable que fuera. A las once de la

mañana del viernes, tres mil personas se congregaron frente a la residencia del arzobispo Hughes, situada entre la avenida Madison y la calle Treinta y seis. El prelado se dirigió a ellos sentado en una silla en su balcón, ya que padecía de un reumatismo tan agudo que no se podía poner en pie. Apeló a su orgullo religioso y les instó a que pusieran fin a los enfrentamientos.

«Todo hombre tiene derecho a defender su hogar o su chabola con el riesgo de perder su vida. La causa, sin embargo, debe ser justa. No debe ser agresiva ni ofensiva. ¿Queréis mi consejo? Pues bien, me ha dolido leer que sois unos rebeldes amotinados. No os podéis imaginar cuánto he sufrido por ello. ¿Hay alguna forma de detener estos modales y seguir la ley? Ninguna de las leyes se han aprobado en contra vuestra como irlandeses o católicos. Ya habéis sufrido mucho. Ningún gobierno sobrevive a menos que proteja a sus ciudadanos. Las fuerzas militares no os soltarán. Los inocentes morirán y los culpables seguramente escaparán. ¿No sería mejor retirarse a tiempo?».

Varios soldados y policías asistieron a este encuentro, pero no interrumpieron el sermón, y el público se marchó rápidamente cuando el arzobispo acabó de hablar. «Básicamente fue un público tranquilo —escribió el autor Headley en *Sketches of the Great Riots of New York* (Escenas de los grandes disturbios de Nueva York)— y era evidente que la gente no había participado en las revueltas. Ninguno de los cabecillas que inundaban la ciudad apareció por ahí. Las palabras del prelado vinieron bien, pero llegaron tarde. Podrían haber salvado muchas vidas y ahorrado calamidades si las hubiera pronunciado dos días antes. Ahora, sin embargo, eran como el bombardeo a una fortaleza inexpugnable, una mera pérdida de municiones. Las luchas habían acabado».

El general Brown fue relevado por el general E. R. S. Canby la mañana del viernes, y el sábado el general John A. Dix tomó las riendas del Departamento Este. Cumpliendo órdenes del general Dix, las tropas montaron guardia en la ciudad, mientras la policía se dedicó durante varios días a recuperar los bienes robados. Algunos grandes destacamentos, con escolta militar, visitaron los tugurios de Five Points, Bowery y los distritos de chabolas a lo largo de los ríos Hudson y East. También visitaron los sótanos, donde encontraron todo tipo de cosas, desde contenedores de azúcar a ropas de lujo, tabaco y semillas. «Sillas de caoba y palisandro con tapicería de brocado, mesas y estanterías de mármol, cuadros caros y centenares de lujosas piezas de decoración eran el tipo de cosas que encontraban a diario en los sótanos de los barrios bajos —escribió un periódico—. Las personas que guardan estos artículos niegan saber de dónde han salido, y aseguran que los encontraron en la calle y que se los llevaron para evitar que se quemaran en los incendios. Las fuerzas del orden inspeccionarán la ciudad entera, y cabe esperar que se recuperarán gran parte de los artículos que robaron los violentos».

Nunca se llegaron a contar las víctimas de los cuatro días de enfrentamientos, pero están a la par con algunas de las batallas más sangrientas de la Guerra de la

Independencia o de la Guerra Civil, incluidas contiendas tan famosas como la de Shiloh o la de Bull Run. Los cálculos más prudentes revelaron un total de dos mil muertos y ochocientos heridos, la mayoría rebeldes. Casi todos los agentes de la policía sufrieron heridas de distinta consideración, aunque solo murieron tres. El Departamento de Guerra no hizo públicas las bajas de los distintos destacamentos militares, pero se supo que al menos murieron cincuenta hombres y otros trescientos resultaron heridos. Los violentos ahorcaron a dieciocho ciudadanos negros, y otros setenta quedaron en paradero desconocido. Se supo después que cinco de ellos se ahogaron cuando la multitud los persiguió hasta los ríos East y Hudson. La policía y el ejército recuperaron once mil armas, entre mosquetes y pistolas, así como varios miles de porras. Los daños materiales ascendieron a cinco millones de dólares, y las pérdidas económicas fueron incalculables debido al cese de toda actividad comercial y al éxodo de miles de ciudadanos, muchos de los cuales no regresaron a la ciudad hasta meses después. Se quemaron más de cien edificios, incluidos una misión protestante, el orfanato Orphan Asylum, tres comisarías de policía, un arsenal, tres oficinas de altos cargos militares y un gran número de viviendas particulares, fábricas y almacenes. Otros doscientos locales y edificios fueron saqueados y destruidos.

Durante la semana de enfrentamientos, la policía y las autoridades militares vieron truncadas muchas de sus iniciativas por culpa de los políticos, especialmente por los ediles demócratas del Consejo Municipal y el Legislativo, quienes aprovecharon la oportunidad de entorpecer las funciones del presidente y el alcalde republicanos. Solían aparecer por la comisaría central de policía y, en una ocasión en que las casas eran desvalijadas sin piedad, los negros eran ahorcados y los comercios estaban cerrados por la multitud que abarrotaba las calles, los políticos pidieron que la policía y los soldados se retiraran de los distritos, quejándose de que estaban matando a la ciudadanía. Un magistrado del partido demócrata convocó una sesión especial de su tribunal, estudiaron las demandas, declararon solemnemente que la ley de reclutamiento era inconstitucional, e instaron a la gente a que se pronunciara en contra. Muchos de los rebeldes detenidos por la policía en los últimos días de las revueltas, y durante la búsqueda de los bienes robados, fueron puestos en libertad de inmediato gracias a las influencias políticas. Varios líderes de bandas de gánsteres de Five Points, del paseo marítimo y otras zonas inmundas fueron detenidos cuando guiaban a los insurgentes en distintas expediciones de pillaje, pero luego los políticos acudían al rescate y los salvaban del merecido castigo. Cuando cesaron los enfrentamientos, solo veinte hombres, de los miles que formaban la multitud rebelde, acabaron en la cárcel. De estos, diecinueve fueron procesados y sentenciados a una media de cinco años de prisión.

A pesar de que los gánsteres y otros delincuentes habían sido derrotados por la policía y el ejército durante los violentos enfrentamientos de julio, estos elementos siguieron provocando muchos dolores de cabeza a la policía durante los últimos años de la Guerra Civil. En mayo de 1864, empezaron a reunirse varios grupos cuando el *World* y el *Journal of Commerce* publicaron una supuesta declaración del presidente Lincoln, en la que recomendaba un día de ayuno y pedía la colaboración de cuatrocientos mil hombres para los ejércitos del norte. Una enorme multitud se congregó durante más de media hora frente a las oficinas de dichas publicaciones en Wall Street. Pedían que se rescindiera la declaración del Presidente, y mientras tanto todos los policías disponibles acudieron al distrito y a la guarnición de la isla Governor. La multitud solo se apaciguó cuando las ediciones especiales de otros periódicos publicaron informaciones de Washington en las que se decía que todo eso era un engaño. Tanto el *World* como el *Journal of Commerce* fueron sancionados por el gobierno, y *Associated Press* ofreció una recompensa de mil dólares para el encarcelamiento del autor de tan falsa información. Los detectives de la policía descubrieron que la había escrito Joe Howard Jr., quien fue inmediatamente arrestado y enviado a Fort Lafayette bajo estricta vigilancia militar.



Incendio del museo Barnum

Al cabo de unos meses, la ciudad se vio de nuevo sumida en el terror por la famosa conspiración de Black Bag. A las 8.43 de la noche del 25 de noviembre de 1864, se declaró un incendio en un dormitorio del hotel St. James, en Broadway, y en pocos minutos el museo Barnum estaba en llamas. Luego pudo oírse una sucesión de disparos en los hoteles St. Nicholas, United States, New England y Metropolitan, así como en las casas de huéspedes La Farge, Lovejoy y en otras. A medianoche, las bandas de gánsteres del río Hudson trataron de prender fuego a los barcos amarrados, y por la madrugada se declararon incendios en Belmont, en la Quinta avenida, en los hoteles Howard y Handford, en la residencia Astor, en Tammany Hall, en varias madereras, fábricas y en almacenes de distintas partes de la ciudad.

Afortunadamente, los bomberos, ayudados por la policía y muchos vecinos, fueron capaces de apagar los incendios a tiempo y no causaron mayores daños. Luego se descubrieron unas bolsas de ropa en las habitaciones de los hoteles que en realidad contenían papeles, resina, una botella de aguarrás y unos frascos de agua con fósforos. Los pirómanos prendieron los fuegos apilando la ropa de cama en el centro de la habitación, rociándola con aguarrás y prendiéndola con un fósforo. Luego cerraban la puerta. Los dueños de los hoteles ofrecieron una recompensa de veinte mil dólares por los incendiarios, pero no se detuvo a nadie.

Hubo otro intento de quemar el museo Barnum a principios de 1865, pero no fue hasta julio de ese año que se destruyó, junto con casi la manzana entera a la altura de las calles Fulton, Ann, Nassau y Broadway. Los daños materiales ascendieron a dos millones de dólares. El fuego empezó en los pisos superiores del museo y se propagó hacia abajo y hacia los edificios colindantes. Durante las distintas explosiones, la policía no paró de luchar contra los delincuentes y gánsteres que se acercaban al lugar del incendio para saquear los comercios de la zona, al igual que hicieron en el gran incendio de 1835. Varios comercios quedaron destrozados y los delincuentes entraron a robar, a pesar de la vigilancia policial. Entre estas tiendas estaba la sombrerería Knox. Al cabo de unos días, los ladrones vendieron los sombreros por la calle muy cerca de donde los robaron.

Capítulo nueve

CUANDO NUEVA YORK FUE REALMENTE MUY MALA

1

En los últimos días de la Guerra Civil, cuando los políticos de Tammany Hall hincaron sus sucios dientes en las arcas de la ciudad, Nueva York entró en una época de malicia sin precedentes. La policía estaba tan desmoralizada por las argucias de los políticos y la corrupción generalizada entre sus propias filas, que no se vio capaz de imponer el más mínimo respeto por la ley. Durante más de veinticinco años las clases criminales celebraron una orgía de crimen y vicio. La metrópolis, que en esa época solo comprendía la isla de Manhattan, bien se merecía el título de «la Gomorra moderna», un término supuestamente acuñado por el reverendo T. De Witt Talmage en un sermón celebrado en el tabernáculo de Brooklyn durante los años setenta. Tanto el reverendo Talmage como el reverendo Henry Ward Beecher, pastor de la iglesia Plymouth de Brooklyn, hicieron varios peregrinajes a Manhattan y visitaron los templos de la maldad escoltados por policías de la comisaría central. En esas tierras recogieron material que luego emplearon en sus sermones y pronunciaron con la indignación propia de muchos de nuestros prelados de hoy.

Antes de la guerra, los tugurios, salas de baile y casas de mal nombre estaban situados principalmente en Five Points, en las calles Bowery, Cherry, Water y otras vías paralelas al río East del distrito Cuarto. Pero cuando el extremo sur de la ciudad llegó a Appomattox, surgieron cientos de prostíbulos anunciándose con faroles rojos colgados de los porches o de las ventanas. Funcionaban sin ningún tipo de impedimento, siempre y cuando los propietarios pagaran los impuestos que exigían sus promotores políticos, e incluso se anunciaban sin miramientos en los periódicos. Uno de los locales más curiosos era el Sisters' Row en la calle Veinticinco Oeste, cerca de la Séptima avenida. En los años sesenta, siete casas colindantes de la calle se convirtieron en prostíbulos, gracias a siete hermanas de Nueva Inglaterra que habían llegado a Nueva York con la intención de hacer fortuna, pero que cayeron en las redes del pecado. Eran los burdeles más caros de la ciudad y tenían mucho estilo. En ciertos días del mes no se admitía a ningún caballero que no fuera vestido con un traje de noche y llevara un ramo de flores. A las chicas se las anunciaba como compañeras cultas y agradables, se decía que tocaban el piano, la guitarra y que estaban familiarizadas con los encantos de las correctas relaciones sociales. La recaudación de la noche de fin de año se donaba siempre a una organización benéfica. Otro de estos burdeles era el de Josephine Woods, en la calle Ocho cerca de Broadway, donde

cada fin de año se montaba un *striptease* y al día siguiente se celebraba una jornada de puertas abiertas, como era habitual en los establecimientos finos.



El Red Jacket T. De Witt Talmage en la Plaza de Satán

Durante una conferencia en el Cooper Union, en enero de 1866, el obispo Simpson de la iglesia metodista episcopal reveló un dato asombroso: que en Nueva York había igual número de prostitutas que de fieles metodistas. Posteriormente, en un sermón de la iglesia St. Paul, aclaró que esa cifra era de veinte mil, aproximadamente una cuarta parte de la población de la ciudad. John A. Kennedy, superintendente de policía, negó rotundamente las afirmaciones del obispo, y añadió que, aunque no le constaban las cifras de los fieles metodistas, ya que no formaban parte de su jurisdicción, los registros de la policía indicaban que habían tres mil trescientos burdeles en la ciudad, distribuidos entre seiscientos veintiuna casas y casi una treintena de hoteles ilegales. Las cifras también incluían a las setecientas cuarenta y siete camareras empleadas en salas de baile y conciertos.

No obstante, el obispo Simpson y otros reformistas ofrecieron pruebas concluyentes de sus afirmaciones, y es muy probable que sus números estuvieran más cerca de la verdad que los del superintendente, porque este trataba solo los aspectos profesionales del problema. No incluía, además, los miles de mujeres de la calle que invadían las vías públicas de la ciudad. En un principio, a las mujeres de esta clase se las llamaba «chicas de noche», ya que apenas se las veía por las calles antes del anochecer. A medida que se volvían más atrevidas las llamaron «chicas de la calle».

Muchos de los peores tugurios de Nueva York destacaban por su injusticia. Las bandas de gánsteres y las mujerzuelas los utilizaban como lugares de reunión, y estaban situados entre las calles Veinticuatro y Cuarenta de la Quinta y Séptima avenidas, una zona de tal depravación que horrorizó a los reformistas y a la cual se referían como «la Plaza de Satán». En 1885, se calculó que al menos la mitad de los edificios del distrito se dedicaban a algún tipo de actividad delictiva, mientras que la Sexta avenida, por aquel entonces la calle más exuberante de la ciudad, estaba plagada de burdeles, salas de baile, tabernas, y reunía constantemente a multitudes variopintas en busca de diversión y libertinaje. El distrito formaba parte de la antigua prefectura Veintinueve, que abarcaba desde la calle Catorce a la Cuarenta y dos y desde la Cuarta a la Séptima avenida. Era el «meollo de la delincuencia», tal como el jefe de policía Alexander S. Williams, posteriormente ascendido a inspector, bautizó la zona. Tras varios esfuerzos sin recompensa en los distritos periféricos, Williams recibió en 1876 una orden de traslado a la prefectura Veintinueve. Al cabo de unos días, un amigo suyo que lo encontró en Broadway le preguntó el motivo de su evidente satisfacción, que lucía con una amplia sonrisa en sus labios: «Bueno —dijo Williams—, me han trasladado. Por un tiempo no tuve más remedio que comerme chamusquina, ahora voy a catar el meollo».

Tal vez el tugurio más famoso dentro de la jurisdicción de Williams fue el antiguo Haymarket, situado entre la Sexta avenida al sur de la calle Trece. Debido a su larga vida —sobrevivió a varias órdenes de cierre y estuvo abierto hasta finales de 1913—, el Haymarket fue muy popular en todo Estados Unidos. Era el lugar favorito para desplumar a los paletos que se adentraban en la metrópolis con la intención de verla. El Haymarket se inauguró como teatro de variedades poco después de la Guerra Civil, y le debe el nombre a un teatro parecido en Londres. Pero no pudo competir con teatros de buena reputación como el Tivoli en la calle Ocho y el Tony Pastor's en la calle Catorce, de modo que cerró el primero de diciembre de 1878. No obstante, al cabo de unas semanas fue remodelado y volvió a abrir como sala de baile hasta el fin de sus días.

El Haymarket estaba situado en un edificio de tres pisos decadente y repulsivo, ya que la fachada era de un color amarillento sulfuroso y no daba señales de vida propia. Pero al anochecer, los actores de la Plaza de Satán se reunían para dar su paseo nocturno por la Sexta avenida, levantaban las persianas, encendían unas luces en cada ventana, y colgaban un cartel en unos enormes garfios: «Haymarket Grand Soirée Dansant». Las mujeres entraban gratis, pero los hombres pagaban veinticinco centavos por el privilegio de bailar, beber y divertirse en la taberna del local. Aún se conservaban las galerías y los palcos de la planta principal del antiguo teatro. Enfrente se levantaban unos cubículos donde, en la época dorada del teatro, las clientas asiduas bailaban el cancan y se exhibían igual que en los cosmoramas franceses. El diccionario define el cancan como un «baile francés muy movido y acompañado de gestos indecorosos o extravagantes». Pero, por lo que parece, era más

que un baile movido tal como se bailaba en Haymarket, especialmente durante las primeras horas de la madrugada, cuando el local estaba lleno de humo y las mesas y los suelos atestados de trasnochadores bebidos. Evidentemente, entre ellos abundaban los carteristas, quienes hacían virguerías con sus dedos. Más recientemente, el cancán ha desembocado en otros tipos de bailes agitados y danzas del vientre, que se popularizaron con la aparición del grupo Little Egypt en la Feria Mundial de Chicago.

El French Madame's, en la calle Treinta y uno cerca de la Sexta avenida, debía su nombre a la nacionalidad de la propietaria, una mujer obesa y barbuda que se pasaba las noches sentada en un taburete cerca del cajero del local. Ella era su propio gorila, y se ganó buena reputación por el modo en que empuñaba la porra, así como por la rapidez con que agarraba por el pelo a las clientas escandalosas y luego las echaba a la calle. Aunque el local era supuestamente un restaurante, la única comida que se servía era café negro, y la verdad es que el establecimiento ganaba mucho con los vinos y licores. Las mujeres de la calle solían venir a esta taberna y aceptaban gustosas bailar el cancán en unas salas pequeñas sobre el comedor. Por un dólar, bailaban desnudas, y por unos peniques adicionales exhibían su cuerpo como las chicas de los burdeles de Haymarket. Otros establecimientos parecidos al de French Madame's, salvo en las grandes dimensiones de la sala de baile, eran el Idlewile en la Sexta avenida, cerca de la calle Treinta y uno; y el Strand, a unas puertas de distancia, cuyo propietario era Dan Karrigan, miembro del Comité General de Tammany Hall a finales de la década de los setenta. El reverendo T. De Witt Talmage pasó una noche en cada uno de estos lugares, y causó tal sensación con sus sermones que la policía, cumpliendo órdenes del alcalde Cooper, cerró los establecimientos a las mujeres durante varios meses.

Otros antros famosos del distrito Plaza de Satán eran el Cremorne, situado en la calle Treinta y dos, al oeste de la Sexta avenida; el Sailors' Hall en la calle Treinta, que solían frecuentar los negros; Buckingham Palace en la calle Veintisiete, famoso por sus bailes de máscaras; Tom Gould's en la calle Treinta y uno, una taberna que también alquilaba habitaciones; y el Star and Garter, un establecimiento más fino inaugurado en 1878 en la Sexta avenida a la altura de la calle Trece. Su propietario era Ed Coffee, un famoso deportista de la época. Star and Garter gozó de un enorme éxito, principalmente por la popularidad del tabernero, Billy Patterson, un hombre jovial y regordete que fue uno de los tipos más sociables de la época, aparte de un buen coctelero. Solía alardear de que no tenía ningún enemigo, y de que sabía preparar brebajes que convertían a cualquiera en su más fiel admirador. Se consideraba un gran honor que Billy Patterson en persona preparara una bebida. Cuando un misterioso asaltante lo atacó una noche con una honda mientras Billy salía por la puerta trasera del Star and Garter, el suceso dio mucho de qué hablar en todo el distrito de la Plaza de Satán, y acabó convirtiéndose en una frase famosa en boca de todos «¿Quién mató a Billy Patterson?».



El Haymarket en 1879

El Cremorne ocupaba el sótano de un edificio de la calle Treinta y dos, al oeste de la Sexta avenida, y la policía lo consideraba uno de los antros más inmorales de la época. Se desconoce el origen de ese nombre, pero es probable que, junto con otros muchos locales del distrito, lo copiara de otra sala de baile o taberna de Londres. La entrada principal desembocaba de inmediato en el bar. Al final, detrás de un escritorio enorme y delicadamente tallado, se sentaba el administrador del local. Era un personaje grandote, pomposo e inaccesible cuyos bigotes de morsa y abundante barba le otorgaban el sobrenombre de Don Patillas. Detrás del administrador, había unas puertas giratorias que daban a una habitación muy espaciosa, decorada con un estilo muy llamativo con cuadros y estatuillas que destacaban más por sus desnudos que por su valor artístico. Los clientes se sentaban en mesas y bebían al son de los compases de un violín chirriante, otro que retumbaba, y el traqueteo de un piano. Las mujeres del local, como en muchos otros establecimientos, recibían una comisión sobre todas las bebidas vendidas; les daban unos cuantos peniques por cada bebida alcohólica, y cuando los clientes pedían vino, se quedaban los tapones de corcho. Las bebidas de mujeres costaban veinte centavos, pero los caballeros pagaban el precio fijo de quince centavos o veinticinco por dos bebidas.

Justo al lado del Cremorne había otro establecimiento con el mismo nombre, pero era una misión administrada por Jerry McAuley, un jugador y borracho reformado cuyo nombre quedó immortalizado con la actual Misión McAuley de la calle Water, donde cada noche se reparte religión y bocadillos por igual a los holgazanes del paseo marítimo. Los aturdidos clientes del local solían entrar por equivocación en el Cremorne de McAuley, con lo cual este se esmeró en cerrar las puertas con llave y sermonear a los tarambanas antes de seguir con su existencia disoluta.

2

En 1860, apareció un nuevo tipo de establecimiento, la sala de conciertos, cuando un tabernero de Filadelfia funde el Melodeon en los locales de la Sociedad China al sur de Broadway. Estas salas se hicieron muy populares enseguida, y en pocos años abrieron al menos doscientas repartidas en distintas partes al sur de la ciudad. Ofrecían bebida y bailes, pero la atracción principal eran las camareras y las actuaciones teatrales de poca monta. No obstante, algunos de estos establecimientos, especialmente los de Bowery, solo ofrecían conciertos de piano, y el músico casi siempre estaba borracho.

El más famoso de estos locales era el que administraba Harry Hill en la calle West Houston, al este de Broadway. Durante muchos años, el local de Hill fue considerado una de las atracciones turísticas de Nueva York. Los sacerdotes no reparaban esfuerzos en recabar material para sus sermones sobre las injusticias de Gotham. Ocupaba todo un edificio oscuro, y contaba con dos vías de acceso: una puerta pequeña para las mujeres, que entraban gratis, y otra más grande para los caballeros, quienes pagaban veinte centavos. Delante de la entrada principal, colgaba un enorme farol rojo que iluminaba un cartel recostado contra una de las paredes de la fachada. El letrero estaba escrito por el propio Hill e invitaba al peatón a beber:

Ponches, julepes y cócteles de frutas.

Para que tu lengua se menee con divertidos destellos de sabor.

Harry Hill se enorgullecía de sus costumbres religiosas, ya que iba a misa cada domingo y a las oraciones del miércoles por la noche. Solía dar bastante dinero a organizaciones de caridad, y siempre mostró su disposición a cooperar en buenas obras. Era también un poeta aficionado. Un día a la semana daba un recital de poesía en su local y cesaban el resto de actividades, incluso el servicio de bebidas, hasta que el «maestro» acababa. Es penoso revelar que, en esos días, poca gente acudía al local. Las normas de la casa, colgadas en las paredes, estaban escritas en verso y rimaban. «El tono de estas normas es —según un escritor contemporáneo— muy sutil: no se permiten obscenidades ni expresiones indecorosas; no se admiten borrachos ni el uso de la violencia; ningún hombre dejará a una mujer sin asiento; todos los hombres deben pedir una bebida al llegar, y pedir otra después de cada baile; si un hombre no baila se debe ir; el Sr. Hill tiene cincuenta años, es pequeño, robusto y musculoso, un boxeador completo. Mantiene la paz de sus intereses, y no duda en pegar a un hombre, o en echarle del local, si este infringe las normas del establecimiento. Hill se ocupa personalmente de todos los aspectos de su negocio. Está en la barra del bar; en la sala de baile; sobre el escenario, donde se representan las comedias y las farsas.

Mantiene a raya a los alborotadores; vigila que las mujeres celosas no se arranquen los ojos. Con su abultado rostro y su complexión, se deja ver en todas partes del local, gritando ¡orden, orden!, ¡bajen el tono de voz!, ¡chicas, tranquilas!, durante toda la noche».

Antes, la sala de baile no era más que unas cuantas habitaciones pequeñas que luego se convirtieron en una grande al echar abajo los tabiques. No había barra de bar en la planta baja, pero en una esquina de la sala sí que había un mostrador donde se servían bebidas, y desde donde las camareras las distribuían procedentes del sótano. Era ahí donde los clientes más escandalosos de Hill pasaban sus lamentables noches de perversión. Al otro lado de la sala estaba el escenario con una tarima muy alta, algo muy popular por aquel entonces. El local de Hill era el lugar favorito de los boxeadores, de modo que a veces cambiaba las representaciones teatrales por una pelea de boxeo. Fue aquí donde John L. Sullivan hizo su primera aparición en Nueva York el 31 de marzo de 1881, cuando derrotó a Steve Taylor en dos minutos y medio.

Harry Hill competía, más o menos de igual a igual, con tugurios del centro de la ciudad, tales como el American Mabilie situado entre la calle Bleecker y Broadway; el Black and Tan en el sótano del número 153 de la calle Bleecker, y el Armory Hall de Billy McGlory, en el número 158 de la calle Hester. El American Mabilie, que en París se llamaba Jardín de Mabilie, pertenecía a Theodore Allen, más conocido como Allen. Venía de una familia metodista devota, pero luego pasó a ser una familia devotamente criminal. Tres de sus hermanos, Wesley, Martin y William, eran ladrones profesionales, mientras que el cuarto hermano, John, administraba un local de juego. Se decía que Allen era propietario de más de seis establecimientos, y financiaba locales de juego y casas de mal nombre. También era amigo y patrón de algunos cabecillas de bandas de gánsteres, y planeó y participó en varios robos a bancos y almacenes. Al final, acabó matando a un jugador y desapareció de escena. Su establecimiento ocupaba el sótano y la primera planta de un edificio de la calle Bleecker. La sala de baile estaba en el sótano y la de conciertos arriba, donde las mujerzuelas vestidas con llamativas medias bailaban y cantaban canciones obscenas.

El Black and Tan era propiedad de Frank Stephenson, un tipo alto y esbelto con un rostro curiosamente pálido. Los escritores de la época comparan su aspecto al de un cadáver. Su cara era casi tan blanca como la nieve, sus mejillas estaban muy hundidas, y sus cejas y cabello eran tan negros como la tinta.

Sus ojos eran muy profundos, y su mirada penetrante. Tenía como costumbre sentarse recto en una silla alta en medio de su local. Se quedaba ahí varias horas sin dar señales de vida, excepto por el pestañeo de sus ojos. Los negros solían venir a este establecimiento, pero las mujeres eran todas blancas y parecían bastante abandonadas. Cuatro taberneros servían bebidas en un largo mostrador, y detrás guardaban varias porras que a menudo utilizaban para acallar a los clientes más escandalosos. El Black and Tan, así como otros establecimientos importantes, llenaba sus últimas horas de la noche con cancán y representaciones groseras. Durante

muchos años, una de las clientas habituales del Black and Tan era una anciana llamada Lou *la Loca*, de quien se decía que había sido la hija de un rico comerciante de Boston. A los diecisiete años, un hombre la sedujo, y al llegar a Nueva York en busca del autor de su deshonra, cayó en las garras de los proxenetas que la vendieron a una de las Siete Hermanas, en la calle Veinticinco Oeste. Cuando su belleza se desvaneció fue despedida, y luego pasó a frecuentar el Haymarket, el Cremorne, el Harry Hill, el establecimiento de Billy McGlory y finalmente el Black and Tan. Durante su vejez, vivía de lo que encontraba en los cubos de la basura, y los pocos peniques que ganaba los sacaba pidiendo por la calle o vendiendo flores. Cada noche acudía sin falta al Black and Tan, llegaba puntual a medianoche y se quedaba exactamente dos horas. Llevaba un vestido arrugado y descolorido, y siempre se sentaba en una misma mesa de una esquina, donde Stephenson en persona le servía gratis la bebida con una enorme jarra de *whisky*. Se lo bebía a sorbos hasta que se marchaba. Pero una noche no vino, y a la mañana siguiente se encontró su cadáver flotando en el río East. Stephenson expresó su pesar colocando durante un mes una copa de *whisky* en la mesa donde se sentaba la anciana cada medianoche. Y no dejaba que nadie se sentara ahí hasta las dos de la madrugada.



Escena nocturna en la sala de conciertos de Harry Hill

Todos estos locales eran lugares celestiales comparados con el de Billy McGlory, el Armory Hall, que tal vez era el establecimiento más vicioso que jamás haya conocido Nueva York. McGlory nació en una chabola de Five Points antes de que el distrito fuera regenerado por la Misión y la cámara de comercio, de modo que creció en un ambiente de vicio y crimen. Durante su juventud luchó entre las filas de gánsteres tan conocidos como los Cuarenta Ladrones y los Chichesters, pero a finales

de la década de los setenta se trasladó a la calle Hester, donde abrió un salón de baile en medio de un sórdido distrito de casas vecinales plagado de delincuentes y rameras. Armory Hall se convirtió en el lugar preferido de los gánsteres de los distritos Cuarto, Sexto, y de Bowery, así como de los ladrones, carteristas, proxenetas y holgazanes que florecían en toda la ciudad. Apenas pasaba una noche en que el lugar no fuera el escenario de varias peleas a muerte. Tampoco era poco frecuente observar a tarambanas drogados o bebidos, con los bolsillos del pantalón hacia fuera por culpa de las harpías que los engatusaban, los sacaban a la calle gracias a los gorilas de McGlory, y luego los desplumaban. Normalmente, los taberneros del local desnudaban por completo a la víctima. Los tipos que conservaban la paz del lugar pertenecían a las bandas de Five Points y del paseo marítimo, e incluían a algunos de los luchadores más expertos y duros de la época. Solían merodear por la noche frente al local, armados con pistolas, cuchillos, palos, nudillos metálicos y unas porras que les encantaba utilizar.

Se entraba al local de McGlory por una doble puerta muy sucia, que daba a un pasillo muy largo y estrecho con las paredes pintadas de negro, sin ningún rastro de luz ni color. A escasos metros se encontraba la barra de bar, y después la sala de baile rodeada de sillas y mesas con capacidad para setecientas personas. Había un anfiteatro alrededor de la sala de baile con pequeños palcos separados por unas cortinas y reservados para los mejores clientes, generalmente grupos de forasteros dispuestos a pagar bastante dinero. Desde estos palcos se veían representaciones más inmundas que las de Haymarket. Las camareras servían las bebidas, pero como atracción adicional McGlory también empleó a seis degenerados que vestían con ropas de mujer y se paseaban por la multitud de clientes, cantando y bailando. Los músicos tocaban el piano, una corneta y un violín. Un periodista del *Cincinnati Enquirer*, después de patearse todos los antros de Nueva York en los años ochenta, describió una noche el local de McGlory del siguiente modo:

Hay unos quinientos hombres en una sala de baile inmensa. Solo conté cien mujeres, aunque no sería justo considerarlas como tales. Lo primero que supimos de ellas fue cuando entraron seis en nuestro palco. Se sientan en nuestro regazo y nos piden que les pongamos algunas monedas en sus medias porque les trae suerte. Junto con esta invitación, enseñan de forma generosa e indecente parte de sus pantorrillas. Otra mujer sorprende al público anunciando que bailará el cancán a cambio de medio dólar. Empieza la música, y se pone a bailar asumiendo el riesgo de cobrar después. Se levanta la falda con una mano, empuja un par de sillas con una patada, y luego levanta los pies en el aire de tal forma que pone en peligro los sombreros de los caballeros que tiene cerca. Los hombres de la sala levantan la cabeza para ver lo que ocurre en el escenario, mientras escuchan los gritos de «¡Hurra!» de las muchachas.

Algunos de mis compañeros regresan de otros palcos pegados al nuestro. Nos cuentan detalles de la depravación que han visto a cambio de dinero. Se hace tarde. En uno de los balcones una chica está abrazando a un hombre de un modo sensiblero e histérico.

Otra chica apoya sus brazos alrededor del cuello de una de las criaturas que describí hace un rato. Su amigo se une a la fiesta —un tipo muy pálido—, mientras ellas se acercan a nuestro palco y nos devoran con los ojos. Hablan con un tono de voz melindroso y engañoso, y lanzan miradas de indiferencia a distintos miembros de nuestro grupo... Billy McGlory está en el bar, a la izquierda de la entrada principal, y nos acercamos para observarlo bien. Es un típico tabernero de Nueva York, nada más ni nada menos. Un hombre de estatura media, no es ni gordo ni flaco. Tiene el cabello negro, bigote, y unos ojos negros penetrantes. Va dando la mano a todo el que entra, como si se tratara de subordinados rindiendo homenaje a un rey... No he contado ni la mitad, no, ni una décima parte de lo que vimos en ese lugar. No puede contarse... Reina la bestialidad y la depravación bajo ese techo y no se puede comparar con ningún otro capítulo de la historia de la humanidad.



La Plaza de Satán en la Sexta avenida, durante la madrugada

Muchos de los antros más inmundos del centro de la ciudad estaban cerca de la comisaría central de policía del número 300 de la calle Mulberry. Parte del edificio era una sala de juegos solo para policías. En el número 100 de la calle Mott, a pocos metros de la comisaría, había una taberna propiedad de Mike Kerrigan, más conocido como Johnny Dobbs, quien aprendió el oficio con los piratas de río del distrito Cuarto

y luego se convirtió en un famoso ladrón de bancos. Corrían rumores de que Dobbs administró más de dos millones de dólares en dinero robado, del cual probablemente se quedó un tercio en concepto de comisiones. Pero lo cierto es que se lo gastó y, en los años noventa, apareció inconsciente en un canal, y murió poco después en la sala de alcohólicos del hospital Bellevue. En una ocasión, cuando a Johnny Dobbs le preguntaron por qué los estafadores operaban en el distrito de la comisaría, contestó: «Cuanto más cerca estés de la iglesia, más lo estarás de Dios».

Tom Bray tenía un local parecido en el número 22 de la calle Thompson, pero era hombre más listo que Dobbs y guardó su dinero en el banco. Cuando murió, dejó una herencia de más de doscientos mil dólares. El House of Lords y el Bunch of Grapes, unos antros situados entre las calles Houston y Crosby, eran el lugar de encuentro de ladrones ingleses y timadores. Entre ellos destacaban estafadores tan famosos como Chelsea George, Gentleman Joe, Cockney Ward y London Izzy Lazarus, quien fue asesinado por Barney Friery durante una riña por el reparto de un sombrero de copa lleno de joyas. Izzy lo había robado de una joyería, después de romper el escaparate con un ladrillo. El hotel St. Bernard, situado entre las calles Prince y Mercer, era uno de los locales de Allen. En Broadway, desde la calle Chambers a la Houston, había por lo menos cincuenta tabernas de poca monta, entre las cuales la Dew Drop Inn era la más famosa. En la calle Houston, cerca de la sala de conciertos de Harry Hill, estaba el tugurio de Patsy Egan, donde Reddy *el Herrero*, un célebre miembro de la banda Bowery Boys, mató a Wild Jimmy Hagerty, un gánster de Filadelfia que insistió en que Reddy hiciera el pino. Reddy era hermano de Mary Varley, una cleptómana y timadora de buen nombre que dirigía una taberna en la calle James.

Peter Mitchell consiguió más de trescientos cincuenta mil dólares en dos años, a raíz de las ganancias de una taberna y un local ilegal entre las calles Wooster y Prince, aunque se volvió adicto al *whisky* antes de que pudiera gastar su fortuna. Corrieron rumores de que se convirtió en un hombre religioso cuando envejeció, y que por tanto se arrepintió de la forma en que había ganado su dinero. Johnny Camphine llevaba una de las tabernas más célebres de la ciudad entre las calles Mercer y Houston, y en vez del *whisky* le dio por un aceite modificado de aguarrás, utilizado como disolvente para barnices y como combustible. Se decía que al menos cien hombres se volvieron locos bebiendo los cócteles de aguarrás de Johnny. Durante mucho tiempo, una media de dos hombres cada noche acababan saliendo del local con *delirium tremens*. A unos metros del local de Johnny, había un antro que pertenecía a un ladrón y gánster llamado *Narizotas* Bunker. Se le consideraba uno de los luchadores más temibles y duros de su tiempo. Pero en una ocasión se peleó con un gánster del paseo marítimo que le cortó cuatro dedos de las manos y le apuñaló seis veces en el estómago. Narizotas llevó sus dedos dentro de una bolsa de papel a la comisaría de policía y pidió que llamaran a un médico, pero antes de que llegara la ambulancia se desmayó y murió. El mundo de los bajos fondos se entristeció por su muerte.

La reputación de Bowery y Five Points no se resintió por la fama de los establecimientos cercanos a la comisaría y los de la Plaza de Satán en la Sexta avenida. Owney Georghghan administraba su célebre tugurio del número 105 de la calle Bowery, y en la puerta de al lado, en el número 103, estaba el Windsor Palace, propiedad de un inglés que le puso ese nombre en honor a la residencia de sus majestades británicas.

Estos dos locales eran infiernos con un aire especial, lugares donde se vendía *whisky* a granel por dos centavos la copa y donde abundaban los timadores, los carteristas y los falsos artistas en busca de un cliente que se emborrachara para poder robarle. Los asesinos también eran asiduos del Palace y el Georghghan. El Gunther Pavillion era otro antro famoso de Bowery, así como el Bismark Hall, entre las calles Pearl y Chatham. Era muy conocido por sus habitaciones subterráneas anexas en forma de caverna, que se utilizaban con fines inmorales. El Hall se convirtió en un local de renombre cuando el Gran Duque Alexis de Rusia lo visitó en los años setenta y reconoció a una de las camareras como a una condesa rusa que había caído en desgracia. Según la leyenda, la liberó de su relación de vasallaje con el propietario del local y volvió con ella a Rusia. Los reportajes del suceso no revelan el nombre de la chica. El Bismark Hall y el House of Commons, otros establecimientos de la zona, eran tugurios propiedad de un tipo de Bowery llamado Ludwig *el Sanguijuela*, ya que se bebía a tragos la sangre humana como si fuera vino. Ludwig era un alemán rechoncho y de tez morena, con una enorme cabeza coronada con un mechón de pelo negro. También le crecían unos mechones de pelo en las orejas y en la punta de la nariz, lo que hacía su aspecto aún más curioso.

En el Milligan's Hell, en el número 115 de la calle Broome, cerca del Tombs, Boiled Oysters Malloy administraba un sótano llamado Las ruinas, donde vendía tres copas de un *whisky* horrendo por diez centavos. Mush Riley *el Gachas* se añadió a la fama del distrito con un antro a metros de distancia del anterior. Recibía ese apodo porque le encantaban las papillas de maíz remojadas en abundante coñac. En una ocasión, preparó una cena para Dan Noble, Mike Byrnes, Dutch Heinrichs y otros criminales famosos, y sirvió cocinado un perro Terranova como plato exquisito, algo que sus invitados desconocían hasta después de comerse el perro con avidez y elogiar el sabor inusual del asado. Noble era el cabecilla de una banda de ladrones de bancos, y para asegurar el éxito de sus operaciones, procuró astutamente que entre sus hombres hubiera veinte agentes de la policía. Estos vigilaban que nadie molestara a sus colegas ladrones, y por ese trabajo recibían un porcentaje del robo. Al final, Noble se reformó e invirtió su dinero en la compra de apartamentos.

Los antros que surgieron en torno a la comisaría de policía y en Bowery eran los lugares preferidos de los carteristas, ladrones, estafadores, timadores, embaucadores y bulliciosos que plagaban la ciudad. También ofrecían excelentes oportunidades de negocio para las bandas de ladrones de bancos y para los embaucadores de calle, ya que en esa época muchos forasteros de las zonas rurales compraron oro y dinero falso. Estos hombres eran presa fácil para los expertos estafadores de la ciudad. La estafa del lingote de oro, tal vez la más famosa de todas, se supone que fue inventada por Reed Waddell, nacido en Springfield, Illinois, poco antes de estallar la Guerra Civil. Waddell venía de una familia respetable y acaudalada, pero la fiebre del juego le corría por las venas. De joven se hizo famoso en su pueblo por su facilidad en asumir riesgos y por las altas sumas que apostaba. Su familia pronto se libró de él y, en 1880, cuando tenía unos veintiún años, apareció en Nueva York con el primer lingote de oro en venta. El lingote de Waddell era en realidad de plomo, pero lo bañó con tres capas doradas muy finas y en el centro acuñó un sello de oro macizo, igual que el que se ponía en los lingotes de oro de la oficina de tasación, con las siglas «U. S.» en uno de los extremos, junto al nombre del tasador. Debajo del nombre aparecía el peso y la pureza del supuesto lingote. Cuando Waddell captaba a un incauto, lo llevaba frente a uno de sus cómplices que se hacía pasar por ensayista, situado en una falsa oficina con todo lo necesario para engañar a la víctima. El hombre pesaba el lingote y, si el estafado dudaba, Waddell arrancaba impulsivamente el sello de oro real y le sugería que lo llevara a una joyería para comprobarlo. Esta última prueba, por supuesto, le demostraba a la víctima que se trataba de oro auténtico, y en un noventa y nueve por ciento de los casos el incauto compraba el supuesto lingote. Waddell vendió el primero por cuatro mil dólares, pero después no vendió ninguno por menos de tres mil quinientos dólares. A veces sacaba el doble de esa cantidad.



Owney Georgheghan y el Windsor Palace

Se rumoreaba que en diez años ganó más de doscientos cincuenta mil dólares por la venta de lingotes o billetes falsos. Se dedicó a esta última actividad después de varios años de centrarse en los lingotes. La estafa del dinero falso o la estafa «de las estampitas verdes» o el «juego del serrín» hizo su aparición por primera vez en Nueva York en 1869. Hacían falta dos embaucadores, quienes simplemente vendían a la víctima un paquete de dinero auténtico que luego intercambiaban por un fajo de billetes falsos, verdes o marrones. Si el dinero iba en una bolsa, se intercambiaba esta por una bolsa de serrín. El estafador conseguía los nombres de sus víctimas, que eran clientes habituales de las salas y publicaciones de juego, y luego varios cómplices iban en busca de los sujetos más prometedores. En el momento adecuado, las víctimas elegidas para el sacrificio recibían una circular en la que normalmente se anunciaba:

Estimado Señor:

Por la presente le confío un secreto gracias al cual podrá hacer una fortuna en poco tiempo. Tengo en mi poder una gran cantidad de billetes falsos por los siguientes importes: de 1, 2, 5, 10 y 20 dólares. Puedo garantizar que cada billete es perfecto, puesto que yo los examino con cuidado una vez hechos. Si alguno no sale perfecto, se destruye. Naturalmente, sería absurdo hacer circular los billetes si no fueran buenos, ya que esto pondría a los clientes en peligro y arruinaría mi reputación y mi negocio. Así pues, por motivos de seguridad personal, me veo obligado a emitir billetes que no tienen desperdicio comparados con los originales. Le ofrezco mi mercancía a un precio razonable, y en función de lo que permite mi negocio:

Por 1.200 dólares de mis billetes (de varios importes), cobro 100 \$
Por 2.500 dólares de mis billetes (de varios importes), cobro 200 \$
Por 5.000 dólares de mis billetes (de varios importes), cobro 350 \$
Por 10.000 dólares de mis billetes (de varios importes), cobro 600 \$

Estas circulares, así como otras cartas de recordatorio posteriores, se enviaban sin reparo por correo. Algunos de los estafadores más aplicados compusieron libritos con ilustraciones de los billetes en cuestión y que, tal como se informaba a la víctima, eran falsos.

Con el tiempo, Reed Waddell amplió sus actividades comerciales en Europa, y acabó asesinado en París en marzo de 1895, durante una riña sobre el reparto de ganancias con Tom O'Brien, un banquero. Este tenía pocos cómplices, solo Joseph Lewis, más conocido como Joe *el Hambriento*, y Charles P. Miller, el rey de la banda Banco Men. Miller empezó su carrera como estafador en una sala de juego de Nueva Orleans, pero vino a Nueva York cuando hubo ahorrado treinta y cinco mil dólares. Abrió una pequeña sala de juego muy famosa por sus estafas. En pocos años, se convirtió en cabecilla de una banda de estafadores y timadores de «banco» que trabajaban principalmente en la residencia Astor y en el hotel Quinta Avenida. La sede central de operaciones de Miller estaba situada en un pequeño antro al sudoeste de Broadway, a la altura de la avenida Veintiocho, donde normalmente se apoyaba en la fachada. Últimamente, se ha producido una cierta confusión con el término «banco». En un principio hacía referencia a quien administraba la «banca» en la adaptación de un antiguo juego inglés de dados llamado «banco». Este juego lo introdujo en Estados Unidos un célebre estafador que jugaba con gran éxito en los territorios del Oeste. Llegó a Nueva York en 1860, después de que la policía de San Francisco lo expulsara. A veces lo llamaban lotería. Hace poco se introdujo una variante de este juego en Chicago, pero no se ha oído hablar de él en Nueva York desde hace años.

El «banco» se jugaba con dados o bien con cartas. Si era con dados, se necesitaban catorce espacios en una tablilla, y si era con cartas cuarenta y tres. De estos cuarenta y tres, cuarenta y dos estaban numerados, trece también contenían unas estrellas y uno estaba en blanco. Veintinueve números representaban los premios que partían de dos dólares y llegaban a cinco mil, dependiendo de la banca. Las cartas estaban numeradas del uno al seis, y se repartían ocho a cada jugador. Luego se contaban los números, y el total era el importe ganado. Si la víctima sacaba un número con una estrella, que no implicaba premio, se le permitía jugar de nuevo si apostaba cierta suma de dinero. Normalmente, al principio se les dejaba ganar hasta que la banca les debía entre cien y cinco mil dólares. Luego les repartían una carta que sumaba veintisiete puntos, la cifra del premio condicionado. La condición era que apostaran una suma igual a la cantidad que les debía la banca y que jugaran de nuevo. Luego, naturalmente, sacaban una carta blanca o una estrella y perdían todo lo apostado. El administrador de la banca tenía como función causar tal conmoción que después tuviera que acallar los lamentos de la víctima. La estafa suena un poco tonta a oídos modernos, pero estuvo muy de moda durante muchos años en todo Estados Unidos, y muchos de los hombres «banco» llegaron a amasar auténticas fortunas. Joe *el Hambriento*, Tom O'Brien y Miller se especializaron en banqueros, comerciantes ricos y otros hombres destacados. No solo porque esta gente tenía más dinero para perder, sino porque eran menos propensos a quejarse a la policía. Joe *el Hambriento* llegó incluso a conocer a Oscar Wilde cuando el escritor inglés visitó Nueva York para impartir unas conferencias. Después de cenar con él en varias ocasiones en el hotel Brunswick, le engatusó para jugar al «banco». Wilde perdió cinco mil dólares y le dio a Joe un cheque del Park National Bank. Pero luego canceló el pago de su banco cuando supo que había sido estafado. Joe alardeaba, no obstante, de que había sacado mil quinientos dólares en efectivo de la cuenta bancaria del escritor.

A finales de los años sesenta, se introdujo la aberrante práctica de aporrear a una víctima hasta dejarla inconsciente con el fin de vaciarle los bolsillos o apropiarse de sus joyas. De vez en cuando, los canallas del antiguo distrito Cuarto empleaban láudano para drogar a un marinero y poder secuestrarlo sin resistencia. No era habitual drogar a las víctimas con el único propósito de robarles, hasta que llegó a Nueva York un estafador de California, Peter Sawyer, en 1866. Causó tal furor entre los círculos policiales y criminales que la policía llamaba «estafadores Peter» a todos los que practicaban este arte aromático. Al principio, Sawyer no empleaba más que rapé y lo introducía en la bebida de la víctima, pero luego él y otros de su clase pasaron a utilizar cloroformo. A veces recurrían a la morfina. Con la Ley Seca, el alcohol de contrabando también resultaba efectivo.

La dosis medicinal de cloroformo era de quince a veinte gramos, pero los ladrones empleaban de treinta a cuarenta gramos. La droga se mezclaba a razón de un gramo por gota, y normalmente utilizaban una cucharadita de azúcar para verter la dosis común en una jarra de cerveza. Se sabe que dicha droga disminuye el ritmo

cardíaco y que una sobredosis puede causar parálisis en el corazón y en los pulmones. Pocas personas pueden soportar dosis superiores a los treinta gramos, pero a veces los primeros hombres de Peter se veían obligados a suministrar dosis de hasta sesenta gramos a una víctima que hubiera bebido en exceso.

El uso de drogas se hizo tan popular que se crearon bandas especializadas en este tipo de robos. Generalmente trabajaban en parejas, y mientras uno distraía a la víctima, el otro vertía veneno en su vaso. Durante muchos años, la policía no dejó de arrestar a ladrones y ladronas que no llevaran cloroformo en su bolso o escondido en el forro de su manguito.

La más famosa de estas bandas tenía su base de operaciones en un tugurio de la calle Worth, cerca de la plaza Chatham, en el extremo sudeste de Bowery. Empleaba a jóvenes de la calle para que siguieran a hombres bien vestidos que se adentraran en su territorio. Luego debían notificarlo a la banda para ultimar los retoques del asalto. Muchos hombres amasaron fortunas por la venta de pequeños frascos de cloroformo a dos dólares cada uno. Pero con el tiempo el negocio del cloroformo cayó en manos de Diamond Charley, un destacado personaje de Bowery que vestía unas camisas con incrustaciones de piedras preciosas en la pechera, al igual que otro colega suyo que vendría después, Diamond Jim Brady. Cada noche, al atardecer, Diamond Charley enviaba a doce de sus comerciantes con unas bolsitas llenas de frascos de cloroformo, que luego vendían abiertamente en varios tugurios o en las esquinas de las calles. También ofrecían una pequeña pastilla de morfina que podía esconderse en un anillo, pero la verdad es que no se disolvía muy bien y nunca llegó a venderse en grandes cantidades. Poco después de forjar este monopolio, Diamond Charley subió el precio del cloroformo a cinco dólares el frasco y luego a diez, para gran indignación de los usuarios, ya que el coste de producción de una dosis no ascendía a más de seis centavos. Por esta razón, muchos ladrones empezaron a elaborar sus mezclas, y con tal entusiasmo para lograr resultados rápidos que añadían otros componentes aparte del cloroformo. Normalmente, ello reportaba fatales consecuencias para la víctima, un hecho que no preocupaba a nadie excepto a sus familiares y a la policía.

Las gotas somníferas también las utilizaron con gran éxito los secuestradores y proxenetas, quienes administraban sus negocios con la más absoluta desvergüenza. Muchos de ellos se asociaban y regentaban clubs o tabernas, donde luego se reunían para planear sus negocios. Otros trabajaban desde oficinas. Red Light Lizzie, tal vez la captadora de prostitutas más famosa de su tiempo, llegó a contratar a seis hombres y mujeres para que viajaran por los pueblos del estado de Nueva York y otros estados contiguos, con el fin de atraer a muchachas a la metrópolis con falsas promesas de empleo. Varios jóvenes recibían sueldos por captar a chicas que trabajasen en sus antros y, normalmente, las drogaban para conseguirlo. Red Light Lizzy era propietaria de seis casas de mal nombre, pero también suministraba «empleadas» a otros establecimientos, después de mandar una circular cada mes a sus clientes. Su rival principal era Hester Jane Haskins, apodada Jane *la Ladrona*, y se hizo muy

famosa como secuestradora de jóvenes con fines ilícitos. Con el tiempo, se especializó en el secuestro de chicas de buena familia, y la desaparición de tantas causó tal conmoción que en los años setenta Jane fue arrestada por el jefe de policía Charles McDonnell y acabó en prisión.



Sala de juego en equipos

Los secuestradores también raptaban a chicas que vendían periódicos o flores en las calles. Algunas de ellas, casi niñas, eran ya prostitutas por cuenta propia, y unos cuantos locales ilegales las empleaban solo a ellas. El propietario de uno de estos establecimientos anunciaba que en su local había floristas menores de dieciséis años. Otro agazapaba a niñas de nueve a quince años y las instalaba en el cuarto trasero de un establecimiento situado entre las calles Chatham y William. Las chicas tenían como costumbre acercarse a los hombres por la calle y, en vez de preguntarles si querían flores o periódicos, les saludaban con un «¿Me da un penique, señor?».

Durante varios años, este fue el saludo normal de las chicas de la calle, y la forma en que las vendedoras más descaradas y disolutas daban a conocer sus intenciones.

Muchas de estas jóvenes eran también miembros de bandas de gánsteres que proliferaban en esta zona de vicio. Sus métodos de estafa los perfeccionó Shang Draper, un cabecilla de banda que regentaba una taberna en la Sexta avenida, entre las calles Veintinueve y Trece. Se decía que llegó a contratar a treinta mujeres para que sedujeran a los borrachos y entraran en su local cerca de las calles Prince y Wooster, donde luego los estafaban jugando en equipos. Unos ladrones del establecimiento se dedicaban a robar a las víctimas, entrando en la sala de juego por unos paneles secretos de la pared mientras la víctima estaba distraída. Al final, la banda de Draper se deshizo gracias a la resolución del jefe de policía John H. McCullagh, aunque siguió regentando su local hasta finales de 1883, cuando Johnny Erving resultó muerto en un duelo con Johnny Walsh, apodado John *el Rata*, quien murió de inmediato por el disparo de un amigo de Irving, Billy Porter. Irving y Walsh

eran jefes rivales de unas bandas de ladrones y carteristas, y entre ellos había corrido ya mucha sangre. Draper fue un ladrón de bancos muy famoso, y estuvo implicado en el célebre robo de la caja de ahorros Manhattan Savings Institution, así como en varios otros delitos.

Capítulo diez

EL REY DE LOS LADRONES DE BANCOS

1

Prácticamente, todo ladrón de bancos que se preciara en Estados Unidos tomaba Nueva York como base de operaciones. Especialmente durante los veinte años posteriores a la Guerra Civil. Pero al único a quien la policía estaba dispuesta a otorgarle la categoría de genio era a George Leonidas Leslie, también conocido como George Howard y Western George. Leslie era hijo de un fabricante de cerveza de Ohio y se licenció en arquitectura con excelentes notas. Probablemente hubiera ganado una fortuna si se hubiera dedicado a su profesión pero, al morir su madre, poco después de acabar sus estudios en la universidad, llegó a Nueva York y se juntó con malas compañías, de modo que acabó delinquiendo.

Pocos años después de la Guerra Civil, Leslie se había convertido en el cabecilla de una de las bandas profesionales de ladrones de bancos más famosa del país. Según George W. Walling, superintendente de policía desde 1874 a 1885, Leslie y sus hombres fueron responsables del ochenta por ciento de todos los robos de bancos en América, desde la aparición de Leslie en la costa Este, en 1865, hasta que fue asesinado en 1884. Walling calculó que el importe del total robado por esta banda oscilaba entre siete y doce millones de dólares, la primera cifra con cálculos prudentes. Posiblemente, una tercera parte de este botín lo constituyeron los robos a instituciones financieras de la metrópolis, incluyendo setecientos ochenta y seis mil ochocientos setenta y nueve dólares robados del Ocean National Bank entre las calles Greenwich y Fulton, el 27 de junio de 1869; y los dos millones setecientos cuarenta y siete mil dólares de la Manhattan Savings Institution, el 27 de octubre de 1878. En el Ocean Bank, los ladrones dejaron casi dos millones en efectivo, así como varios bonos esparcidos por el suelo cerca de la caja fuerte. La banda también realizó los famosos asaltos contra el South Kensington National Bank de Filadelfia, el Third National Bank of Baltimore, el Saratoga County Bank of Waterford, N. Y., y el Wellsbro Bank de Filadelfia. Normalmente estos asaltos eran obra de Leslie y sus compañeros, junto con las incursiones habituales de los ladrones y rateros que llevaron al inspector Thomas Byrnes a establecer su famosa «Línea de la muerte» en marzo de 1880, cuando abrió una delegación del cuerpo de detectives en el número 17 de Wall Street y ordenó el arresto de todo delincuente que se encontrara al norte de la calle Fulton; al oeste de la calle Greenwich, y al sur de la calle Battery y el río East.

Pero solo la policía y el mundo de los bajos fondos consideraban a Leslie un genio. Se hacía pasar por un hombre de ingresos independientes y, debido a su educación y relaciones familiares, estaba bien visto en los círculos de alta sociedad de Nueva York. Era socio de varios clubs y tenía fama de *bon vivant*. Frecuentaba los estrenos teatrales y las exposiciones de arte, y se ganó cierta reputación como bibliófilo *amateur*. Tenía unos cuantos ejemplares originales, y otros coleccionistas le solían pedir su opinión. Era cliente de los sastres y camiseros más exclusivos, y apenas se relacionaba con sus compañeros delincuentes, salvo de un modo muy profesional. Empezó a hacerlo en los años ochenta, cuando se enamoró de Babe Irving, una hermana de Johnny Irving. También se encaprichó con los encantos de la novia de Shang Draper, e invirtió mucho tiempo y dinero en las dos mujeres.

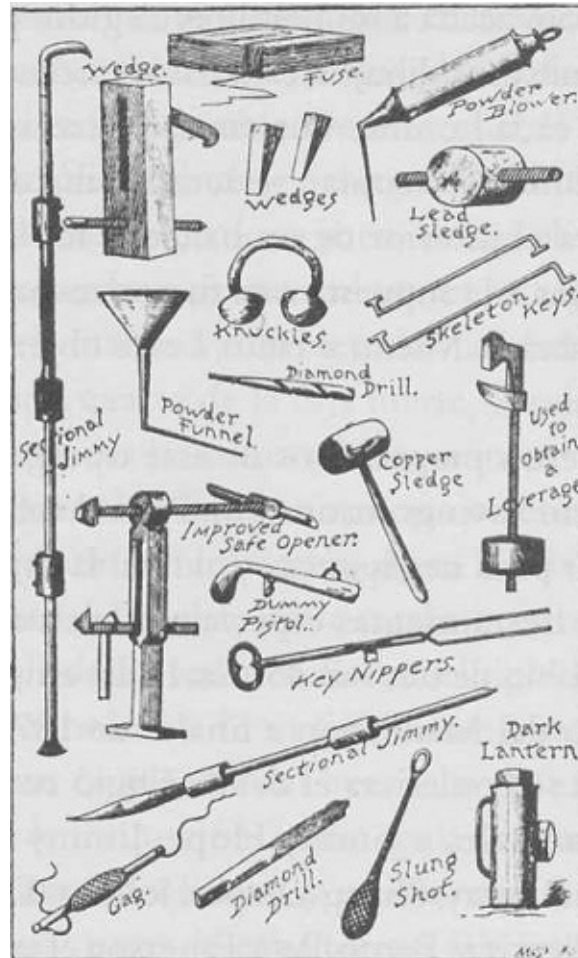
La policía encontró muchas pruebas de la habilidad de Leslie y su liderazgo en más de cien robos, pero solo una vez pudieron hallar pruebas satisfactorias que justificaran su arresto. Esto ocurrió en 1870, al inicio de su carrera, cuando él y Gilbert Yost emprendieron un robo en una joyería de Norristown, Filadelfia. Fueron detenidos mientras trataban de entrar en el local, pero Leslie ya había trabado relación con los políticos de Filadelfia, de modo que lo soltaron pronto bajo fianza, que él mismo pagó. Yost fue condenado a dos años de prisión. El trabajo de la joyería de Norristown fue una de esas ocasiones en las que Leslie vio necesario involucrarse activamente en la comisión del delito. Normalmente, su labor consistía en trazar los planos, llevar a cabo los informes preliminares, negociar los sobornos y vencer las barreras necesarias para dar con el botín.

Leslie tenía como costumbre, cuando seleccionaba un banco para su robo, obtener los planos del arquitecto del edificio, si eso era posible. De no ser así, él mismo visitaba la institución haciéndose pasar por depositario y dibujaba mentalmente los planos a partir de sus observaciones. Luego lo preparaba a gran escala y reproducía la planta principal y el sótano, indicaba todas las entradas y salidas, la situación exacta de la caja fuerte, y todos los muebles con los que sus hombres podían tropezar en la oscuridad o bloquear el paso de una puerta o ventana. A veces lograba introducir a un miembro de su banda como portero o vigilante del banco, y este sacaba información muy valiosa y detallada. Se tenía en cuenta el tipo de caja fuerte, así como el nombre de su fabricante. Luego se averiguaban por un empleado del banco las rutinas más significativas de la institución. Leslie tenía muchas aptitudes y conocimientos mecánicos, y estaba muy familiarizado con los distintos tipos de cajas fuertes fabricadas en Estados Unidos, muchas de las cuales podía abrir con solo manipular la esfera. Coleccionaba pequeñas réplicas de las cajas fuertes en metal o madera y las guardaba en una buhardilla al sur de la ciudad. A veces se pasaba una semana en este refugio para familiarizarse con el modelo de caja fuerte que correspondiera al robo proyectado, hasta que averiguaba cómo burlar la combinación secreta o hacerla saltar. Normalmente, lo conseguía haciendo pequeños agujeros por encima o por debajo de la esfera, y de este modo manipulaba los volteadores con una fina pieza de acero.

Cuando ya lo sabía todo sobre la caja en cuestión, Leslie convocaba a los hombres elegidos para el atraco. Les mostraba sus dibujos, estudiaban todos los detalles y asignaba a cada hombre una tarea concreta. A veces, la habitación donde se reunían se acomodaba de tal modo que pareciera el interior de un banco, y los ladrones tenían que llegar a la supuesta caja fuerte andando entre la oscuridad y abrirla. Mientras tanto, Leslie observaba y dirigía el ensayo.

Se hicieron preparativos de este tipo para el asalto del Manhattan Savings Institution. Pero el robo tuvo que abortarse por pura negligencia, y al final la caja fue forzada con unas herramientas especiales construidas para la ocasión a cambio de tres mil dólares. Leslie empezó a organizar el robo del Manhattan a finales de 1875, tres años antes de que se cometiera el delito. Eligió como colaboradores principales a Jimmy Hope, Jimmy Brady, Abe Coakley, Red Leary, Shang Draper, Johnny Dobbs, Worcester Sam Perris y Banjo Pete Emerson. Tras un minucioso estudio de la caja fuerte, Leslie decidió no emplear ni dinamita ni pólvora, ya que el impacto de la explosión rompería las ventanas del banco y el vigilante, Louis Werckle, quien vivía con su familia en el sótano del edificio, les oiría inevitablemente. También oirían el impacto los clientes y los empleados del hotel St. Charles, que estaba pegado al banco.

Después de aprender cómo funcionaba la combinación de la caja fuerte del Manhattan, Leslie se procuró una réplica de los fabricantes Valentine & Butler, y empezó a experimentar con ella.



Herramientas de un ladrón de banco

Se dio cuenta de que podía hacer saltar la combinación secreta sacando las bisagras y alineando las muescas del volteador. Luego hacía un agujero por debajo del indicador y doblaba el volteador con su fina herramienta de acero. En los meses siguientes, Leslie consiguió un empleo en el banco para Patrick Shevlin, un miembro secundario de la banda. Pasaron seis meses hasta que Shevlin pudo hacerlo entrar de noche en el banco. Leslie hizo un pequeño agujero en la caja fuerte y sacó dos de los volteadores alineados. Empezó a trabajar detrás de una pantalla negra que había colocado frente a la caja para ocultarla a la gente que pasaba por la calle. Pero era una tarea muy angustiosa, y aunque Leslie dominaba la operación, se olvidó de volver a colocar los volteadores en su posición inicial, de modo que a la mañana siguiente los empleados del banco no pudieron abrir la caja fuerte. Los fabricantes instalaron otra placa y cerradura, y cuando Leslie regresó al banco para acabar su labor se dio cuenta de que no podía mover los volteadores. Luego supo que los podía haber manipulado si hubiera hecho un agujero tres milímetros por debajo del anterior.

Leslie decidió llevar a cabo su robo a la fuerza, pero no lo intentó hasta que el policía de guardia, John Nugent, fue sobornado para que se alejara del banco hasta

que lo necesitaran para garantizar la retirada de los ladrones y, de ser posible, retrasar la persecución. A las seis de la mañana del domingo 27 de octubre de 1878, Jimmy Hope, Abe Coakley, Banjo Pete Emerson y Bill Kelly, un hombre muy robusto que se encargaba de pelear cuando era necesario, entraron en el banco con máscaras en la cara. Fueron directos al apartamento del vigilante Werckle, y allí lo ataron y amordazaron, al igual que a su esposa, su hijo mayor y su suegra. Kelly se quedó vigilándoles, mientras los demás se dirigían a las oficinas centrales del banco y empezaban a manipular la caja fuerte. Los compartimentos interiores, construidos con acero fino, eran muy resistentes. Al final lograron forzar el acceso a uno de ellos que contenía una enorme suma de dinero. Mientras Hope y Emerson trabajaban detrás de la pantalla que ocultaba la caja fuerte, Abe Coakley se sacó su abrigo y sombrero y se paseó por el banco como si fuera su casa. Movié los muebles y les sacó el polvo, entre otras cosas. Mientras hacía esto, el agente Van Orden de la prefectura Quince pasó por el banco de vuelta a su casa, y miró el escaparate. Se sorprendió al ver la caja fuerte oculta tras una pantalla, pero sus sospechas se confirmaron cuando Coakley le saludó de forma amistosa. Al cabo de unos minutos, los ladrones salieron por la puerta trasera del banco con el botín repartido en pequeñas bolsas, una de las cuales la llevaba el agente Nugent.

El robo se descubrió una hora después, cuando Werckle se pudo desatar y corrió hasta la barbería del hotel. Pero no fue hasta finales de mayo de 1879 que la policía pudo efectuar arrestos. Coakley y Banjo Pete Emerson fueron absueltos, pero Hope y Kelly acabaron pasando muchos años en prisión. Se dijo que el agente Nugent escapó gracias a que sobornó a un juez, pero al cabo de unos meses fue arrestado en Hoboken y enviado a prisión. La policía no pudo reunir pruebas concluyentes contra Leslie para procesarlo. Aunque la suma robada fue enorme, solo trescientos mil dólares eran en bonos negociables, y el efectivo ascendía a once mil dólares. El banco consiguió recuperar doscientos cincuenta y siete mil dólares en bonos, de modo que su pérdida real fue de once mil dólares en efectivo y cuarenta y tres mil en efectos bancarios.

El éxito de las diversas operaciones de Leslie lo llevaron a la fama, y en los últimos días de su vida se convirtió en asesor para otros ladrones de bancos. Era habitual que las bandas de gánsteres le pidieran consejo. A cambio de una suma fija o un porcentaje de las ganancias con aval, Leslie organizó robos de bancos y almacenes de todo el país. Se rumoreaba que llegó a recibir veinte mil dólares para viajar a la costa Este y planear un asalto por parte de una banda de ladrones de bancos de San Francisco. Pero esta faceta de su carrera duró poco, ya que su relación simultánea con Babe Irving y la novia de Draper le ocupaba cada vez más tiempo y energía, de modo que perdió gran parte de su sagacidad y prudencia. También se volvió muy aprensivo con el asesinato de J. W. Barron, el cajero del Dexter Savings Bank de Dexter, Maine, durante un intento frustrado de robo. Otras iniciativas también fracasaron debido a una organización y liderazgo insuficientes, y su banda empezó a perder confianza en

Leslie. Draper, enfadado por las atenciones de Leslie hacia su novia, denunció a la policía que el «Rey de los ladrones de banco» estuvo detrás del asesinato de Dexter, lo que llevó al arresto de Hope, Coakley, Banjo y a otros por el asalto del Manhattan.

Pronto se hizo evidente en el mundo de los bajos fondos que Leslie estaba destinado a un final violento. Por eso a nadie le sorprendió que en la mañana del 4 de junio de 1884, el agente de la policía montada Johnstone encontrara el cadáver de Leslie en estado de descomposición. Lo encontró en Tramps' Rock, cerca de la frontera entre los condados de Westchester y Nueva York, pasado el río Bronx. Le habían disparado en la cabeza, y a su lado había un revólver con el tirador perlado. Herman Steid, uno de los hombres del famoso perista Marm Mandelbaum, identificó el cadáver. Mandelbaum se encargó de ofrecer un entierro digno a Leslie. Pero lo cierto es que la policía nunca llegó a encontrar a los asesinos, aunque sospecharon de Shang Draper, Johnny Dobbs y Worcester Sam Perris. Dos semanas antes de hallar su cadáver, Leslie había regresado a Nueva York tras una breve visita a Filadelfia. Después había ido a la casa del número 101 de la calle Lynch, en Brooklyn, donde Shang Draper estaba encerrado con Jemmy Mooney, Gilbert Yost, Worcester Sam y otros miembros de la banda. La policía siempre creyó que Leslie fue asesinado en la casa de Brooklyn, y que luego Dobbs, Worcester y Ed Goodie, un ratero con quien Leslie había trabajado, transportaron el cadáver en coche de caballos hasta el lugar donde fue descubierto. Los tres hombres fueron vistos cerca de Yonkers aproximadamente a la hora en que el cuerpo de Leslie fue arrojado a Tramps' Rock. No se pudieron encontrar pruebas y el asesinato sigue en la larga lista de crímenes sin resolver.

2

El impresionante éxito de muchas bandas organizadas de ladrones que aparecieron en Nueva York durante su época de mayor corrupción no hubiera sido posible sin una red de distribución igualmente eficaz. De esto se encargaban los peristas, o receptores de propiedad robada, quienes trabajaban en los distritos criminales y tenían acceso a los lugares que frecuentaban los ladrones. Se hacían pasar por pequeños comerciantes y normalmente compraban artículos imperecederos que quedaban en las estanterías mucho tiempo, ya que los clientes legítimos eran pocos.

No había nada demasiado grande ni demasiado pequeño que los peristas no pudieran cambiar por efectivo. En la década de los setenta, vendieron cincuenta mil dólares en hilos y agujas robadas del almacén H. B. Claflin Company. Aunque en esa época no había menos peristas de los que hay actualmente, sí que contaban con mejores relaciones políticas y policiales que sus homólogos contemporáneos, y por tanto eran más atrevidos en sus operaciones y más poderosos. Muchos desdeñaban

recurrir a subterfugios. Uno de los lugares más conocidos por los ladrones era la Oficina de cambio del distrito Octavo. Peristas y delincuentes se reunían allí cada noche para regatear abiertamente sobre los artículos robados, normalmente joyas. Se pagaba una cuota fija a los abogados encargados de casos penales; los políticos y policías recibían ingresos acordados previamente, y comisiones si el botín era considerable.

Algunos de los peristas más ricos no solo disponían de los bienes que recibían, sino que también ayudaban a los ladrones en sus momentos más bajos. Financiaban los estudios preliminares necesarios para un atraco a un banco, por ejemplo, o a un gran almacén.

El primero de estos compradores de éxito, y del que se sabe bastante, fue Joe Erich. Antes de la Guerra Civil tenía un local en la calle Maiden. El rival más importante de Erich era Ephraim Snow, más conocido como El viejo de nieve, que regentaba una pequeña tienda de ultramarinos entre las calles Grand y Allen y compraba propiedad robada de todo tipo. En una ocasión, Old Snow recibió una veintena de ovejas que una banda de Bowery había robado a un granjero de Westchester mientras pasaban allí sus vacaciones. Al llegar a Nueva York, se pasearon por toda la ciudad con las ovejas hasta la tienda del perista. El Old Unger, en la calle Eldridge, era también uno de los establecimientos preferidos de los ladrones, especialmente de los rateros y carteristas. Igual de popular era el local del Pequeño Alexander, cuyo nombre real nunca lo supo la policía. Y Bill Johnson, propietario de un colmado en Bowery.

Todos estos peristas siguieron con sus actividades al acabar la Guerra Civil, aunque su éxito pronto se vio eclipsado por las fortunas de Marm Mandelbaum y John D. Grady, más conocido como Mike *el Errante*. Este último era un tipo delgado, bajo y harapiento. Tenía la espalda encorvada y un porte adusto. Fuera verano o invierno, siempre iba por la calle vestido con un abrigo grueso y cargaba a sus espaldas una caja de vendedor ambulante. Aparentemente, Mike vendía agujas y otros artículos menores a las amas de casa. Pero era más probable que su caja escondiera perlas, diamantes, o bonos robados, que artículos legítimos de venta. Mike *el Errante* apenas salía de la ciudad con menos de diez mil dólares en artículos. No tenía ningún local, pero solía visitar la Oficina de cambio, y de vez en cuando convocaba a sus clientes para sugerir robos y negociar la venta de lo que hubieran robado desde su última visita. Le gustaban especialmente las joyas y los efectos bancarios, y apenas compraba algo que no pudiera meter en su caja. A veces hacía una excepción a esta norma y compraba seda, de la que siempre había demanda. Uno de sus ladrones más notables fue Billy *el Niño*, o William Burke, quien fue arrestado cien veces antes de cumplir veintiséis años.

La policía siempre creyó que Mike *el Errante* sugirió el robo a la tesorería de Rufus L. Lord en 1866, de la mano de ladrones como Greedy Jake Rand, Hod Ennis, Boston Pet Anderson y Eddie Pettengill. El asalto fue el mayor robo cometido por

una banda de rateros en Estados Unidos. Lord era una figura importante del mundo financiero y, según se dice, poseía más de cuatro millones de dólares en bonos del estado, acciones y propiedades. Era sumamente perspicaz para los negocios, pero era tan avaro que tenía fama de ser un miserable. No tenía amigos y se relacionaba con muy poca gente. Era propietario de una oficina de mala muerte en un cuarto trasero del número 38 de la plaza Exchange, donde se pasaba horas recortando bonos y ordenándolos en montoncitos; o bien escuchaba el dulce repicar de las monedas que guardaba en unas enormes bolsas de lona. Vestía con harapos y en verano no calzaba más que unas zapatillas gastadas. Tenía una caja fuerte acorazada en su oficina, pero durante los últimos años de su vida iba perdiendo la memoria y se marchaba a casa sin cerrar la caja fuerte. Solía guardar varios millones de dólares en efectivo y efectos bancarios que dejaba a merced de los ladrones. Su despacho estaba siempre medio oscuro, ya que no quería gastar más de una vela y solo contaba con una pequeña ventana en la habitación.

Greedy Jake y sus cómplices trataron de hablar varias veces con este inversor, supuestamente para discutir sobre un préstamo o una inversión. La tarde del 7 de marzo de 1866, un día nublado y oscuro, Greedy Jake entró en la oficina de la plaza Exchange y procedió a distraer la atención de Lord hablándole del elevado tipo de interés que estaba dispuesto a pagar. Cuando ofreció un veinte por ciento y un aval de primera clase, Lord se puso como loco y cogió a Greedy por la solapa del abrigo implorándole que cerraran el trato de inmediato. Mientras tanto, Boston Pet y Eddie Pettengill se introdujeron en el despacho oscuro, y al cabo de un rato salieron sigilosamente con dos cajas de latón que contenían un millón novecientos mil dólares en efectivo y bonos, la mayoría negociables. Durante unas semanas, los ladrones dejaron las cajas en una taberna situada entre las calles Spring y Wooster, y después de que pasara la tormenta policial, doscientos mil dólares en bonos negociables acabaron en manos de Mike *el Errante*, quien pudo cambiarlos por efectivo. El resto del botín fue recuperado por la policía al cabo de dos años, pero Lord recibió tal impresión que se volvió más avaro que nunca y no permitió que nadie entrara en su oficina, que procedió a blindar con una puerta metálica.

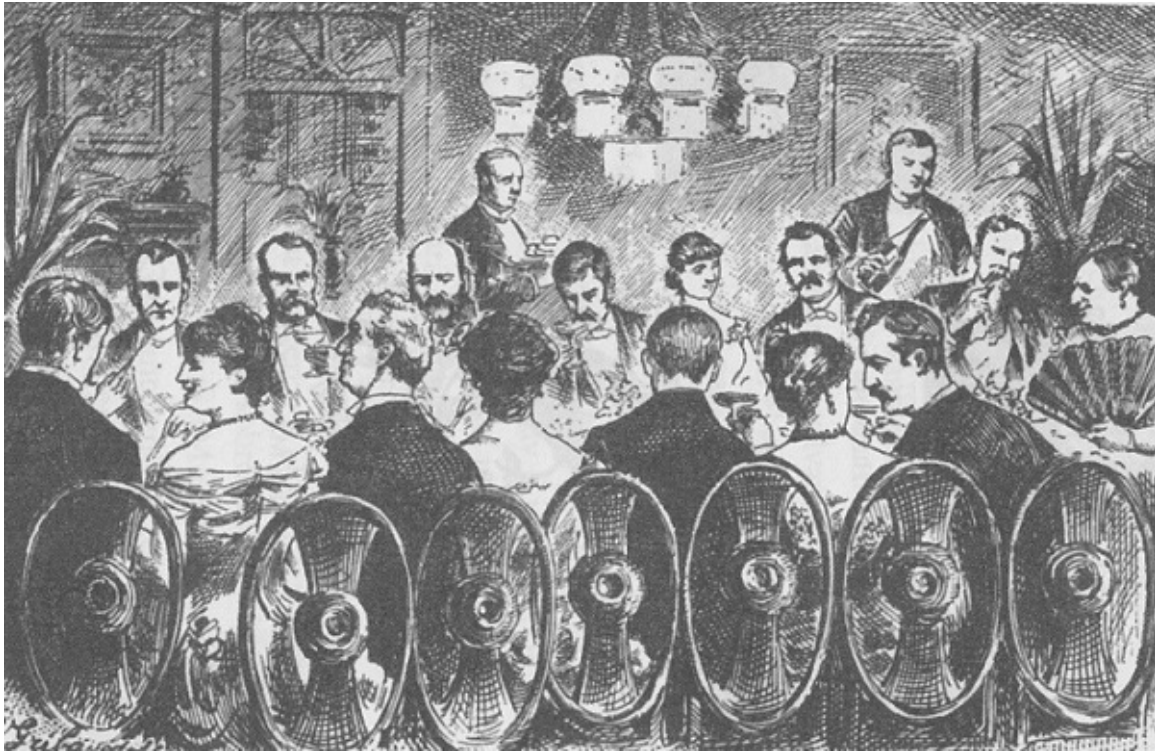
Fredericka Mandelbaum, más conocida como Marm o Madre, fue posiblemente la perista más famosa y próspera que jamás haya vivido en Nueva York. Era una mujer robusta que pesaba más de cien kilos. Su boca era muy curvada y acababa en punta. Sus mejillas, sobre las que descansaban unos pequeños ojos negros, unas cejas negras pobladas y una frente ligeramente caída, eran curiosamente abultadas. Su cabello era negro y abundante, peinado hacia atrás y recogido con una cofia negra adornada con plumas. Era propietaria de un edificio de tres pisos en el número 79 de la calle Clinton, en la esquina con Rivington. En la segunda y tercera planta vivía con su esposo, Wolfe, y con su hijo y sus dos hijas. La decoración de su casa exhibía una elegancia sin precedentes. En realidad, muchos de los muebles más bellos y de las cortinas más caras adornaron en su día las casas de los aristócratas. Naturalmente,

estas propiedades las habían robado sus muy queridos ladrones. Marm Mandelbaum ofrecía generosos bailes y cenas a los que asistían los delincuentes más famosos de América, así como los agentes de policía y los políticos que estaban dentro de su círculo de influencias.

En la planta baja, justo en la esquina con la calle Rivington, Marm tenía una pequeña mercería. Pero su negocio real lo administraba en un cuarto que daba a la calle Clinton, donde se ocupaba de la distribución y financiaba las operaciones de muchas de las bandas de bancos más famosas. En los inicios de su carrera, cargaba con el botín de casa en casa. Entre los delincuentes más conocidos que trataban con ella estaban Shang Draper, George Leonidas Leslie, Banjo Pete Emerson, Mark Shinburn, Bill Mosher y Joe Douglas. Shinburn era un ladrón de bancos de cierta distinción y siempre decía que en el fondo era un aristócrata. También detestaba a los ladrones con quien tenía que relacionarse. Vivía humildemente e invertía sus ganancias en cheques bancarios pagaderos a sus familiares de Prusia. Cuando se retiró, se marchó a Europa y, mediante la juiciosa administración de su fortuna, se convirtió en el Barón Shindell de Mónaco. Vivió feliz y aristocráticamente durante el resto de su vida. Mosher y Douglas secuestraron al niño de cuatro años Charley Ross en su casa de Germantown, Pensilvania, el 1 de julio de 1874. Este hecho se convirtió en el secuestro más misterioso que jamás haya conocido el país. Pronto se sospechó de ellos, y varios detectives les pisaban los talones. Pero no dieron con ellos hasta la mañana del 14 de diciembre de 1874, cuando fueron ejecutados mientras trataban de robar en casa del juez Van Brunt en Bay Ridge, Brooklyn. Mosher recibió los disparos del hijo del juez, Albert, y luego el juez en persona disparó a Douglas por la espalda mientras este escapaba de la casa. Mosher murió de inmediato, pero Douglas se batió entre la vida y la muerte por unos instantes. El juez Van Brunt se acercó a Douglas, y este se incorporó como pudo apoyándose sobre su codo. Luego dijo: «No tiene sentido mentir ahora. ¡Mosher y yo secuestramos a Charley Ross de Germantown!». Pero murió antes de que pudiera confesar el paradero del niño. La policía nunca encontró a Charley, aunque una vez cada dos años aparece alguien que asegura que es el niño secuestrado.



Marm Mandelbaum y algunas de sus clientas. De izq. a der. y de arriba a abajo: Old Mother Hubbard, Black Lena, Kid Glove Rosey, Queen Liz, Marm Mandelbaum y Sophie Lyons



La fiesta de Marm Mandelbaum

Marm Mandelbaum sentía especial debilidad por las ladronas, y era amiga y patrona de mujeres delincuentes tan famosas como Black Lena Kleinschmidt, Big Mary, Ellen Clegg, Queen Liz, Little Annie, Old Mother Hubbard y Kid Glove Rosey. Todas eran ladronas, carteristas o chantajistas; y también Sophie Lyons, tal vez la estafadora más célebre de América. Estaba casada con Ned Lyons, un ladrón de bancos. Black Lena obtuvo enormes sumas de dinero a través de los sobornos y los robos. Pero, al llegar a la madurez, le entraron ganas de pertenecer a la alta sociedad y se mudó a Hackensack, Nueva Jersey, donde se hizo pasar por una viuda rica de un ingeniero de minas sudamericano. No escatimó en detalles, y la verdad es que causó tanto furor entre los círculos de sociedad de Nueva Jersey que la llamaban la Reina de Hackensack. No cesó sus actividades delictivas, y pasaba dos días a la semana en Nueva York para llenar sus arcas. Al final acabó destronada cuando descubrieron su engaño. Un día, durante una cena de sociedad, Lena lucía un anillo de esmeraldas que el marido de una de las invitadas reconoció. Era la sortija que le habían robado a su mujer mientras estaban de compras en la metrópolis.

Al principio, la policía de Nueva York fichó a Mandelbaum como perista sospechosa en 1862. Se calcula que en los siguientes veinte años pasaron por sus manos entre cinco y diez millones de dólares en bienes robados. En varias ocasiones, durante su dilatada carrera, Marm hizo el experimento de pagar sueldos a sus clientas, obligándoles a entregarle a ella todo lo que robasen y a ser razonablemente sagaces y trabajadoras.

No obstante, Marm se convenció pronto de las palabras del inspector Thomas Byrnes: que la palabra honor no figuraba entre el vocabulario de los ladrones. De modo que dejó de pagarles sueldos cuando pilló a varias de sus empleadas entregando su botín a Mike *el Errante*. También se dice que fundó una escuela en la calle Grand, no muy lejos de la comisaría de policía, donde enseñaba a los niños y niñas a ser carteristas y rateros. Marm también ofrecía cursos más avanzados sobre atracos a bancos y seguridad. A su círculo más íntimo de colaboradores les impartía cursos de posgrado en estrategias de chantaje y estafa. Su escuela tuvo mucha fama, pero Marm se indignó y echó a sus profesores cuando el hijo de un destacado agente de policía se apuntó a las clases.

En todas sus operaciones, Marm Mandelbaum contaba con la ventaja de un asesoramiento legal por parte de Big Bill Howe y Little Abe Hummell, socios en el célebre bufete de abogados Howe & Hummell. Les pagaba la suma anual de cinco mil dólares. Estos abogados no solo comparecían en su nombre en esas pocas ocasiones en las que la ley hacía un gesto imprudente hacia ella, sino que también representaban a sus clientes cuando la policía los cogía in fraganti. Sin embargo, no consiguieron hacer nada por ella en 1884, cuando los reformistas subieron al poder y el fiscal del distrito dictó varias sentencias que la acusaban de latrocinio y posesión de bienes robados. El caso acabó en juicio en diciembre de ese mismo año, pero Marm Mandelbaum ya había pagado su fianza y se marchó a Canadá, donde pasó el resto de su vida. Se rumorea que visitó Nueva York de incógnito algunas veces. El estado no sacó ni un penique, ya que los avales de Marm cambiaron los bienes que les había dado por efectos bancarios caducados, y Marm le había traspasado sus bienes a su hija. En cuanto a sus célebres abogados, Howe murió en 1903, y dos años después el fiscal del distrito, William Travers Jerome, envió a Little Abe a prisión acusado de prácticas profesionales ilegales.

3

Hubo varias bandas de malos espíritus en Nueva York durante la posguerra, pero la mayoría se dedicaban a profanar tumbas de negros y pobres con el fin de vender los cadáveres a los médicos o a los estudiantes de medicina. La policía apenas los molestó hasta la muerte de Alexander T. Steward, un próspero comerciante cuyo asesinato supuso uno de los crímenes más curiosos jamás perpetrado en la metrópolis. Steward empezó su carrera muy humildemente, trabajando como librero, vendedor, portero y chico de los recados. Pero por su amplia experiencia y su excesiva perspicacia murió siendo el tendero más importante de su tiempo. Se convirtió en el propietario de unos grandes almacenes entre las calles Broadway y Chambers, en un edificio que ahora ocupa el *Sun*. Luego estuvo al frente de un gran imperio que

abarcaba la manzana situada entre la Cuarta avenida y Broadway, entre las calles Nueve y Diez. Solo admitía dinero al contado y desafió a la competencia. En la cumbre de su poder comercial, muchos de sus empleados eran vendedores a quienes había desbancado de sus respectivos negocios. Tuvo varios hijos, pero todos murieron aún niños; contaba con muy pocos amigos, si es que contaba con alguno, aunque por su influencia y dinero era un hombre con poder. Su actitud hacia las otras personas era siempre severa y recelosa. Según se dice, tenía como norma no confiar nunca en nadie. Era bastante bajo y delgado, de facciones marcadas y de pelo pelirrojo y áspero. Sus ojos grises rezumaban una increíble frialdad. Murió en 1876, dejando una herencia de treinta millones de dólares. Lo enterraron en el cementerio de St. Mark's-in-the-Bouwerie, situado entre la Segunda avenida y la calle Diez.

Apenas habían enterrado el cuerpo de Steward, surgieron rumores de que los profanadores de tumbas querían robar su cadáver para luego venderlo al mejor postor. Varios de los delincuentes más famosos merodearon por el cementerio durante las siguientes semanas, y la policía investigó los rumores de que George Leonidas Leslie y su banda de ladrones de bancos planeaban un asalto al cementerio. Pero lo cierto es que el primer intento de profanación no ocurrió hasta el 8 de octubre de 1878, cuando Sexton Hamill descubrió que la losa con el nombre estaba burdamente levantada. Se temía que los intrusos hubieran entrado en el panteón donde había enterradas cuatro personas más aparte del próspero comerciante, pero todo seguía en su sitio. Cumpliendo órdenes de Henry Hilton, el abogado de la señora Steward y sus propiedades, se cambiaron los cerrojos de la puerta del cementerio. Las lápidas se trasladaron a unos cuantos metros de distancia de las tumbas en cuestión para despistar a los profanadores. Como medida adicional, se contrató a un vigilante de un establo cercano para que visitara el cementerio cada hora durante la noche y mantuviera a raya a quienes entraran a hurtadillas en él. No ocurrió nada y el 3 de noviembre de 1878 se decidió prescindir de los servicios del guarda, ya que el abogado Hilton creyó que el recinto no corría ya peligro.

Al cabo de cuatro días, en la mañana del 7 de noviembre, el ayudante de sacristán Frank Parker entró en el cementerio y se horrorizó al ver la tierra revuelta en el panteón de Steward. Sin más preámbulos, se dirigió de inmediato a casa del sacristán Hamill, en la calle Diez. Este último fue a la iglesia, entró en el panteón, y descubrió que se habían llevado el cuerpo del comerciante. Después se dirigió a los almacenes Steward y, como Hilton no había llegado aún, cogió un taxi hasta la casa del abogado en la calle Treinta y cuatro, una vivienda contigua a la mansión de mármol donde vivía la señora Steward. Hilton informó de inmediato a la policía, y el superintendente George W. Walling se ocupó personalmente de la investigación.

El panteón de Steward era de ladrillo, estaba a unos cinco metros de profundidad, con un metro de tierra encima. Estaba situado casi en el centro exacto del cementerio, al este de la iglesia de la parroquia, y estaba flanqueado por las tumbas de Benjamín Winthrop y Thomas Bixby, miembros de unas familias muy antiguas de Nueva York.

Los profanadores ignoraron por completo la lápida falsa y fueron directos a la tumba, a la que descendieron después de sacar la tierra. Desenroscaron la cubierta de madera de cedro y atravesaron la puerta de plomo. Luego forzaron el ataúd. También se llevaron unos pomos muy caros y una pequeña placa que había en el ataúd, así como un trozo de tela de terciopelo que arrancaron en forma de triángulo irregular. Para más pruebas de su visita, dejaron una de sus palas y una linterna. El cadáver de Steward pesaba unos cuarenta y cinco kilos y no había sido embalsamado. Por lo que parece se lo llevaron en carro, ya que se detectaron huellas cerca de la puerta este.

En los periódicos de la mañana del 8 de noviembre, el abogado Hilton anunció que se pagaría una recompensa de veinticinco mil dólares a quien devolviera el cadáver, y que se arrestaría y procesaría a los profanadores. El delito causó mucho revuelo en toda la costa Este, y durante meses los detectives aficionados buscaron sin parar en cualquier tipo de tugurio y en las casas cercanas al camposanto. También rebuscaron en carruajes sospechosos y vagones de tren. Se abrieron una veintena de tumbas, con la confianza de que pudieran albergar el cadáver desaparecido, y los periódicos publicaron muchas páginas de comentarios y especulaciones.

Se montó doble guardia en el panteón del comodoro Vanderbilt de New Dorp, en la isla Staten, mientras varios agentes armados patrullaban los cementerios de toda la ciudad. La policía supo que la pala y la linterna se habían comprado, pero no consiguió más pruebas. Llamaron a comisaría a más de cien delincuentes profesionales para obligarles a dar cuenta de sus movimientos la noche en que fue robado el cadáver. Evidentemente, el cadáver de un comerciante rico e influyente era algo muy distinto a un delito común, y los bajos fondos entendieron perfectamente que los profanadores no iban a tener la habitual protección de la policía o los políticos.

Pero no salió nada en concreto de estas investigaciones hasta enero del siguiente año, cuando el general Patrick H. Jones, un abogado que había sido director de Correos y que vivía en el número 150 de la calle Nassau, llamó al superintendente Walling y le enseñó los pomos y las asas de plata del ataúd de Steward. También le mostró un trozo de terciopelo y de papel, todo ello recibido por correo urgente desde Canadá. Asimismo, trajo varias cartas firmadas por Henry G. Romaine, pidiéndole que actuara como intermediario en la devolución del cadáver. Romaine aseguró que lo haría de inmediato tras el pago de doscientos cincuenta mil dólares en efectivo. Además, le pedía a Jones que se ocupara de la negociación mediante anuncios personales en el *New York Herald*. Romaine escribió en una de las cartas:

Los restos mortales se profanaron a las doce en punto de la noche del día 6, y no a las tres de la madrugada del día 7. No se sacaron en carro, sino en un contenedor de verduras. Tampoco se llevaron a ninguna vivienda cercana al cementerio, sino a una cerca de la calle 160. Luego se embolsó el cadáver en un baúl forrado de zinc y partió en un tren de la mañana. Llegó a Plattsburg y

de allí a Dominion. Se enterró de nuevo al cadáver. Salvo los ojos, que han desaparecido, la carne sigue tersa y las facciones igual de naturales, como en el día de su entierro, por tanto el cadáver es reconocible. El trozo de papel adjunto es del mismo tamaño que el fragmento de terciopelo arrancado del ataúd, y las asas que le envió demuestran que se trata del ataúd en cuestión.

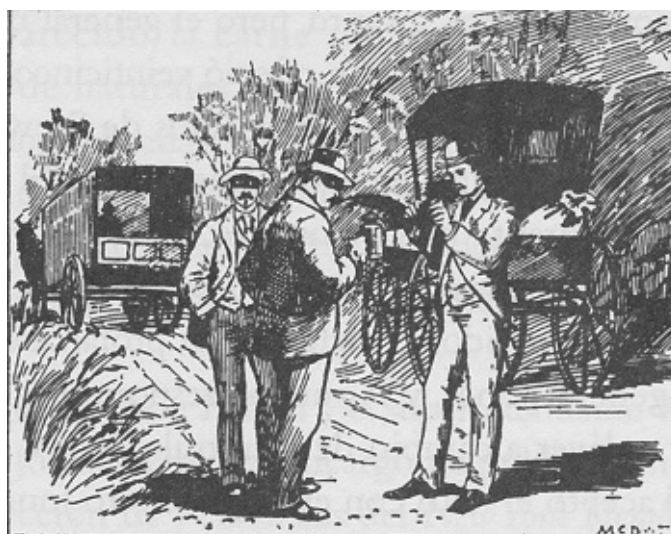
Después de hablar con Hilton y el superintendente Walling, el General Jones recibió el encargo de publicar un anuncio en la sección de personales del *New York Herald* del 5 de febrero, en el que ofrecía abrir las negociaciones. El día 11 se recibió la contestación, sellada en Boston, en la que Romaine se prestaba a entregar el cadáver con las siguientes condiciones:

1. La cantidad que se habrá de pagar es de doscientos mil dólares.
2. El cadáver le será entregado a usted y al juez Hilton a unos cuarenta kilómetros de Montreal y no deberá venir nadie más.
3. Usted llevará el dinero en la mano o lo tendrá bajo su control hasta que el juez Hilton se dé por satisfecho, luego se lo entregará a mi representante.
4. Ambas partes guardarán silencio para siempre sobre esta transacción.

Hilton no estuvo de acuerdo y se negó a seguir con las negociaciones. Luego Romaine le comunicó a Jones que hablara con la señora Steward, pero el general no aceptó. A mediados de marzo Hilton ofreció veinticinco mil dólares a cambio del cadáver o los huesos de Steward, pero Romaine declinó «amable pero firmemente». El caso quedó cerrado durante más de un año. Pero, en invierno de 1880, la señora Steward, muy preocupada por el robo del cadáver de su marido, se dirigió a los profanadores a través del general Jones, y Romaine respondió que devolvería el cadáver a cambio de cien mil dólares. La señora Steward aceptó el trato con esta suma, pero Jones prefirió hacer una contraoferta de veinte mil dólares, la cual aceptó Romaine con unas estrictas condiciones de entrega. Dispuso que el dinero, en efectivo, se metiera en un saco de lona, y que un mensajero partiera de Nueva York a las diez de la noche de un día y en una diligencia determinados. El destino sería el condado de Westchester por una carretera poco transitada que el profanador indicaba en un mapa. Romaine añadió que, en algún momento, antes del amanecer, se le darían más instrucciones al mensajero.

Un pariente de la señora Steward se ofreció a hacer de mensajero, y a la hora prevista partió en dirección a Westchester. En varias ocasiones, durante la noche, notó que estaba siendo vigilado, pero no fue hasta las tres de la madrugada que se le apareció un jinete enmascarado y le comunicó que parara su coche a un lado. El mensajero lo hizo así, y se acercó una calesa al otro lado de la carretera, de donde salieron dos hombres y se acercaron a él. Ambos iban enmascarados, y uno cargaba

un saco muy pesado y voluminoso.



Devolución del cadáver de A. T. Steward

El mensajero entregó una tira de terciopelo para identificarse. El dinero se pagó con prontitud, y luego los profanadores arrojaron el saco al carruaje y partieron hacia el norte con su vehículo. El mensajero se apresuró a volver a la ciudad con los huesos del comerciante traqueteando en el saco debajo de sus pies. Un empresario de pompas fúnebres lo colocó en un baúl especial y a la noche siguiente alquilaron un vagón de mercancías hasta Garden City, Long Island, donde ya se había preparado un ataúd en el panteón de la catedral de Garden City. El sacerdote y el mensajero depositaron los restos y luego el ataúd fue enterrado en un lugar inaccesible debajo de la cúpula de la catedral. Ahí quedó hasta el día de hoy. Durante muchos años se protegió el ataúd con un muelle oculto que, si se tocaba, accionaba unas campanas de la iglesia y daba la voz de alarma en todo el pueblo.

Capítulo once

LOS WHYOS

1

La banda de gánsteres más famosa de Nueva York después de la Guerra Civil fue la de los Whyos. Eran toda una colección de ladrones y asesinos incomparables. Igual de violentos, por lo menos, que los piratas de río del distrito Cuarto. Se desconoce el origen de su nombre, pero se cree que surgió de un peculiar saludo entre los gánsteres. La banda era una prolongación natural de los Chichesters del antiguo Five Points, los supervivientes a los Dead Rabbits, Plug Uglies, Shirt Tails y otros grupos del distrito de Paradise Square. El punto de encuentro de los Whyos era Mulberry Bend, ligeramente al norte y al este de Five Points, aunque en verano la mayoría se paseaban por un cementerio de las calles Park y Mott. Los Whyos habían tomado la calle Baxter, la antigua calle Orange de Five Points que posteriormente se hizo famosa por sus tiendas de ropa de segunda mano y los reclamos para que los peatones entraran en las tiendas. Fue en la calle Baxter donde nació Harris Cohen, propietario de un gran almacén. Logró tanto éxito y tan rápido que al menos otros doce comerciantes judíos con el mismo nombre bautizaron así sus tiendas. En poco tiempo, todos los comercios de la manzana eran supuestamente de Harris Cohen. Uno de los Cohen tenía una jaula con gorriones en su ventana, ya que por suerte no paraban de piolar algo parecido al «barato, barato»^[h]. El dinero que le costaba alimentarlos era su único gasto en publicidad.



Ladrones de banco famosos. De izq. a der. y de arriba a abajo: Big Frank McCoy, Johnny Dobbs, Eddie Goodie, Sheeny Mike Kurtz, Billy el Niño, Banjo Pete Emerson, Worcester Sam Perris y Max Shinburn



Miembros famosos de la banda Whyos. De izq. a der. y de arriba a abajo: Red Rocks Farrell, Googy Corcoran, Slops Connolly, Piker Ryan, Bull Hurley, Dorsey Doyle, Mike Lloyd, Big Josh Hines y Babbon Connolly

Aunque la calle Baxter y las callejuelas de Mulberry Bend eran territorio de los Whyos, estos ampliaron sus operaciones en toda la ciudad. Algunos de sus asaltos más célebres los hicieron en el West Side y en distrito Greenwich Village. Libraron muchas batallas con otras bandas y con la policía, y al final acabaron desapareciendo en los años noventa. Los últimos turgurios de estos eminentes canallas fueron un antro italiano entre las calles Worth y Mulberry, y una taberna de Bowery llamada La morgue. El dueño del local alardeaba de que sus bebidas eran aptas como refresco y como líquido de embalsamamiento. Fue en La morgue donde los Whyos libraron su última reyerta, que empezó cuando los ingleses Charley y Denver Hop se pelearon por el reparto de un botín y sacaron sus pistolas. Todos sufrieron el impacto de los disparos pero, como estaban borrachos, nadie salió herido. El propietario de La morgue aseguró que eran unos cretinos si creían que iban a matar a alguien después de haber bebido sus cócteles.

Los Whyos fueron muy famosos durante los años ochenta y noventa, cuando entre sus filas se contaban hombres como Hoggy Walsh, Fig McGerald, Bull Hurley, Googy Corcoran, Baboon Connolly y Red Rocks Farell. Estos héroes no solo eran gánsteres y alborotadores de primera clase, sino que la mayoría eran también rateros expertos, ladrones y carteristas. Muchos regentaban turgurios, casas de juego o prostíbulos. Big Josh Hines se hizo famoso porque introdujo el *stuss*, un juego de mesa que posteriormente se convertiría en una importante fuente de ingresos para las bandas italianas y judías. El *stuss*^[4] hizo su aparición en Nueva York a mediados de los años ochenta, y empezó a popularizarse al este de Bowery desde la plaza Chatham a la calle Catorce, así como al oeste de Broadway.

Cada noche, Big Josh recorría todos los antros armado con dos revólveres, pidiendo como tributo un porcentaje de las ganancias a los dueños de los locales de *stuss*. Si alguno de ellos se quejaba, Big Josh respondía indignado que él estaba siendo muy generoso, y que nadie le podía reprochar que se estaba quedando con todas las ganancias.

«Estos tipos deben de estar locos —le confesó en una ocasión a un detective de la policía—. ¿Verdad que siempre les dejo algo? ¡Todo lo que quiero es mi parte!».

En sus años de gloria, corrían rumores de que los cabecillas de los Whyos no aceptaban a nadie como miembro de la banda hasta que no cometía un asesinato, o hasta que, al menos, hubiera hecho un esfuerzo considerable para alistarse en las filas del mundo de los bajos fondos. Probablemente este rumor arranca de un comentario por parte de Mike McGloin, uno de los primeros de los Whyos que fue ahorcado en el Tombs el 8 de marzo de 1883. Había asesinado a Louis Hanier, un tabernero de la calle Veintiséis Oeste. Hanier protestó cuando McGloin quiso robarle la caja de cobros, y el indignado gánster le mató sin reparos valiéndose de una honda. McGloin dijo después del asesinato: «Uno no es hombre hasta que mata a alguien». Luego los Whyos se ciñeron a estas palabras como dogma de fe. Muchos de ellos aceptaron gustosamente el asesinato, las porras y el jaleo, y así lo anunciaban con listas de

personas a quienes tenían la intención de herir o matar.

El pionero en estas prácticas de procurarse clientes fue Piker Ryan, quien según parece fue un canalla excepcional. Cuando al final fue detenido por uno de sus muchos delitos, la policía encontró la siguiente lista en su bolsillo:

	\$
Paliza	2
Ojos morados	4
Romper nariz y mandíbula	10
Paliza con porra	15
Arrancar oreja	15
Romper brazo o pierna	19
Disparo en la pierna	25
Apuñalar	25
Acabar con todo	100 o más

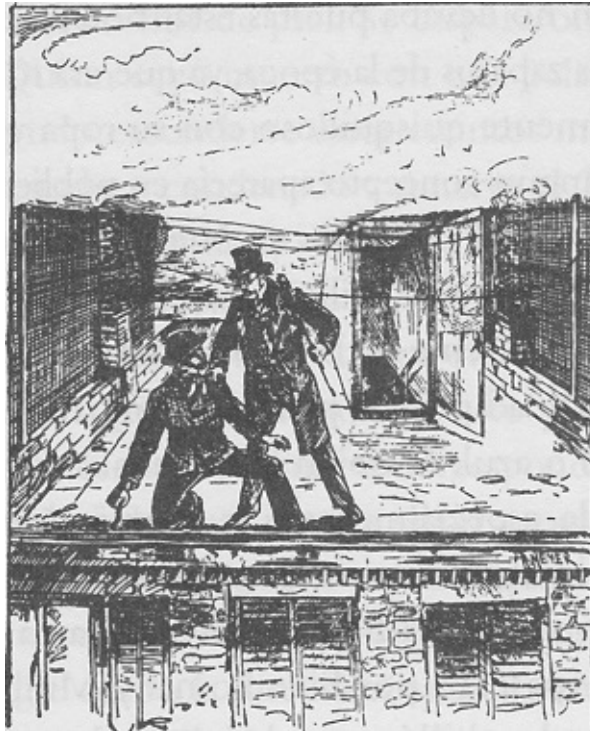
Ryan sacaba el máximo provecho de sus actividades, como quedó patente en un cuaderno que la policía encontró con listados similares. En una página escribió: «Trabajos», y debajo de este encabezamiento había una lista de doce nombres. Algunos ya estaban tachados, lo cual indicaba que el trabajo estaba acabado para mayor satisfacción del cliente que se lo encargó.

Los líderes indiscutibles de los Whyos fueron Danny Lyons y Danny Driscoll, quienes ejercían un dominio completo sobre la banda. A su debido tiempo, los dos fueron ahorcados en el Tombs en un lapso de ocho meses. En 1887, Driscoll y John McCarthy se involucraron en una pelea por una chica de Five Points llamada Beezy Garrity, pero con la furia de los revólveres la joven recibió un disparo y murió. Driscoll fue condenado por asesinato y lo ahorcaron el 23 de enero de 1888. Lyons fue probablemente el gánster más violento de su época, un rival a la altura del Mose de Bowery o de Monk Eastman. También fue uno de los grandes líderes que se nutrió de los consejos femeninos. Solía consultar con sus chicas, *Lizzy la Paloma*, *Gentle Maggie* y *Bunty Kate*. Todas ellas hacían gustosamente la calle por él y le entregaban sus ingresos. Pero Lyons no estaba satisfecho de la forma en que lo mantenían, y añadió a otra chica a su grupo, *Kitty McGown la Guapa*. La muchacha dejó a su amante, Joseph Quinn, a quien le juró su eterna enemistad, y durante varios meses Lyons y Quinn se disparaban en cuanto podían. Los dos lo celebraron el 4 de julio de 1887 emborrachándose, y cuando se vieron las caras al día siguiente en Five Points su talante asesino estaba a flor de piel. Se dispararon en la plaza Paradise, y Quinn cayó muerto con una bala en el corazón. Lyons pudo esconderse unos cuantos meses, pero al final fue arrestado y condenado a muerte el 21 de agosto de 1888. *Bunty Kate* y *Kitty* se lavaron las manos y se procuraron otros amantes, pero *Gentle Maggie* y

Lizzy la Paloma suscitaron muchos comentarios en el mundo de los bajos fondos, ya que se vistieron de luto y se negaron a seguir con su profesión durante el correspondiente período de viudez. No obstante, a veces salían a tomar un refresco y una noche se encontraron en un tugurio de Bowery, donde discutieron sobre quién era la chica favorita de Lyons. Gentle Maggie acabó la discusión apuñalando a Lizzy en el cuello con un cuchillo de queso, y Lizzy murió. Sus últimas palabras fueron que se las vería de nuevo con Maggie en el infierno y que allí le sacaría los ojos.

Otro de los tipos destacados de la banda de los Whyos, antes de Driscoll y Lyons, fue Johnny Dolan. No solo era un camorrista notable, sino un noble ladrón y ratero de talento inusual. Nada le resultaba demasiado grande ni trivial para robar. Sus colegas lo consideraban casi un genio, porque había mejorado la técnica de arrancar los ojos. Se dice que inventó un instrumento de cobre colocado en el dedo para efectuar tan importante labor con efectividad y pulcritud. Los Whyos utilizaban el invento con soltura cuando luchaban contra otras bandas. Dolan también se hizo incrustar unos filos de hacha en la suela de sus botas de guerra, de modo que podía patear a su adversario con resultados más sangrientos de los habituales. Pero normalmente, Dolan no llevaba puestas estas botas. Se embotaba los más bellos zapatos de la época, ya que era todo un dandi. Era sumamente quisquilloso con su ropa y su aspecto físico. Bajo ningún concepto aparecía en público, ni siquiera cuando un asalto prometía un buen botín, hasta que se peinaba bien el pelo con brillantina, o hasta que los mechones le caían en la frente de la forma en que él quería. Sentía cierta debilidad por los pañuelos con ribetes chillones de color rojo o azul. También le gustaban los bastones de madera tallada, especialmente si la empuñadura representaba a un animal. Tenía una buena colección de ellos, y siempre que podía añadía más bastones a su lista. Normalmente, se paseaba por Five Points y Mulberry Bend con un pañuelo chillón anudado en el cuello y otros muchos que le salían de los bolsillos, mientras empuñaba con garbo uno de sus elegantes bastones.

Su pasión por estos adornos le costó la vida. James H. Noe, un fabricante de cepillos, decidió ampliar su negocio en verano de 1875, y empezó a construir una nueva fábrica en el número 275 de la calle Greenwich. Tenía como costumbre recorrer el solar cada domingo por la mañana y observar el avance de las obras. El domingo 22 de agosto de 1875, entró en su propiedad como era habitual, y subió por unas escaleras improvisadas hasta el tejado. Allí se encontró a Dolan con un «sacajo» en su dedo pulgar y un pañuelo azul anudado en el cuello. Estaba arrancando el plomo de un canalón. El señor Noe le obligó a bajar, pero cuando llegaron a la planta principal, Dolan pegó al empresario con una vara de metal. Hirió a su víctima de tal modo que Noe murió al cabo de una semana. Como el empresario estaba inconsciente Johnny procedió a robarle, y le sacó una pequeña cantidad de dinero, un reloj y una cadena de oro. También se llevó el bastón de Noe, cuya empuñadura de metal estaba tallada en forma de mono.



El dandi Johnny Dolan es sorprendido por el señor Noe

Luego Dolan, tontamente, anudó su pañuelo en el cuello de Noe. Según cuenta la leyenda, Dolan apareció en el tugurio de los Whyos en Mulberry Bend con uno de los ojos de Noe en el bolsillo, pero tal vez sea una historia inventada.

El detective Joseph M. Dorcy se puso a trabajar en el caso y, en cuestión de días, descubrió que el reloj y la cadena se habían empeñado en una pequeña tienda de la calle Chatham, la actual Park Row. Al cabo de un tiempo, dos mujeres que hacían la calle para Johnny, pero que habían sido despedidas en favor de unas chicas más guapas y jóvenes, reconocieron el pañuelo de Dolan. El detective también recibió la noticia de que Dolan se había paseado orgullosamente por los antros de Bend y Five Points con el bastón del mango de mono. Fue arrestado de inmediato y en el juicio se le identificó como el hombre que empeñó el reloj y la cadena. El 21 de abril de 1876, Dolan fue ahorcado en el solar del Tombs. Su captor, el astuto detective Dorcy, se convirtió en uno de los sabuesos más célebres de su época. Otra de sus hazañas fue la detención del sacerdote Leon L. J. Bernard, quien hizo un desfalco de un millón cuatrocientos mil dólares a la Sede de Tournai, Bélgica. Dorcy persiguió al reverendo sinvergüenza hasta Veracruz, y no solo lo arrestó, sino que recuperó todo el dinero robado.

Durante la época en que los Whyos se estaban haciendo famosos, los gánsteres de la banda Hartley Mob, quienes solían reunirse en los antros cerca de Broadway y la calle Houston, ya estaban en boca de muchos. El motivo era que utilizaban un coche fúnebre y otros carruajes para transportar sus botines por las calles. Los vehículos parecían un auténtico cortejo fúnebre, pero los artículos robados iban escondidos detrás de las cortinas negras del coche y en los suelos. Además, los gánsteres iban armados hasta los dientes y vestidos de negro. Los cabecillas de Hartley Mob también empleaban el coche fúnebre para ocultar a algunos de sus hombres. En una ocasión, hasta veinte miembros de la banda se escondieron en el coche para vengarse de un insulto de un gánster de Five Points. Estos últimos se congregaron en masa en la calle Mulberry para contrarrestar el ataque. Pero los de Five Points se abrieron para permitir la entrada del cortejo fúnebre: cuál fue su sorpresa cuando los canallas de Hartley Mob salieron de los vehículos y arremetieron contra ellos. Los Hartley Mob contaban con algunos de los ladrones más expertos, pero la policía acabó con ellos en pocos años porque sus líderes nunca fueron capaces de establecer relaciones políticas.

La banda Melaza, capitaneada por Jimmy Dunnigan, Billy Morgan y Mahoney *el Ciego*, fue también una banda contemporánea de los Whyos. Sus miembros eran principalmente rateros baratos y atracadores de comercios, aunque Dunnigan y Mahoney *el Ciego* destacaron también como carteristas. Dunnigan tenía como costumbre, junto con otros miembros de la banda, entrar en un colmado y pedir al tendero que llenara su sombrero de melaza, preferiblemente sorgo, y luego le explicaba que había apostado con un amigo cuánta melaza cabría en su cabeza. Cuando el sombrero estaba lleno, Dunnigan arrojaba su contenido sobre la cabeza del tendero hasta taparle los ojos, de modo que quedara casi ciego por la melaza. Mientras el pobre tendero luchaba contra la sustancia, el gánster procedía a robarle la caja, pillaba todo lo que podía y se iba.

Con Sheeney Mike, Freddie *el Pequeño* y Johnny Irving al mando, la banda Dutch Mob operó con gran éxito desde Houston a la calle Quinta. Pero en 1877, el jefe de policía Anthony J. Allaire asumió el mando de la prefectura Dieciocho y los sacó del distrito. La zona en torno a las calles Once y Trece, así como la Primera avenida y la avenida A, era un continuo tumulto por culpa de los Mackerelville Crowd. Más hacia el norte, los Battle Row dominaron el distrito desde el río East al Hudson en los años sesenta. La calle Battle Row original estaba situada en la Sesenta y tres, entre la Primera y la Segunda avenidas, pero después el nombre también pasó a designar una manzana en la calle Treinta y nueve Oeste, entre las avenidas Diez y Once. La banda Battle Rag fue una de las más notables de los grupos de nueva hornada que se fueron creando en Bowery. En el West Side surgió la Hell's Kitchen original en 1868 y pronto se convirtió en toda una trepa de los rufianes más violentos de la ciudad.

El nombre Hell's Kitchen se aplicó por primera vez a un tugurio cerca de Corlear's Hook, en el East Side al norte de la calle Grand. Poco después de la Guerra

Civil pasó a designar una zona bastante extensa al norte y al sur de la calle Treinta y cuatro Oeste, al Oeste de la Octava avenida. Bajo las órdenes del cabecilla Heinrichs *el Holandés*, la banda merodeaba por Hell's Kitchen pidiendo su impuesto revolucionario a los comerciantes y empresarios de la zona. También rompían ventanas a plena luz del día. Robaban y pegaban a los extranjeros, y tenían al distrito entero sumido en un estado crónico de terror. Gran parte de sus robos se cometieron en los solares de la antigua calle Trece y en los depósitos de las líneas ferroviarias del Hudson. Heinrichs estuvo en prisión durante cinco años después de que él y dos de sus hombres atacaran al jefe de policía John H. McCullagh, por aquel entonces un simple agente que se adentró en Hell's Kitchen para investigar el hurto de dos tinas de jamón de un coche de mercancías. McCullagh luchó contra los tres canallas durante más de media hora, y finalmente los dejó inconscientes con su porra. Luego les ató las manos por detrás de la espalda con sus propios cinturones, los subió a un carro y se los llevó a la comisaría de policía de la calle Treinta y cinco Oeste. La banda de Hell's Kitchen absorbió con el tiempo a la banda de la Décima avenida, cuya hazaña más notable fue el robo de un tren rápido de la línea Hudson. Dirigidos por Ike Marsh, entraron trepando al tren, en Spuyten Duyvil, al extremo norte de la isla de Manhattan. Una vez dentro, ataron y amordazaron al conductor y luego arrojaron del tren una caja acorazada que contenía muchos billetes verdes y bonos del estado.



El inspector Alexander S. Williams

El distrito colindante a Broadway y la calle Houston, aparte de ser el lugar favorito de los atracadores, los ladrones de banco, los estafadores y toda una serie de

delincuentes, también estaba plagado de bandas pequeñas. Pero entre sus miembros se contaban algunos de los tipos más duros de la época. Varios policías que intentaron acabar con ellos resultaron muertos o malheridos. No se avanzó mucho en este sentido hasta la llegada del agente Alexander S. Williams, destinado a convertirse en el inspector de la zona y en uno de los policías más famosos de Nueva York. Williams era un hombre muy corpulento e imponente, con una voz profunda reforzada por sus años de experiencia en un barco como carpintero. Dos días después de recibir su traslado a Houston, eligió a los dos hombres más duros del vecindario. Los provocó y les atizó una respetable paliza con solo su porra. Luego los cogió por el pescuezo y, uno tras otro, los lanzó por la ventana de la taberna Florence, desde donde lo habían provocado de nuevo. Cinco de sus colegas acudieron al rescate, pero Williams no se amedrentó y los esquivó con su porra. A partir de ese día, sus peleas con los gánsteres fueron casi continuas. Su destreza con la porra era extraordinaria, y la fama de sus golpes maestros le mereció el apodo de Williams *el Aporreador*, un nombre que conservaría hasta el fin de su carrera.

Williams fue nombrado jefe de policía en septiembre de 1871, y se le asignó el mando de la prefectura Veinticinco, cuya comisaría central estaba situada en la calle Treinta y cinco Este, entre las avenidas Dos y Tres. Ese era el distrito Gas House original y una de las zonas más turbulentas de la ciudad precisamente porque la banda de gánsteres Gas Housers estaba en pleno apogeo. Apenas pasaba una noche en la que los gánsteres no saquearan casas, almacenes o lucharan entre ellos en las calles o en sus antros. La policía se veía incapaz de detenerlos. Pero Williams invocó al evangelio de su porra y organizó una brigada de mano dura que patrullaba la zona y atizaba a los gánsteres sin miramientos ni provocación alguna. Pronto se restableció una relativa paz en el distrito mientras duró la gestión de Williams. En realidad, los gánsteres se acobardaron tanto que, tres meses después de asumir el cargo, Williams hizo una demostración para el público y los periodistas que se habían quejado del uso indiscriminado de su porra: mientras un pequeño grupo de gente observaba, él colgó su reloj y su cadena en una farola de la tercera Avenida. Los asistentes se fueron a dar un paseo y, al volver, no daban crédito a sus ojos, pues el reloj y la cadena seguían en su sitio. Tras algunos años en esta prefectura, así como en la Octava y en la Cuarta, Williams recibió la orden de trasladarse a la Veintinueve (el distrito *meollo*). Dimitió de su cargo en 1879 para trabajar de superintendente en la «Brigada de Limpieza de Calles», pero, al cabo de dos años, volvió al departamento de policía y le asignaron de nuevo el distrito *meollo*, donde permaneció seis años. Fue demandado en dieciocho ocasiones, pero el Consejo de Policía siempre lo absolvía. A lo largo de su carrera no dejó nunca de fiarse de su porra, y cuando alguien se quejaba de su uso, él se justificaba con su famoso comentario: «Hay más ley en la punta de la porra de un policía que en una decisión del Tribunal Supremo».

En todo el sur del West Side, en la zona donde ahora viven turcos, sirios y armenios, se organizaron varias bandas de gánsteres que pronto se convirtieron en los

amos y señores del distrito. Recibían la protección de los políticos, como ya era habitual. La banda Stable, con unos cincuenta miembros, tenía su sede central en un viejo granero de la calle Washington, y se dedicaba casi por completo a robar a inmigrantes. La banda Silver también se reunía en la calle Washington, pero se ocupaba de robos más complejos. La banda más violenta y temida de esa zona eran los Optases, unos tipos que rondaban por la fábrica Babbitt de jabones situada en la calle Washington. Eran muy violentos y, con Red Shay Meehan a la cabeza, dominaban a otras bandas y se quedaban las mayores tajadas de los «trabajos». En un enjambre de viviendas hacinadas en las calles Greenwich, Washington, Spring y Canal, vivían unas seis bandas más. Entre ellas estaba la Boodle, unos tipos que atracaban los comercios del mercado central y cualquier coche o vagón de tren que se adentrara en su territorio. Los asaltos de estos gánsteres eran parecidos a los bandidos que atracaban carnicerías o a los vehículos de transporte de carne, y que hicieron su aparición a finales de los años cincuenta. Al principio, estos canallas se dedicaban a los coches de mercancías de carne y a las carnicerías: unos doce tipos se dirigían a un comercio, entraban y cogían carcasas de ternera, o todas las chuletas y paletillas que podían. Luego las metían en su coche y huían a toda velocidad. A mediados de la década de los ochenta, las bandas volvieron a fijarse en el distrito financiero de la ciudad y empezaron a robar a los mensajeros que transportaban dinero y efectos bancarios de una entidad a otra. El primer robo cuantioso de este tipo ocurrió el 19 de enero de 1866, cuando a Samuel Terry le robaron una saca con catorce mil dólares en cheques y efectivo que transportaba del banco Farmers & Citizens, de Williamsburg, al banco Park National de Nueva York. Mientras Terry cruzaba la calle Beekman cerca de Park Row, dos hombres salieron de un carro de carnicero y se le acercaron. Uno atacó a Terry con una honda, mientras el otro le arrebató la saca. Los asaltantes entraron en el vehículo y fustigaron a los caballos para emprender la huida. Últimamente los bandidos han utilizado mucho esta estrategia en los atracos a automóviles. También recurren a ella los atracadores especializados en robos de alcohol.

3

La época en que los Whyos y sus bandas contemporáneas empezaron a disparar, a apuñalar y a robar —como cabe esperar de los hijos que nacen y crecen en ambientes malsanos como los de Brewery, Cow Bay o Gotham Court—, vio también el resurgimiento de muchas bandas juveniles. De estas pandillas se nutrieron luego las grandes bandas de los años noventa y de principios del siglo xx. Antes de la Guerra Civil, tanto las bandas juveniles como las adultas quedaban confinadas a la zona de Five Points, el distrito Bowery y el Cuarto, simplemente porque estas eran las zonas

más pobres de la ciudad. Pero, a medida que iban ampliándose los barrios bajos, se multiplicó el número y el tipo de gánsteres, así como su influencia. En el año 1870, gran parte de las calles de Nueva York estaban plagadas de bandas de merodeadores. Eran jóvenes de ambos sexos que ya estaban cultivando su instinto delincuente intrínseco en todo ser humano. Mientras esas bandas elegían a sus líderes titulares entre sus propias filas, la mayoría de ellos pertenecían al mismo tiempo a bandas adultas de ladrones profesionales, y enseñaban a los jóvenes a robar carteras, bolsos y todo lo que pudieran. Se hacían pasar por limpiabotas, por vendedores de flores o de periódicos. Vivían en el puerto, en los sótanos de tugurios en callejuelas olvidadas. Y como sus patronos no podían alimentarles, comían lo que encontraban en los cubos de basura.

Cuando el reverendo L. M. Pease se mudó a Five Points en 1850 para abrir una misión, se encontró con que todos los grandes ladrones y gánsteres de Paradise Square tenían su réplica en bandas juveniles. Estas eran, por ejemplo, los Pequeños Cuarenta Ladrones, Los pequeños Dead Rabbits y Los pequeños Plug Uglies. Sus jóvenes miembros imitaban a sus mayores en palabras y hechos, y tanto como podían en su aspecto. En el distrito Cuarto, a lo largo de todo el paseo marítimo, estaban los Pequeños Daybreak Boys, un grupo de chavales de entre ocho y doce años casi tan violentos y asesinos como sus homólogos adultos a quienes trataban de imitar. Algunos incluso acompañaban a los Daybreak Boys en varios asaltos. En estos casos, hacían de reclamo o de vigías; o bien entraban en los barcos por las trampillas y luego tiraban cuerdas desde cubierta por donde subían los gánsteres adultos. Pero también organizaban y ejecutaban muchas incursiones propias, y la policía creía incluso que habían cometido algún asesinato. Una de sus mayores hazañas la protagonizaron en el puerto, cerca de Battery. Seis de estos pequeños delincuentes se embarcaron en un bote de remos y asaltaron a tres chicos que navegaban con un balandro de recreo. Los pobres recibieron una paliza y les robaron todo lo que tenían. Luego los tiraron al agua, mientras los jóvenes piratas ponían rumbo hacia el norte del río East. Una vez en tierra vendieron el balandro a un chatarrero por un puñado de dólares. Afortunadamente, las víctimas sabían nadar y llegaron a Battery sin problemas. Muchos de los líderes más célebres de los Daybreak Boys, incluidos Saul y Howlett, se graduaron en las filas de estos pequeños granujas.

Algunas de las primeras bandas juveniles eran lideradas por chicas, en especial Los pequeños cuarenta ladrones. Sus miembros juraron lealtad a Wild Maggie Carson, una joven arpía que se bañó por primera vez a los nueve años y que no consiguieron domar hasta los doce, cuando el reverendo Pease le enseñó el arte y el deleite de coser botones en camisas. Pasó a ser una ferviente costurera del mismo modo en que había sido una violenta camorrista y rompecuellos. A la edad de quince años, fue adoptada en el seno de una buena familia y se casó con un hombre decente. Pero no todos los jóvenes de estas bandas juveniles acabaron sus días con un final feliz. Jack Mahaney, contemporáneo de Maggie y dueño y señor de una banda, se

convirtió en uno de los delincuentes más notables de América. Se escapó dos veces de Sing Sing, así como de la prisión Tombs y de todas las grandes prisiones del Este. En varias ocasiones, también llegó a saltar de trenes rápidos, aunque nunca salía herido.

Mahaney nació en la ciudad de Nueva York en 1844, en el seno de una familia acomodada. Su padre murió cuando él era un niño, y su madre lo envió a estudiar a un internado. Naturalmente, su talante irresponsable y travieso pronto le causó problemas. Después de recibir varios castigos en el internado, escapó. Cuando la policía lo encontró ya se había alistado en una banda de atracadores de puerto, de modo que lo encerraron en un reformatorio. No solo se escapó de esa institución, sino que se llevó a otros diez chicos con él y huyeron a Five Points, donde cayó en manos de un famoso ratero italiano llamado Dave. Este tenía bajo control a unos treinta o cuarenta chicos en edades comprendidas entre los nueve y los quince años. Vivían hacinados en un edificio raquítico de Paradise Square donde les enseñaban a robar. Contaban incluso con maniqués imitando a hombres y mujeres bien vestidos, con el fin de que los muchachos aprendieran las tácticas de robo y carterismo. También se les enseñaba el arte de pedir por la calle y a robar los artículos de las tiendas en los escaparates y las cajas dispuestas en el exterior.

Dondequiera que estuvieran, el torpe Dave se vestía de policía con todo rigor y les atizaba con una porra.

Cuando los chicos acababan su entrenamiento de campo, Dave los mandaba a las calles para practicar, o bien se los alquilaba a rateros profesionales para que trabajaran de vigías. A veces el ladrón pagaba una cantidad fija por los servicios de los niños durante un período determinado, y todo lo que robasen le pertenecía a él. No obstante, el ladrón profesional debía dar a los niños comida y alojamiento, y la verdad es que siempre era una empresa arriesgada. Mahaney era un carterista y ratero tan habilidoso que se convirtió en el favorito de Dave. El chico solía acompañar a su maestro en expediciones de ronda. A veces, vaciaba los bolsillos de un borracho que Dave le indicaba, o le arrebatava el bolso a una mujer despistada. O bien distraía a un hombre bien vestido para que Dave le diera con la honda. Luego Dave se retiraba y dejaba que el chico desplumara los bolsillos de la víctima. De mayor, Mahaney rompió su relación con el italiano y se unió a una banda de Five Points. Años después, organizó su propia banda de bandidos de coches de carnicero y con el tiempo se convirtió en ladrón, en estafador y en todo lo que un buen gánster debe saber.



Jack Mahaney escapa de un tren

Diez años después de la Guerra Civil, las condiciones sociales en toda la zona media y sur de la ciudad eran peores incluso que las que en su día vivieron Five Points y el distrito Cuarto. Con el visto bueno de funcionarios y políticos corruptos, los contratistas de obras no tardaron en construir casuchas endebles y baratas en los distritos congestionados para albergar la oleada de inmigrantes, de modo que estas construcciones degeneraron rápidamente en barracas. El distrito Décimo, al norte de la plaza Chatham y de la calle Division, era especialmente sórdido. Abarcaba gran parte del territorio que ahora se conoce como East Side. Las condiciones en este distrito eran especialmente precarias en la calle Hester y en la manzana en torno a las calles Stanton, Willett y Houston, que reunían una doble fila de viviendas conocidas como La guarida de los ladrones. Pero estas barracas eran palacios comparados con lugares como Rotten Row en la calle Laurens, Poverty Lane y Misery Row en las avenidas Nueve y Diez o Dutch Hill, una agrupación de chabolas en la calle Cuarenta cerca del río East. Toda una avalancha de bandas juveniles surgió de estos poblados. La banda de la calle Diecinueve, un grupo de jóvenes especialmente viciosos con quienes la policía no se molestaba en luchar, estaba compuesta de chicos que vivían en Poverty Lane y Misery Row. Las viviendas situadas entre la Segunda avenida y la calle Treinta y cuatro Este, habitadas principalmente por irlandeses católicos, formaron a un joven líder de bandas juveniles llamado Mike *el Pequeño*. Mike dirigió muchas campañas contra las misiones protestantes y las escuelas que se abrían de vez en cuando. Le encantaba interrumpir las clases y los servicios religiosos arrojando piedras a las ventanas. Después, asomaba la cabeza en la iglesia y gritaba: «¡Idos al

infierno, protestantes!». Unas cuantas bandas de jóvenes vagabundos y rateros hacían la vida difícil a los comerciantes ricos del West Side sur, así como a los de las calles Greenwich, Washington y la antigua iglesia Trinity.

En Worth, Mott, Mulberry, Baxter y otras calles de Bowery y Five Points, se abrieron unas tabernas donde servían solo a los chicos de la calle. Les vendían un *whisky* horroroso a tres centavos la copa. También les ofrecían jovencitas. Para conseguir los favores de una de estas niñas, dos chicos de la banda Mackerelville se batieron en duelo con cuchillos en el City Hall Park. Los acompañó todo un grupo de muchachos armados con bastones, porras y piedras. Uno de los niños resultó muerto, y el asunto acabó en una batalla campal en la que se vieron implicados más de cincuenta gánsteres jóvenes. En varias partes de la ciudad había salones de juego donde los niños malgastaban el poco dinero que tenían apostando al *faro*. Los dueños de los bares ilegales y prostíbulos los empleaban como reclamos, mientras que las ramerías independientes les sugerían distribuir unas tarjetas impresas y hacer de guías para los hombres en busca de un encuentro amoroso. Cientos de niños y niñas vagaban por las calles tocando como podían unos violines chirriantes, arpas y otros instrumentos musicales. Se ganaban unos peniques que luego daban a sus patronos. La mayoría de estos niños trovadores vivía en las chabolas de Mulberry Bend, donde poco después de la Guerra Civil se instaló una numerosa colonia de italianos que ya superaba a los irlandeses. En muchos casos, los padres pactaban con los gánsteres desde Italia y los niños se veían obligados a cumplir servicios en virtud de esos contratos.

Uno de los primeros grupos de terroristas juveniles más célebre fue La banda del túnel de la Cuarta avenida. Solían reunirse en los túneles donde aparcaban los carruajes de la Cuarta avenida, actualmente al sur de la calle Park. Corrieron rumores de que Richard Croker, miembro del Tammany Hall, fue el líder de esta banda. Posteriormente, antes de que acabara siguiendo el curso natural de la vida política, Croker fue un boxeador que ganó algún que otro encuentro. Otra banda juvenil era la Baxter Street Dudes, y apareció en los años setenta bajo el liderazgo de un joven con cara angelical llamado Willie *Cara de Niño*. Los Dudes tenían su propia sala de juegos, ubicada en el sótano de una cervecería llamada Grand Duke Theater, situada en el número 21 de la calle Baxter. Allí escribieron y representaban varios números musicales y teatrales a cambio de una entrada. Todo lo que necesitaban para los escenarios lo robaban de los teatros más grandes de Bowery, o bien de los comerciantes de telas. Este teatro se convirtió en el local preferido de los adolescentes, de modo que los Dudes hicieron un bonito negocio ya que dividían las ganancias a prorrata. La entrada costaba diez centavos. Ocurrió que otras bandas juveniles de Five Points y Mulberry Bend envidiaron su éxito y empezaron a bombardear el teatro con piedras cada vez que había una representación, de modo que apenas pasaba una noche sin una pelea. Al final, la policía cerró el teatro, en parte porque sus jóvenes fundadores se negaron a pagar los impuestos correspondientes.

Durante el reinado de Monk Eastman como monarca de los gánsteres, la banda juvenil más eficaz era una panda de carteristas dominada por Crazy Butch. Este era uno de los secuaces de Eastman, que al final acabó asesinado por Harry *el Soldado* durante una pelea por una mujer, una experta ladrona de tiendas conocida como Darby *la Niña*. Crazy Butch acabó en la calle a la tierna edad de ocho años y, después de pasar dos trabajando como limpiabotas y vendedor de periódicos, abandonó tan arduas labores y se dedicó a robar carteras. Cuando tenía trece años robó un perro, le puso el nombre de *Rabino*, y con el tiempo le enseñó a arrebatarse el bolso a una señora despistada y a correr por las calles hasta que le perdían de vista. Luego el animal se reunía con Crazy Butch en las calles Willett y Stanton y le entregaba el botín moviendo su cola con orgullo. Casi con veinte años, Crazy Butch asumió el mando de una banda juvenil de East Side, y en cuestión de meses ya contaba con una flotilla de veinte o treinta niños merodeando por las calles tirando de bolsos y manguitos. Salían de su territorio durante sus expediciones diarias. Crazy Butch iba lentamente en bicicleta por la calle mientras sus chicos le cubrían en cada acera. Crazy tropezaba con un peatón, preferiblemente una anciana, se apeaba de la bicicleta y luego tiraba al suelo a la señora, lo que rápidamente atraía a un grupo de curiosos. Aprovechándose de la multitud, los chicos se mezclaban entre la gente e introducían sus habilidosos dedos en los bolsillos y las carteras de los más incautos. Cuando ya habían desplumado a la mayoría, o cuando pasaba un policía, los chicos se marchaban. Crazy Butch se disculpaba de inmediato ante la víctima por su insensata conducción y se iba con la bicicleta hasta su antro, donde recogía las ganancias de los chicos y les obsequiaba con unos cuantos centavos.

El talante de estas bandas juveniles fue cambiando por la actividad, cada vez mayor, de las instituciones benéficas. Las mejores condiciones de vivienda, la mayor eficacia de la policía y, especialmente, las reformas en el sistema educativo, permitieron la supervisión de los niños en estos distritos de chabolas. Es muy probable que actualmente existan muchísimas bandas juveniles en Nueva York, ya que organizarse en grupos y luchar entre ellos es parte del espíritu joven. Pero en general, estas bandas no son de delincuentes. Hasta hace poco, las vísperas de elecciones eran una buena fuente de peleas entre bandas juveniles, especialmente cuando encendían las tradicionales hogueras. Cuando un grupo se quedaba sin madera, trataba de robar los montones de troncos ardiendo de otra banda. Estas reyertas solían acabar en un cierto grado de enemistad mutua, y a la noche de elecciones le seguían varias semanas de peleas continuas. En muchas partes de la ciudad, especialmente en los distritos de Harlem y al norte del East Side, los muchachos peleaban con espadas de madera y utilizaban tapas de calderas de lavabo como escudo. Evidentemente, a medida que peleaban se iban entusiasmando y al final recurrían a las piedras y a los ladrillos, lo que acababa con algunas cabezas abiertas y muchas ventanas rotas.

Capítulo doce

REINOS DE BANDAS

1

Había dos facciones demócratas en Nueva York cuando se inauguró la campaña electoral para la alcaldía de 1886: Tammany Hall y la New York County Democracy. Esta última fue creada en 1880 por Abram S. Hewitt y otros demócratas destacados que rechazaban la corrupción de los líderes de Tammany. Hewitt fue elegido para presentarse a alcalde en el partido County Democracy, y los republicanos nominaron a Theodore Roosevelt. El partido Union Labor, de reciente formación y con cierto poder, eligió a Henry George. Bajo las órdenes de Richard Croker, un político sumamente astuto que gobernó en la metrópolis durante muchos años, Tammany Hall apoyó la candidatura de Hewitt, quien salió elegido por mayoría con una diferencia de veintidós mil votos respecto a George y de treinta mil respecto a Roosevelt. Pero el nuevo alcalde, a pesar de que debía su triunfo a Tammany, mostró de pronto una sorprendente honestidad. Apenas hubo jurado su cargo, empezó a barrer el vicio de la ciudad. Cerró el local de Billy McGlory, el Black and Tan, el de Harry Hill, el American Mabilie y otros tugurios al sur de la ciudad, así como Haymarket, el French Madame y los antros que formaban la Plaza de Satán en la Sexta avenida y que convertían el distrito en una destacada zona de vicio y disipación. También ordenó redadas en muchos salones lujosos de juego que funcionaban bajo la protección especial de la policía y los políticos. Del mismo modo que lanzó intensas campañas contra los gánsteres y otros delincuentes.

Naturalmente, el alcalde Hewitt se ganó la enemistad de sus patronos políticos, y en 1888, cuando se presentó a la reelección como candidato de los demócratas, Tammany Hall le derrotó con la candidatura de Hugh J. Grant. Haymarket y otros locales de mala muerte volvieron a abrir sus puertas, pero solo unos cuantos lograron recuperar su antiguo esplendor. Los comercios y los barrios residenciales rebajaron el ambiente vicioso de la Sexta avenida, de modo que el centro neurálgico del crimen se trasladó al distrito Décimo. A principios de la década de los noventa, este distrito ya se había forjado un nombre como la zona más depravada de Estados Unidos. Las calles estaban plagadas de burdeles y tugurios infestados de gánsteres merodeando. La industria de la trata de blancas se gestaba en este distrito, y los proxenetas se organizaban en bandas y celebraban reuniones donde se vendían mujeres como si fueran ganado. Uno de estos grupos tenía habitaciones en la calle Allen, donde sus miembros se reunían formalmente dos veces a la semana para debatir las condiciones

del mercado y realizar transacciones comerciales. Durante muchos años, el distrito estuvo a las órdenes de Charles R. Solomon o Smith *Dólar de Plata*, que regentaba la famosa taberna *Dólar de plata* en la calle Essex, frente al mercado de Essex. Su hombre de confianza era un abogado llamado Max Hochstim, héroe de una historia que aún se cuenta en el East Side. En una ocasión, Hochstim le contestó a un juez con quien se quería congradar: «Su Señoría bien parece hartado de la gentuza judicial».

Alexander Williams fue nombrado inspector de policía en 1887, y debido a los muchos escándalos que afloraron durante su gestión del distrito *meollo*, fue trasladado al East Side. Al cabo de cuatro años, William S. Devery, más conocido como *Bill el Grandullón*, fue ascendido a jefe de policía y ocupó el distrito de Williams. Asumió el mando de la prefectura Once, que abarcaba las nueve manzanas en torno a la plaza Chatham, Bowery, las calles Division, Clinton y Houston. El reverendo Charles H. Parkhurst, director de la «Sociedad para la prevención del crimen en Nueva York», emprendió una cruzada contra el inspector Williams y el jefe Devery durante los años noventa. También facilitó muchas pruebas sobre las que luego se basarían los comités Lexow y Mazet en sus respectivas investigaciones de 1849 y 1899, que revelaron gran parte de la corrupción política y policial. También demostraron que la influencia de Tammany Hall había calado tanto en el departamento de policía que los líderes de distrito eran quienes nombraban puestos y funciones; y que, además, prácticamente cada miembro del cuerpo estaba relacionado con organizaciones de Tammany, y pagaba sin rechistar los impuestos que se les gravaban para mantener en su puesto a los líderes de ese partido. El jefe de policía Creedon confesó haber pagado quince mil dólares a los protectores políticos para promover su ascenso a jefe policial. Max Schmittberger, sargento del distrito *meollo* y después inspector jefe, admitió que había recogido dinero de apostadores y taberneros y que le había dado una parte al inspector Williams. También salió a la luz que Williams estaba interesado en una marca determinada de *whisky* y que se la endosó a los taberneros con la amenaza de asaltar sus negocios si no la promocionaban. La propietaria de una cadena de burdeles testificó que había pagado treinta mil dólares al año a cambio de protección. Otros declararon que, al abrir sus establecimientos, les pidieron un impuesto de inicio de actividades comerciales de hasta quinientos dólares, y luego una tasa mensual que oscilaba entre veinticinco y cincuenta dólares, dependiendo del número de inquilinas. Las prostitutas contaron a la comisión que pagaban a los agentes por el privilegio de captar clientes en las calles. Los gánsteres, rateros, carteristas, estafadores y ladrones testificaron el pago de un porcentaje de sus robos a la policía o bien a los políticos. Más de seiscientas salas de juego pagaban una media de quince dólares al mes cada una; en las salas de billar se recogían más de trescientos dólares, e incluso una suma más elevada en las salas lujosas de juego.

El inspector Williams negó estos hechos corruptos, pero admitió que, a pesar de su escaso sueldo, había llevado una vida frugal para comprarse una finca en Cos Cob,

Connecticut, cuya entrada principal estaba valorada en treinta y nueve mil dólares. También tenía un yate, una casa en la ciudad y otras propiedades, así como varias cuentas bancarias bien nutridas. Le contó al comité que había ganado toda esa fortuna mediante la especulación de terrenos en Japón. El comité Lexow no adoptó ninguna medida legal contra él como resultado de sus confesiones, pero al cabo de un año Williams dimitió voluntariamente del cuerpo de policía y entró en el negocio de las aseguradoras, donde pronto convirtió su fortuna en millones de dólares. Murió en 1910. Sin embargo, las pruebas contra Bill Devery *el Grandullón* fueron tan concluyentes que el Consejo de Policía lo expulsó del cuerpo en 1894. Al cabo de unos meses fue acusado de extorsión, pero el jurado lo absolvió en 1896. Mientras tanto, había vuelto a desempeñar sus funciones de jefe de policía en virtud de un dictamen del Tribunal Supremo. Meses después, el Consejo de Policía desenterró los cargos anteriores contra él e hizo todo lo posible para arrebatárle el departamento. Devery consiguió otro dictamen favorable del Tribunal Supremo, donde se prohibía a los consejeros juzgarlo de nuevo. La influencia de Tammany era inmensa. Devery ocupaba un escalafón tan alto entre sus filas que a principios de 1898 fue nombrado inspector, y al cabo de seis meses volvió a ascender a jefe de policía. Era un hombre fortachón que siempre llevaba un habano colgado en los labios. Tenía un carácter agradable y ciertas manías que lo convirtieron en un personaje muy pintoresco y popular.

Robert A. Van Wyck, alcalde de Nueva York antes de que el Bronx, Brooklyn, Queens y Richmond se unieran a Manhattan para formar la metrópolis actual, era un ferviente admirador de Devery. Lo consideraba el mejor jefe de policía que jamás había tenido Nueva York. El doctor Parkhurst, no obstante, siguió presentando pruebas de corrupción policial, y los periódicos organizaron grandes campañas para «limpiar» la ciudad. Casi todos los crímenes perpetrados en Nueva York se atribuían a Devery. El *New York Herald* se mostró especialmente antipático durante las manifestaciones raciales de agosto de 1900, cuando una multitud de hombres negros y blancos lucharon dos días por las calles y en los tejados de Hell's Kitchen. El problema empezó cuando unos gánsteres negros asesinaron a un agente que buscaba a un delincuente entre las chabolas de la calle Treinta y siete, entre las avenidas Ocho y Nueve. Lo asesinaron por la tarde, y esa misma noche los miembros de las bandas de blancos se congregaron en la esquina de la calle Treinta y siete con la Novena avenida, donde empezaron a agredir a los negros que pasaban. Estos devolvieron el ataque, reforzados por las bandas de San Juan Hill, el distrito al norte de la calle Quince que debía su nombre a las hazañas de las tropas de negros durante la guerra hispanoamericana. El *Herald* publicó que estos disturbios degeneraron en un motín policial, y que los agentes ayudaron activamente a los gánsteres blancos. «En cualquier caso —escribió el *Herald*—, los jóvenes blancos fueron los agresores. Después de provocar a los negros, varios policías irrumpieron en el lugar y remataron el trabajo atizando con porras a los desafortunados hombres de color. También

arrestaron a unos cuantos. Este proceder de los hombres de Devery no estaba pensado para acallar los disturbios entre razas. Cuando el jefe de policía ordenó a sus agentes despejar la Octava avenida, muchos curiosos resultaron heridos. La policía realizó una formidable descarga en la avenida, en la que además hirió a mujeres y niños que se encontraban en el lugar».

A pesar de las críticas, Bill Devery siguió al mando hasta el año 1901, cuando el poder judicial aprobó una ley en la que se suprimía el puesto de jefe de policía y se ordenaba la reorganización del departamento. El alto mando del cuerpo policial pasó a llamarse comisario. Devery fue designado subcomisario, pero su personalidad turbulenta no paraba tranquila delante de un escritorio. Dimitió de su cargo y entró a trabajar en una inmobiliaria. Murió en 1919, y la prensa no escatimó elogios hacia su persona.

2

Mientras el inspector Williams y Bill Devery amasaban millones con sus respectivas dictaduras en el East Side —y otros agentes los imitaban en toda la ciudad—, los Whyos y otros grupos parecidos iban desapareciendo. Surgieron nuevas bandas igual de violentas que las anteriores y excelentes en sus conocimientos criminales. Pronunciar sus nombres causa, aún ahora, más pavor que hacerlo con los de sus predecesores, que se suelen confundir por pandillas de jóvenes camorristas. Durante casi quince años la isla de Manhattan, en su segmento del sur de Times Square, estaba dividida en varias «monarquías» pertenecientes a distintas bandas. Los límites entre unos territorios y otros se vigilaban con tal tesón que parecían fronteras de distintos países civilizados. Los Five Pointers, sucesores de los Dead Rabbits, los Plug Uglies y los Whyos contaban con un total de mil quinientos miembros. Eran los señores de la zona comprendida entre Broadway y Bowery, y entre la calle Catorce y el City Hall Park. Se solían reunir en el New Brighton Dance Hall de la calle Great Jones, un local propiedad del cabecilla de la banda, Paul Kelly. Allí celebraban sus reuniones sociales y planeaban asaltos en territorio enemigo. La banda capitaneada por ese príncipe de los gánsteres, el gran Monk Eastman, era capaz de convocar a más de mil doscientos guerreros y dominar la zona desde la calle Monroe a la Catorce, y de Bowery al río East, incluido el distrito Rojo. Esta banda se negaba a adoptar un seudónimo pero se hacían llamar, no sin cierto orgullo, los Eastmans. Su base de operaciones estaba situada en un antro insalubre de la calle Chrystie, cerca de Bowery, de donde la policía sacó indignada dos contenedores llenos de tirachinas, revólveres, porras, nudillos de latón y otros artilugios de guerra. Durante más de dos años, los Eastmans y los Five Points se pelearon a muerte por una delicada cuestión de derechos territoriales, y la verdad es que nunca llegaron a solucionar el asunto.

Eso sí, se libraron varias decenas de batallas campales donde se sacrificó la vida de unos treinta gánsteres. Monk Eastman afirmaba que el dominio de los Five Pointers acababa justo en el antro de *Negro Mike Salter*, el local Pelham, situado en la calle Pell. Pero Paul Kelly decía que la frontera de su reino era Bowery y que tenía derecho a cualquier botín que encontraran al lado este de esa calle.

La banda Gas House, que reunía en sus filas a casi doscientos gánsteres, se trasladó al sur de la ciudad, cerca de la calle Treinta y cinco Este. Comprendía la Tercera avenida desde las calles Once a la Dieciocho. En esta zona relativamente pequeña, los Gas Housers encontraron mucho con lo que divertirse y enriquecerse. Además, cuando no se les presentaba ninguna oportunidad, invadían el territorio de otras bandas. Eran especialmente hábiles en los atracos de calle, y en su mejor época realizaban una media de treinta atracos cada noche.

Los Gophers (Los topos) eran los amos y señores de Hell's Kitchen, y su territorio abarcaba desde la avenida Siete a la Once, y desde la calle Catorce a la Veintidós. Les gustaba esconderse en los sótanos de las casas, de ahí su nombre.

Los Gophers no podían convocar a más de quinientos hombres, pero cada uno de ellos era un gánster de primera categoría. Ni siquiera Monk Eastman entraba con sus hombres en Hell's Kitchen, a menos que ellos fueran el doble. En esas raras ocasiones en las que los Gophers penetraban en el East Side, muchos gánsteres de la zona corrían a buen recaudo. El local preferido de los Gophers estaba situado en Battle Row, en la calle Treinta y nueve, entre las avenidas Diez y Once. Lo regentaba Murphy *el Mazo*, apodado así porque, en vez de recurrir a una porra común, empleaba una enorme maza de madera para echar de su establecimiento a cualquier indeseable o acallar a los clientes revoltosos. Los Gophers eran tan violentos y tan volubles en cuestiones de lealtad, que sus líderes no lograban conservar su corona de monarcas durante más de dos meses seguidos. Esa es la razón por la que no destacó ningún gánster de la talla de Monk Eastman o Paul Kelly. Sin embargo, varios de los hombres Gopher quedaron registrados en los archivos de la policía como criminales muy agresivos y feroces luchadores. Newburgh Gallagher, Marty Brennan y Stumpy Malarkey fueron Gophers destacados de su época. Goo Goo Knox también tuvo mucha fama, como Gopher y como uno de los miembros fundadores de los Hudson Dusters. Otro de los grandes héroes fue Curran *el Pulmón* quien, cuando en una ocasión su chica se quejó de que no tenía un buen abrigo, pegó al primer policía que encontró y le sacó la chaqueta del uniforme. Luego se la entregó a su enamorada, que procedió a arreglar la chaqueta y a darle un elegante corte militar. Su atuendo causó tanta sensación, que a todos los Gopher de Hell's Kitchen les entraron ganas de seguir el ejemplo de Curran. Durante algún tiempo, los policías volvieron a la comisaría a rastras y en mangas de camisa. Esta moda no cesó hasta que la policía empezó a patrullar el distrito en grupos de cuatro o cinco agentes. El escuadrón de refuerzos especiales de la policía solía adentrarse en Kitchen y dejar varios Gophers abatidos a su paso. Otro destacado miembro de esta banda era Jack Mulraney *el Feliz*, ya que

parecía que siempre se estaba riendo. Pero la verdad es que su sonrisa venía dada por una parálisis parcial de los músculos de la cara. Jack era un tipo amargado y muy susceptible con respecto a los comentarios sobre su deformidad. Cuando sus cabecillas deseaban enfrentarlo con el enemigo, le contaban las supuestas críticas de su adversario sobre su sonrisa permanente. Con el tiempo, Jack acabó en prisión por el asesinato de Paddy *el Cura*, un tipo que regentaba una taberna en la Décima avenida y que era muy amigo de Jack hasta el día en que le preguntó por qué no se reía con el otro lado de la cara. Jack *el Feliz* le disparó y le robó la recaudación de la caja.

Muchas bandas menores de Hell's Kitchen estaban orgullosas de adherirse a los Gophers y luchar bajo el estandarte de Curran y otros cabecillas. Estos hombres convirtieron a su banda en un sinónimo de violencia, y a Hell's Kitchen en una de las zonas más peligrosas del continente americano. La pandillas más representativas de este tipo fueron los Gorilas, los Rodees y los Parlor Mob. Los Gophers también recibían el apoyo del Club Social y Atlético Femenino (Ladies' Social and Athletic Club), situado en Battle Row. La gente las conocía como las Gophers femeninas. El club solo admitía mujeres, y su talante guerrero había quedado más que probado en los combates contra la policía. Annie *la Combatiente*, la enamorada de casi toda la banda Gopher, era la líder de este club. También fue una de las figuras más populares de la historia de Hell's Kitchen. Al igual que sus ilustres predecesoras, Gallus Mag, Sadie *la Cabra* y Maggie *Gato del Infierno*, sentía una debilidad especial por el jaleo. Se dice que impartía clases de latrocinio y camorristo, y que ofrecía a sus alumnos los frutos de su experiencia e investigaciones. Durante más de seis años, Annie fue la reina de Hell's Kitchen y se forjó un nombre como la mujer más temible de su tiempo. Cuando los sindicatos y los empresarios copiaron la práctica de alquilar gánsteres, Annie se ganó una bonita suma al suministrar gánsteres femeninas a ambas partes de los conflictos empresariales. Durante muchos años, apenas se convocaba una huelga de mujeres en la que Annie y sus señoras no mordieran ni arañaran a ambos bandos de piquetes.

Los Hudson Dusters controlaban el West Side de Manhattan al sur de la calle Trece y al este de Broadway, la frontera oeste de la monarquía de Paul Kelly. No obstante, su derecho a operar en esta calle era puesto en entredicho por una pequeña banda llamada Fashion Plates. Su territorio llegaba hasta el sur de Battery, pero su principal escenario era el distrito Greenwich Village, donde todo un laberinto de callejuelas ofrecía unos escondites muy cómodos. Echaron a los Potashes, a la banda Boodle y a otros grupos de los años noventa. Los Dusters eran amigos y aliados de los Gophers, ya que muchos de sus líderes habían sido miembros de la banda de Hell's Kitchen, que se trasladó al sur cuando ya no había nadie más en esa zona. Estaban al margen de bandas como los Eastmans, los Five Pointers y otros grupos del East Side. Sus enemigos acérrimos eran los Marginals y los Pearl Buttons, con quienes se peleaban por el privilegio de saquear el puerto y navegar por la costa del

río Hudson. Posteriormente, después de que los Hudson Dusters desaparecieran por la acción contundente de la policía y de que sus líderes acabaran en Sing Sing, los Marginals se convirtieron en la banda dominante del distrito. Bajo el liderazgo de Tanner Smith, derrotaron a los Pearl Buttons y los redujeron a la condición de vasallos.

Los Hudson Dusters se organizaron a finales de los años noventa de la mano de Kid Yorke, Circular Jack y Goo Goo Knox. Este había huido de toda influencia Gopher después de liderar una insurrección contra su príncipe, que fracasó. Los líderes posteriores, de curiosa notoriedad y proeza, fueron Red Farrell, Rickey Harrison, Mike Costello, Rubber Shaw y Honey Stewart. Ding Dong fue el mejor ladrón de la banda. Merodeaba por las calles acompañado de algunos pilluelos, quienes se subían a vagones de tren y desde ahí le lanzaban la mercancía. Luego huía a las sórdidas calles de Greenwich Village, mientras el conductor del tren y la policía se dedicaban a la difícil tarea de cazar a los muchachos. Cuando se fundó la banda, su sede central estaba en un edificio situado entre las calles Hudson y Trece, cuyo propietario se vio obligado a ceder gratis dos habitaciones como club nocturno. A medida que la banda crecía en número y poder, estas habitaciones se quedaron pequeñas y los Dusters ocuparon una vivienda antigua de la calle Hudson, en un solar donde posteriormente se abriría la Misión Open Door.

Al son de la música de un piano, bailaban toda la noche con prostitutas del paseo marítimo, lo que se convirtió en un estorbo para los vecinos y comerciantes honestos de la zona, a quienes les imponían sus particulares impuestos. Lo cierto es que los vecinos apenas denunciaron la situación, ya que los Dusters eran muy vengativos, tanto si el despecho era real como imaginario. En una ocasión, un tabernero se negó, en broma, a servirles cerveza para una fiesta. El resultado fue que los Dusters decidieron invadir su local, rompieron los muebles empotrados y se llevaron todo el alcohol. La policía se percató de la situación y organizó varias redadas en la casa de Hudson. Rompieron el piano y lanzaron los muebles por la ventana. Los Dusters se trasladaron a la calle Bethune, pero el brazo fuerte de la policía los encontró y los echaron.

Los periodistas sentían cierta predilección por los Hudson Dusters y describían con detalle sus actividades, motivo por el que se convirtieron en una de las bandas más conocidas de la época. Aunque nunca fueron tan buenos luchadores como los Eastmans, los Five Pointers y los Gophers, eran una curiosa colección de gánsteres de merecida reputación. Quizás un noventa por ciento de los Dusters eran adictos a la cocaína, y cuando estaban bajo la influencia de las drogas eran muy peligrosos porque se volvían insensibles al castigo y al dolor. Además, en estos casos les asaltaba una ferocidad exagerada y artificial. Rara vez atacaban a la policía en masa, pero cuando sentían animadversión por algún agente en especial, más le valía pedir un traslado porque, tarde o temprano, irían a por él. Esto es lo que le ocurrió al agente Dennis Sullivan, de la comisaría de la calle Charles. Pregonó a los cuatro vientos,

cuando el poder de los Dusters iba en declive, que él solo iba a acabar con la banda. Consiguió arrestar a diez de estos gánsteres, incluido al líder, Red Farrell, y los Dusters empezaron a hablar de las ambiciones de este agente. Al final acordaron que era necesario dar una lección a Sullivan, y un político del Greenwich Village que utilizaba a los Dusters en época de elecciones acató la decisión. Era de la opinión de que un ataque contra un policía demostraría a los políticos de alto nivel que los Dusters controlaban realmente su territorio. Una noche, en la calle Greenwich, mientras el agente Sullivan estaba a punto de arrestar a un miembro de la banda, los Dusters se abalanzaron contra el policía cuando este se dio la vuelta. Sullivan luchó valientemente contra una decena de canallas armados que le propinaban golpes y patadas. Le sacaron el abrigo, su porra, su chapa y su revólver, y le pegaron con piedras y cachiporras. Cuando el policía cayó abatido al suelo, los Dusters se apartaron con la intención de propinarle heridas aún más graves. Le dieron la vuelta, y cuatro miembros de la banda lo patearon con sus tacones en la cara, provocándole unas heridas tremendas. Otros agentes se ocuparon de llevarlo al hospital, donde permaneció internado varias semanas.

El éxito del ataque a Sullivan causó mucho revuelo entre las bandas de gánsteres, y los Gophers felicitaron formalmente a los Hudson Dusters por la implacabilidad de su trabajo, y especialmente por el detalle del pateo final. Curran *el Pulmón*, quien finalmente sucumbió a la enfermedad que originó su apodo, estaba internado en la sala de tuberculosos del hospital Bellevue cuando conoció la noticia. Celebró la hazaña componiendo un poema, ya que se le consideraba el Shakespeare de West Side:

*Dice Dinny: «Esta es mi única oportunidad
de ganarme un nombre;
acabaré con los Hudson Dusters,
y alcanzaré la fama».
Perdió su bastón y su revólver,
y se llevaron su chapa,
fue entonces cuando recordó
que a cada perro le llega su hora.*

El poema seguía con seis versos más que describían el asalto con todo lujo de detalles. Los Hudson Dusters lo copiaron en unas hojas burdas de papel, y las repartieron en cada barbería y bodega de su territorio. Procuraron dejar algunas en la comisaría de policía donde trabajaba Sullivan. Otras doce octavillas se enviaron a la comisaría central de la ciudad y al hospital donde estaba internado el agente. Durante varios meses, la gente canturreaba los versos, especialmente las bandas juveniles de Ding Dong y otros niños de la calle que admiraban las hazañas de los Dusters.

Muchos se unieron a esa banda cuando llegaron a la edad adulta.

3

Estas bandas fueron las más importantes de la época, pero en absoluto las únicas. Se podían contar a decenas. Se calcula que cincuenta pequeños grupos que operaban al sur de la calle Cuarenta y dos debían lealtad a los Gophers, a los Eastmans, a los Five Pointers, a los Gas Housers y a los Hudson Dusters. En caso de producirse una guerra general entre bandas, estas pandillas se alistaban en las filas de los grandes líderes. Cada una gozaba de la supremacía de su propio territorio, que otras bandas bajo la misma soberanía no podían invadir. Pero su líder era responsable ante el cabecilla de su banda superior, al igual que un príncipe es responsable ante su rey. Los McCarthys, los Batavia, los Squab Wheelman y los Cherry, quienes trataban por todos los medios de revivir las glorias de los piratas de río, eran pandillas independientes que dependían de Eastman. Crazy Butch organizó la Squab Wheelman en un momento en el que Eastman se dedicaba a alquilar bicicletas. Despachaba en una tienda de animales en la calle Broome, y de esta forma le hacía un favor a una rama de los negocios de su jefe, así como a su pasión por las palomas. Quienes querían ganarse los favores del gran líder se convertían en devotos de las bicicletas. Los Squab Wheelman alquilaban una bicicleta al menos una vez a la semana, tanto si sabían montar en ella como si no. Crazy Butch tenía su sede de operaciones en una habitación de la calle Forsyth. Una noche de verano, tras recibir información de que los Five Pointers pensaban hacerle una visita en masa, decidió poner a prueba la valentía de sus soldados. Acompañado de tres de sus más fieles consejeros, Crazy Butch subió las escaleras y entró en su habitación empuñando dos revólveres. Unos sesenta hombres estaban jugando a cartas y bebiendo, pero solo dos o tres se acercaron a las ventanas o bajaron al piso inferior. Little Kishky, sentado en un alféizar de la ventana, se entusiasmó tanto que cayó de espaldas a la calle y se mató.



Louie el Burro



De izq. a derecha: Biff Ellison y Twist el Niño



Humpty Jackson



Monk Eastman

Otro de los lugartenientes favoritos de Eastman era Charles Livin, por cuya violencia y fortaleza mereció el apodo de Ike *el Sangriento*. Ike siguió a Eastman en muchas de sus incursiones peligrosas, y siempre requerían su presencia cuando su líder estaba en apuros. Al final, los Gophers lo mataron en un antro de la Séptima avenida, a la altura de la calle Veintiocho, cuando acudió al rescate de un amigo

atrapado en Hell's Kitchen. Uno de los Gophers resultó también muerto, pero nunca se supo si la bala que lo derribó fue disparada por Ike.

Gansters célebres como Johnny *el Español*, Biff Ellison, Jack McManus *el Devorador*, Nathan Kaplan o Dropper *El niño*^[5] —este en particular fue el último de los grandes gánsteres— dirigían sus propios grupos a la vez que eran fieles a Paul Kelly. McManus empezó su carrera como boxeador, pero no le fue bien y abandonó el cuadrilátero para hacer de gorila en el antro Suicide Hall, en Bowery. Luego trabajó de *sheriff* en New Brighton, y Paul Kelly confiaba mucho en él. Se ganó el apodo de *El Devorador* por su disposición de ir siempre a por todas en una pelea. Hubiera estado a sus anchas durante la primera época del distrito Cuarto. McManus murió como resultado de una reyerta con Chick Tricker, quien regentaba una taberna especialmente despreciable en Park Row. Tricker criticaba la manera en que varias mujeres de New Brighton movían sus pies al bailar, y Jack *el Devorador* asumió la tarea de vengarse de tan indigno insulto. Cuando el antro hubo cerrado, los dos hombres se vieron las caras en la Tercera avenida a la altura de la calle Great Jones. Se dispararon y Tricker resultó herido en la pierna. Al cabo de veinticuatro horas, mientras Tricker estaba en el hospital y, por tanto, tenía una coartada perfecta, uno de sus hombres siguió a Jack *el Devorador* hasta un edificio oscuro de Bowery. Le rompió el cráneo con un trozo de cañería de plomo envuelta en papel de periódico. Todo el mundo en los bajos fondos sabía que Sardinia Frank había sido el autor de este asesinato, pero nunca fue arrestado. Años después, Sardinia Frank trabajó como gorila del Normandie Grill, en Broadway, y cuando le preguntaban qué hacía tan lejos de sus tugurios habituales, simplemente contestaba: «¡Estoy aquí para no dejar entrar a quienes conozco!».

Johnny *el Español*, cuyo nombre real era John Weyler, era un judío español que decía estar emparentado con Weyler *el Carnicero*, un cubano de mucha fama. Johnny era un joven delgado y bajito de diecisiete años cuando empezó a causar sensación en el mundo de los bajos fondos. El español era taciturno y malhumorado, con cierta inclinación a reflexionar demasiado sobre sus problemas, tanto si eran reales como imaginarios. Durante varios años, fue un gánster independiente, aceptando comisiones de quienes le pagaran. Pero luego prefirió alistarse en las filas de los Five Pointers y dirigió una pequeña banda en la última época de la dinastía Paul Kelly. El Español nunca salía a la calle sin dos revólveres en su cinturón. Cuando tenía trabajos importantes entre manos, llevaba dos pistolas más en los bolsillos de su abrigo, aparte de los nudillos de metal y la porra. Una de sus incursiones más relevantes, y que le mereció un nombre en el mundo de los gánsteres, fue el robo de una taberna en la calle Norfolk, regentada por Mersher *Brazo Fuerte*. Johnny avisó de que vendría a cierta hora para vaciar la caja, y al cabo de un minuto se presentó en la puerta de entrada con dos revólveres en la mano y un sombrero que casi le cubría los ojos. Había otro hombre detrás de él que también llevaba una pistola, aunque no parecía saber usarla. El Español disparó y la bala hizo añicos un espejo del bar.

Luego entró en la taberna, donde no solo vació la caja sino también los bolsillos de algunos clientes, obligándoles a colocarse contra la pared mientras su ayudante los desplumaba.

Poco después de esta aventura en la calle Norfolk, Johnny se enamoró y sintió un impulso irresistible de regalar piedras preciosas y ropa de seda a su amada. Pero no tenía suficiente dinero y, por supuesto, pensó en el *stuss*. También pensó en el local de Jigger *el Niño*, situado en la calle Forsyth, uno de los locales más prósperos del East Side. Jigger tenía fama de buen tirador, y los gánsteres respetaban su méritos, así que le dejaban en paz. Pero el Español estaba cegado por el amor y la avaricia, y no se acobardó por la fama de Jigger. Entró en su salón de juegos y le notificó a Jigger que a partir de ese momento sus ganancias se dividirían en dos partes, aunque Jigger podía seguir con el trabajo duro de dar la cara en el parque.

—¿Y por qué tengo que darte la mitad de mis estafas con el *stuss*? —le preguntó Jigger.

—Porque si no te partiré la cabeza en dos y me llevaré todo el dinero —contestó el Español.

Jigger se rio largo y tendido, y Johnny le miró provocadoramente con sus saltones ojos negros.

—Vale —le dijo—, seré yo quien te partirá el cráneo mañana por la noche.

La noche en cuestión, Jigger salió de su local y encontró a Johnny esperándole en una esquina de la calle Forsyth. Johnny abrió fuego de inmediato con sus dos pistolas. Jigger corrió de vuelta hacia su castillo y salió ileso, pero una de las balas alcanzó a una niña de ocho años que jugaba en la calle y la mató. El Español huyó de la ciudad, y cuando regresó al cabo de unos meses supo que la mujer por la que se había metido en tantos líos le había abandonado por Dropper *el Niño*. No la amenazó, pero una noche la obligó a entrar en un taxi y la llevó hasta un pantanal cerca de Maspeth, Long Island. La ató a un árbol y le disparó varios tiros en el abdomen. La policía la encontró al cabo de unas horas, pero antes de morir había dado a luz. Alguien había arrancado tres dedos al bebé. La policía arrestó a Johnny en poco tiempo y, en 1911, fue condenado a siete años de prisión por robo con agravantes.

4

Aparte de las grandes bandas de gánsteres y sus distintas combinaciones, también había varios grupos independientes que controlaban zonas reducidas dentro de los confines de las bandas principales. Además, se oponían con firmeza a cualquier intento de agravio o absorción por grupos más numerosos. Tal como se ha mencionado en este libro, los Marginals, los Pearl Buttons y los Fashion Plates se

ocupaban de pequeñas franjas en la monarquía de los Hudson Duster. En territorio Eastman, la banda de la calle Catorce, liderada por Al Rooney, conservó con éxito su hegemonía durante varios años. Igual ocurrió con los Yakey Yakes, los Lollie Meyers y los Red Onions. Los Yakey Yakes operaban en el puente de Brooklyn bajo el liderazgo de Yakey Yake Brady. Finalmente se rindieron a bandas más poderosas cuando Yakey murió de tuberculosis.

La banda independiente más célebre fue la capitaneada por Humpty Jackson, cuyas actividades se centraron en un antiguo cementerio cercano a las avenidas Primera y Segunda. Jackson fue un personaje único en los bajos fondos de su tiempo. Había estudiado en su juventud, y siempre iba con un libro en los bolsillos. Sus autores preferidos eran Voltaire, Herbert Spencer, Darwin y Huxley. Tenía una buena biblioteca, principalmente de libros de filosofía, y por lo que parece sabía bastante latín y griego. Su talante, sin embargo, no era precisamente filosófico. Tenía mal genio y disparaba con su pistola a la mínima provocación. Llevaba consigo nada más y nada menos que tres revólveres. Uno en el bolsillo, otro que le colgaba de su espalda encorvada, y otro escondido en su sombrero. Su banda mató a más de cincuenta gánsteres, incluyendo a héroes tan famosos como Louie *el Español*, Níger Ruhl, Lobster *el Niño* y Grabber.

Estos tipos se solían reunir en el cementerio. Jackson se sentaba sobre una lápida como si fuera un pequeño gnomo, mientras sus seguidores se repartían entre distintas tumbas. Una noche de verano, durante una de estas reuniones, Crazy Butch y una veintena de gánsteres de Eastman arremetieron contra ellos, los ataron y les robaron las armas y el dinero. La policía nunca presentó cargos de homicidio contra Humpty Jackson, pero lo arrestaron más de cien veces y lo enviaron a prisión por veinte delitos distintos. En uno de sus juicios, se pudo demostrar que había aceptado cien dólares de un tercero para chantajear a un hombre al que no conocía. Pero Humpty, desde luego, no lo mató. Un líder de banda no se lo puede permitir, al igual que un contratista de obras no trabaja la tierra ni un gobernante va a la guerra. Él se enfundaba el dinero, señalaba la víctima a uno de sus artistas de la porra, si solo se trataba de pegarla, o a un pistolero, si se querían resultados permanentes. Luego se retiraba a su taberna favorita hasta esperar noticias de su secuaz. Algunos de los gánsteres insistían en que se redactaran informes sobre estos sucesos. Uno de los mejores hombres de Eastman siempre entregaba a su jefe un documento formal escrito a máquina, donde describía a la víctima como sujeto del crimen y a él mismo como el «agente». Curiosamente, este hombre siempre ambicionó entrar en el cuerpo de policía.

Después de Jackson, el gánster más célebre que merodeaba por el cementerio era Louie *el Español*, también conocido como Louie *el Indio*. Nadie sabía a ciencia cierta de dónde venía. Hablaba de ello con vaguedad. A veces hablaba de sus antepasados españoles y portugueses; también contaba que le corría sangre india por las venas, especialmente la de jefes indios, y que había heredado todos los vicios de los pieles

rojas y ninguna de sus virtudes. Se rumoreaba que había estado en el ejército y en la marina, aunque nunca se especificaba en qué regimientos o buques. Los relatos de sus proezas corrían por los antros de Chinatown y de Bowery. Louie ni los negaba ni los corroboraba porque era un genio del misterio, lo cual se añadía a su aire de misticismo. Llevaba consigo un par de revólveres Colt, la artillería más pesada del mundo de los gánsteres, y completaba su armamento con dos dagas de ocho pulgadas que escondía en unos bolsillos especiales dentro de sus pantalones. Siempre iba vestido de negro y con un enorme sombrero funerario, y en vez de camisa llevaba un jersey negro que le rozaba la barbilla. Cuando se paseaba por las calles con sus penetrantes ojos negros sobresaliendo por el ala del sombrero, era una figura que inspiraba respeto. Pero lo cierto es que sus colegas nunca llegaron a saber si era todo lo que pretendía ser. Siempre tenía dinero, pero solo tres chicas hacían la calle por él. Cuando al final lo mataron, le encontraron ciento setenta dólares en el bolsillo, setecientos dólares en sus zapatos y tres mil dólares en el banco. Pero no era un gánster de operaciones espectaculares y la policía no lo tenía fichado. Después de vivir menos de un año en el East Side sur, encontraron su cuerpo acribillado a balazos en la calle Doce, cerca de la Segunda avenida. Nunca se supo la identidad de su asesino, aunque el mundo de los bajos fondos sospechaba de Grabber, ya que este último había acusado a Louie de retirar su participación en un acto social que ambos habían promocionado en Tammany Hall. De todos modos, la muerte de Louie *el Español* disipó todo misterio sobre su ascendencia, ya que un hombre de Brooklyn identificó el cadáver y lo enterraron según el rito ortodoxo judío.

Al norte del East Side hasta el río Harlem, toda una serie de bandas de gánsteres independientes gobernaban sus reinos con igual arrojo que sus homólogos del sur. Los Red Peppers y los Duffy Hills se peleaban constante y violentamente por el privilegio de desvalijar el East a partir de la calle 102 y sus territorios colindantes. Mientras que los Pansies, bajo el inspirado liderazgo de Rags Riley, tenían su punto de encuentro en la avenida A y se ocupaban de saquear la zona marítima del río East, así como una considerable tajada de territorios del interior. Más al norte, estaban las bandas italianas de Little Italy, en Harlem, donde se cometieron muchos asesinatos cerca del Establo de la muerte (Murder Stable) en la calle 125, famoso por ser el mayor escenario de crímenes de toda América, a excepción quizá del Bloody Angle de la calle Doyers, en Chinatown. Muchos de estos homicidios los cometían tipos procedentes de Sicilia, y poco tenían que ver con los trabajos de las bandas de gánsteres convencionales. La banda italiana más famosa era liderada por Ignazio Lupo, más conocido como Lupo *el Lobo*, uno de los criminales más violentos y sangrientos que jamás ha conocido este país. Sus seguidores eran igual de feroces. Con el tiempo, su nombre llegó a provocar un miedo atroz entre sus compatriotas. No solo porque era muy hábil en el uso de las bombas, los revólveres y los estiletes, sino porque también tenía fama de invocar al demonio y de tener poderes sobrenaturales. Cuando un italiano honesto oía el nombre de Lupo *el Lobo* se santiguaba y cruzaba

los dedos para ahuyentar a los malos espíritus que ese malvado hombre pudiera invocar. Algunas víctimas de sus robos o asesinatos solían pedirle al sacerdote de su parroquia que les protegiera de la magia de Lupo, pero la verdad es que los clérigos poco podían hacer. Aparte de participar en las *vendettas* de la mafia y de la Mano Negra, Lupo alquilaba a sus matones a otras órdenes secretas italianas. También era muy buen falsificador. Su mano derecha era Giuseppi Morello, cuyo hijastro de dieciocho años fue torturado y asesinado porque se sospechó que había revelado algunos secretos de la banda. William J. Flynn, al frente del servicio secreto de Estados Unidos, pudo constatar sesenta asesinatos perpetrados por la banda de Lupo, incluido el asesinato del detective Joseph Petrosinio en Palermo, Italia, donde había viajado para recabar información de archivos criminales en ese país. Prácticamente cada víctima de la banda italiana tenía la lengua cortada, al más puro estilo siciliano. Los gánsteres también sentían especial predilección por meter a sus cadáveres en barriles, carros o cubos, y enviarlos por barco a otras ciudades. La mayoría de estos asesinatos tan frecuentes en la primera década del siglo xx fueron resultado de su afición a «embalsamar».

5

A medida que las bandas de gánsteres reducían su número de hombres, tanto porque morían como porque la policía los arrestaba, se fueron reemplazando por pandillas de jóvenes de la calle y de clubs sociales que proliferaban en el East y el West Side. Adoptaron nombres como Twin Oaks, Yankee Doodle Boys, Go-Aheads, Liberty Athletic Club, Round Back Rangers, Bowery Indians, East Side Crashers, East Side Dramatic&Pleasure Club, Jolly Forty-eight, Soup Greens y Limburger Roarers. Estos grupos u organizaciones se estructuraron después, pero en muchos casos controlaban las asociaciones políticas que apoyaban muchos líderes de Tammany, estrechando así su relación con los votantes. Estas asociaciones habían sido una fuente importante de poder para Tammany desde los primeros días de la política en Nueva York. Pero no fue hasta los años noventa cuando llegaron a la cumbre de su perfección. Generalmente, adoptaban los nombres de los líderes del distrito que los apoyaban, quienes nominaban los cargos y les suministraban fondos para sus distintas funciones sociales: para costear excursiones de mujeres y niños pobres durante los meses de verano; o para comprarles carbón, calzado u otras necesidades entre la población de los barrios de chabolas. Normalmente, a través de estas organizaciones, se colaboraba con los líderes de bandas para que sus canallas atizaran a los votantes en las urnas, para que votaran dos veces, y en ciertas ocasiones, para que sacaran del medio a los adversarios que constituyeran una amenaza.

Con el apoyo de los grupos políticos, los clubs juveniles proliferaron en los años

noventa, a pesar de que estaban instalados desde hacía años en los barrios de chabolas donde, a decir verdad, escaseaban las oportunidades de divertirse. Algunos de estos grupos siguieron siendo respetables, pero la mayoría estaban compuestos de jóvenes matones y rateros, todos ellos gánsteres en potencia, si no ya en activo. Admiraban a héroes tan temibles como Monk Eastman, Paul Kelly y Humpty Jackson. Centenares de estos jóvenes no tenían más ambición en la vida que ganarse el respeto de los monarcas de los bajos fondos. A veces, sus amigas podían gozar del privilegio de ser admitidas en el club, hasta el punto de cambiar su nombre para satisfacer a las féminas. De ahí los nombres como Lady Locusts, Lady Barkers' Association, Lady Flashers, Lady Liberties y Lady Truck Drivers' Association.

Muchos de estos clubs tenían sus puntos de encuentro en bares de poca monta, en sótanos de casuchas o en salas y auditorios más decentes. Pero otros se reunían en los cuartos traseros de algunos antros, donde se reservaba un espacio para sus reuniones de negocios y esparcimiento personal. Algunos organizaban bailes y actos sociales, y recurrían a la intimidación para obligar a los comerciantes y hombres de negocios a que asistieran. Estos eran métodos generalmente adoptados por los gánsteres, y era algo muy habitual que uno de esos matones creara una asociación donde él era el único miembro, para luego dedicarse a tantos eventos sociales como lo permitiera la temporada. Una de estas sociedades más célebres fue Biff Ellison Association, compuesta exclusivamente por Ellison. Él patrocinaba tres eventos al año en Tammany Hall. Por sus gestiones recibía unos ingresos anuales de tres mil dólares, que no era poco en esa época, lo que le permitía llevar un lujoso estilo de vida. Pero con el tiempo se aburrió de sus estafas y de sus reuniones sociales y abrió un antro de perdición en Bowery llamado Paresis Hall. Cerró al cabo de unos meses.

Muchas de estas fiestas organizadas por los gánsteres, los clubs sociales y los partidos políticos tenían lugar en Tammany Hall. Pero aún más populares eran las de Walhalla Hall, o Walla Walla, en la calle Orchard cerca de la calle Grand. Y las de New Irving Hall en la calle Broome, sucesor del antiguo Green Dragon que los Dead Rabbits destrozaron en una de sus reyertas con los Bowery Boys en 1857. Durante algunas horas, los intercambios sociales y de negocios se realizaban con gran decoro y afán para atenerse a los detalles de las convenciones sociales. Pero el bar siempre estaba bien atendido, las mujeres eran bellas y simpáticas, y los caballeros tenían la sangre caliente. No había baile que no acabara en una pelea de todos contra todos. A veces, empezaba porque los miembros de un club asistían al evento de otro club vestidos con traje. Sus rivales quedaban tan desmoralizados por el espectáculo que se embarcaban en un robo chapucero para obtener dinero, y la policía acababa sabiendo de ello.

Un incidente de esta índole aguó el baile de William J. Sullivan Association, en el New Irving Hall, e impidió que varios miembros de esa organización asistieran a los distintos eventos programados. La banda Cherry Hill anunció que sus miembros acudirían vestidos de gala. Cinco hombres de la Sullivan Association, que también

eran tipos destacados de la banda Batavia, pensaron que no iban a ser menos. Con Duck Reardon y Mike Walsh a la cabeza, removieron cielo y tierra para recabar fondos, hasta que se les ocurrió robar un reloj de la joyería Herman Segal, en la calle New Chambers. Sortearon el reloj en la sala Coiné, de la calle James, y manipularon tanto la operación que ganó uno de los suyos. La verdad es que se hicieron un lío y, cuando trataron de sortear el reloj de nuevo, no vendieron ni un boleto. De modo que volvieron a la joyería Segal, rompieron los escaparates y se llevaron cuarenta y cuatro sortijas de oro, valoradas entre cuatro y cuarenta y cinco dólares cada una. Lograron vender las sortijas, pero los ladrones fueron arrestados por la policía mientras estos se probaban sus trajes en una sastrería de la calle Division. La noche del baile se la pasaron en Tombs, y el honor de la banda Batavia quedó enterrado en el olvido gracias a los elegantes héroes de Cherry Hill.

Capítulo trece

EL PRÍNCIPE DE LOS GÁNSTERES

1

Los cines y el teatro siempre han presentado al gánster como a un personaje infame: grosero, de mirada maliciosa, barba incipiente y descuidada, una gorra escocesa sobre sus cejas pobladas, y un aire de presunción que convencía al mundo de que era un hombre inclinado hacia el mal. Es cierto que había muchos gánsteres así, y en las leyendas del submundo se cuentan numerosas historias de sus increíbles hazañas. La verdad es que el gánster realmente peligroso, el asesino, casi se confundía con un dandi. Se vestía con trajes de calidad, se afeitaba a diario, se hacía la manicura y se aplicaba brillantina en el pelo. Cuando su banda celebraba algún evento social, normalmente se esforzaba por agraciarse la fiesta con un traje elegante. En los tiempos de los Dead Rabbits y los Bowery Boys, y posteriormente cuando Johnny Dolan se convirtió en el hombre de moda, el gánster era un tipo imponente. Pero con el paso de los años, la miseria y las precarias condiciones de vida pasaron factura. Los informes de la policía y de las instituciones penitenciarias demuestran que el gánster común de los Gophers, los Eastmans y los Five Pointers no medía más de metro sesenta y pesaba entre cincuenta y sesenta kilos.

Los seguidores de Paul Kelly como Jack McManus y Louis Pioggi, más conocido como Louie *el Burro* (quien no era más que un joven imberbe cuando se ganó la reputación de asesino), seguían la moda con gran afán. Incluso Biff Ellison, con todo su volumen y fortaleza, era muy coqueto con su vestuario. A Ellison le encantaba rociarse con perfume, y tenía su propia mezcla de esencias que un droguero compuso especialmente para él. Johnny *el Español* siempre iba ataviado como una violeta campestre, al igual que Twist *el Niño* y Richie Fitzpatrick, el lugarteniente más famoso de Eastman. Y Razor Riley (Riley *el Navaja*), un Gopher destacado que pesaba menos de cuarenta y cinco kilos, pero que compensaba su escasa fuerza con su increíble maña con el revólver, la porra y una enorme navaja que bien merecía su apodo. Paul Kelly, que ahora tiene una ocupación respetable como agente comercial y de bolsa para los sindicatos, era un ejemplo perfecto de este tipo de gánsteres. A lo largo de su carrera como cabecilla de los Five Pointers, Kelly ejerció un poder solo superado por Monk Eastman. Era un tipo muy pulcro, de voz suave, que apenas se implicaba en peleas a muerte, aunque en su juventud había sido un boxeador de cierto renombre. Su aspecto se confundía con el de un empleado de banco o un estudiante de teología. Su tugurio, el New Brighton, era uno de los locales más vistosos de la

ciudad. A diferencia de muchos de sus colegas, Kelly había estudiado. Hablaba francés, italiano y español, y con su porte tan fino bien podría haberse movido en los círculos de la alta sociedad.

Según la leyenda, una mujer y un detective de la policía fueron un día a New Brighton. La señora tenía intención de hablar con Paul Kelly, quien había salido en los periódicos respecto a una reyerta entre gánsteres muy espectacular. Por unos instantes, la mujer se sentó entre los gánsteres y ladrones, rodeada literalmente de esa gentuza que bullía en Bowery, en la plaza Chatham, y llegaba hasta Chinatown y el East Side. Mientras esperaban verle aparecer, la señora y el detective se pusieron a charlar con un hombre bajito, sosegado y moreno que estaba sentado en una mesa cuando ellos entraron. Los entretuvo durante media hora con una disertación sobre arte, y luego la mujer y su escolta se fueron. Cuando salían del local, la mujer le comentó:

—Lamento que no hayamos podido ver a Paul Kelly.

—Pero si era Paul Kelly con quien has estado hablando.

—¡Dios mío! —exclamó la señora—, creí que era un miserable cualquiera.

Pero nadie hubiera confundido a Monk Eastman, el digno sucesor de Mose y el tipo más feroz de entre todos los que han disparado a un enemigo por la espalda o chantajeado a un votante en las urnas. Su aspecto iba a la par de sus acciones, y nadie lo hubiera tomado por un empleado de banco o un estudiante de teología. En este sentido, Eastman se comportaba como un verdadero gánster de película. Nació con la cabeza en forma de bala, y durante su turbulenta carrera logró que le partieran la nariz y que le quedaran las orejas en forma de coliflor, que no resaltaban precisamente su belleza. Su piel era venosa, tenía los pómulos hundidos y un cuello corto con muchísimas cicatrices y morados que le subían hasta las mejillas. Siempre llevaba el pelo corto, y acentuaba su aspecto feroz y poco habitual con un sombrero hongo varias tallas más pequeño, encaramado por encima de su escasa cabellera despeinada y rizada. Normalmente se paseaba por su reino con aires de superioridad y no vestía con distinción. También merodeaba por los tugurios de la calle Chrystie sin camisa o abrigo. Su afición eran las palomas y los gatos, unos animales que siempre han fascinado a los gánsteres. Muchos de ellos, cuando se dedicaron a actividades más dignas o la policía les obligó a abandonar el latrocinio, abrieron tiendas de animales y ganaron dinero con ello. Según parece, Monk Eastman llegó a tener, a la vez, más de cien gatos y quinientas palomas. A pesar de que vendía estos animales en su tienda de la calle Broome, rara vez marchaba de la ciudad sin alguna de sus mascotas. A veces salía al extranjero en misiones de paz con un gato en cada brazo y otros varios pisándole los talones. También tenía una enorme paloma azul a la que había domesticado y la llevaba encima del hombro.

—Me gustan los gatos y las palomas —solía decir Eastman—. Daré una paliza al tipo que moleste a mis mascotas.

En una ocasión, un periodista le preguntó a Eastman, poco antes de morir, cuántas veces había sido arrestado. Monk respondió que lo colgaran si lo sabía. Según la policía, habían perdido la cuenta. «¿Y qué importa? —comentó un detective a quien le solían encargar tan ingrata tarea—. Los políticos siempre lo acababan soltando. Era el mejor tipo que jamás habían tenido en época de elecciones». Eastman tampoco era capaz de contar las heridas de su cuerpo. Alardeaba de que le habían disparado tantas veces, que al subir escaleras tenía que vigilar con las balas que llevaba dentro de su cuerpo. Cuando quiso alistarse en la Guardia Nacional de Nueva York, al inicio de la Primera Guerra Mundial, y tuvo que pasar revisiones médicas, los médicos creyeron que estaban frente a un veterano de todas las guerras desde Gettysburg. Le preguntaron en qué batallas había participado.

—¡Oh! —contestó Monk con una sonrisa—, en muchas guerras pequeñas de Nueva York.

Durante su carrera como cabecilla de banda, Monk empleó varios alias. Entre los más destacados figuran Joseph Morris, Joseph Marvin, Edward Delaney y William Delaney, aunque el más habitual era Edward Eastman. Parece ser que su nombre auténtico era Edward Osterman. Nació aproximadamente en 1873, en Williamsburg, Brooklyn, y fue hijo de un respetable judío que regentaba un restaurante. Su padre lo puso a trabajar a los veinte años como dependiente en una tienda de animales de la calle Penn, cerca del restaurante de la familia. Pero el joven no paraba quieto y no le satisfacían las modestas ganancias de su honesto comercio. Dejó la tienda en poco tiempo y vino al centro de la ciudad, donde adoptó el nombre de Edward Eastman. Pronto se dejó seducir por el mundo de los bajos fondos, donde corría a sus anchas. En los años noventa, empezó a sobresalir como *sheriff* de New Irving Hall, y se dice que era más violento que Jack McManus, el cual ya empezaba a pasar a la historia trabajando en un puesto similar en Suicide Hall y New Brighton. Eastman llevaba a cabo sus deberes empuñando un enorme garrote, una porra que le colgaba de su bolsillo, y un juego de nudillos que adornaban sus dos manos. Era muy habilidoso con el uso de estas armas y, en caso de emergencia, era capaz de empuñar una botella de cerveza o un trozo de cañería de plomo con la maestría de un genio. También era muy buen boxeador y un temible adversario, a pesar de que no medía más de metro sesenta y pesaba menos de sesenta y cinco kilos.

Un año después de empezar su carrera, Eastman ya había partido varias decenas de cráneos. Solía alardear de que, en sus primeros seis meses como *sheriff* de New Irving, cincuenta hombres a quienes había honrado con sus atenciones necesitaron los cuidados especiales de un cirujano. Daba tantas palizas, que los jocosos conductores de ambulancias del hospital Bellevue apodaron la sala de accidentes con el nombre de «pabellón Eastman». Pero Monk siempre fue un caballero. Estaba orgulloso por no haber pegado nunca a una mujer, aunque le hubiera irritado mucho. Cuando era preciso dar una lección de modales a una señora, simplemente le dejaba los ojos

morados con un puñetazo. «¡Solo le di un golpecito! —exclamaba—. Lo suficiente para dejar una sombra en su mirada. Además, en estos casos siempre me saco los nudillos».

Naturalmente, Eastman se convirtió en uno de los ciudadanos más célebres del East Side, y mucho jóvenes empezaron a imitarle en su porte y en su forma de hablar. Llegó incluso a formarse una especie de escuela Monk Eastman de canallería y gangsterismo. Los jóvenes lo admiraban por su aspecto desaliñado, y por su modo de hablar tan peculiar, barriobajero y tosco. Y, por supuesto, por su disposición a pelear con cualquiera en cualquier momento y en cualquier parte. Prácticamente, todos los jóvenes de la época se alistaron en las filas de Eastman cuando dimitió de su puesto de *sheriff* y se embarcó en la carrera de líder de banda en activo. En 1900, tenía suficiente poder como para reclamar su soberanía de un territorio que llegaría a ser suyo en virtud de su mano dura. Más tarde nacería su enemistad con Paul Kelly y los Five Pointers respecto a una franja de territorio entre Bowery y la calle Pell. Apenas transcurría una semana en la que los cabecillas de las bandas no enviaran sus patrulleros a esa tierra de nadie, armados con porras, revólveres y con instrucciones expresas de matar o herir a cualquier hombre del bando contrario que estuviera en tan disputados territorios.

Esta lucha tan despiadada entre los cabecillas de bandas tenía sumidos a la plaza Chatham, Bowery y Chinatown en un estado de terror continuo. Los gánsteres no siempre acertaban con los tiros, y sus disparos solían herir a los vecinos o romper ventanas. De vez en cuando, la policía se presentaba en masa y arremetía contra los gánsteres de forma espectacular. Pero por norma general estas acciones policiales no surtían el menor efecto, ya que tanto Eastman como Kelly contaban con importantes relaciones políticas con líderes de Tammany. Eastman, en particular, era el hombre preferido de Wigwam. Sirvió durante muchos años a Tammany y resultaba especialmente útil en época de elecciones, cuando contrataba a sus gánsteres para que pegaran o sobornaran a los honestos ciudadanos que pensaban votar según sus propias convicciones. Cuando Eastman se metía en líos, los abogados de Tammany Hall se presentaban en los tribunales y negociaban su libertad bajo fianza. Luego hacían desaparecer el caso de los archivos judiciales. En los intervalos entre sus distintos compromisos políticos, Eastman se dedicaba a los típicos negocios de gánsteres. Le interesaban especialmente los prostíbulos y los juegos de *stuss*, y compartía sus ganancias con las prostitutas que hacían la calle por él. Dirigía las operaciones de los carteristas, a los ladrones vulgares y a los de más categoría, y facilitaba los hombres necesarios para quienes se querían librar de sus enemigos, adaptando sus honorarios al grado de gravedad del daño infligido. A veces, Eastman en persona seleccionaba a sus gánsteres para los ataques en las salas de *stuss* que proliferaban en el East Side. También aceptaba participar en algunas comisiones especiales de palizas.

«Me gusta atizar a alguien de vez en cuando —solía decir—. Así participo en los

trabajos».

Eastman sabía lo que era el tacto de un puñetazo contra su carne, ya que trabajó de *sheriff* en New Irving. Pero no fue hasta el verano de 1901 cuando experimentó su primer contacto con una bala. Se adentró sin guardaespaldas en Bowery, cerca de la plaza Chatham, y fue atacado por varios tipos de la banda Five Pointers que se abalanzaron contra él con porras y pistolas. Eastman solo llevaba una honda y los nudillos, y la verdad es que se defendió con arrojo. Derribó a tres tipos, pero un cuarto le disparó dos veces en el estómago. Los agresores huyeron creyendo que Eastman estaría muerto. No obstante, el gánster se levantó de la acera, se tapó las heridas con los dedos, y llegó como pudo al hospital Gouverneur. Monk estuvo grave varias semanas en el hospital, pero ciñéndose al código legal del mundo de los bajos fondos se negó a revelar la identidad del hombre que le disparó. Mientras tanto, la guerra con los Five Pointers subía de tono. Una semana después de que Monk fuera dado de alta, la policía encontró muerto a un hombre de la banda Five Pointer. Una mujer había servido de señuelo para que el gánster saliera a la calle y sus enemigos le pudieran acribillar.

Durante más de dos años, los conflictos entre los Eastmans y los Five Pointers fueron constantes. Las lóbregas calles del East Side y Paradise Square se llenaban cada noche de figuras errantes que se disparaban entre ellas desde carruajes o desde automóviles, ese nuevo invento tan extraño. O bien acababan a puñetazos bajo los balcones o en los portales de las casas, sin más previo aviso que el golpe seco de una porra o de una cañería de plomo. Los locales de *stuss* que pertenecían a Eastman recibían los ataques de los Five Pointers, y las fuentes de ingresos de Paul Kelly corrían la misma suerte de la mano de los secuaces de Monk. Los bailes y actos sociales de New Irving y Walhalla Halls solían interrumpirse cuando los gánsteres de distintas bandas blandían su mutua enemistad sin consideración alguna hacia la seguridad e intereses de los organizadores. Los propietarios de tabernas y salas de baile vivían atemorizados de que su local se convirtiera de pronto en el escenario de un combate sangriento.

Pero no fue hasta mediados de agosto de 1903 que se llegó a una crisis que puso fin a las enemistades entre las distintas bandas, entre otras cosas porque los políticos se dieron cuenta de que no era bueno perder a sus activos más preciados, ya que además alertaban al público sobre el poder de las bandas.

No había muchas ganas de pelea en los calurosos días de verano. Pero a las once de la noche de un sofocante día de agosto, varios hombres de Eastman se vieron las caras con otros tipos de Five Pointers que preparaban un asalto en un local de *stuss* de la calle Rivington. El local estaba situado en territorio Eastman y era zona protegida porque lo regentaba un buen amigo del gánster, quien fielmente le entregaba un porcentaje de sus ganancias con el juego. Los hombres de Eastman mataron sin dilación a uno de sus enemigos después de un violento intercambio de disparos. Los secuaces de Kelly se refugiaron detrás de las columnas de un edificio, y asomaban la

cabeza de vez en cuando para apuntar contra los Eastmans, provistos de iguales escudos arquitectónicos. Tras media hora de disparos sin resultados satisfactorios, durante los cuales dos policías que trataron de intervenir huyeron con sus uniformes cosidos a balazos, se despacharon mensajeros a las sedes centrales de las dos bandas, y en poco tiempo llegaron refuerzos.

El mismo Eastman en persona dirigió un destacamento que partió de inmediato hacia el tugurio de la calle Chrystie. Desde un pilar elevado en primera línea de fuego, Monk dirigía los disparos de los gánsteres. La policía nunca supo si Paul Kelly también formó parte activa en la reyerta, pero es muy probable que así fuera porque no se acobardaba ante los peligros. Cuando había problemas, siempre estaba en medio. En cualquier caso, más de cien gánsteres de los dos bandos se liaron a tiros hasta la medianoche. Unos seis Gophers que salieron de Hell's Kitchen en busca de emociones y honorables ascensos en el East Side se unieron al escenario del crimen. No sabían cuál era el motivo de los disparos, ni siquiera quién atacaba a quién, pero desataron su artillería indiscriminada contra los Eastmans y los Five Pointers. Uno de los Gophers explicó después: «Había muchos tipos atizándose, ¿por qué no podíamos unirnos a la fiesta?».

Mientras se libraba esta batalla, los taberneros del distrito y los vecinos cerraron sus puertas y ventanas a cal y canto. Llegaron varios policías cuando ya hacía un buen rato que los gánsteres se estaban peleando. Pero los agentes se retiraron cuando sus adversarios les dieron la bienvenida con una descarga de balazos. Las reservas de varias comisarías irrumpieron en el lugar con sus mejores revólveres, y los gánsteres se vieron obligados a desperdigarse y huir a sus guaridas. Dejaron a tres hombres muertos y varios heridos. Otros fueron arrestados por la policía antes de que pudieran escapar. Uno de los arrestados fue Monk Eastman, quien se identificó como Joseph Morris y aseguró que simplemente pasaba por el lugar cuando oyó los disparos. Naturalmente, se detuvo a ver qué ocurría. Al día siguiente, compareció ante los tribunales y le absolvieron de los cargos con prontitud.

Los políticos se pusieron enfermos cuando leyeron en los periódicos los detalles de esta batalla. Después de enterrar a los gánsteres muertos y atender a los heridos en el hospital, llamaron a Eastman y a Kelly y les hicieron saber que estos combates abiertos amenazaban su rendimiento en el mundo de la política. Comunicaron a los cabecillas que nadie ponía ninguna objeción si de vez en cuando cometían algún asesinato relacionado con sus negocios, o incluso algún que otro navajeo, ya que todo el mundo sabía que los gánsteres no iban a cambiar su modo de ser. Pero las batallas de todos contra todos en el East Side eran algo que no se podían permitir. Eastman y Kelly acordaron reunirse al cabo de unos días en Palm, un tugurio insalubre de la calle Chrystie cerca de la calle Grand. Los políticos de Tammany le garantizaron a Kelly su seguridad. Tom Foley, un personaje destacado en los consejos de Wigwam, y que había contratado a Eastman para que le ayudara durante una campaña en el distrito, actuó como mediador. Después de hacer una apología de la paz, con

amenazas encubiertas de que ambas bandas acabarían hundiéndose si seguían con sus luchas privadas, Kelly y Eastman accedieron a un alto el fuego. También acordaron que el territorio en disputa entre Bowery y *Negro Mike* sería terreno neutral. Para celebrar esta tregua, Foley organizó un baile en el que Eastman y Kelly se vieron las caras en medio de la pista de baile y se dieron la mano. Después se sentaron en un palco mirando cómo sus seguidores se divertían, y cómo bailaban con las chicas de cada bando bajo el ojo avizor de Tom Foley. La paz y la buena voluntad reinaban sobre la Tierra.

En cuanto al número de hombres, la batalla de la calle Rivington no tuvo ni punto de comparación con los primeros conflictos entre las grandes bandas de Bowery y Five Points. Pero tal vez llegó a concentrar al mayor número de armas de fuego en la historia de los bajos fondos, porque los gánsteres de antaño tendían a dirimir sus diferencias con palos, dientes, puños, ladrillos o porras. Solo muy de vez en cuando sacaban una pistola. Pero durante la época Eastman, habían pocos tipos que no llevaran consigo al menos dos revólveres. Algunos cargaban incluso cuatro, aparte de sus porras y nudillos metálicos. Antes de aprobarse la ley Sullivan en 1911, que convertía la tenencia de armas en un delito digno de prisión, los gánsteres llevaban sus armas visiblemente colgadas de la cintura o en su cinturón. Otros preferían colocarse su revólver en el antebrazo, lo que permitía una mayor rapidez de movimientos en los ataques sorpresa. Ese era el escondite preferido de los asesinos porque era muy fácil sacar el revólver. Además, el adversario no te lo podía arrebatar. De vez en cuando, cuando la policía emprendía una redada —algo poco habitual—, los líderes de bandas tenían una peculiar estrategia. Se paseaban con los bolsillos cosidos, junto con un grupo de sus secuaces que les proporcionaban cigarrillos, cerillas y cualquier otra cosa que el gánster pudiera necesitar. Los posibles detectives que les pisaran los talones no solo no les veían ningún revólver encima, sino que no podían enviarlos a prisión por falta de pruebas que demostraran su tenencia de armas.

Pero eso no quería decir que el gánster estuviera desprotegido. Detrás y delante de él llevaba una procesión de hombres con los bolsillos literalmente llenos de navajas, porras y revólveres. Si surgía algún problema, el líder tenía inmediatamente en sus manos un arma adecuada. La policía solía arrestar a estos secuaces, pero aceptaban gustosamente el trabajo porque así se ganaban los favoritismos de su amo. Las mujeres también solían llevar un revólver. Se lo metían en los manguitos, o en los enormes sombreros de la época, o en un bolsillo de su chaqueta. Los peinados recogidos en moño, llamados *mikado*, y que estaban tan de moda en los años noventa, permitían escondites perfectos. Cuando los moños *pompadour* causaron furor entre las señoras, la enorme horquilla sobre la que descansaba el pelo se sustituía por un revólver. A veces, la novia del gánster llevaba su pistola escondida entre la piel desnuda de su antebrazo, sujeta con unas tiras elásticas que le permitían sacarla de inmediato con solo tirar de su manguito. Muchos gánsteres guardaban revólveres de reserva y porras, a las que llamaban *Bessies*, en los distintos estancos de su distrito.

Como no podía enfrascarse en peleas con los Five Pointers en virtud de su acuerdo con Tom Foley, Monk Eastman buscó otra válvula de escape a su agitado espíritu. Incrementó la frecuencia de su participación activa en las diversas reyertas de armas blancas que, en un principio, llevaban a cabo sus secuaces. Tres semanas después de la batalla de Rivington, Eastman y dos de sus hombres viajaron a Freehold, Nueva Jersey, donde atacaron a James McMahan, un cochero de David Lamar, cuyas operaciones financieras le habían dado mucha fama en Wall Street. McMahan estaba llamado a comparecer ante los tribunales en un caso contra Lamar. Pero mientras él y sus abogados subían las escaleras, Eastman y sus hombres se le echaron encima y le apuñalaron de forma tan salvaje que no pudo testificar. El caso quedó cerrado. Los gánsteres huyeron en un taxi, pero fueron arrestados horas después y encerrados en la prisión Freehold, donde Eastman se identificó como William Delaney.

El jefe de la banda comunicó sus apuros a Twist *el Niño*, su mano derecha, quien pronto reunió a cincuenta hombres armados hasta los dientes con la intención de entrar a la fuerza en la prisión de Nueva Jersey. Pero antes de que los vehículos con los gánsteres partieran de la calle Chrystie, el inspector McCluskey abortó la operación con un gran destacamento de agentes. Después de pelearse con los policías, los gánsteres se vieron obligados a volver a sus tugurios. Twist *el Niño* dio cuenta de lo ocurrido a Tammany Hall, y a la mañana siguiente dos abogados lumbreras de Wigwam acudieron de inmediato a Freehold. Movieron los hilos políticos y compraron testigos presenciales, y cuando Eastman y sus seguidores fueron acusados de asalto a mano armada, acabaron absueltos y regresaron a Manhattan como unos héroes. Esa noche, Monk celebró una recepción oficial en su base central de operaciones para festejar su evasión de la justicia.

Los Eastmans y los Five Pointers se acataron durante varios meses a la tregua firmada por ambos bandos. Pero en invierno de 1903, un tipo de Monk llamado Hurst entró en un antro de Bowery y se enfrascó en una pelea con un pupilo de Kelly, un tal Ford. Discutieron sobre quién de sus respectivos jefes era más valiente. La disputa terminó en pelea, y Hurst fue malherido. Según parece, su adversario le partió la nariz y le arrancó una oreja. Monk Eastman avisó inmediatamente a Kelly de que la vida de Ford corría peligro, y de que si Kelly no intercedía en el asunto y sacaba del medio a Ford, los Eastmans invadirían el tugurio de los Five Pointers y se tomarían su correspondiente venganza. «Os vamos a borrar de la faz de la Tierra», amenazó Monk. Kelly le respondió agriamente que los Eastmans estaban invitados a tomarla con Ford, si es que podían, con lo cual ambos bandos empezaron a tramar sus planes de guerra. Pero los inquietos políticos intervinieron de nuevo y se negoció otro acuerdo entre Kelly y Eastman. No prometieron nada, pero accedieron a hablar del tema en presencia de terceros. Acompañados de sus guardaespaldas, los líderes se reunieron en Palm. Se estrecharon la mano con gran diplomacia y luego, cada uno

con un enorme puro entre sus dientes y las manos rozando sus revólveres, se sentaron en una mesa a debatir la manera de conservar su honor, a la vez que evitaban que sus hombres vagaran por las calles matándose. Había que hacer algo, ya que los políticos les habían informado de que si se producían más enfrentamientos, retirarían su protección y la policía les acabaría echando la mano encima. La verdad es que no faltaban agentes esperando esta oportunidad, ya que los policías honestos del cuerpo habían sufrido muchísimo con los gánsteres.

Tras largas discusiones, Kelly y Eastman acordaron que las cuestiones de supremacía se decidirían en un combate de boxeo entre ambos, y que el perdedor aceptaría el liderazgo del vencedor y se limitaría a su propio territorio. Quedaron en verse una noche en un viejo granero a las afueras del Bronx. Cada uno de los líderes acudió a la cita con cincuenta de sus mejores hombres. Debido a su experiencia en el boxeo profesional, Kelly tenía mejor técnica, pero su pericia se veía contrarrestada por el peso y el arrojo de Eastman. Lucharon dos horas sin que ninguno de los dos llevara una ligera ventaja. Al final, después de que los dos hombres cayeran abatidos al suelo, sus pupilos los cargaron a los coches y se los llevaron a sus respectivas guaridas del East Side y Five Points. El encuentro se consideró empatado, y cuando los líderes se recuperaron de sus heridas, aunaron todas sus fuerzas y recursos para preparar una guerra, a pesar de las protestas de los políticos.

Se produjeron algunas riñas insignificantes, pero el fin del imperio Monk Eastman estaba a la vista, al igual que el de Paul Kelly. La caída de Eastman vino primero. A las tres de la madrugada del 2 de febrero de 1904, él y Chris Wallace fueron a la Sexta avenida a pegar a un hombre que había molestado a uno de los clientes del líder de la banda. Vieron a un joven que se tambaleaba por la calle. Detrás de él, a corta distancia, caminaba un hombre mal vestido al que tomaron por un borracho esperando a que su víctima cayera al suelo. Eastman y Wallace pararon de inmediato al joven, pero resultó ser un miembro de una familia rica, y el hombre con aspecto desaliñado era un detective de Pinkerton al que habían contratado para proteger al joven mientras este se iba de parranda. El método Pinkerton siempre fue disparar primero y luego hacer preguntas, así que cuando Eastman y Wallace pegaron su revólver a la nariz del joven y le metieron la mano en los bolsillos, el detective les disparó de inmediato. Los sorprendidos gánsteres devolvieron los disparos y huyeron corriendo por la calle Cuarenta y dos, dándose la vuelta de vez en cuando para enviar un disparo de advertencia a Pinkerton. Llegaron a Broadway y a la calle Cuarenta y dos, frente al hotel Knickerbocker, pero fueron a parar a los brazos de un policía. Wallace escapó y el agente atizó a Eastman con su porra. Cuando el líder de la banda recobró el conocimiento, ya estaba en una celda de la comisaría Treinta Oeste, con cargos de robo a mano armada y asalto violento. Las acusaciones no tardaron en venir, y aunque al principio Eastman se reía por los esfuerzos del fiscal del distrito de llevarlo a juicio, se puso frenético cuando Tammany Hall ignoró sus gritos de auxilio. Sus amigos de antaño le abandonaron, y antes de que le diera tiempo a entender lo

que le estaba ocurriendo, ya lo habían procesado, sentenciado y enviado a Sing Sing con una condena de diez años. Paul Kelly expresó su más profundo pesar cuando supo de la desgracia de su rival. «Monk era un tipo discreto y tranquilo —dijo Kelly—. Tenía a sus espaldas una panda de cobardes, hombres de segunda fila, ladronzuelos. Pero era un tipo legal, participaba en todas las contiendas. Daría diez mil pavos para sacarle de prisión». Los políticos, no obstante, no dieron ni diez centavos, y por tanto Eastman tuvo que vestir el uniforme a rayas durante años y perdió su poder en el mundo de los bajos fondos.

El atormentado East Side creyó que con Eastman en prisión se cerniría la paz entre las bandas, y la verdad es que los políticos y la policía hicieron todo lo posible para que eso sucediera. Paul Kelly estaba dispuesto a dejarse llevar por la razón, ya que los poderes políticos le habían dejado bien claro que si se metía en problemas él acabaría peor. Le amenazaron, entre otras cosas, con cerrar su tugurio de New Brighton, que no solo constituía una fuente de abundantes ingresos, sino un gran orgullo para él. Durante un año o tal vez más, se produjeron pocos enfrentamientos entre gánsteres, ya que la caída de Eastman había desmoralizado a la banda. Hombres destacados como Twist *el Niño* y Richie Fitzpatrick trataban por todos los medios de mantener a la banda unida. Su trabajo se vio recompensado en cierta manera, pero con el tiempo surgieron envidias entre ellos y acabaron dirimiendo sus diferencias a punta de espada. Reñían para heredar el trono de Monk, pero la verdad es que poco había donde escoger. Twist *el Niño*, cuyo nombre real era Max Zweibach, o Zwerbach, había matado a seis hombres y Eastman le había confiado varias empresas importantes. Richie Fitzpatrick también era un asesino, y no estaba dispuesto a ser el satélite de ninguna estrella de menor magnitud que la del gran Monk.

Twist propuso una charla para debatir sus diferencias y determinar quién debía realmente dirigir la banda. Inocentemente, Fitzpatrick accedió, aunque bien conocía el talante turbulento de Twist. Los dos se reunieron por la noche en el cuarto trasero de un tugurio de la calle Chrystie. Apenas habían empezado a hablar cuando se apagaron las luces y se oyó un disparo. Cuando llegó la policía, en la habitación solo quedaba Richie tendido en el suelo con una bala en el corazón y las manos recogidas sobre su pecho. Los detectives pudieron recoger pruebas que implicaban a Dahl *el Niño*, un amigo de Twist, de modo que Dahl fue arrestado de inmediato. Pero lo soltaron enseguida porque tenía una buena coartada y evidentemente no había participado en el asesinato. Twist envió flores al funeral de Richie y adornó su camisa con un crespón negro, unos gestos muy apreciados en el mundo de los bajos fondos, y Twist asumió el mando de la banda de Eastman. Vio necesario recompensar a Dahl por su sangre fría a la hora de soportar el arresto, pero Twist también le echó el ojo a la sala de *stuss* de la calle Suffolk, un local regentado por un Five Pointer apodado *el Envasador (Bottler)*. Bottler no era un luchador, pero era un genio mintiendo y estafando. Su palacio del juego era uno de los más prósperos del East Side. Paul Kelly le había garantizado protección a cambio de pagar una cuota a los Five

Pointers.

Twist y Dahl visitaron a Bottler en una cálida noche de verano, y este último fue informado de que a partir de ese momento Dahl sería su socio en el *stuss* y que debían dividir las ganancias en dos partes iguales. Bottler protestó, pero aceptó a la fuerza ya que la alternativa era la muerte. Daba por seguro que estaría de cuerpo presente antes de que Paul Kelly pudiera enviar a sus hombres al rescate. Durante varias semanas, Bottler y Dahl compartieron las ganancias del juego, y luego Twist le comunicó a Bottler que su parte del *stuss* había ido a parar a Nailer, un tipo que había desairado al líder de la banda Pointers y que se merecía una recompensa por ello. Invitaron a Bottler a buscarse la vida en otra parte pero, por pura desesperación, cerró a cal y canto su local y juró que se defendería a él y a su *stuss* contra las acciones de Twist y sus pupilos. Dahl, indignado, asedió el lugar de inmediato. Pero mientras se paseaba por la calle blandiendo su arma y provocando a Bottler, entró en escena un detective. Al día siguiente, Dahl fue multado con cinco dólares por perturbar la paz del lugar. Impusieron una multa similar a Bottler por ser la causa de los disturbios.

Twist y sus consejeros se la tenían jurada a Bottler, y decidieron que solo la sangre podría vengar la afrenta y reforzar la autoridad del líder de su banda. Pero la policía era consciente de los planes de Twist y sabía que Bottler corría peligro si Dahl o Twist entraban en su local. Rápidamente, Twist hizo venir desde Brooklyn a Vach Lewis, alias Louie *el Ciclón*, un luchador profesional que de vez en cuando aparecía en los números de Coney Island y emocionaba a los turistas doblando barras de acero que se colocaba alrededor del cuello y los brazos. Louie *el Ciclón* aceptó matar a Bottler por su amistad con Twist y Dahl, y quedaron en la hora y el día exactos del asesinato. En esa hora determinada, Twist estaba en la comisaría de la calle Delancey discutiendo con un agente sobre la puesta en libertad de un gánster que había provocado su arresto para la ocasión. Mientras tanto, Dahl estaba discutiendo con el dueño de un restaurante de la calle Houston. De esta forma los líderes se procuraron una coartada, lo que permitió que un tipo con un sombrero hasta los ojos entrara en el salón de *stuss*, se acercara a Bottler y le disparara dos veces en el corazón en presencia de veinte hombres. Cuando vino la policía solo quedaba el cadáver de Bottler. Al cabo de unos días, el salón volvió a abrir sus puertas con Dahl y Nailer al frente del negocio. Dahl hizo alardes de lamentar la desgraciada muerte de su socio, y colgaron un crespón negro en la puerta del establecimiento.

Mientras Twist se ocupaba del caso Bottler y se consolidaba como sucesor de Monk Eastman, la suerte le giró la cara a Paul Kelly, quien finalmente eligió a Razor Riley y Biff Ellison (Ellison *el Bofetón*) como instrumentos para precipitar la caída del rey de los Five Pointers. Ellison se estrenó en el mundo de los bajos fondos como gorila de un local de la calle Bond, donde se ganó su apodo. Luego se convirtió en mandamás de un establecimiento de la calle Chrystie, y llamó mucho la atención cuando dejó inconsciente a un policía con una botella de cerveza. Nunca se supo el motivo de la fuerte enemistad que surgió entre él y Kelly, aunque un detective se

aventuró a decir que debió de ser por la negativa de Kelly a concederle a Ellison el honorable puesto de jefe del New Brighton, que dejó vacante Jack McManus cuando fue asesinado.

Fuera cual fuera el motivo, la indiferencia de Paul Kelly se convirtió en una obsesión para Ellison. Razor Riley estaba en las mismas, ya que en una ocasión Kelly en persona lo había echado del New Brighton y nunca olvidó el ridículo que pasó. Además, como destacado Gopher, Riley siempre estaba dispuesto a emprender cualquier proyecto que desmoralizara o desbaratara a otra banda. Ellison y Riley, ambos medio borrachos, charlaron largo y tendido sobre estos asuntos en una mesa del local de Mike Salter, en la calle Pell. Hablaron sobre la posibilidad de planear un asalto en el New Brighton. Cuanto más bebían, más atractiva les parecía la iniciativa, ya que pensaron en la opción de matar a Paul Kelly y ganarse con ello un gran nombre en el mundo de los gánsteres. A las once y media salieron del local de Mike y caminaron rumbo norte por la suave nieve que había caído en esa noche de invierno. Llegaron al New Brighton, donde se reunía la flor y nata de los gánsteres en sus fiestas nocturnas.

Cuando Ellison y Razor entraron en el local, Paul Kelly estaba sentado en una mesa del fondo, hablando con Bill Harrington, Rough House Hogan y la novia de Harrington, Cora *la Rubia*. Por unos instantes, los atacantes se quedaron en la puerta de entrada y luego, cada uno con un revólver, se acercaron a la pista de baile. La música se detuvo en seco y la gente se abrió en todas direcciones, ya que el frío destello de las armas avecinaba un asesinato. Harrington soltó una amenaza cuando los intrusos estuvieron a pocos metros de Kelly. Razor se dio media vuelta y le disparó en la cabeza. La bala de Ellison atravesó la manga del abrigo de Kelly, y este se escondió debajo de la mesa. Salió por un costado con un revólver en cada mano, y devolvió la descarga a Ellison y Riley. De repente, alguien apagó las luces y durante cinco minutos no se escuchó más que el intercambio de disparos. Los gánsteres y sus señoras, que no tenían nada que ver con este asunto, abandonaron el local por las puertas y ventanas. Al cabo de media hora vino la policía, y el lugar que hacía solo un rato irradiaba luz y diversión, se había convertido en una cueva oscura y desierta donde solo quedaba el cadáver de Harrington tendido en el suelo.

Ellison y Riley no salieron heridos, pero tres balas habían atravesado el cuerpo de Kelly y sus amigos lo llevaron a Harlem. Permaneció aislado y en reposo absoluto durante un mes, mientras se movían los hilos políticos necesarios para garantizar su seguridad. Luego se entregó a la policía, aunque nunca lo llevaron a juicio porque se aceptaron sus alegatos de ataque en legítima defensa. Razor Riley huyó a Hell's Kitchen, y murió de neumonía antes de que la policía lograra dar con él. Biff Ellison se marchó a Baltimore. No lo localizaron hasta 1911, cuando regresó a Nueva York. Lo procesaron de inmediato y lo enviaron a Sing Sing con una condena de entre ocho y veinte años. Enfermó y se volvió loco antes de que le diera tiempo a cumplirla.

El New Brighton nunca volvió a abrir sus puertas después del golpe de Riley y

Ellison, pero cuando Paul Kelly se recuperó de sus heridas abrió otro local en la calle Great Jones, al que llamó Pequeño Nápoles. La desgracia, sin embargo, se había cernido sobre él y el nuevo establecimiento acabó cerrándose por la presión de los reformistas de 1906. Así pues, los Five Pointers carecían de un liderazgo definido y su prestigio se puso en entredicho. El poder de Kelly fue en declive, aunque conservó el mando durante muchos años frente a algunos de los tipos más duros y más rápidos con el gatillo. Todos estos elementos buscaban los favoritismos de Kelly y hacerse un nombre en el cuadro de honor de los bajos fondos. Uno de estos tipos ambiciosos era Louis Pioggi, alias Louie *el Burro*, quien se unió a los Five Pointers en 1906 como joven ratero. Con solo diecinueve años se convirtió en todo un personajillo, porque le tocó el trabajo de vengar a Bottler y acabar con la antigua banda de Monk Eastman.

En las tardes de verano, los líderes y sus hombres de confianza solían relajarse en las tabernas y en salas de baile de Coney Island. Más tarde, regresaban a los tugurios de Chinatown y Bowery. La noche del 14 de mayo de 1908, Twist *el Niño* y Louie *el Burro* decidieron agraciarse la isla con su presencia, sin saber que les esperaba su adversario. Louie se paseó por la zona durante un buen rato y luego fue a la sala de baile donde trabajaba Carroll Terry, una bailarina encantadora. La chica, sin embargo, ya le había dado a entender a Louie que prefería las atenciones del ilustre Twist. Louie bailó con ella y, tras hacerse de rogar, la muchacha le prometió que regresaría a Manhattan con él después de acabar su trabajo esa noche. Al cabo de media hora, Twist y Louie *el Ciclón* entraron en la sala de baile y se sentaron en una mesa. Carroll se unió a ellos y bebieron unas cervezas. Louie *el Burro* no pudo más que mirarlos y se marchó del lugar con rabia y celos en su corazón, ya que sabía que la chica no se marcharía con él en presencia de Twist. Anduvo por la avenida Surf y entró en una taberna, donde se bebió cuantas copas de *whisky* le sirvieron. Al cabo de un rato entraron Twist y Louie *el Ciclón*. Le acompañaron con la bebida, a pesar del evidente mal humor y desagrado en la cara de Louie.

—Acabo de ver a Carroll, Louie —dijo Twist con una sonrisa burlona—, y dice que eres el tipo más desgraciado que conoce.

Louie *el Burro* se reconcomía por dentro, pero no soltó ni una palabra.

—Dice que eres como una maldición —continuó Twist—, siempre saltando de un lado a otro. Veamos si es así, Louie. ¡Salta por la ventana!

Louie *el Burro* dudó un instante, pero la mano de Twist se acercaba peligrosamente a su bolsillo. Así que saltó. Acabó en el suelo a cuatro patas, y se quedó un momento de cuclillas debajo de la ventana escuchando las sonoras carcajadas de Twist y Louie *el Ciclón*. Luego se acercó a un teléfono. Llamó a un alto cargo de los Five Pointers y le expuso su caso. Debía matar a Twist *el Niño* y debía hacerlo de inmediato, ya que según los códigos de honor en el país de los gánsteres había sido vilmente insultado y humillado.

—Tengo que acabar con él —dijo Louie *el Burro*.

—Por supuesto —contestó el mandamás—. Tú entreténlos y yo envío a unos

cuantos hombres. Cuando vengan mis chicos sacas a esos tipos a la calle y abre fuego. Los chicos se ocuparán de los chulos de Twist.

Los seis Five Pointers llegaron a Coney Island tan pronto como los coches de caballos se lo permitieron. Cuando entraron en el local donde Louie *el Burro* había salido de forma tan deshonrosa, encontraron a Twist y a El Ciclón sentados en la mesa alardeando de la historia que sería el hazmerreír de Bowery al día siguiente. Louie *el Burro*, con la mirada iracunda de sus ojos negros, se sentó en un antiguo cupé arrinconado en una esquina. El líder de los Five Pointers habló un rato con el conductor del vehículo y le dio algo de dinero. Uno de los gánsteres entró en el carruaje y cogió las riendas, mientras el propietario del cupé se confundía entre los peatones. Al cabo de un momento, un gánster al que Twist no conocía entró en el local y se acercó tímidamente al líder.

—¿Es usted Twist? —dijo—. Carroll Terry quiere verle fuera de inmediato.

—Claro —contestó Twist— ahora salgo. Vamos, Louie.

Los dos hombres salieron a la calle y una voz gritó:

—¡Adelante, Twist!

Twist se dio la vuelta y encontró enemigos por todas partes. Pero antes de que pudiera sacar el revólver, Louie *el Burro* le disparó una bala en la sien y luego en el corazón mientras se derrumbaba en la acera. El Ciclón echó a correr, pero los pistoleros de Five Pointers lo alcanzaron y lo acribillaron. El gánster acabó tendido sobre el cadáver de su jefe. Carroll Terry, de camino a reunirse con Twist, llegó a la escena del crimen a tiempo para recibir una bala en el hombro de parte de Louie *el Burro*. También acabó tendida sobre el cadáver de Twist.

Todo ocurrió en pocos segundos. Al ver las víctimas apiladas en la acera, los Five Pointers huyeron del lugar. Louie *el Burro* se subió al cupé, disparó al casco de un policía que se estaba entrometiendo y partió hacia Manhattan. Allí se quedó hasta que los políticos movieron los hilos necesarios. Louie fue procesado pero alegó homicidio involuntario. Lo condenaron a once meses en la penitenciaría de Elmira, pero no se impresionó por ello: «¡Y qué son once meses! Me los podría pasar haciendo el pino».

3

Un año después del asesinato de Twist *el Niño*, en junio de 1909, Monk Eastman salió de la prisión de Sing Sing en virtud de una ley que otorgaba la libertad condicional a los condenados por primera vez que hubieran cumplido la mitad de su condena. Eastman regresó de inmediato a East Side, pero se dio cuenta de que era un rey sin corona y un general sin ejército. La muerte de Twist había desmoralizado aún más a la banda de Eastman, y empezó a dividirse en distintas facciones que a veces se enfrentaban. Humpty Jackson y otros líderes estaban en la cárcel, otros habían sido

asesinados, y algunos grupos dentro de la banda habían desaparecido. Incluso Paul Kelly fue testigo de las pintadas en las paredes por parte del Comité de los Catorce y otras organizaciones reformistas. A pesar de que había conservado gran parte de sus contactos del centro de la ciudad y siguió en el poder durante varios años, se vio obligado a trasladar su sede central de operaciones a Harlem. Allí hizo sus primeros experimentos en la trata de mano de obra, una ocupación que le reportaría muchos beneficios cuando se reformó. Organizó las patrullas recolectoras en los vertederos del río East y la calle 108, y se convirtió en su agente comercial y delegado. En cuestión de meses convocó una huelga, y tres hombres resultaron muertos en las reyertas que siguieron al intento de los patronos de acallar la huelga con gánsteres importados del centro de la ciudad. Los miembros de la banda de Kelly aceptaron comisiones de una camarilla de agentes inmobiliarios que codiciaban las ricas mansiones que aún quedaban al norte del distrito Yorkville. Cuando los propietarios se negaban a vender esas casas, los gánsteres emprendían una campaña de acoso y destrucción en la zona. Primero robaban las cañerías y luego trozos de fachadas. Después hacían agujeros en los tejados, rompían ventanas, destruían porches y hacían estallar puertas con pequeñas bombas. Si los propietarios seguían en sus trece, los gánsteres recurrían a las palizas y a los disparos. Al cabo de unas semanas, el propietario acosado estaba encantado de vender su casa a cualquier precio y huir del vecindario. La camarilla de inmobiliarios reconvertía las casas en viviendas de segunda clase y las llenaba de italianos que ya empezaban a invadir el norte del East Side.

Eastman trató desesperadamente de reorganizar su banda y recuperar su supremacía, pero fue incapaz de reclutar a más de una decena de sus pupilos. Así que volvió a su antigua ocupación de ladrón, ratero, carterista y estafador. Trabajó en la sombra durante tres años, pero en 1912 los detectives entraron en su apartamento de la calle Trece Este y lo pillaron fumando opio. También encontraron el equipamiento necesario para procesar la droga. El juez Mayer le condenó a ocho meses de prisión. En septiembre de 1914, Eastman fue de nuevo arrestado en Búfalo y acusado de robo, pero lo absolvieron. En junio del año siguiente, fue acusado de robo en Albany y lo enviaron a la prisión de Dannemora por dos años y once meses. En septiembre de 1917, lo arrestaron otra vez por participación en una pelea, pero lo absolvieron cuando compareció ante el juzgado de primera instancia. Al día siguiente, Monk se presentó a las oficinas de los Yonkers y se alistó en la infantería 106 de la Guardia Nacional de Nueva York, con el nombre de William Delaney. Pasados unos meses, partió a Europa con su regimiento.

El hombre que había dirigido con mano dura las actividades de mil gánsteres se acostumbró enseguida a la rigurosa disciplina del ejército y sirvió en la Primera Guerra Mundial con honores y distinciones. Las balas no le causaban el más mínimo pavor, acostumbrado como estaba a las reyertas a tiros en el East Side. Cuando su pelotón se retiraba, Eastman siempre estaba al frente de la descarga. En una ocasión,

cuando su compañía quedó relevada después de hostigar una línea de fuego especialmente peligrosa, Eastman le preguntó a su comandante si podía quedarse con las tropas de relevo como camillero. Mientras el resto de soldados de su regimiento descansaban, él servía en primera línea de fuego, llevando a los heridos a la retaguardia. Cuando fue él quien resultó herido, escapó de los cuidados de sus enfermeras después de pasar tres días en el hospital de campaña. Desarmado y casi sin ropas, llegó al frente y se unió a su comandante. Monk Eastman no recibió condecoraciones por su valor, pero se ganó la estima y la confianza de sus compañeros y sus oficiales. Cuando el regimiento volvió a América, el comandante de Eastman cursó una petición al gobernador Alfred E. Smith para que el gánster pudiera recuperar su ciudadanía. El capitán de su compañía escribió al gobernador: «Eastman era un soldado tranquilo y disciplinado, y siempre mostró una gran devoción y amabilidad hacia sus camaradas».

El 3 de mayo de 1919, el gobernador Smith firmó una orden ejecutiva en virtud de la cual Eastman recuperaba su ciudadanía americana. El antiguo rey de los gánsteres aseguró que reformaría su vida. La policía le consiguió un trabajo, y no volvió a llamar la atención hasta la mañana del 26 de diciembre de 1920, cuando hallaron su cuerpo sobre una acera frente al café Blue Bird, en el número 62 de la calle Catorce Este, a la altura de la Cuarta avenida. Le habían disparado varias veces hasta que cayó muerto. Al cabo de unos días, Eastman fue enterrado con honores militares. En diciembre de 1921 Jerry Bohan, un agente del comité de la Ley Seca, se declaró culpable de homicidio involuntario en primer grado, y fue condenado de tres a diez años de prisión. Le concedieron la libertad condicional a finales de 1923. Bohan alegó que se había peleado con Eastman por una propina a un camarero. Pero la verdad es que, cuando los detectives hicieron sus averiguaciones, descubrieron que Monk había pasado alcohol de contrabando y vendía drogas.

Capítulo catorce

LAS GUERRAS DE LOS TONGS

1

La calle Doyers es una pequeña vía sinuosa que avanza contorneándose desde la plaza Chatham a la calle Pell. Junto con las calles Pell y Mott conforma el barrio chino de Nueva York. Doyers ha sido siempre el centro neurálgico de este barrio y el escenario principal de su turbulenta existencia. Es una calle huérfana que los primeros recuentos históricos de Nueva York ignoraron por completo, de modo que se desconoce por qué recibió ese nombre. Es muy probable que honre la memoria de Anthony H. Doyer, quien en 1809 construyó una casa en el número 3. Después de vivir en ella varios años, se mudó a la calle Hudson. Al principio, seguramente se llamaría Doyer's Lane o Doyer's Road, y luego acabaría registrada como Doyer's Street. Con el tiempo, un pintor descuidado se olvidó del apóstrofo y pasó a llamarse Doyers Street, tal como la conocemos hoy en día. Según cuenta una antigua leyenda, uno de los primeros Doyers enterró entre las paredes de su casa un tesoro de treinta y cinco millones de dólares en oro. Evidentemente, muchos han tratado de derribar tabiques y han cavado fosos en la tierra, pero sin éxito. La enorme cantidad de la suma pone en entredicho la veracidad del relato, pero lo cierto es que sigue vivo en la memoria de la gente y de vez en cuando surge alguien que dice ser el heredero de la mítica fortuna de Doyer. Explica su cuento y luego desaparece cuando se entera de que los administradores de la propiedad de Nueva York no tienen constancia de la existencia de este botín.

La calle no tenía mucho movimiento, aunque en los primeros tiempos de Nueva York debió de emplearse como vía secundaria de cierta importancia. Es cierto que conecta la calle Pell con la plaza Chatham, pero la calle Pell atraviesa dos manzanas hasta llegar a Bowery. La Doyers no es apta para el tráfico porque es demasiado estrecha. Se parece a uno de esos pasajes angostos a los que las Fuerzas Americanas Expedicionarias solían llamar «las secciones extranjeras de las ciudades francesas». Mide un poco más de sesenta metros de largo, y es tan sinuosa que para recorrerla toda es casi mejor seguir las indicaciones para llegar a la casa de Kassim Baba: primero girar a la derecha y luego a la izquierda, y de nuevo a la derecha y después a la izquierda. En vez de la cruz azul encaramada en uno de los pilares del palacio de Kassim, encontramos un muro elevado en el extremo de la calle Pell. Pertenece al hogar Hip Sing Tong, pintado de rojo. Del muro de la fachada principal cuelgan unas láminas blancas con inscripciones chinas de color naranja y negro. Este muro es el

tablón de anuncios de Chinatown. Fue allí, durante los conflictos Tong, donde se colgó una declaración de guerra que todo el mundo supo leer menos los estúpidos demonios blancos. Igualmente, el local publicita los edictos del Sindicato de Jugadores y del Bin Chin, una agencia de supervisión muy eficaz para los Tongs cuando el juego era el principal entretenimiento del barrio.

Hace cien años, la sección que ahora se conoce como Chinatown era un distrito de viviendas de ladrillo donde principalmente vivían familias alemanas. También había algunas familias irlandesas respetables que poco tenían en común con sus hermanos camorristas de Five Points. Pero en 1858, un chino cantonés llamado Ah Ken vino a Nueva York y se instaló en la calle Mott. Abrió un pequeño estanco en Park Row y el negocio le fue bien. Diez años después, hizo su aparición Wah Kee, quien abrió un establecimiento en el número 13 de la calle Pell, a media manzana de Doyers, donde vendía verduras, conservas, dulces y curiosas piezas de artesanía. La mayoría de sus ganancias, no obstante, le venían por los juegos de azar y los salones de opio que regentaba en el piso superior de su tienda. Inmediatamente, atrajo la atención de la chusma de Bowery y de la plaza Chatham, y el talante del vecindario empezó a cambiar.

Las estafas de Kee eran excelentes, y la policía toleraba hasta cierto punto sus actividades. Las noticias del éxito de Kee llegaron a oídos extranjeros y en cuestión de dos años otro chino cantonés abrió una tienda que no era más que una tapadera para un salón de juego y de opio. En 1872, ya había doce chinos en el distrito, y en 1880 la cifra se incremento a setecientos. Luego empezaron a llegar a raudales, y no pasó mucho tiempo hasta que lograron echar a los alemanes y a los irlandeses y usurparan sus viviendas de Doyers, Mott y Pell. Mientras tanto, el flujo de inmigrantes chinos se extendió hasta Bowery y las calles del sudoeste de la plaza Chatham. En 1910, se calculó que había entre diez mil y quince mil chinos en Nueva York, pero actualmente es posible que no queden ni la mitad porque, en los últimos años, las colonias chinas han emigrado a ciudades de Nueva Jersey, especialmente a Newark, que ya cuenta con una colonia oriental más numerosa que Nueva York.

Por lo que parece, las guerras Tong empezaron en 1899 y, salvo una o dos que las incitaron las mujeres, todas fueron provocadas por los distintos intereses referidos al negocio del juego. Los Tongs son tan americanos como el *chop suey*, del que se dice que lo inventó un lavaplatos en un restaurante de San Francisco. El primer Tong se organizó en 1860, en los campos de maíz del oeste, y con el tiempo se convirtieron en asociaciones para el reparto de los privilegios concedidos por los salones de ocio. En sus mejores tiempos, se jugaba abiertamente al *fan tan* y al *pi gow* en las calles Mott, Doyers y Pell. Prácticamente cada comercio ofrecía estos juegos de azar, y en la quietud de la noche los humos del opio que se fumaba en los sótanos y en las sórdidas habitaciones sobre los salones de juego invadían la calle y se mezclaban con la fragancia de la cerveza picada, el *whisky* rancio y el sudor humano de hombres de todas las razas. En los años noventa, había doscientos salones de juego y casi la

misma cifra de ratoneras de opio en este pequeño triángulo formado por las tres calles de Chinatown. Estos tugurios pagaban una media de diecisiete dólares a la semana a la policía, otras sumas más pequeñas a los jefes de los grupos Tong, y un porcentaje de las ganancias al Sindicato de Jugadores. Esta última suma salía directamente de los bolsillos de los jugadores y se asignaba a los Tongs, pero era un monto suplementario al tributo habitual. La eficacia con la que operaba el Sindicato quedó bien patente con el siguiente letrero que se distribuyó en Chinatown en el año 1897 después de que la policía, en un repentino alarde de honradez, hubiera cerrado los antros por unas semanas:

Aviso a los cazafortunas:

Los salones de juego se abren de nuevo. Como deben pagarse gastos extra, ha entrado en vigor una nueva ley. En vez del antiguo porcentaje del siete por ciento, a descontar de las ganancias superiores a cincuenta centavos, ahora se fija un nuevo porcentaje. A partir de ahora se establece una tasa de un siete por ciento que se deducirá de todas las ganancias, y una tasa del catorce por ciento en todas las ganancias superiores a los veinticinco dólares.

Cada salón de juego debe colocar este anuncio en un lugar visible.

Los inspectores del Sindicato de Jugadores visitarán todas las salas de juego para comprobar que se cumpla esta ley. Si algún establecimiento no la cumple, será penalizado con una multa de diez dólares, la mitad de la cual se entregará al informante.

Redactado y sellado en el año 17 de Quong Soi, Rey, y el mes 9 (octubre).
Sindicato Bin Ching de Nueva York.

Durante la edad de oro del *fan tan* y el *pi gow*, Tom Lee estuvo al frente de los On Leongs y era el rey de todos los salones de juego. Los Hip Sings eran humildes y sumisos, y solo tenían permiso para ofertar unos cuantos juegos. Además, Tom Lee controlaba los únicos votos chinos en la ciudad de Nueva York, seis en total, y cuando llegaba el momento votaba temprano y varias veces, de modo que se convirtió en el amo y señor del distrito y el preferido de los políticos. Como muestra de la gran estimación que le profesaban, le llamaban el Alcalde de Chinatown y le otorgaron el puesto de *sheriff* segundo del condado de Nueva York. Por eso, el cabecilla de los On Leongs se pavoneaba por las calles con un espléndido medallón en forma de estrella que le relucía sobre la camisa. Embutía su enorme cuerpo en un traje de cota de malla, y siempre reposaba las manos en los hombros de dos criados que caminaban a su lado. La vida le sonreía a Tom Lee en esa época. Era rico y poderoso, y nadie le hacía la sombra excepto Wong Get, un tierno y afable chino que luchó durante diez años para derrocar a Lee de su pedestal. Pero Wong Get fracasó estrepitosamente, y tal vez fuera porque todo Chinatown se reía de él, ya que era un

dandi de lo más fino. Llevaba el pelo corto y vestía trajes blancos, y sus compatriotas pensaban que con ese aspecto no podían confiar en él.

Pero a principios de 1900, el fluir pacífico del poder de Lee se vio bruscamente interrumpido por la aparición de Mock Duck, un tipo rechoncho, soso, bajito y muy pálido que deseaba ser el emperador del distrito, de modo que se convirtió en el terror de Chinatown. Mock Duck era una curiosa mezcla de valentía y cobardía. Vestía una camisa de cota de malla con la que todos los matones Tong de la época protegían sus preciosos cuerpos. Llevaba consigo dos pistolas y un hacha. A veces luchaba con arrojo, porque se ponía de cuclillas en la calle, cerraba los ojos y abría fuego contra los On Leongs con total indiferencia hacia su propia seguridad. Rara vez daba con el blanco, pero en la medida en que sabía apretar el gatillo resultaba un peligro para cualquiera que se encontrara en su campo de mira. Otras veces, Mock Duck huía río arriba hasta San Francisco o Chicago, aunque siempre regresaba lleno de planes nuevos para molestar a los On Leongs. Sin embargo, estas escapadas bien pudieron ser estratégicas. Es bastante probable que, en realidad, Mock Duck no tuviera miedo de nadie salvo de su esposa, Tai Yu. Un día, la señora invadió el apartamento de una mujer china de la calle Division, y Duck estaba allí. Agarró a su esposo por el pescuezo y lo arrastró hasta casa, deteniéndose en cada esquina para abofetearle y darle patadas. Después de esto, Duck tuvo que seguir disparando mucho tiempo con sus pistolas para apaciguar las risas que provocaron tan deshonesto incidente.

Mock Duck era un jugador notable en una tierra de jugadores sin par. Apostaba por cualquier cosa. Era famoso por apostar toda su fortuna a que el número de semillas en una naranja cogida al azar iba a ser par o impar. Incluso apostaba en cuestiones de religión. Como oyó hablar mucho del poder del Dios cristiano y vio pruebas de ello en la relativa prosperidad de los pobres policías mal pagados, adornó la pared de su casa con el lema del dólar americano: «Confiamos en Dios». Al cabo de unos años, después de que la Asociación para la prevención del crimen le hubiera ayudado involuntariamente en sus estrategias contra los On Leongs, sustituyó sus deidades chinas en el hogar Hip Sing Tong por un enorme retrato al carboncillo de Frank Moss, consejero del famoso doctor Charles H. Parkhurst, en su afán por perseguir al diablo.

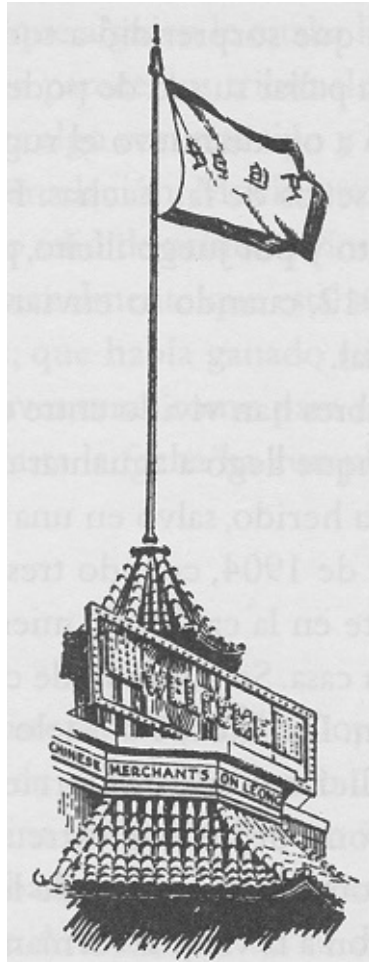
Wong Get desistió muy pronto de su contienda contra Tom Lee cuando Mock Duck llegó a Nueva York. Pero siguió siendo una autoridad en los consejos de los Hip Sings, y Mock Duck se alió con él. En cuestión de un año, Mock Duck ya había asumido el mando de Tong y aumentó el número de miembros admitidos para sentirse más fuerte que el señor de On Leongs. Pidió discretamente que el potentado del barrio le diera la mitad de los intereses lúdicos en Chinatown, o que se preparara para la guerra. Tom Lee se puso a reír, y todo Chinatown salvo los hombres de Hip Sing Tong se unieron a sus carcajadas. Pero pronto se acabaron cuando dos de los votantes de Tom Lee murieron en un incendio que destruyó una pensión de On Leong en la calle Pell, que por aquel entonces aún no era la calle de los Hip Sings. Lo fue

después, cuando los On Leongs huyeron a la calle Mott. A pesar de que Mock Duck negó indignado cualquier tipo de relación con la catástrofe, era evidente que se había convertido en un tipo influyente que debía ser tenido en cuenta. Con el fin de enseñarle una lección, uno de los On Leong, armado con un hacha, salió a buen paso y degolló al primer Hip Sing que encontró en la calle Doyers.

Mock Duck sacó de inmediato la bandera colgada en una persiana del hogar Hip Sing Tong, y durante varios años se libró, literalmente, una guerra. Los Cuatro Hermanos se unieron con los Hip Sings, y los hombres hacha de Mock Duck hicieron grandes esfuerzos para matar a Tom Lee. Casi lo consiguieron, ya que uno de ellos disparó una bala que atravesó la ventana del dormitorio de On Leong y fue a parar al despertador de su mesilla de noche. En medio de todo este clima de asesinatos, Mock Duck visitó la Asociación Parkhurst y le dio a Frank Moss las direcciones de los principales salones de juego de On Leong. Moss se ocupó del resto, y obligó a la policía a organizar redadas en estos establecimientos. Y a medida que iban cerrando, Mock Duck y Wong Get los abrían de nuevo con hombres de Hip Sings a la cabeza. Los locales lúdicos marchaban la mar de bien, con la única diferencia de que las ganancias iban a parar a Mock Duck y Hip Sings en vez de a Tom Lee y los On Leongs. Mock Duck proclamó que Frank Moss era en realidad un Dios muy poderoso, ya que tanto Moss como Parkhurst hicieron oídos sordos a las protestas de Tom Lee. Esta guerra tan particular siguió su curso natural hasta 1906, cuando el juez Warren W. Foster invitó a su casa a los líderes de Hip Sings y a los de On Leongs, con el propósito de inducirles a firmar un tratado de paz en virtud del cual los On Leongs tendrían la supremacía de la calle Mott, y los Hip Sings la de Pell. La calle Doyers sería territorio neutral. El acuerdo se festejó por todo lo alto en el restaurante Port Arthur, entre la calle Mott y la plaza Chatham. En honor a la ocasión, Tom Lee bebió ciento siete copas de vino de arroz.

Pero ni siquiera dio tiempo a que se secase la tinta del contrato. Un pistolero de Hip Sing disparó a un tipo de On Leong en un recodo de la calle Doyers, y al cabo de una semana los oxidados revólveres y las hachas se desfundaron de nuevo con mayor virulencia. Pasaron seis meses hasta que el juez Foster, con la ayuda del gobierno chino, negociara otra tregua que se aguantaría hasta la gran guerra de 1909.

Mientras Mock Duck se iba haciendo un nombre, los agentes de la Gerry Society empezaron a fisgonear en su casa. Investigaban el rumor de que Ha Oi, la hija adoptada del líder Tong, era una hija blanca. Los tribunales descubrieron que era hija de una tal Lizzy Smith, quien se casó con Wu Ching Mung, de San Francisco, tras la muerte de su esposo blanco. Cuando Lizzie Smith falleció, Wu Ching se casó con Tai Yu, y cuando Wu Ching Mung murió, Tai Yu se casó con Mock Duck, y por tanto Ha Oi fue a vivir a casa del cabecilla Hip Sing. Le arrebataron la hija cuando los agentes de la Sociedad descubrieron que dormía a los pies de un sofá donde descansaban Duck y su prima con todo un despliegue de opio.



Bandera de tregua en el Hogar On Leong Tong, en la calle Mon

Mock Duck, frenético, recorrió las calles de Chinatown con los ojos llorosos y pidiendo ayuda. Elevó el caso a la División de Apelaciones del Tribunal Supremo, pero perdió. Desesperado, entregó sus intereses y negocios lúdicos a Wong Get e inició un viaje por toda América. Jugó con entusiasmo en Chicago, en San Francisco y en la Costa Oeste. Al cabo de un año, volvió a Chinatown con treinta mil dólares en el bolsillo y unas cadenas de diamantes que le salían de la camisa. Se cambiaba de traje tres veces al día, un hábito que sorprendió a todo el barrio. Pero la riqueza no podía paliar su sed de poder. Tan pronto como llegó, se empezó a oír de nuevo el rugido de los revólveres y los golpes secos de las hachas. Fue arrestado varias veces por asesinato y por juego ilícito, pero nunca fue condenado hasta 1912, cuando lo enviaron a Sing Sing por una trama policial.

Pocos hombres han vivido entre tantos balazos como Mock Duck, aunque llegó a aguantar más de diez años sin que nunca saliera herido, salvo en una ocasión. Sucedió el 4 de noviembre de 1904, cuando tres On Leongs aparecieron de repente en la calle Pell, mientras Mock tomaba el aire frente a su casa. Se pusieron de cuclillas, cerraron los ojos y dispararon. Duck cayó al suelo con una bala en su cintura. Los

policías vinieron corriendo desde la calle Doyers y entraron por los dos extremos de la calle Pell, pero solo lograron arrestar a uno de los pistoleros de On Leong. Protegieron a la víctima formando una barrera protectora con sus cuerpos y luego se encaminaron hacia el coche policial de la plaza Chatham. Hip Sings no paraba de blandir hachas y pistolas, en un intento desesperado de encontrar una brecha por donde colarse y disparar.

Mock Duck permaneció tres semanas internado en el hospital, pero cuando salió estaba en plena forma y con mucha sed de venganza. Y la tuvo. Las calles Mott, Doyers y Pell hacían eco de los disparos que los iracundos Hip Sings dirigían contra los escurridizos On Leongs. Mock Duck estuvo al frente de cada refriega hasta su arresto en 1912. No se reunieron pruebas concluyentes contra él y siempre insistía en que alguien le estaba haciendo una faena. Pero, por lo que parece, los tribunales decidieron que ya era hora de hacer algo con este tipo y lo enviaron a prisión. Desde su encarcelación, Mock Duck ha permanecido inactivo. Cuando salió de prisión se instaló en Brooklyn. En 1918, declaró formalmente que estaba harto de las guerras y de los Tongs; que había ganado suficiente dinero y vivido suficientes aventuras como para no aparecer jamás por Chinatown. Hasta la fecha ha cumplido su palabra.

2

Gran parte de la historia de la calle Doyers y Chinatown se ha representado en el antiguo Teatro Chino y en Bloody Angle (La esquina sangrienta). Este último no es más que un recodo acabado en punta de la calle Doyers, frente al antiguo teatro Arcade, que en su día daba a la calle Mott. La policía se vio obligada a cerrarlo porque ofrecía una vía de escape muy fácil para los hombres hacha de On Leongs. La policía cree, y además puede probarlo, que Bloody Angle es el lugar del mundo donde se han cometido más asesinatos. Era, y es aún, un lugar ideal para las emboscadas. Tuerce con una curva muy abrupta, y ni siquiera un chino con mirada de lince es capaz de ver lo que se esconde tras una esquina. Armado con una porra y un hacha bien afilada, el asesino Tong esperaba a su víctima en el recodo. Luego la degollaba cuando esta llegaba a la esquina y el agresor huía por Arcade, o bien entraba en el teatro y luego salía a la calle Mott o Pell por unos pasadizos secretos.

Actualmente, el teatro es una misión de la Rescue Society de Nueva York. Ofrece himnos y bocadillos a los holgazanes en vez de las divertidas bromas del comediante Ah Hoon y las peripecias dramáticas de Hom Ling. Este último vino especialmente de Cantón para actuar en Nueva York y en San Francisco. El teatro abrió en 1895, y fue el primer local chino de espectáculos al este de San Francisco (y el último, salvo por las representaciones ocasionales de grupos errantes que actuaban en teatros de Bowery bajo el patrocinio de las empresas que organizan salidas turísticas por la

ciudad). El teatro pasó a manos de la Rescue Society en agosto de 1910, después de que se lo quedaran Raymond Hitchcock, el actor, y Joe Humphreys, el presentador de los combates de boxeo más importantes. Trataron en vano de someter a Chinatown a la influencia civilizada del cine. La Society investigó solo en parte los rumores de que el sótano del teatro se había utilizado durante años como cementerio para enterrar a las víctimas de las guerras Tong. No alteraron la estructura del edificio, pero crearon baños, empapelaron la entrada hasta los distintos pasillos, y eliminaron los departamentos de opio en el sótano. Aún quedan los ganchos empotrados en la obra que sostenían los camastros. También se conservan los cuadros en las paredes del auditorio, enormes frescos sobre la caza del dragón y el triunfo de la virtud. Estas son las pinturas que los locuaces guías turísticos muestran como ejemplos de arte chino sacado de los templos antiguos y llevado a América para el puro deleite de la colonia cantonesa en Nueva York. A decir verdad, Chin Yin pintó los frescos, y era el vecino de la casa de al lado, aparte de calígrafo, pintor artístico y de brocha gorda. Le pagaron treinta y cinco dólares por esta obra.

Los primeros promotores del teatro hicieron todo lo posible para que la empresa funcionara, ya que solo cobraban veinticinco centavos por la entrada y necesitaban llenar la sala cada noche para cubrir gastos y salarios. También les preocupaba que, al estallar las guerras Tong, los On Leongs, los Hip Sings y los Cuatro Hermanos se encapricharan con el teatro como escenario donde celebrar sus luchas y asesinatos. Muy a menudo, el gran Hom Ling se veía obligado a abandonar su actuación porque un Hip Sing cernía su hacha sobre el cuello de un On Leong mientras este disfrutaba de la función sentado tranquilamente. También era normal que la obra se viera interrumpida por el rugido de los revólveres, porque con el tiempo los chinos se aficionaron a las armas de los demonios blancos, incluso cuando decidieron ignorar sus leyes. Pero la verdad es que los chinos no eran buenos tiradores. Su táctica consistía en apuntar el arma en la dirección aproximada donde estaba su víctima, cerraban los ojos y apretaban el gatillo hasta que se acababan las explosiones.

Ah Hoon, a quien los críticos de teatro alaban como un actor de sobrado talento, fue asesinado porque insistió en intercalar entre sus actuaciones distintos comentarios acerca de las actividades del barrio. Puesto que era un fiel miembro de On Leong Tong, sus agudezas y cumplidos no solían dejar bien a los Cuatro Hermanos y a los Hip Sings. Estos comentarios acabaron doliendo a muchos, y el reverendo Huie Kim, católico y director de la misión Morning Star de la calle Doyers, advirtió a Ah Hoon de que estaba pisando terreno peligroso. Además, se atrevió a decir públicamente que el actor era un hombre malo. Pero Ah Hoon siguió en sus trece y, cuando los Cuatro Hermanos y los Hip Sings declararon la guerra a los On Leongs por otras razones, el actor no puso límite a sus bromas sobre los enemigos de su grupo Tong. Los Hip Sings y los Cuatro Hermanos decidieron matarlo y, en un alarde de justicia, despacharon a un mensajero para avisar a Hoon de sus intenciones. El mensajero le comunicó incluso el día y la hora exactos en que moriría y que, además, como había

sido tan punzante con sus comentarios, moriría en escena.

El 30 de diciembre de 1909, después de que Tom Lee dimitiera temporalmente como cabecilla de los On Leongs y abandonara la ciudad para escapar de las balas, una vecina china de Ah Hoon fue a la policía y pidió protección para el actor amenazado. Dos agentes y el sargento John D. Coughlin, actualmente inspector jefe de policía, acompañaron a Ah Hoon al teatro, y se sentaron en el escenario durante la función. Llamaban la atención con sus uniformes azules. Ah Hoon actuó con miedo, abreviaba las frases y no soltó ningún chiste sobre los Hip Sings o los Cuatro Hermanos. El teatro estaba abarrotado porque los rumores del posible asesinato del actor habían corrido por todo Chinatown. Fuera del recinto, se congregó una nutrida multitud que había venido a propósito para no perderse el espectáculo y no había conseguido ni siquiera una entrada de pie en platea. Los asesinos de Hip Sing temían a la policía, se echaron atrás y no mataron a Ah Hoon. Cuando hubo acabado la función, los agentes escoltaron al actor por el pasadizo secreto hasta su casa de la plaza Chatham. Se fue a dormir con la puerta de entrada cerrada. La única ventana de su habitación daba a un muro, pero un hombre hacha de On Leong, armado y vestido con cota de malla, montó guardia en casa del actor mientras sus colegas patrullaban las calles. Al amanecer, Ah Hoon estaba muerto. Un asesino de Hip Sing le había disparado en el corazón: lo bajaron desde el tejado con una silla de contramaestre y luego entró en la habitación de Hoon por la ventana. Hoochy-Coochy Mary, la vecina que vivía en el piso de abajo y oyó los disparos, halló el cuerpo de Hoon.

La muerte de Ah Hoon provocó un revuelo de hachas y revólveres en todo Chinatown. También fue un desenlace muy triste para los propietarios del teatro, ya que el actor era muy popular y atraía a la gente. La guerra llegó a su punto álgido durante la noche de año nuevo. El teatro estaba lleno de espectadores, ya que esa era la celebración por excelencia del año chino, y habían corrido los rumores de que las facciones Tongs en liza habían acordado una tregua. La función corrió con mucho brío, pero de pronto alguien lanzó unos petardos a platea. La gente se abrió en todas direcciones y a punto estuvo de cundir el pánico. Se oyeron disparos y, cuando el público hubo abandonado el local, solo se quedaron cinco hombres de On Leong porque estaban muertos. Los habían matado rápida y eficazmente durante todo el ajeteo de los fuegos artificiales. Mock Duck y otros truhanes de Hip Sing fueron arrestados, pero como no hallaron pruebas de su supuesto delito quedaron absueltos.

Disgustados de que estas cosas ocurrieran en su recinto, los propietarios del teatro anunciaron su cierre. Se celebraron varias ruedas de conversaciones y, al final, a principios de 1910, se acordó que la tregua de 1906 entraría de nuevo en vigor en cuanto al teatro, y que no lucía causar más asesinatos dentro del edificio. Pero el Bloody Angle y el resto de la calle Doyers no se mencionó en este pacto de caballeros, de modo que los hombres hacha y los pistoleros que hicieron trizas el teatro se dedicaron a esperar a sus víctimas en la calle. Como consecuencia de ello, la gente dejó de asistir a las funciones. Después varios demonios blancos compraron el

teatro, y cuando Hitchcock y Humphrey fracasaron en su intento de introducir un espectáculo de cine, era evidente que el teatro chino no se podía sostener. Se convirtió en una misión y la morada del Dios de los blancos, y por tanto dejó de interesar a los chinos.

La guerra Tong en la que había muerto Ah Hoon, y que supuso el abandono del teatro por parte de los orientales, fue provocada por el asesinato de La pequeña dulce flor, o Bow Kum, una esclava cuyo padre vendió en Cantón por un puñado de dólares y que luego enviaron a Estados Unidos, donde se vendió por tres mil dólares en el mercado de San Francisco. Low Hee Tong, un alto cargo en las filas de Los Cuatro Hermanos y sus aliados los Hip Sings, fue el comprador de la muchacha. Vivió con ella cuatro años. Luego el tipo se metió en líos con la policía, y cuando no pudo conseguir una licencia de casamiento le quitaron a Bow Kum y la internaron en una misión cristiana para salvarla del pecado. Más tarde entró en escena Tchin Len, un hortelano muy trabajador que se casó con ella y la trajo de vuelta de Nueva York. Low Hee Tong presionó a Tchin Len para que le devolviera el dinero que había invertido en la chica, pero el hortelano se negó a pagar, con lo cual Low Hee expresó su desaire en una carta a los Cuatro Hermanos y a los Hip Sings de Nueva York. Sus líderes Tong creyeron que la queja era justificada, y en su nombre demandaron solemnemente a On Leong, el grupo al que Tchin pertenecía. Los On Leongs hicieron caso omiso de la demanda, y los Cuatro Hermanos y los Hip Sings rompieron de inmediato la bandera roja de tregua del hogar Tong de la calle Pell. Declararon la guerra colgando unos carteles de tono belicoso en el tablón de anuncios del barrio. Al cabo de unos días, el 15 de agosto de 1909, un hombre hacha entró a hurtadillas en casa de Tchin Len en el número 17 de la calle Mott. Apuñaló a Bow Kum en el pecho, le cortó los dedos y le propinó innumerables hachazos en todo el cuerpo.

Luego empezó la matanza. Esta fue tal vez la guerra más desastrosa que los Tongs jamás han librado en Nueva York. Las listas de víctimas revelaron cincuenta muertos y varias veces esa cifra de heridos, aparte de los cuantiosos daños materiales que provocaron las bombas. Los chinos habían empezado a experimentar con la dinamita, y los resultados fueron espeluznantes. El viejo Tom Lee aconsejó la paz antes de que los demonios blancos interfirieran y expulsaran a todos los Tongs de la ciudad. Pero los jóvenes de sangre caliente de los grupos Hip Sings, Cuatro Hermanos y On Leongs juraron por la memoria de sus ancestros que no pararían hasta exterminar al enemigo. Finalmente, el jefe de policía William Hodgins, de la comisaría de la calle Elizabeth, arropado por un grupo de comerciantes chinos ajenos a estos grupos rebeldes, indujo a los cabecillas chinos a escuchar las propuestas de paz. Primero habló con los On Leongs, y estos le dijeron que nada les haría más felices que firmar la paz con sus hermanos, pero que primero los Hip Sings y los Cuatro Hermanos debían darles una bandera china, un cerdo asado y diez mil paquetes de petardos. Esto equivalía a pedir que el Ku Klux Klan celebrara la fiesta judía de Yom Kippur, que debían entregar sus togas a los Caballeros de Colón y arrodillarse frente al Papa

de Roma. Los Hip Sings y los Cuatro Hermanos pusieron el grito en el cielo y los tiros y los hachazos siguieron haciendo las delicias de los vecinos un año más. A finales de 1910, se pudo detener el conflicto gracias a un comité de cuarenta hombres nombrado por el máximo representante eclesiástico chino en Washington, compuesto principalmente de comerciantes chinos, maestros y estudiantes. Se pactó una tregua sin demandas humillantes para ningún bando, y aunque los Cuatro Hermanos la rechazaron, entró en vigor hasta 1912. Ese año un nuevo Tong, Kim Lan Wui Saw, apareció en Chinatown y les declaró la guerra tanto a los On Leongs como a los Hip Sings, quienes juraron que los Cuatro Hermanos habían fomentado los disturbios. Los antiguos rivales se unieron para exterminar a los recién llegados, y la iniciativa les resultó bien hasta que el gobierno chino intervino de nuevo y, con la ayuda de la policía de Nueva York, obligó a los Tong a aceptar un nuevo tratado.



Bloody Angle, en la calle Doyers



El antiguo teatro chino



Chuck Connors en uno de sus antros de opio



Tom Lee

Se firmó el 22 de mayo de 1913, y las partes fueron la Asociación de comerciantes chinos, On Leong Tong, Hio Sing Tong y Kim Lan Wui Saw. Los obstinados Cuatro Hermanos no lo firmaron.

El tratado mantuvo Chinatown en paz, para gran provecho y prosperidad de todas las partes implicadas. Pero en 1924, estalló otra guerra porque varios miembros de On Leong Tong, expulsados de esta organización, se acogieron a los Hip Sings. Además, según los On Leongs, los huidos se habían llevado consigo una bonita suma de dinero. Se produjeron reyertas esporádicas durante varios meses, pero nunca llegaron a alcanzar las dimensiones de las trifulcas de antaño. Para Nueva York, la mayoría de asesinatos no ocurrían en Chinatown, sino entre lavaderos chinos y dueños de restaurantes en el Bronx y Brooklyn. Solo unos cuantos hombres fueron asesinados en las calles Mott, Doyers y Pell. En 1921, también se produjeron grandes enfrentamientos en la costa Oeste, en los que participaron Suey Ying, Bing Kong, Suey Don y Jung Ying, pero ninguno de ellos contaba con hombres de los suyos en la costa Este, y por tanto Nueva York se mantuvo al margen de estos conflictos.

3

Las bandas de gánsteres lucharon muy poco en Chinatown, aunque sí proliferaban ahí

los antros regentados por hombres blancos donde los gánsteres encontraban reposo y diversión. Scotchy Lavelle, quien había abandonado la ardua existencia como pirata de río, se puso a trabajar de gorila en la sala de baile Callahan, situada entre la plaza Chatham y la calle Doyers. Luego abrió su propio tugurio en el número 14 de la calle Doyers, casi en la misma época en que Eastman hizo su aparición en el mundo de los gánsteres. Frente al Callahan había otro establecimiento regentado por Barney Flynn, un tipo muy popular entre sus clientes irlandeses. Después de encargarse de un retrato de George Washington a un pintor, se negó a aceptar la obra hasta que varios ingleses muertos salieran retratados a los pies del general. En el número 6 de la calle Doyers estaba el club Chatham, donde Irving Berlin cantaba de vez en cuando y servía en las mesas, siempre con el permiso especial de *Negro Mike Salter*, con quien trabajaba como camarero cantante en el local número 12 de la calle Pell, cuando aún no había descubierto el *ragtime*. Se dice que Lavelle presencié el nacimiento de la famosa frase: «¿Quién quiere al guapo camarero?».

Una tienda de curiosidades ocupa ahora la sala delantera del antiguo club Chatham, pero el exterior del edificio sigue igual. Es un bloque sorprendente, lúgubre, con múltiples aguilones y adornado con muchas piezas arquitectónicas.

Estos tugurios, especialmente el club Chatham, el de Barney Flynn y el de *Negro Mike*, eran también la sede central de los parásitos que desembarcaron en Chinatown y se ganaban la vida precariamente como guías turísticos. Big Mike Abrams fue uno de estos personajes conocidos en el distrito a finales del siglo XIX. Anteriormente, Big Mike había abierto salones de opio en la calle Pell y en Coney Island. Pero después fue a parar a Chinatown y se dedicó casi exclusivamente a pegar a los chinos. A veces incluso aceptaba comisiones especiales para disparar o hacer de señuelo para una banda de carteristas. Big Mike solía alardear, poco antes de morir, que no menos de diez chinos habían encontrado la muerte con su mano. A tres los decapitó con una navaja en la calle Pell, ante un grupo de los suyos que se horrorizaron con el espectáculo. Pero Big Mike perdió gran parte de su arrojo cuando un hombre hacha de Hip Sing, conocido como Sassy Sam, reforzado por el efecto del coñac de arroz y un vino rosado, le persiguió por toda la calle Pell, con una espada doblada a modo de hoz. Poco después Big Mike decapitó a Ling Tchen, y los Hip Sings hablaron largo y tendido sobre el asunto, ya que Ling era uno de los hombres clave de Tong y su asesinato pedía a gritos una respuesta. Al cabo de un mes, Big Mike fue hallado muerto en su cama. Su habitación olía a un gas que se había filtrado por una fina manguera de jardín que partía de una válvula en el vestíbulo hasta la cerradura de su dormitorio.

El canalla blanco más famoso de Chinatown fue Chuck Connors, alias *el Churrasco*. Nació en la calle Mott en el seno de una familia respetable que lo bautizó con el nombre de George Washington Connors. Mereció el apodo de *el Churrasco* por su afición a asar filetes, que en su alocada juventud solía asar en un palo sobre un fuego en la cuneta de la calle. Se escribió mucho sobre él en los periódicos de la

época, especialmente después de convertirse en el rey de los Lobbygows y le llamaran El sabio de la calle Doyers y El filósofo de Bowery. Fue uno de los fundadores de la escuela de Dese, Dem & Dose (Ezte, Elloz & Ezoz) de expresión lingüística, y se forjó una buena reputación como humorista y cuentista. Desde muy joven fue una promesa del boxeo, un peso ligero, pero luego su talante le llevó a convertirse en mosca de taberna y vagabundo. Solía sentarse en una silla frente al club Chatham durante horas sin mover ni un dedo, ante la mirada de los atónitos turistas.

Es muy probable que la mayoría de frases ingeniosas que se le atribuyen a Connors tengan sus raíces en las mentes de Frank Ward O'Malley y Roy L. McCardell cuando estos escribían para el *Sun* y el *World*. Vieron que Connors era una fuente prolífica de ingenio. Se las ingeniaba con todo, y siempre procuraba leer al detalle los periódicos y encontrar en ellos lo que necesitaba o pensaba. Cuando los reporteros no sabían muy bien sobre qué escribir, siempre recurrían a Chuck Connors, y con la publicidad constante que recibía pronto se convirtió en una figura de renombre nacional. Su forma de hablar, o al menos la que le atribuyen O'Malley y McCardell, llegó incluso a los escenarios, e incluso actualmente se acepta como el dialecto del inglés que se habla en Bowery. He aquí una muestra, publicada después de que Chuck consintiera agradecer al teatro americano en una escena con Nellie Noonan, reina del distrito Cuarto:

Vamo al bote. Zeguro que er tío penzó que tenía um muerto nel bote. Qué maz da, tenía que guadaló to y yo zobao nel coche. En ezaz me vino hazé trabajo, te verdá. Lueo voy ar correo y cazi me caigo tumbao. Er tío tra lo barrote me da un zobre con quínse pavo. ¿Yezto qué diablo e? ¿Quéz eto? Azí ze lo dio mu fino. «E tu zuerdo», diz er tío.

Es muy posible que el único empleo que tuvo Chuck en su vida fuera durante el año en que conquistó a la chica que posteriormente se convertiría en su esposa. Consiguió un empleo como bombero en una de las pequeñas locomotoras que tiraban de los trenes en los pasos elevados antes de que la línea fuera eléctrica. Siguió siendo un ciudadano útil hasta el día en que murió su mujer. A partir de ese momento, volvió a sus orígenes como notable elemento decorativo de Chinatown. Su esposa le había enseñado a leer y a escribir, aunque nunca lo hizo correctamente, y a él le encantaba mostrar su erudición en el club Chatham, recitando el alfabeto al revés y respondiendo a preguntas sobre la tabla de multiplicar. Solía aparecer como bufón en varios teatros de Bowery, así como en compañías ambulantes. Una vez, incluso estuvo en cartel en el famoso teatro de variedades de Oscar Hammerstein, el teatro Victoria de Broadway. Poco después de la muerte de su esposa, Chuck fue secuestrado por un tarambana de la calle Water, y viajó en barco hasta Inglaterra como bombero involuntario. Desertó de inmediato cuando el buque atracó en costas

inglesas. Permaneció dos semanas en Whitechapel, donde se enamoró de las costumbres y modales de sus vendedores al aire libre. Quedó especialmente impresionado por su vestuario, de modo que al volver a Nueva York encargó a un sastre de la calle Division un par de pantalones anchos de marinero y una chaqueta azul de talle cuadrado, adornada con dos hileras de enormes botones de nácar. Combinó estas prendas con una camisa azul y una bufanda marinera de seda muy llamativa. Trató de introducir en Chinatown y en Bowery la típica gorra de marino, pero no lo logró y pronto dejó de llevar su llamativo vestuario. Se pasó al bombín negro o marrón, tan de moda en esa época.

Cuando los periodistas explotaron su figura hasta convertirlo en un personaje muy famoso, Chuck organizó el club Chuck Connors y pasó a celebrar varias fiestas al año en Tammany Hall. Gozaba de un cierto poder político en Chinatown y en Bowery, ya que controlaba los votos de los Lobbygows. Además, las célebres lumbreras de Tammany, como Tim Sullivan, padre e hijo, le pedían consejo. Estos dos políticos eran miembros honorarios del club Chuck Connors, al igual que Al Smith, actualmente gobernador de Nueva York. También lo eran Richard Mansfield, el actor; John L. Sullivan, el campeón de boxeo; Honest Johnny Kelly, el jugador; Walt B. McDougall, el humorista gráfico; Jim Corbett, Bob Fitzsimmons y otros muchos. Durante los últimos años de su vida, Chuck vivió en un apartamento de dos habitaciones en el número 6 de la calle Dover, cerca del río East, en un edificio llamado Pisos Fox porque fue construido por Richard K. Fox, propietario de la *Gaceta de la Policía*. Nunca pagó su alquiler, y el hecho de que Fox no moviera ni un dedo para desahuciarlo dio pie al rumor de que el editor le había dejado el piso hasta que muriera. Pero lo cierto es que Chuck estaba poco tiempo en casa, salvo para dormir de vez en cuando. Se pasaba el día en Chinatown, normalmente en el club Chatham.

En 1913, Chuck Connors murió a la edad de sesenta y un años en el hospital de la calle Hudson. Los médicos alegaron que sufrió un paro cardíaco, pero en realidad fue su total desdén por la vida lo que le mató. Envejeció, se volvió un vago y perdió su chispa creativa. Se quejaba de reumatismo, y a menudo debía permanecer en cama varios días por este motivo. Los periodistas lo agotaron como fuente de imitación, lo arrinconaron, y sin publicidad Connors quedó en el olvido. La gota que colmó el vaso vino cuando Frank Salvatore, un limpiabotas italiano más conocido como Mike *el Italianucho*, empezó a llamarse Chuck Connors júnior y organizó la Asociación Juvenil Chuck Connors. El impostor se procuró bastantes influencias políticas cuando el Chuck original vivía sus horas bajas. Y cuando anunció que ofrecería un gran baile para competir con el auténtico Chuck Connors Club, el antiguo rey de los Lobbygows abdicó, o al menos compartió su trono con el recién llegado. Acordaron que, en el programa del baile, el nombre de Chuck Connors aparecería como patrocinador inmediatamente después del de Jim Jeffries, por aquel entonces campeón del mundo de boxeo, y antes del nombre de Jim Corbett.

Chuck vivió como pudo varios años después de este baile, pero su corazón no estaba por la labor y al final murió. Los miembros del Club de Prensa se encargaron de su entierro, y de los miles de personas que lo habían conocido, menos de cuarenta asistieron a su funeral.

4

Mientras Chinatown se convertía en un famoso campo de batalla de los Tongs y en un lugar de malas compañías, Bowery experimentaba una de sus habituales metamorfosis. Estaba descendiendo rápidamente a las profundidades del vicio y la miseria como no se había visto jamás desde la época de Billy McGlory y Owney Georghghan. Desde Astor Place hasta la plaza Chatham, las tabernas de cerveza, las salas de conciertos, de baile y los teatros que luchaban para convertir a Bowery en un lugar de esparcimiento cedieron el paso a antros tan viles como los de la antigua Bowery y el distrito Cuarto, o como los de Kit Burns cuando regentaba su Boquete en la pared y John Allen vivía sus años de gloria. Aparecieron antros de igual talante desde Park Row hasta el City Hall Park, en las calles que cruzaban Bowery y Cherry Hill. Posiblemente, ninguna ciudad americana puede alardear de tener locales tan depravados como el Doctor's, el Plague, el Hell Hole, el Harp House, el Cripples' Home y el Billy Goat, todos situados en Park Row; el Dump, el Princess Café y el antro de Johnny Kelly en Bowery; el Inferno de la calle Worth; el Workingman's Friend de Mott; el Union Hall en la calle Elizabeth; el Cob Dock en la calle Hester, y Mother Woods en la calle Water. De una clase ligeramente superior eran el Fleabag de Chick Tricker y el Suicide Hall de McGuirk, ambos situados en Bowery. El local de McGuirk y el Mother Woods eran los refugios favoritos de las prostitutas y las ladronas de Bowery y el paseo marítimo. McGuirk solía alardear de que en ningún otro establecimiento más que en el suyo se habían matado tantas mujeres. Posteriormente, el edificio se convirtió en la misión Hadley Rescue.

Estos lugares no solo los frecuentaban los gánsteres en horas bajas, también había ladrones, carteristas y rateros de todos los colores. Era el sitio favorito de los vagabundos y los adictos a la morfina y a la cocaína, y de cualquier tipo sin hogar que no hubiera destacado en nada más que en la holgazanería. El *whisky* de ahora es néctar de los dioses comparado con el brebaje que servían esos tugurios. Lo vendían a cinco centavos la copa grande, y para los paladares cansados de tan indigno licor servían una mezcla espantosa de agua y un líquido alcanforado, un brebaje aún más explosivo que el cóctel de Johnny Camphine. También preparaban un ponche caliente compuesto de *whisky*, ron, alcanfor, bencina y restos de cocaína que generalmente vendían por seis centavos y garantizaba el *delirium tremens*. En algunos de los locales, especialmente en el Doctor's, daban un bono con cada bebida, y con seis

bonos se regalaba una copa. En el Billy Goat se servían dos copas por cinco centavos a los clientes que se presentaran entre las 5 y las 5.30 de la madrugada. A veces, la gente se aprovechaba tanto de esta oferta que hacían cola frente al local y las reservas de la policía se veían obligadas a mantener el orden.

Muchos de los clientes habituales de los antros de Bowery y Park Row habían sido, en su tiempo, hombres respetables en sus respectivas comunidades de origen. En 1910, un periodista del *New York World* pasó una hora en el Doctor's y conoció a un hombre que había sido un rico comerciante de Baltimore, otro que fue el heredero de una distinguida familia de Boston y se licenció en Harvard, y un tercero, apodado *El Académico*, hablaba de Yale como si fuera su propio hogar. A El Académico no le gustaba pedir, y aplicaba sus conocimientos de la escritura. A cambio de una bebida o una pequeña suma de dinero, redactaba lastimosas súplicas que utilizaban los vagabundos profesionales. Por dos bebidas escribía un poema. Una de sus obras maestras, y que los vagabundos que se hacían pasar por ciegos emplearon con gran acierto, decía así:

Ayude a un pobre ciego y no le dé la espalda, denle tan solo un centavo y él rezará por usted.

Tal vez padezca el mismo sufrimiento algún día, ayude a un pobre ciego y no le dé la espalda.

El Doctor's fue también el lugar favorito de los vagabundos que estafaban a los peatones haciéndose pasar por cojos o lisiados. El propietario del local, Burly Bohan, construyó un armario donde sus clientes guardaban sus muletas y bastones mientras se gastaban el poco dinero que tenían en *whisky*, ron y licor alcanforado. Uno de los más célebres fue el viejo Tom Frizell, todo un personaje en Bowery que se convirtió en Rey de los Vagabundos después de que Jim Farrell, ciego por las pócmias explosivas que había bebido durante tantos años, muriera en la sala de alcohólicos del hospital Bellevue. El viejo Tom solía sentarse en una mesa desde donde contemplaba los cuadros de los catorce presidentes de Estados Unidos colgados por encima de la barra del bar. Decía que la visión de estos políticos siempre le daba coraje, y que, gracias a su inspiración, durante veinte años nunca le habían faltado los cinco o diez centavos para vivir en una pensión.

Contra la pared del fondo del Doctor's había dos mesas largas. Estas eran las habitaciones del hotel, y por cinco centavos los clientes podían dormir encima o debajo de las mesas. El rincón más oscuro de la taberna estaba reservado a Jack Dempsey, un anciano vagabundo que se ganaba su cama a cambio de limpiar vasos y barrer mal el suelo. Dempsey fue probablemente el tipo más rastrero de todos los holgazanes de Bowery. Solía alardear de que no había llevado ropa interior ni calcetines en los últimos cinco años —lo dijo en 1910— y que en ocho años no había dormido en una cama. Era muy amigo del alcanfor y un adicto a la cocaína. Cuando

le daban un trago de *whisky* siempre le añadía unas ocho o quince gotas de alcanfor líquido. Y mientras su cuerpo aún notaba los efectos devastadores del brebaje, se inyectaba en el brazo una aguja hipodérmica impregnada de cocaína. Dempsey era todo un experto con la aguja, el aristócrata de los drogadictos. Aún más bajo en el escalafón estaban los esnifadores, los tipos que inspiraban la droga por la nariz. La casta más baja de todas era la de los comedores de helados, unos infelices que masticaban los cristales de cocaína, morfina o heroína. Los comedores de helados solían obtener resultados más rápidos, pero se los tenía por codiciosos y fueron perdiendo las sensaciones de las primeras experiencias con las drogas.

El Dump, situado en el número 9 de Bowery y regentado por Jimmy Lee y Slim Reynolds, fue el antro preferido de los vagabundos durante muchos años, ya que en este local se soban tramar muchos de sus planes. Goat Hinch y Whitey Sullivan, quien con el tiempo pagó sus crímenes en la silla eléctrica, se contaban entre los patronos más célebres del Dump. Se dice que el primero fundó la práctica de tragarse un cóctel que lo enfermaba durante unos días, con el fin de suscitar la compasión y la simpatía de sus vecinos. A veces, Goat se comía un pastel con jabón, lo que le producía unos síntomas tremendos que acababan en una ducha de centavos. Al igual que otros tugurios, el Dump facilitaba lugares donde dormir, aunque Reynolds y Lee fueron más ingeniosos con su mobiliario. Atornillaron unos montantes de hierro en el suelo a unos dos metros de la pared del fondo, y en la misma pared fijaron una estructura también de hierro. Desde esta estructura hasta los montantes colgaron una red de cuerda, de modo que cuando uno de sus holgazanes quedaba aturdido por los efectos del *whisky* o el alcanfor, simplemente tropezaba con la malla y se tumbaba a dormir en ella.

Las redadas habituales de la policía poco antes de que estallara la Primera Guerra Mundial, junto con una mejora de la situación económica, obligaron a cerrar la mayoría de los antros de Bowery, lo que contribuyó a la desaparición del holgazán. Aún quedan algunos de estos tipos, así como unos cuantos antros, pero ahora no son más que baruchos ilegales y ya no se puede comprar una bebida por cinco centavos. Normalmente cuestan entre quince y veinticinco centavos.

Uno de los tarambanas que quedan es Hoakie, quien asegura ser licenciado por la Universidad de Heidelberg. Enseña con orgullo varias cicatrices que tiene en la cara y que jura haber recibido durante los duelos con otros estudiantes alemanes. Sea invierno o verano, Hoakie viste un largo y pesado abrigo que se ata por debajo de la barbilla con una cuerda áspera y ancha. Cuando camina se oye todo un traqueteo porque debajo de su abrigo le cuelga una sartén, una taza metálica, una lata de alcanfor solidificado, una cuchara, un cuchillo, un tenedor y varias bolsas con restos de comida, que básicamente consigue por su habilidad en revolver los cubos de basura. Con este menaje, Hoakie se prepara sus almuerzos debajo de los muelles del río East, donde nadie le puede ver.

Capítulo quince

ÚLTIMAS GUERRAS DE GÁNSTERES

1

Cuando Louie *el Burro* puso un fin dramático a la carrera terrenal de Twist *el Niño* en medio de una multitud boquiabierta de Coney Island, el mando de los tres remanentes más importantes de la antigua banda de Monk Eastman cayó en manos de Big Jack Zelig, Jack Sirocco y Chick Tricker. Pero solo Zelig logró forjarse un nombre como cabecilla de banda. Tricker y Sirocco eran principalmente taberneros, y muchas veces subordinaban los intereses de la banda a los suyos propios. Sirocco, cuyo aspecto suscitaba tanto respeto como el del mismísimo Eastman (llevaba una gorra hasta los ojos y casi nunca se afeitaba), regentaba una cervecería en Bowery que se convirtió en el lugar favorito de los gánsteres después del cierre de los locales de Chinatown. El tugurio de Tricker en Park Row desapareció por una demanda del Comité de los Catorce en el año 1910. Pero un año antes de que los reformistas aterrizaran en la zona, Kelly ya había empezado a mudar sus intereses más importantes al distrito de la Plaza de Satán. Allí compró el Stag Café de Dan Dude, situado en la calle Veintiocho Oeste cerca de Broadway, le puso el nombre de Café Maryland, y rápidamente lo convirtió en uno de los antros más perversos en un vecindario más perverso si cabe. Sus gánsteres, que en total serían unos treinta, se reunían en el Maryland, donde tramaban robos, estafas, secuestros y seguían fielmente los códigos de conducta del hampa. Tricker mantuvo su relación con el lower East Side comprando parte de los intereses del local de Jack Pioggi en la calle Doyers. Al cabo de un año, pasó a ser el dueño de Fleabag, una agitada taberna en el número 241 de Bowery.

El Café Maryland sufrió muchas penalidades en los años en que estuvo abierto. A finales de 1909, tres hombres resultaron muertos por el impacto de unos disparos. Varios seguidores de Tricker se pelearon por una mujer, y al cabo de un año el cabecilla de la banda decidió cometer el craso error de burlarse de los Gophers. Tal vez menospreció la fuerza y la valentía de esos monstruos del West Side, o quizá se creyera los rumores de que los Gophers estaban librando luchas internas entre ellos. Fuera cual fuera la razón, no puso objeciones cuando uno de sus gánsteres quiso aventurarse en el Hell's Kitchen, sedujo a Ida *la Oca*, y blandió su triunfo por toda la calle Veintiocho Oeste, donde la chica se instaló a vivir formalmente como dama de honor de Maryland. Ida era una joven de mucha fama en el mundo de los bajos fondos, y había sido amante de una larga sucesión de cabecillas Gopher. Su cambio de banda suscitó muchos comentarios. Los Gophers pidieron indignados que

devolvieran a Ida de inmediato, pero cuando ella se negó a regresar a Hell's Kitchen y a abandonar a su nuevo amante, enviaron un emisario para tratar el asunto con Tricker. Le amenazaron con recuperar a la chica con la fuerza de las armas. Tricker se negó a interferir en este asunto y el embajador del West Side se retiró de la ronda de negociaciones con el corazón rebosante de ira. En Kitchen, empezaron los preparativos para la guerra. No ocurrió nada en algunas semanas, y los gánsteres de Tricker, quienes se habían armado hasta los dientes para la ocasión, relajaron su vigilancia en Maryland.

En una noche de octubre que presencié la primera nevada del año, cuatro de los luchadores Gopher más notables, incluido el tipo despechado por Ida, entraron en el café Maryland y se acercaron a la barra como si fueran clientes habituales. Pidieron cerveza mientras un puñado de gánsteres de Tricker los observaba con nerviosismo. Se sorprendieron por la audacia de los Gophers de haber venido al tugurio de su enemigo, y no se les pasó por la cabeza que irían a lanzar un ataque sorpresa. Nadie habló excepto Ida.

—¡Qué carajo! —gritó, indignada—, esos tipos tienen agallas.

Los Gophers la ignoraron. Se bebieron la cerveza con parsimonia y cuando relamieron la última gota, uno gritó:

—¡A por ellos!

Se alejaron corriendo de la barra y sacaron ocho revólveres; y antes de que los perplejos gánsteres de Tricker sacaran los suyos, se lanzó una descarga de plomo contra el bar que roció todas las mesas. Los dos taberneros, que no eran hombres de Tricker, se echaron al suelo de inmediato, y cinco de sus gánsteres fueron abatidos. El sexto hombre, el joven Lochinvar, quien había seducido a Ida, fue raudo en sacar su revólver, se precipitó al suelo y buscó refugio debajo de las voluminosas faldas de su enamorada. Los Gophers no hicieron ningún esfuerzo en dispararle. Esperaron la reacción de Ida. La señora respondió según las más nobles tradiciones de Hell's Kitchen. Por un instante, se quedó mirando al infeliz que se había ganado su corazón y la había sacado de territorio Gopher. Luego se encogió de hombros con un gesto despreciativo, se agachó y lo privó de su refugio.

—¡Eh, vosotros! —gritó Ida—. Salid y cogedlo.

Lo arrastró hasta el centro del salón, donde el joven se acurrucó temblando. Y bien que lo cogieron. Dispararon cuatro balazos, y el gánster cayó desplumado con las cuatro balas en su cuerpo. El antiguo novio de Ida dio un paso adelante, tal como marcaba la tradición gansteril, y remató el trabajo con una bala adicional que atravesó el cerebro de la víctima. Después los cuatro Gophers se dieron media vuelta y salieron a la calle. Detrás de ellos, y a una distancia prudencial, caminaba Ida, radiante de orgullo por el hecho de que se hubiera librado semejante batalla en honor a sus favores. Jamás volvió a hacer una jugarreta a los Hell's Kitchen.

El nombre auténtico de Big Jack Zelig era William Alberts. Nació en la calle Norfolk en 1882, en el seno de una respetable familia judía. Empezó su carrera

delictiva a la edad de catorce años, cuando se escapó de casa y entre en la banda juvenil de Crazy Butch como carterista. Fue un alumno aventajado con gran talento para el latrocinio, y avanzó tan rápido en su carrera que, en un año, pudo dejar a Fagin y trabajar por cuenta propia con mucho éxito. Se dedicaba a los robos menores por las tiendas y las calles, especialmente las joyas y carteras de la multitud congregada en Bowery y la plaza Chatham. Era un chico delgado y menudo, con unos inmensos ojos marrones que se llenaron de lágrimas e irradiaron tanto pavor cuando un día le arrestaron, que hizo añicos el corazón de la parte acusadora y esta retiró la demanda. Un hombre a quien Zelig le había robado una cartera y un valioso anillo de diamantes sintió tantos remordimientos por haber acusado a un jovencito de mirada inocente que le compró a Zelig un traje nuevo y le dio dinero. Zelig conservó su aspecto pueril hasta que tuvo poco más de veinte años. Al hacerse mayor ganó altura, y su mirada cándida y llorosa ya no le funcionaba, de modo que se buscó otra estrategia para eludir a la justicia. Cuando comparecía ante los tribunales, una joven delicada entraba tímidamente en la sala y lloraba, y luego le rogaba al magistrado: «Señor juez, por amor de Dios, no envíe a prisión a mi joven esposo, al padre de mi hijo».

Pocos eran los corazones de los bajos cargos judiciales que se resistían a la agonía de la chica, y Zelig era siempre puesto en libertad con una advertencia: le sugerían que fuera un buen chico y que volviera a casa con su joven esposa y su bebé que, por cierto, eran inexistentes. Pero con el tiempo, Zelig compareció ante el registrador John W. Goff, un jurista de primera clase que después se convertiría en un juez del Tribunal Supremo. El registrador escuchó con suma paciencia hasta que la muchacha hubo terminado, luego ordenó que la hicieran salir de la sala, y leyó a Zelig la primera de sus muchas condenas de prisión. Como la chica ya había acabado su parte, desapareció de escena. Pero para obtener la protección que necesitaba, Zelig se unió a la banda de Eastman. Pronto se convirtió en un personaje destacado del hampa, y era muy conocido por el uso tan habilidoso del revólver y las porras. Cuando Eastman fue enviado a prisión, Zelig ya era el tercer hombre fuerte de la banda, después de Twist y Richie. Zelig fue fiel a Twist durante la guerra que libró contra Richie sobre su sucesión en el trono. Después de la muerte de Twist, les propuso a Jack Sirocco y a Tricker que dividieran la banda en tres facciones y permitieran que los gánsteres eligieran a sus líderes. Los hombres más eminentes entre los asesinos y ladrones de Eastman eligieron a Zelig, y a medida que incrementaba su fama, también lo hizo el número de jóvenes seguidores, ambiciosos y ansiosos por mostrar sus proezas como pistoleros y asesinos. Los más célebres de estos recién incorporados fueron Gyp *el Sangriento*, Louis *el Zurdo*, Dago Frank y Whitey Lewis, quien se forjó un buen nombre como pistolero en el asesinato del caso Rosenthal. Sus nombres auténticos eran Harry Horowitz, Louis Rosenberg, Frank Cirofici y Jacob Siedenshner. Los camaradas de Horowitz lo llamaban Gib *el Sangriento*. Pero Gib sonaba mal y los periodistas le cambiaron el nombre por el de Gyp, y así quedó su apodo en los anales

de la historia gansteril.

Cuando no se dedicaba a buscar comisiones para Zelig, o robaba a borrachos en las tabernas de Bowery, Gyp hacía de gorila en las salas de baile de poca monta del East Side. Pronto se hizo famoso como el mejor gorila después de Eastman, lo cual no era un elogio cualquiera. Gyp gozaba de una fuerza extraordinaria, y solía alardear de que podía romperle la espalda a cualquiera con solo agacharlo. Además, hubo testigos presenciales que dieron cuenta de esta hazaña. En una ocasión, para ganar una apuesta de dos dólares, agarró a un desconocido totalmente inofensivo y le rompió la columna vertebral por tres lados distintos. También era muy diestro con el revólver, y tenía mucha puntería a la hora de tirar bombas, una labor que le encantaba. «Me gusta oír el estallido», explicó. Por su cuenta, Gyp capitaneó la banda Lenox Avenue, una panda de ladrones y carteristas que operaba principalmente en la calle 125. Whitey Lewis había sido un boxeador de tercera categoría, pero con los entrenamientos de Big Jack se convirtió en un artista de las palizas y un pistolero de cierta distinción. Louis el Zurdo era básicamente un carterista, aunque nunca dudaba en aceptar un trabajo donde poder disparar su revólver. Dago Frank estaba muy orgulloso de su reputación como asesino, y desdeñaba cualquier trabajo que no reportara un baño de sangre. Se decía que ya se había apuntado seis tantos con su revólver antes del asesinato de Rosenthal. Val O'Farrell, un notable detective conocido en el mundo del hampa como uno de los Tres Mosqueteros —los otros dos eran sus socios Kinstler y Duggan—, lo describió en su día como el tipo más duro del mundo. Dago Frank había estado con Tricker, pero este no logró facilitarle suficiente acción como para satisfacer su turbulento espíritu. Luego se alistó a las filas de Zelig. Tenía una novia llamada Dutch Sadie, una excelente luchadora. Llevaba escondido en sus manguitos un enorme cuchillo de carnicero y solía emplearlo con gran efecto cuando su amado se metía en problemas.

Con tan notable colección de gánsteres, Zelig llevó a cabo sus diversas actividades y tuvo gran éxito. Durante varios años, su gran negocio fue el apuñalamiento, los disparos, el tiro con la honda y la colocación de bombas. No cobraba honorarios desorbitados a sus clientes. Su margen de precios era muy amplio y, a veces, si la futura víctima no era un personaje especialmente destacado y por tanto no iba a suscitar excesivo interés policial, renunciaba a sus honorarios y cobraba confiscando los bienes que su víctima pudiera tener. Uno de los secuaces de Zelig le confesó a un detective los honorarios de su jefe, sujetos a cambios si el trabajo implicaba una mayor peligrosidad:

Rajar una mejilla con una navaja	de 1 dólar a 10
Disparar en la pierna	de 1 dólar a 25
Disparar en el brazo	de 5 dólares a 25
Colocar una bomba	de 5 dólares a 50

Aunque el asesinato y la mutilación eran muy baratos, había temporadas de vacas flacas para Zelig. Una noche, a finales de 1911, Zelig estaba sin blanca pero quería impresionar a su amada. Planeó un asalto a un burdel del East Side y le robó ochenta dólares a la dueña. En contra de lo que era habitual, la dueña acudió a la policía, y el detective que enviaron para regañar a Zelig y decirle que fuera con cuidado encontró al cabecilla de muy mal humor. Se pelearon y Zelig fue arrestado, y cuando el sargento de la comisaría de policía le encontró un revólver cargado en su bolsillo, no solo lo acusaron de robo, sino también de tenencia oculta de armas. Ante la posibilidad de cumplir una larga condena por sus juicios anteriores, Zelig pidió a Tricker y a Sirocco que llamaran a la mujer que le demandó, que le devolvieran los ochenta pavos y que la asustaran de tal modo que no volviera a testificar contra él. Tricker y Sirocco no lo hicieron, pero al final la mujer acabó amenazada por un emisario de Jimmy Kelly, el propietario de un antro de Bowery que dirigía una pequeña banda. Cuando la mujer compareció ante los tribunales, juró que nunca había visto a Zelig en su vida, y que ni siquiera se parecía al hombre que entró en su local. La acusación de robo quedó coja, y los contactos políticos de Zelig procuraron que lo absolvieran de la acusación de tenencia de armas. Al cabo de unos días, Zelig estaba de vuelta en sus guaridas, jurando venganza contra Tricker y Sirocco. No hacía más de unas horas que lo habían soltado de prisión, pero se encontró a Tricker por la calle y lo arrumbó contra la pared apuntándole con la pistola en el estómago.

—Me las pagarás por no haberme ayudado —dijo Zelig.

Dos horas más tarde profirió la misma amenaza a Sirocco, procurando que la punta de su revólver rozara la nariz del traidor.

—En una semana —anunció Zelig— tú y Tricker estaréis fritos.

Tricker y Sirocco tomaron medidas de inmediato para garantizar su seguridad, y empezaron a correr rumores de que todo el mundo se alegraría mucho si Zelig abandonaba este mundo de forma repentina y en un clima de misterio. Al caer la noche del 2 de diciembre de 1911, Julie Morrell, un gánster independiente con bastante reputación como asesino, entró en una taberna de la calle Catorce y charló un rato con Ike, en teoría carterista, pero que en realidad era espía y agente secreto de Zelig. También constituía la fuente de mucha información gansteril que corría en campo contrario. A Morrell se le había ido un poco la lengua con la bebida, y le confió a Ike que le habían encargado la labor de matar a Zelig, y que trataría de cumplir su trabajo esa misma noche y de un modo muy espectacular. «¡Le haré tantos agujeros a Yid que se va a hundir!», alardeó Morrell.

Mientras tanto, en el casino Stuyvesant de la Segunda avenida, los Avenue Boys estaban celebrando su gran baile anual, un acto de sociedad muy importante patrocinado por Zelig y al que asistieron todos los gánsteres y sus señoras vestidos

con sus mejores galas. Ike se apresuró a llegar a la fiesta y le comunicó a Zelig que Julie Morrell tenía intención de matarlo esa misma noche. Zelig estaba sentado cerca de la puerta, saludando amablemente a sus secuaces mientras estos iban entrando. Pero cuando Ike le habló, el cabecilla se instaló en una mesa que había en la pista de baile, desde donde podía controlar mejor quién entraba. A la una de la madrugada apareció Julie Morrell, pero había bebido tanto que no estaba por la labor encomendada y, cuando llegó tambaleándose al casino, apenas podía sostenerse en pie. El revólver se balanceaba peligrosamente en su mano. No obstante, llegó hasta la pista de baile y se compuso un poco.

—¿Dónde está ese tal Yid Zelig? —gritó—. ¡Tengo que matarlo!

Zelig contestó secamente, y los bailarines se abrieron en todas direcciones. Luego se apagaron las luces. Se oyó un disparo, y cuando vino la policía Morrell estaba tendido en el suelo con una bala en el pecho. Zelig había desaparecido y no lo encontraron hasta al cabo de dos semanas, cuando unos detectives le tendieron una trampa enviándole una carta firmada con el nombre de la amada de Zelig, en la que le citaba en una esquina del East Side. Zelig fue arrestado, pero lo soltaron enseguida. Con otro tanto en su revólver —al menos según cuenta el hampa—, se dedicó a hacer la vida interesante a Tricker y a Sirocco. Un destacamento de sus gánsteres se adentró en el territorio considerado provincia exclusiva de Sirocco, y arrasaron sus tabernas y salas de juego. También asaltaron los locales de Tricker, y a la vez estos se vengaron invadiendo el distrito de Zelig e interfiriendo en el desarrollo de los asuntos comerciales de Big Jack. Cuando un gánster de Zelig se encontraba a un rival por la calle, se producía una pelea a muerte, de modo que en un par de semanas doce hombres fueron apuñalados o sufrieron el impacto de los disparos. Un gánster de Sirocco resultó muerto durante una batalla al sur de Bowery. Cuando no se organizaban expediciones especialmente vengadoras, los hombres de Zelig se volvían más agresivos. Decidieron abrirse paso con gran arrojo hasta el antro de Jack Pioggi, en el corazón mismo del territorio enemigo.

Esa noche, Chick Tricker fue al centro de la ciudad para ocuparse de sus negocios en el East Side. Estaba en el local de Pioggi cuando Zelig y doce hombres más irrumpieron en el lugar, cada uno con un revólver en la mano. Dispararon hasta quedarse sin municiones, pero sus ansias eran enormes y su puntería desafortunada, de modo que nadie salió herido. Llegaron refuerzos del bando de Tricker, y Sirocco forzó a Zelig a retirarse sin haber cumplido su misión, salvo por unos cuantos destrozos en las ventanas y en la barra del bar. A la mañana siguiente, la policía arrestó a Zelig y a seis de sus secuaces, pero los soltaron en libertad bajo fianza gracias a los avalistas profesionales que les procuraron los políticos. Cuando Zelig justo salía de los tribunales, un gánster que lo había seguido hasta el mismo interior del edificio Tombs, cruzó la calle como un relámpago y le pegó tres tiros. Zelig cayó al suelo con una bala detrás de la oreja. Los detectives cogieron enseguida a Charley

Torti, un miembro de la banda de Sirocco. Se produjo una lucha sin par cuando los compañeros de Torti trataron de rescatarlo, pero la policía se protegió de sus golpes con gran valentía y se llevaron al prisionero.

A pesar de todo, ni siquiera el atentado contra Zelig y el arresto de Torti acabaron con la guerra. A la noche siguiente, mientras Zelig se batía entre la vida y la muerte en el hospital, ocho de sus hombres llegaron en coche hasta la taberna de Tricker. La acribillaron hasta que Tricker salió en respuesta a tan sonora llamada. El gánster se echó al suelo y descargó todas las balas de sus revólveres hacia el automóvil. Tricker no salió herido, pero Mike Fagin, un cliente habitual, recibió un impacto de bala en la pierna y todos los cristales del local quedaron hechos trizas. Tricker y Sirocco movilizaron a sus bandas de inmediato y la contienda duró toda la noche. El rugido casi constante de revólveres y los gritos de batalla de los gánsteres sumieron al East Side en un caos total. Cuatro hombres de Zelig dispararon a un secuaz de Sirocco en la puerta de entrada de una taberna de Bowery. Al cabo de dos horas, doce hombres de Zelig y un número igual por parte de Sirocco y Tricker se vieron las caras entre la calle Novena y la Segunda avenida. Se produjo un salvaje intercambio de disparos, pero ninguno de los dos bandos cerró filas con heridos graves. Antes del amanecer, las bandas se habían enfrascado en nueve batallas con revólveres, mientras que en locales sueltos varios secuaces de ambos bandos se pegaban con navajas y porras. Alarmada por el alcance del conflicto, la comisaría central de policía colocó detectives a la mañana siguiente en todos los locales frecuentados por los gánsteres. Los agentes registraban a todo hombre que entraba en el local, y algunos de los secuaces de poca monta fueron llevados a comisaría. Chick Tricker fue también detenido, pero lo soltaron de inmediato. A pesar de estas medidas y las influencias de los políticos, las luchas continuaron una semana más hasta que la policía arrestó a diecinueve gánsteres y confiscó un cargamento de revólveres, dagas, porras, nudillos de metal, *stiletos* y otras armas. Este golpe policial tan poco común amedrentó a los líderes de las bandas, y abandonaron su contienda como medida de autoprotección.

2

Varios años antes de su guerra con Jack Sirocco y Chick Tricker, Big Jack Zelig empezó a explotar una fuente de ingresos que iba a tener grandes repercusiones: dio como resultado su caída y, con el tiempo, este factor contribuyó al desmembramiento de los gánsteres. Zelig seguía robando con el *stuss* y los juegos de dados en el lower East Side, ya que estos locales eran los parias del mundo de los bajos fondos y no gozaban de los contactos políticos o policiales. Zelig se alió con los propietarios de salones de más categoría y les suministró matones para protegerlos. En su nombre, los gánsteres apaleaban a los propietarios de establecimientos rivales, o bien

destrozaban sus establecimientos con bombas, los acusaban ante el fiscal del distrito y los agentes honestos, o acobardaban a sus clientes con asaltos continuados. A pesar de que Zelig mantuvo su poder al sur de Manhattan, estas nuevas actividades le obligaron a pasar mucho tiempo en el distrito de Times Square, ya que los Roaring Forties al norte del distrito *meollo* se habían convertido en el centro neurálgico de la industria del juego. Apenas había una calle de ese distrito que no contara con seis salones de juego de categoría.

Esta zona también era el centro de la vida nocturna de la ciudad, así que reunía a muchos teatros y locales famosos de diversa consideración. El Restaurante de Jack, célebre por su panceta irlandesa y su hueste de camareros que echaban a los clientes escandalosos al mínimo movimiento, permanecía abierto día y noche, y era el lugar favorito de los escritores y periodistas. Estos también se reunían en el Joel, un «chili con carne» situado en la calle Cuarenta y uno Oeste cerca de la Séptima avenida. El célebre restaurante y *cabaret* Rector's estaba en Broadway a la altura de la calle Cuarenta y cuatro. Una manzana hacia el sur, al otro lado de Broadway, lucía el Shanley, un local donde el famoso Bat Masterson se reunía cada noche en el *grill* contando sus rollos sobre las llanuras del Oeste en la época en que él y Bill Hickok *el Salvaje* eran compañeros inseparables y cazahombres. El Knickerbocker Hotel Bar, situado en la esquina de Broadway con la calle Cuarenta y dos, tenía colgado un retrato de Old King Cole, del pintor Maxfield Parrish, sobre la reluciente barra de caoba y cristal. También en Broadway encontrábamos el Considine's Café, un local frecuentado por boxeadores y apostadores de carreras. Era en este lugar donde se firmaban los contratos de los grandes torneos entre una sorprendente colección de botellas de champaña. Después del Café de Considine, los locales hacían lo posible, en vano, para obligar a sus clientes a entrar con vestidos de noche. Y más al sur, en las calles Treinta y nueve y Treinta y ocho, estaban el Bustanoby's, el Normandie Grill y el Café Maxim, todos ellos respetando fielmente las tradiciones de la Plaza de Satán. Desde esta época hasta diciembre de 1913, Haymarket siguió abriendo sus puertas, pero no era más que una triste reliquia. Un establecimiento de talante similar era el German Village, en la Séptima avenida. Muchos bares ilegales y prostíbulos siguieron en Haymarket durante los años veinte y treinta, especialmente en las avenidas Sexta y Séptima. Algunos de esos locales eran muy modernos. Estaban equipados con cajas registradoras y las inquilinas recibían cheques que luego intercambiaban por efectivo al final de la semana.

En Broadway, entre las calles Cuarenta y dos y Cuarenta y tres, se encontraba el Redpath's Café, donde los barmans preparaban unos estupendos cócteles espumosos *Ramoz* y *Sazerac*. El Astor Hotel Bar, en la calle Cuarenta y cuatro, actualmente una tienda de ultramarinos y una camisería, era célebre por sus explosivas mezclas de zumo de uva y ron sueco. Durante las Navidades, colocaban en la barra unas enormes fuentes de ponche de huevo y cócteles calientes *Tom y Jerry* listos para servir. El Churchill, entre Broadway y la calle Cuarenta y ocho, era uno de los mejores

restaurantes de la ciudad. También regalaba al público con unas excelentes funciones de *cabaret*. Su propietario, el capitán Jim Churchill, era un personaje destacado de la época. Entre la Séptima avenida y la calle Quince, a unas tres manzanas al noroeste del Churchill, encontrábamos el Garden, el lugar preferido de los universitarios y los comerciantes de paso porque ofrecía los espectáculos más calientes de la ciudad. Decenas de *cabarets*, marisquerías, restaurantes y bares de casi igual importancia plagaban Broadway y las calles laterales desde la vía Treinta y cuatro hasta el Columbus Circle. Hervía la música, las risas, la luz y el color, en un lugar donde ahora solo quedan los monótonos puestos de naranjada, los restaurantes *chop suey*, y el mareante destello de los palacios del cine.

Las lujosas salas de juego más célebres que servían a los tropes de jugadores en Broadway eran la de Honest John Kelly, William Busteed, Sam Emery, Dhabí Jonson, Dinky Davis y John Daly. Mientras que en la Quinta avenida, en el número 5 de la calle Cuarenta y cuatro Este, y al lado del famoso restaurante Delmonico's, estaba el establecimiento de Richard Canfield. Canfield también regentaba el local de Saratoga Springs que John Morrissey había abierto en 1867, y había realzado su belleza natural añadiéndole un restaurante, jardines italianos y una galería de arte, cuya pieza más digna era el retrato de Canfield pintado por su amigo pintor James McNeill Whistler. El local de Canfield de la calle Cuarenta y cuatro era el salón de juego más importante de Estados Unidos, y funcionó sin altercados hasta el otoño de 1902, cuando un miembro de la familia Vanderbilt perdió cien mil dólares en una noche. Naturalmente, fue un hecho de lo más indigno y, al cabo de unos días, el 1 de diciembre de 1902, el fiscal del distrito William Travers Jerome ordenó una redada como parte de su guerra personal contra los salones del juego. Al cabo de un año, el salón de Canfield cerró sus puertas, pero después abrió algunas temporadas hasta 1904, cuando el caso se llevó a los tribunales. Acusaban a Canfield de ser un empresario del juego. Él se declaró culpable y pagó una multa de cien mil dólares. Luego abandonó el negocio y cerró también su salón de Saratoga. En los diez años siguientes, el local de la calle Cuarenta y cuatro se utilizó de vez en cuando como salón de juegos, pero Canfield no tuvo ninguna relación con él después de su procesamiento. Vivió tranquilamente hasta 1914, cuando murió después de caerse en un paso subterráneo. Dejó una herencia que la Agencia Tributaria valoró en ochocientos cuarenta y un mil cuatrocientos ochenta y cinco dólares.

Honest John Kelly (John Kelly *el Honesto*) se ganó su apodo en 1888 cuando se dedicaba a gestionar un imperio de béisbol. Se negó a aceptar un soborno de diez mil dólares a cambio de tomar ciertas decisiones favorables al Boston en un partido contra el Providence. Llegó a Nueva York a finales de los años noventa y abrió un salón de juego. Como iba ganando mucho dinero, abrió varios locales en distintas partes de la ciudad. Pero su local más famoso fue el edificio de piedra caliza y de tono rojizo del número 156 de la calle Cuarenta y cuatro Oeste, una vía que se sigue enseñando a los turistas. A lo largo de su dilatada carrera, Kelly nunca se llevó bien

con la policía, y solía alardear de su constante negativa de pagar a cambio de protección, y de que eso le obligaba a comprar muchas puertas y ventanas nuevas para arreglar los desmanes de los furiosos detectives. La más destructiva de las redadas policiales ocurrió en 1912, cuando las puertas, las ventanas y los muebles fueron destrozados por una brigada de policías armados con hachas y palos. Después de esto, Kelly abandonó su establecimiento de la calle Cuarenta y cuatro y abrió el Vendome Club en la calle 141 Oeste, aunque seguía siendo el propietario del otro local. La policía siempre sospechó que lo utilizaba para fines lúdicos. Desde 1918 a 1922, mientras Richard E. Enright ocupó el cargo de comisario de Policía, un agente uniformado se paseaba frente al edificio día y noche. Al final, Kelly vendió el edificio a una organización del partido republicano. Durante los últimos años de su vida, regentó un local en Palm Beach, Florida, pero sin mucha fortuna. Murió el 28 de marzo de 1926 a la edad de setenta años.

Nunca se llegaron a reunir pruebas incriminatorias de que Big Jack Zelig tenía a Canfield, Kelly y Busted como clientes, aunque se solía decir que Eastman había recibido comisiones de Canfield y que Zelig recibía una cantidad de dinero considerable por mantener a sus hombres alejados de los locales de Honest John. La mayor tajada de sus beneficios le venía por los locales de poca monta de Bald Jack Rose, Harry Vallon, Bridgie Webber, Sam Schepps y Herman —o Beansy— Rosenthal, todos ellos relacionados de forma más o menos destacada con el caso Becker-Rosenthal. La relación con Rosenthal, en realidad, fue muy destacada, ya que él fue el asesinado. Mientras se dedicaba a negocios gansteriles como el de poner bombas, atracar, disparar y apuñalar, a Big Jack Zelig le salió un competidor de la talla de Paul Kelly, que había venido de Harlem en 1910 y abrió el New Englander Social & Dramatic Club en la Séptima avenida, al norte de los Roaring Forties. Allí estableció una sede central para sus gánsteres, y en pocos años se convirtieron en figuras notables del distrito teatral. La policía recibía muchas demandas de asesinatos y apuñalamientos atribuidos a ese local. Los detectives de la policía solían emprender redadas en el antro de Kelly a petición del fiscal del distrito y de unos cuantos agentes honestos de policía, pero nunca hallaron pruebas suficientes para ordenar el cierre del establecimiento. Kelly, en realidad, era de gran ayuda para los agentes de las redadas; siempre parecía saber cuándo esperaba ciertas visitas, saludaba a los detectives en la puerta de entrada de su local, y luego los hacía pasar con toda tranquilidad y aplomo. Pero lo único inmoral que encontraban era un puñado de hombres jugando al dominó o a las cartas.

Herman Rosenthal siempre se metía en problemas, tanto con la policía como con sus colegas jugadores. Hizo su aparición en el mundo de los bajos fondos como corredor de apuestas ilegales. En 1910, abrió un casino cerca del de Kuhloff, en Long Island. Pero la policía acabó cerrando su local porque Kuhloff era un tipo con muchas influencias y se resintió con los esfuerzos de Rosenthal de robarle su clientela.



Teniente de policía Charles Becker



Herman Rosenthal



Louie el Zurdo y Gyp el Sangriento



De izq. a der.: Whitey Lewis y Dago Frank



Big Jack Zelig

Luego Rosenthal se interesó por el Hesper Club de la Segunda avenida, y casi se enfrasca en una disputa con Bridgie Webber y Sam Paul, unos tipos que estaban teniendo mucho éxito con su Sans Souci Music Hall de la Tercera avenida, no muy lejos del local de Rosenthal. Los roces subieron de tono cuando dos gánsteres de Big Jack Zelig pillaron a Webber por sorpresa y le dieron una tremenda paliza. Por ese motivo, y durante muchos años, Rosenthal siempre vio que los políticos, los policías y todos los jugadores de la ciudad estaban contra él.

Abrió un local en la calle 116 Oeste, pero la policía lo cerró de inmediato. Luego abrió otro más fino en la calle Cuarenta y cinco Oeste cerca de Broadway, y acabó siendo objeto de muchos asaltos y bombas. No obstante, según la declaración de Bald Jack Rose durante los juicios por el caso Becker-Rosenthal, el empresario jugador acabó haciendo las paces con la policía aceptando a Charles Becker, jefe de la brigada antijuego, como socio. A Rosenthal le fueron bien las cosas durante algunos meses, pero en marzo de 1912 se ganó la enemistad de Becker al negarse a pagar quinientos dólares por la defensa del periodista amigo de Becker, que había sido acusado de asesinato durante una redada.

Becker se vengó organizando una redada en el local de Rosenthal de la calle Cuarenta y cinco Oeste, y Rosenthal le amenazó públicamente con revelar al fiscal del distrito, Charles S. Whitman, las extensas ramificaciones del sistema por el que los empresarios del juego se procuraban su protección. Con esta amenaza, los enemigos de Rosenthal decidieron sacarlo del medio, ya que la atención pública que estaba recibiendo amenazaba con la extinción de las salas de juego y la pérdida de enormes fortunas, tanto por parte de los jugadores como de la policía. En junio de 1912, Zelig recibió una visita mientras permanecía arrestado en el Tombs. A cambio de su libertad, aceptó encargarse de que varios hombres mataran a Rosenthal y procurar que el crimen se llevara a cabo correctamente. El «cliente» le dio dos mil

dólares, y Zelig entregó dicha comisión a Gyp, Louie *el Zurdo*, Dago Frank y Whitey Lewis. Al cabo de unos días, los cuatro pistoleros fueron al Garden Café de la Séptima avenida con la intención de matar a Rosenthal mientras este se sentaba a cenar con su esposa, pero los nervios les traicionaron y se retiraron sin disparar ni una sola vez.

El 13 de julio, Rosenthal aprobó una declaración jurada que se publicó en el periódico *The World* a la mañana siguiente, en la que aseguraba que el teniente de policía Becker era su socio y que este había recibido un veinte por ciento de las ganancias del salón de juegos de la calle Cuarenta y cinco Oeste. Esta revelación causó un enorme revuelo, y el fiscal del distrito convocó de inmediato a Rosenthal al edificio del Tribunal de lo Penal. El jugador aceptó seguir con sus revelaciones, y la noche del 15 de julio de 1912 mantuvo una conversación de varias horas con el fiscal del distrito. Cerca de medianoche entró en el restaurante del Hotel Metropole de la calle Cuarenta y tres. Mientras cenaba, se le acercó un hombre de la calle y le dijo que alguien le requería fuera. Rosenthal pisó la acera y los cuatro pistoleros que le esperaban en un automóvil le pegaron un tiro en el corazón. Los asesinos lograron escapar, pero todos ellos fueron detenidos al cabo de pocas semanas. El teniente Becker fue arrestado el 29 de julio. Gyp *el Sangriento*, Dago Frank, Louie *el Zurdo* y Whitey Lewis fueron juzgados en otoño. Se esperaba que Big Zelig sería uno de los testigos principales del estado, ya que había confesado frente al gran jurado que había dispuesto a los pistoleros a petición de Becker y Bald Jack Rose. Pero en octubre de 1912, el día antes de comparecer ante los tribunales, Zelig fue asesinado a tiros por Red Phil Davison mientras salía de un coche en la Segunda avenida.

A pesar de todo, incluso sin el testimonio de Zelig, los cuatro matones fueron procesados. El 13 de abril de 1914 fueron condenados a la silla eléctrica en la prisión de Sing Sing. Becker también fue declarado culpable de homicidio en primer grado, y su solicitud de clemencia llegó al fiscal Charles S. Whitman, quien mientras tanto había sido elegido gobernador. Whitman rechazó modificar la sentencia y Becker fue electrocutado el 30 de julio de 1915. Sus amigos insistieron en que alguien le había hecho una faena. Cuando el cadáver de Becker estuvo listo para el entierro, su esposa pegó en la lápida una placa con la siguiente inscripción:

CHARLES BECKER
Asesinado el 30 de julio de 1915
por el gobernador Whitman

Nadie sacó la placa hasta que el inspector de policía Joseph A. Faurot convenció a la señora Becker de que ella también podía ser detenida por calumnias.

Capítulo dieciséis

EL FIN DE LOS GÁNSTERES

1

La policía consumó varios golpes de efecto a finales de 1910 contra varias bandas que habían provocado su desasosiego, o que habían llevado a cabo sus actividades con tal descaro ante la opinión pública que incluso los políticos empezaron a dudar sobre la conveniencia de proteger a los gánsteres. Cuando se hubo disipado un poco el fuego de la batalla, varias figuras destacadas del hampa fueron enviadas a prisión. Entre estos héroes que desaparecieron de escena, estaban Newburgh Gallagher y Marty Brennan, de la banda Gophers; Willie Jones, de los Gas Housers; Al Rooney, de la Banda de la calle Catorce, y Itsky Joe Hickman, quien se había proclamado a sí mismo el rey de lo que quedaba de la banda de Paul Kelly. Y, tal como se ha visto anteriormente, Dropper *el Niño*, Johnny Spanish y Biff Ellison. La policía creía que Dropper y Spanish eran los jefes conjuntos de la misma banda cuando Paul Kelly se mudó al norte de la ciudad, pero luego resultó ser que controlaban grupos distintos. Sin embargo, ambos fueron compañeros inseparables hasta que una mujer se interpuso en su camino.

Hubo muchos disparos y golpes en Hell's Kitchen antes de que Gallagher y Brennan pusieran rumbo a Sing Sing, y la policía no quería desistir en su lucha contra los violentos Gophers. Pero la detención de sus líderes desmoralizó a los gánsteres, y al cabo de unos meses se inició una campaña que resultó en el desmembramiento de la banda, aunque no en su total sumisión. Durante muchos años, los Gophers, así como sus predecesores en Hell's Kitchen, vieron que los depósitos y vagones de mercancías de la estación central de ferrocarriles eran una buena fuente de ingresos. Con el tiempo, e incapaces de que la policía les hiciera el menor caso, la empresa de ferrocarriles organizó un cuerpo especial que no tenía más obligación que la de detener la depredación de los Gophers. Muchos de sus agentes eran expolicías que ya habían sufrido mucho en manos de los gánsteres, de modo que aceptaron con los brazos abiertos toda oportunidad de venganza. Sin restricciones por parte de los políticos, se adentraban alegremente en el West Side y pegaban a todo Gopher que encontrasen de un extremo a otro de Kitchen's Hell. Cuando los gánsteres recurrían a las armas, estos agentes privados les devolvían la descarga aún con más rapidez y virulencia. Muchos gánsteres resultaron heridos y varios acabaron en prisión, y apenas quedó un Gopher que no recibiera una tremenda paliza. En cuestión de meses, el nuevo cuerpo policial arrasó Hell's Kitchen, y los Gophers se alejaron de los

botines ferroviarios como si se tratara de una plaga. Hasta el día de hoy, un policía del cuerpo de la estación se considera el enemigo natural del hampa de Hell's Kitchen.

Como resultado de estas actividades, los Gophers se dividieron en tres facciones. Las más importantes quedaron en manos de Buck O'Brian y Owen Madden, este último muy conocido en los bajos fondos como Owney *el Asesino*. El tercer grupo, bastante más reducido en su número de hombres, era el de los Sullivans, y juraron lealtad al líder con ese nombre. Pero Sullivan no fue muy contundente en sus golpes y no amasaron grandes éxitos, así que cuando llegó el momento de la delimitación territorial del reinado Gopher, nadie tomó en cuenta a su grupo. Buck O'Brien asumió formalmente el control de la zona que iba desde la calle Cuarenta y dos hasta la Cincuenta y nueve, y desde la Novena avenida hasta el río Hudson. Mantuvo su supremacía a pesar de los ataques esporádicos de los Parlor Mob, quienes merodeaban por la zona desde los años sesenta y trataban de empujar a los hombres de O'Brien al sur de la calle Cincuenta. Owney *el Asesino* ocupaba el territorio al sur de la calle Cuarenta y dos, y su dominio se extendía hasta los confines de los Hudson Dusters y los Marginals, estos últimos liderados por Tanner Smith. Madden tenía una relación cordial con Smith, y a efectos prácticos las dos bandas eran una sola. Pero era un enemigo acérrimo de los Dusters, y su banda solía incitarlos a combates sangrientos.

Madden era casi la antítesis exacta de Monk Eastman: vestía impecablemente, era pulcro y delgado, y siempre exhibía una sonrisa angelical que escondía la astucia y la crueldad de un demonio. Nació en Inglaterra, pero vino a Estados Unidos a los once años. Al cumplir los diecisiete, ya lo llamaban Owney *el Asesino*. A los dieciocho cogió las riendas de una facción de los Gophers; en su veintitrés aniversario la policía contó que tenía cinco asesinatos en su haber, y lo condenaron a prisión.

Owen era excepcional con el revólver, y todo un artista con la honda, la porra y los nudillos de metal, por no hablar del trozo de cañería de plomo que siempre llevaba encima envuelto en papel de periódico, el arma favorita del gánster. La policía lo consideraba un típico gánster de su época: hábil, cruel, valiente y perezoso. La primera vez que trabajó fue cuando estuvo en prisión, y solía alardear de que nunca trabajaría. En una ocasión, cuando un detective de policía le preguntó, a petición de un periodista, qué hacía durante el día, Owney escribió diligentemente este informe de sus actividades de cuatro días, evidentemente sin incluir cualquier actividad que pudiera incriminarle.

Jueves: Fui a una sala de baile por la tarde. Fui a otro baile por la noche y luego a un *cabaret*. Me llevé algunas chicas a casa. Fui a un restaurante y me quedé allí hasta las siete del viernes por la mañana.

Viernes: Pasé el día con Freda Horner. Fui a ver a unas curiosas palomas.

Me reuní con unos amigos en una taberna por la tarde y me quedé con ellos hasta las cinco de la madrugada.

Sábado: Dormí todo el día. Fui a un baile en el Bronx a última hora de la tarde, y a otro baile de la avenida Park por la noche.

Domingo: Dormí hasta las tres. Fui a un baile por la tarde y a otro en el mismo lugar por la noche. Luego fui a un *cabaret* y me quedé allí casi toda la noche.



Benny el Atontado



Owey Madden



Dropper el Niño



Little Augie

Poco después del desmembramiento de los Gophers, Owey fue acusado por la policía de asesinar a un italiano sin más razón que la de celebrar su ascenso al trono de su banda. Varios testigos presenciales encontraron más conveniente desaparecer, y los detectives no reunieron pruebas para llevarlo a juicio. Al cabo de un año William Henshaw, un oficinista, fue atropellado por un tranvía en la Novena avenida después de pelearse con Madden por una chica, y antes de morir en el hospital supo que Owey le había disparado. Diez días después, tres detectives encontraron a Madden escondido en una casucha de Hell's Kitchen. Lo arrestaron tras una carrera por los tejados de la Décima avenida. Pero no lo procesaron, ya que los testigos volvieron a brillar por su ausencia. No obstante, los arrestos sucesivos le asustaron y durante varios meses se abstuvo de buscarse problemas con la policía y de atizarles, algo que deleitaba el corazón de un auténtico Gopher. Durante esta calma chicha, Madden y Tanner Smith organizaron el Winona Club, pensado para servir como lugar de encuentro de las dos bandas. Alquilieron habitaciones en una casa propiedad de Dennis J. Keating, un herrero honesto que no tenía ni idea del tipo de hombres que estaba aceptando como inquilinos. Los gánsteres pronto convirtieron al Winona Club en un antro de mala reputación en un barrio que, por lo demás, era bastante decente. Celebraban sus juergas y hacían la noche insoportable a los vecinos con sus peleas y gritos. En menos de una semana, Keating, que vivía en la primera planta del edificio, tuvo que subir a avisarles de que los vecinos se estaban quejando, y que los desahuciaría si no se calmaban. Owen y Tanner estaban sentados en una mesa hablando de sus asuntos con una botella de *whisky*, mientras varios de sus hombres descansaban tendidos en la habitación escuchando la música de un piano que tocaba un gánster artista.

—Tendréis que parar tanto alboroto —dijo Keating— o acabaré echándoos de mi casa.

—¿Me vas a echar *a mí* de tu casa? —le replicó Madden, con una dulce sonrisa—. Señor, ¿no ha oído usted hablar de Owney Madden? ¿Sí? Pues ese soy yo.

Keating se quedó mirando al famoso gánster por un momento, y luego se marchó al piso de abajo. Después de esto, tuvo miedo de contarle nada a la policía porque sabía que lo harían responsable de todo lo que ocurriera, y los Gophers eran famosos por su prontitud a la hora de cobrarse venganzas. Pero lo último que esperaba Keating era una bomba en su casa. Al final un vecino de la zona se quejó a la policía, y el agente Sindt procedió a abrir una investigación. Rechazó el caso cuando supo con quién tenía que vérselas, y pidió refuerzos al jefe de su prefectura. El sargento O'Connell y una brigada de reservas fueron a la conflictiva casa, pero los espías de Madden le habían avisado de su llegada, y los gánsteres habían bloqueado la puerta con una barricada. La solicitud de entrada de la policía fue bienvenida con una sarta de insultos y amenazas, y cuando el sargento O'Connell quiso echar la puerta abajo con su porra, una bala atravesó la ventana y rozó la cabeza del agente.

—Haremos papilla a los polis que entren aquí —gritó Owey *el Asesino*.

El sargento O'Connell y sus hombres se retiraron a una esquina. Este ordenó a dos de sus agentes que entraran por detrás de la casa, mientras el resto de la brigada se marcharía por la calle ante las narices de los gánsteres que miraran por la ventana. El sargento se acercó a la puerta y provocó verbalmente a Madden y Smith, mientras los gánsteres aprendían cómo sus líderes se metían con la policía. Entusiasmados, dejaron sin vigilar una ventana, y dos agentes pudieron colarse en la casa y llegar hasta la ventana donde se habían apiñado todos los gánsteres. Madden y sus secuaces se enteraron de la presencia de los agentes cuando estos irrumpieron en la estancia y cayeron sobre los asesinos con sus porras. Sorprendidos por el asalto, los gánsteres se vieron abatidos, con lo cual el sargento y sus reservas cruzaron la calle, echaron la puerta abajo y entraron en el edificio por la puerta principal. Al cabo de cinco minutos, los gánsteres, sangrando y esposados, fueron conducidos a la comisaría con pocos miramientos. Pero en el juicio, durante la mañana siguiente, Owey, siendo menor de edad, recibió un sermón de un juez benevolente y lo soltaron con una fianza de quinientos dólares. Tanner Smith también recibió un castigo simbólico, y luego le faltó poco tiempo para ir al City Hall, donde pidió audiencia al alcalde William J. Gaynor. Le enseñó los morados que había recibido de la policía, y se quejó de que los agentes habían atacado injustificadamente mientras él y sus amigos jugaban a las cartas. El alcalde regañó públicamente a la policía, y a raíz de ello se aprobó la famosa directiva n.º 7, en virtud de la cual se prohibía a un agente usar su porra a menos que pudiera probar que lo hacía en defensa propia. No dejaba margen de maniobra a un inspector o jefe de policía cuando un ciudadano, honesto o no, recibía una paliza. No hubo nada más desastroso para los pocos policías honestos que

trataban de deshacerse de los gánsteres de la ciudad. Hasta que el alcalde John Purroy Mitchel no rescindió la orden al cabo de dos años, los gánsteres conservaron gran parte de su poder. Los bajos fondos celebraron una fiesta por todo lo alto cuando conocieron la decisión del alcalde. Gaynor se convirtió en la estrella sin par de todo este asunto y recibió felicitaciones de todas partes. Pero al poco tiempo fue arrestado y condenado a un año de prisión por tenencia de armas. Cuando salió, sus compañeros ya habían puesto pies en polvorosa. A finales de 1914, Tanner Smith proclamó que se había reformado y se puso a trabajar de contratista. Los negocios le fueron muy bien y, por lo que parece, llevó una vida digna. Pero en 1919 volvió a sus malas costumbres y abrió el Marginal Club, encima de una taberna del número 129 de la Octava avenida. Allí le disparó un hombre que se le acercó a la mesa con las manos en la espalda. Dejó una herencia de cien mil dólares.

2

Los hombres fuertes de Madden eran Eddie Egan, Bill Tammany y Chick Hyland, ninguno de los cuales llegó a destacar en el mundo del hampa. Bill Tammany fue detenido y enviado a Sing Sing con una condena de quince años antes de que le diera tiempo a mostrar sus méritos. Chick estuvo en prisión durante cuatro años y Egan desapareció del mapa cuando juzgaron a su jefe. Las fuentes de ingresos de Madden eran muy parecidas a las de otros cabecillas de bandas, aunque no supuso una competencia para Zelig en cuanto a la protección y asalto de las salas de juego. Vivía principalmente del hurto, los robos, la intimidación a comerciantes y taberneros, y de los fondos recibidos de políticos a la sombra. Tenía decenas de enemigos, ya que era un tipo ambicioso y dominante y solía pregonar a los cuatro vientos que aspiraba a convertirse en el rey de todas las bandas. Intentaron matarlo en varias ocasiones, pero ninguna tuvo éxito hasta la noche del 6 de noviembre de 1912, cuando acudió a un baile organizado por la Dave Hyson Association en Arbor Dance Hall, en su día el antro Eldorado. La Dave Hyson no era más que una tapadera para eludir el ejercicio de la ley y permitir gestionar el local con las anteriores normas, que permitían vender alcohol en horas extraordinarias cuando una asociación legítima lo organizaba. Cada uno de los camareros creó una asociación, y por tanto se organizaban bailes durante todo el invierno.

La gente estaba divirtiéndose de lo lindo cuando Owney *el Asesino* entró en el Hall y se plantó en medio de la pista de baile, donde se quedó con los brazos cruzados y miró amenazadoramente a su alrededor. La música cesó casi de inmediato, las mujeres se precipitaron hacia las salidas y los hombres se apilaron en las esquinas, intentando descubrir dónde llevaba la artillería. Pero *El Asesino* saludó benévolo con la mano.

—Seguid con vuestra fiesta —gritó—, no voy a matar a nadie esta noche.

Llamó con una seña a Dave Hyson y cogió suavemente la temblorosa mano del camarero.

—Que bailen, Dave —ordenó—, no quiero aguarles la fiesta.

Luego salió al balcón y se sentó en un lugar donde él veía pero no podía ser visto. Permaneció sentado varias horas, bebiendo *whisky* y acicalándose, disfrutando de los guiños maliciosos de las mujeres y de las miradas envidiosas de otros gánsteres menos famosos. Poco después de medianoche, una mujer se sentó en su mesa. Era hermosa y no escatimó halagos hacia el gánster. El cabecilla se interesó tanto por ella que bajó la guardia y no advirtió a los once tipos que se sentaban disimuladamente en las mesas de al lado. Al final, la mujer se marchó a la pista de abajo. Luego, la mirada fría de Owney barrió el balcón. Vio enemigos por todas partes, once hombres que le observaban con cara de pocos amigos. Sabía que trataban de matarle, y que le dispararían si hacía el más mínimo movimiento hacia su bolsillo. Aun así, dio un paso adelante y les plantó cara, ya que Owney no era un cobarde.

—Venga muchachos —dijo en voz alta—, ¿no vais a matar a nadie, verdad? ¿Lo habéis hecho alguna vez?

Uno de los hombres soltó un taco y esto hizo disminuir la tensión del momento. Y fue precisamente entonces cuando alguien disparó y Owney cayó desplomado mientras sus enemigos bajaban las escaleras con tranquilidad y salían a la calle. Nadie les detuvo. Los agentes se abrieron paso entre la multitud al cabo de un rato, y enviaron al gánster al hospital. Después, un detective le preguntó quién le había disparado.

—No sé —dijo Madden—. Los muchachos lo atraparán. Es asunto mío averiguar quién me ha metido esas balas en el cuerpo.

Los médicos sacaron seis balas del tórax del gánster y tardó mucho tiempo en recuperarse. En menos de una semana, tres de los once hombres fueron asesinados.

Mientras Madden se curaba de sus heridas, Little Patsy Doyle, un miembro de segunda fila de los antiguos Gophers que había pasado mucho tiempo en Broadway, apareció de pronto en Hell's Kitchen y pegó sin razón alguna a un policía. Alentado por los comentarios elogiosos de tan digna gesta, trató de hacerse con el control de la banda y lanzó el rumor de que Madden estaba lisiado de por vida. Little Patsy no solo era ambicioso; la sed de venganza le corroía por dentro porque su chica, Freda Horner, lo había dejado después de comunicarle que se iba a casar con Owney *el Asesino*, o al menos se iba a vivir con él, algo que en el mundo de los bajos fondos equivalía al casamiento. Little Patsy reunió a un puñado de hombres resentidos, pero antes de que pudiera urdir su plan, Madden ya estaba fuera del hospital, de modo que tomó los pasos necesarios para detener la insumisión. Cuando volvió a pisar Hell's Kitchen, Patsy recibió un golpe de cañería que casi le mata. Por pura desesperación, le cogió la fiebre aporreadora y atizó a varios de los hombres preferidos de Madden. No solo pegó a Tony Romanello, amigo de Owney, sino que también le apuñaló y le

disparó, ya que Romanello fue quien se burló de él porque Madden le había arrebatado a su chica.

Patsy se volvió insoportable, y Madden ordenó su sacrificio. Empezaron a circular rumores por todo Hell's Kitchen de que Little Patsy era un mierda y un chivato, y todos los rebeldes que se habían unido a él lo abandonaron y volvieron a trabajar para Owney. Al final, llegó el momento de pasar a la acción. Madden habló con dos de sus mejores pistoleros, Art Biedler y Johnny McArdle, y les encargó la labor de hacer callar a Patsy para siempre. Le dijo a Freda que fuera a hablar con Margaret Everdeane, una buena amiga de muchos Gophers y la novia actual de Willie *el Marinero*, o William Mott, y que juntas tramaran algo para que Patsy picara el señuelo y estuviera a tiro de pistola. La noche del 28 de noviembre de 1914, Margaret telefoneó a Little Patsy para decirle que Freda seguía prendida de él y que deseaba fervientemente una reconciliación.

—La pobre chica está destrozada por la forma en que te ha tratado, Patsy, quiere verte —dijo Margaret—. Me la llevaré conmigo y con Willie, y así podrás hablar con ella.

Acordaron verse ese mismo día, y poco antes de medianoche Patsy entró en una taberna de la Octava avenida y la calle Cuarenta y uno. Estaba demasiado absorto pensando en Freda como para advertir a los tres hombres que le seguían en la oscuridad. Ni siquiera oyó el retumbar de las puertas giratorias tres minutos después de que él entrara en el bar. Pasó de largo la barra y se metió en uno de los cuartos traseros, donde encontró a Margaret sentada en la mesa con Willie. Freda no estaba.

—¿Dónde está Freda? —preguntó Little Patsy, receloso.

—Ha salido un momento, Patsy —dijo Margaret—. Vendrá enseguida. Siéntate aquí.

Al cabo de un rato entró un camarero y dijo que había un hombre fuera que quería ver a Little Patsy. El gánster entró de nuevo en el salón del bar, pero no vio a nadie conocido.

—¿Quién quiere verme? —preguntó.

—Yo —contestó una voz.

Patsy se dio media vuelta y su interlocutor lo recibió con una bala que le atravesó el pulmón. El gánster se tambaleó y recibió dos disparos más mientras caía desplomado al suelo. Hizo lo posible por levantarse y coger su revólver, pero le faltaban fuerzas para sacarlo de su bolsillo. Dio unos cuantos tumbos, tenía la cara blanca como la nieve que cubría la acera del exterior. Little Patsy salió de la taberna como pudo y cayó muerto en la calle.

Owney *el Asesino* fue detenido al cabo de unos días, y durante el juicio Freda Horner y Margaret Everdeane actuaron en defensa del estado. Madden gritó y juró que le habían hecho una faena, pero le enviaron a Sing Sing con una condena de diez a veinte años. Johnny McArdle fue condenado a trece años de prisión y Art Biedler a dieciocho. Los detectives de la policía suspiraron aliviados y borraron el nombre de

Owney de la lista de gánsteres peligrosos. Pero en enero de 1912, después de cumplir la condena en menos tiempo del mínimo legal, liberaron a Madden con una fianza de por medio. Luego Madden se puso a trabajar de taxista, y sus jefes aseguraron que había sido contratado para proteger a sus conductores de la competencia injusta. Es decir, lo contrataron para amedrentar a la competencia. El empleo le duró solo unos meses, porque él y otros cinco hombres fueron arrestados cerca de White Plains, en el condado de Westchester, mientras conducían un coche con veinticinco mil dólares de alcohol robado. La policía declaró que Madden había propinado, además, buenas palizas, pero le absolvieron de los cargos cuando este contó a los tribunales que él simplemente pidió a los conductores que lo llevaran a cierto sitio, y que no tenía ni idea de lo que transportaban en el coche. No se supo más de él a partir de entonces, pero se dice que patrocinó varios clubs nocturnos en Harlem y mid-Manhattan.

3

Mientras Big Jack Zelig lideraba a sus gánsteres en las guerras contra Tricker y Sirocco, Madden se dedicaba a unir a una facción de los antiguos Gophers en toda una organización. Otras pandillas también trataban de organizarse en bandas de más envergadura. La simpatía que la policía y los políticos profesaban hacia Zelig y sus cabecillas contemporáneos había alentado las ambiciones de las generaciones jóvenes de gánsteres. En 1911, John Torrio *el Terrible* hizo su aparición en el paseo marítimo del río East, en el antiguo distrito Cuarto, y se convirtió en el líder de la Banda de la calle James que aterrorizó a gran parte de la ciudad durante casi cinco años. Luego se marchó de la costa Este y destacó en los bajos fondos de Chicago. Las bandas lideradas por Joe Baker y Joe Morello lucharon entre ellas para conseguir la supremacía del norte del East Side. Cinco hombres resultaron muertos en una gran batalla que tuvo lugar entre la calle 114 y la Tercera avenida el 17 de abril de 1912, y con el tiempo simplemente acabaron matándose indiscriminadamente. Los Red Peppers y los Duffy Hills siguieron con sus reyertas nocturnas en la calle 102, mientras que los Pearl Buttons, antiguos enemigos de los Hudson Dusters, se trasladaron al norte de la ciudad a finales de 1910 y se convirtieron en amos y señores de la zona al Oeste de la calle 100, desde Broadway a Central Park. Los Parlor Mob, hasta la fecha una mera organización vasalla de los Gophers, abandonaron Hell's Kitchen cuando la policía especial ferroviaria entró en acción y asumió el control del distrito de Central Park a la altura de la calle Sesenta y seis, donde había muchos barrios de chabolas.

A finales de 1911, nació la banda Car Barn, y en poco tiempo se convirtió en la colección de criminales y delincuentes más temida de la ciudad. Sus miembros provenían básicamente de las pandillas de matones de poca monta que andaban por

los muelles del río East robando y matando. Cuando ingresaron en esta banda, se convirtieron en pistoleros y bandidos. El territorio Car Barn, que abarcaba de las calles Noventa a la Cien y de la Tercera avenida hasta el río East, se volvió un lugar tan peligroso para los ciudadanos respetables como en su día lo fue Hell's Kitchen. La policía se enteró de la formación de esta banda cuando leyeron el siguiente cartel pegado a una farola entre la Segunda avenida y la calle Noventa y siete:

Aviso

¡CUIDADO POLIS!

NO SE PERMITE LA ENTRADA A NINGÚN POLICÍA A PARTIR DE ESTA MANZANA.

Por orden de

LA BANDA CAR BARN

La policía descubrió poco después que los Car Barns estaban dispuestos a poner en práctica sus promesas. Seis agentes que se adentraron en la zona prohibida fueron apuñalados y recibieron una paliza de campeonato. A partir de ese momento trataron de patrullar el distrito con grupos de cuatro o cinco hombres. Después de que el alcalde Gaynor revocara el dictamen n.º 7, la brigada «brazo fuerte» de la policía se solía introducir en la zona restringida de los Car Barns y pegaba a los gánsteres sin piedad. La banda se desmembró cuando dos o tres de sus cabecillas acabaron en la silla eléctrica. Los mártires fueron Big Bill Lingley y Freddie Muehfeldt, más conocido como *El Niño*. Lingley gozaba de prestigio por ser uno de los miembros fundadores de la banda. Era un buen ladrón y bandido, y solía llevar encima dos revólveres, una porra y una honda, a la que era muy aficionado.

Freddie venía de buena familia, y en su tierna juventud llegó incluso a destacar como monaguillo. Tanto, que su honrada madre albergó la esperanza de que su hijo se ordenaría como sacerdote. Con casi veinte años, el chico manifestó una profunda aversión al trabajo y solo le preocupaba rondar por el muelle, donde conoció a Lingley y se convirtió en su más profundo admirador. Big Bill vio posibilidades en el joven Freddie, y se encargó de formarlo personalmente. Juntos prometieron honrar a los Car Barns para que sus nombres entraran en el pabellón de la gloria. Con otros seis chicos, organizaron una serie de asaltos en tabernas de la calle Catorce, al norte del Bronx, que les reportaron muchos beneficios. Con el tiempo, un contrabandista de alcohol del Bronx luchó contra ellos para recuperar su parte, y Big Bill y Freddie lo mataron. Ambos cumplieron condena por asesinato y la carrera de El Niño terminó antes de cumplir su veintiún aniversario.

Al sur del territorio Car Barn, los Bridge Twisters merodeaban por las calles oscuras de los accesos al puente Queensboro sobre el río East. En la calle Catorce y en el río, se producían batallas constantes entre la banda Tunnel, los Terry Reilleys y los Corcoran Roosters liderados por Tommy Corcoran. La banda Gas House seguía

haciendo de las suyas en la calle Elizabeth, aunque estos gánsteres ya no gozaban de la suerte que tuvieron en la época dorada de Eastman y Paul Kelly. Los Gas Housers desaparecieron de escena a principios de 1914, cuando el último de sus grandes líderes, Tommy Lynch, fue asesinado en una contienda contra la banda de Jimmy Curley, capitaneada por Jimmy Carrigio. Un poco más al sur estaban los Carpenters, un grupo reducido pero muy peligroso. El Bajo East Side estaba plagado de bandas de distinta consideración. Entre ellos encontramos a los Little Doggies, los Neighbors' Sons, los Dock Rats, la banda Chistel, la banda Folly y los Frog Hollows, quienes también operaban al norte de la ciudad y se especializaron en la trata de blancas. Al final, esta banda se disolvió en 1913 cuando tres de sus mejores hombres fueron condenados a prisión por un total de más de cuarenta y dos años. En esta zona también se encontraban las bandas de Benny Fein *el Atontado*; Joseph Rosenweig, alias Joe *el Engrasador*; Billy Lustig, Pinchey Paul, Little Rhody; Punk Madden, quien no guardaba ningún parentesco con Owney; Pickles Laydon; Ralph *el Barbero*, cuyo nombre real era Ralph Daniello; Yoske *Negro*, nacido Joseph Toplinsky; Johnny Levinsky, y, finalmente, Charles Vitoffsky, alias Charley *el Lisiado*. Desde el Bajo West Side en dirección norte hasta Battery, había muchísimas bandas que vivían de la cría y comercialización de pollos, y vieron que la rivalidad entre los comerciantes honestos de este sector les era muy beneficiosa. La hazaña más destacada de estos canallas fue el asesinato de Barnett Baff en 1914, un vendedor de pollos. Se dijo que este trabajo les costó a sus instigadores cuatro mil doscientos dólares que luego se dividieron entre los distintos líderes de las bandas. El pistolero de a pie recibió no más de cincuenta dólares. La policía siempre creyó que la muerte de Baff la contrataron sus rivales comerciales, ya que esa competencia se prestaba rápidamente a sacar de en medio a quien fuera y no era poco común que alguien dedicado a este sector recibiera amenazas de una empresa rival y que, además, contratara a gánsteres para destrozarse el establecimiento del enemigo.

Yoske *Negro*, Charley *el Lisiado* y Johnny Levinsky se especializaron en robar y envenenar caballos. Hacia finales de 1913, la indudable satisfacción por los beneficios de su trabajo les otorgó el monopolio del negocio. Acto seguido, se dividieron astutamente la zona y trabajaron en armonía durante un par de años, incluso a veces se prestaban hombres para llevar a cabo ciertos trabajos. Negro se encargaba exclusivamente de los mercados, los transportistas y las hípicas. Levinsky se limitaba solo a las heladerías, y Charley se ocupaba de las comisiones que corrían gracias a la rivalidad entre los productores de sifón y los de agua de Seltz. Los honorarios de los gánsteres variaban según la magnitud y el peligro del trabajo, pero normalmente siempre tiraban al alza. Un gánster enseñó la media de sus honorarios a la policía:

Disparos, con consecuencias fatales 500 dólares

Disparos, con consecuencias no fatales 100 dólares

Envenenar a una cuadrilla	50 dólares
Envenenar a un caballo	5 dólares
Robar un caballo y sus aparejos	25 dólares

Los objetivos de los disparos, según aclaró el gánster, eran seres humanos. Pero lo cierto es que estos precios eran muy caros. Los cabecillas de muchas bandas del East Side estaban dispuestos a matar por veinte dólares, mientras que el sur de Nueva York estaba plagado de tipos que garantizaban un trabajo impecable y sin consecuencias desde dos a diez dólares, según la fama de la víctima y la situación financiera de la banda cuando recibía el encargo.

Estos grupos eran solo una minoría de las bandas que nacieron en la isla de Manhattan durante los últimos años del imperio de los gánsteres. A finales de 1913, casi un año después de la muerte de Zelig, es probable que hubiera más bandas en Nueva York que en cualquier otro período de la historia de la ciudad. Su elevada cifra y las ramificaciones de sus alianzas eran tan asombrosas que ahora no quedan más que unas cuantas de las cientos que hubo. Los policías y los periodistas llegaron a conocerlas, pero luego desaparecían de nuevo como cometas, dejando a su paso una estela de sangre y corrupción. Seguramente, el número total de gánsteres no fue superior al que hubo durante el reinado de Eastman, ya que las bandas eran más pequeñas. La época en que un líder reunía hasta mil hombres había pasado a la historia con la desaparición de grupos como el de Eastman, los Gophers y los Five Pointers. Eran pocos los líderes que podían congregarse a más de treinta o cuarenta tipos. Así pues, la zona que años atrás era territorio exclusivo de una banda se convirtió en presa de pequeños grupos que luchaban entre ellos continuamente —a veces fuera de sus dominios—, y mataban y robaban en cuanto se les presentaba la ocasión. Además, su organización era más flexible. Ya no debían rendir una férrea lealtad a un líder, y era bastante común que un mismo gánster jurara sus cargos en tres bandas distintas al mismo tiempo y desempeñando funciones diferenciadas en cada grupo. En toda la ciudad, había también un nutrido grupo de gánsteres independientes que solo se afiliaban con algún líder de banda en empresas específicas o cuando se trataba de apuñalamientos o atentados especiales. La cifra de este colectivo iba en aumento a medida que la decencia invadía la política, y a medida que la policía se transformaba en un cuerpo más eficiente y honesto y emprendía redadas contra los gánsteres organizados.

4

Las bandas que surgieron repartidas al este de Manhattan después de la muerte de

Zelig realizaban cualquier tipo de trabajo delictivo que les pidieran sus clientes. Pero las oportunidades para el enriquecimiento eran menores que antes. Los descubrimientos policiales a raíz del caso Rosenthal dieron como resultado el cierre de muchas salas de juego, y obligaron al resto a funcionar con un mínimo de protección policial. Los gánsteres se habían convertido en una carga para la opinión pública y los políticos ya no se atrevían a utilizarlos tanto como lo habían hecho en el pasado. En definitiva, fue preciso inventar nuevas fuentes de ingresos y los cabecillas de las bandas vieron negocio en las constantes luchas industriales que atravesaba el East Side, especialmente entre el sector textil. A finales de 1911, los sindicatos crearon la costumbre de contratar a gánsteres para asesinar o pegar a los esquirols e intimidar a los trabajadores que se negaban a entrar en el sindicato. Al mismo tiempo, los empresarios contrataban a otros gánsteres para cargar contra los piquetes sindicalistas y boicotear sus reuniones. Los gánsteres rara vez hacían de esquirols, ya que sentían una cierta repugnancia por el trabajo, pero sí que actuaban como guardianes de los empleados que realizaban trabajos ocasionales gracias a las agencias de colocación de Bowery y la Sexta avenida. Con el tiempo, surgió una clase muy distinguida de hombres que se negaban a realizar cualquier otro trabajo, e iban de una ciudad a otra —ganándose un buen sueldo— haciendo de esquirols o captadores de mano de obra durante las huelgas. Actualmente, este tipo de hombres los facilitan las agencias de detectives privados.

Al cabo de unos meses los apuñalamientos, los porrazos y los tiros se acabaron aceptando como consecuencias ineludibles de los disturbios industriales del East Side. Gran parte de estas actividades sindicales las organizaban bandas capitaneadas por Benny *el Atontado*, Joe *el Engrasador*, Little Rhody, Pinchey Paul y Billy Lustig, mientras que los empresarios debían contentarse con los servicios de grupos menos efectivos. Los líderes de las bandas más importantes estaban en nómina en los distintos sindicatos, y cobraban una media de veinticinco a cincuenta dólares a la semana. Por cada gánster que se ocupaba de pegar a los esquirols o asustar a los trabajadores obstinados, los líderes recibían diez dólares al día, de los cuales ellos se quedaban dos y medio. Los siete dólares y medio restantes del sueldo se los quedaba el gánster. Los cargos directivos de los sindicatos también se obligaban a pagar todas las posibles multas, facilitar avales, contratar a abogados y proveer tanta protección como les fuera posible a través de sus contactos políticos y policiales. Benny se procuró otra salvaguarda pagando una cantidad anual a un abogado; la lumbrera legal se ocupaba de redactar contratos sin la debida mención al carácter del trabajo implicado en virtud del contrato, pero especificaba que la nómina del líder de la banda no se extinguiría si este iba a prisión. Durante varios años, Benny tuvo que ser atendido por muchos avalistas profesionales, quienes no solo arreglaban el asunto de la fianza del líder cuando era preciso, sino también la de sus secuaces.

Benny *el Atontado* empezó su carrera delictiva a los diez años, cuando merodeaba por las calles del East Side robando los fardos de los trenes de mercancías. A partir de

este humilde comienzo, pasó a realizar asaltos sin importancia a los peatones y luego se convirtió en un carterista de cierta distinción. Con los años acabó siendo el líder más famoso de su tiempo, o al menos el más próspero, aunque bien es cierto que no se le podía comparar con Monk Eastman. Benny no era drogadicto, pero sus problemas nasales y de ganglios, que padecía desde la infancia, le obsequiaban con un aspecto triste y soñoliento, del que deriva su apodo.

Como líder, fue superior a sus contemporáneos, y con los años llegó a dirigir la fusión de seis bandas más pequeñas, entre ellas los Little Doggies, los últimos remanentes de los Hudson Dusters, unos cuantos Gophers que se habían mudado al East Side después de una redada policial en Hell's Kitchen, y los grupos liderados por Porkie Flaherty y Abie Fisher. Benny dividió en distritos la mitad sur de la isla de Manhattan, y asignó cada zona a una de sus bandas vasallas, que se encargarían de disparar, pegar y apuñalar en beneficio de todos y de quien les había encargado el trabajo. Principalmente, estos gánsteres trabajaban para los sindicatos. Pero también era bastante habitual que Benny en persona pegara y apuñalara para los sindicatos de un distrito, y luego contra ellos en otro distrito. Durante tres años, apenas se convocó una huelga en Nueva York en la que no se contratara a estas bandas, de modo que durante un buen tiempo la media de ingresos anuales de Benny fue de entre quince y veinte mil dólares. Era tan temido por todos que un grupo de empresarios le ofreció quince mil dólares si se mantenía neutral en una huelga inminente. Benny se negó indignado, aludiendo que su corazón latía con la clase trabajadora, y que él y sus hombres continuarían estando a disposición de los sindicatos. Así describió sus estrategias durante una confesión que hizo al fiscal del distrito, hasta que al final la ley le acabó pidiendo cuentas de sus actividades:

Mi primer trabajo consistió en ir a una tienda y pegar a algunos de sus trabajadores. Quienes me contrataron me pagaron diez dólares por cada uno de mis gánsteres implicados en este trabajo y cien dólares para mí. Yo elegí a quince hombres, y luego me reuní con quien me contrató y le dije que no podía hacer el trabajo por el dinero que pensaba pagar, que la faena requería más hombres de los que yo había calculado y yo no añadiría más hasta que me pagara más.

Al final, aceptó pagarme seiscientos dólares por el trabajo. Yo reuní a mis hombres, los dividí en pequeñas brigadas y procuré que fueran armados con trozos de cañerías de plomo y porras, pues en este caso no eran convenientes las pistolas. Cuando los trabajadores volvían de su trabajo, mis hombres se les echaban encima y les daban una paliza. Yo no estuve ahí cuando eso ocurrió. Les dije a mis hombres lo que debían hacer y yo me quedé observando de cerca. Después de acabar el trabajo, me reuní con el hombre que me contrató y le pregunté si le había gustado mi trabajo. Él dijo que estuvo bien y me pagó seiscientos dólares en efectivo.

A partir de ese momento, se corrió la voz de que yo hacía estos trabajos, y varios empresarios me los iban encargando. Tenía mucha faena. Algunos de los trabajos eran individuales. Me decían que querían pegar a alguien, me llevaban cerca de él para que lo observara, y cuando tenía la oportunidad le seguía y le atizaba. Después recibía mi dinero.

Una vez hicimos un trabajo en un lugar donde había unas chicas que soplaban unos silbatos de policía. Vino la pasma antes de que nos diera tiempo a marchar. Me detuvieron y me condenaron a treinta días, y a tres de mis hombres les condenaron a quince días cada uno. Mientras cumplía con mis treinta días seguía cobrando mi sueldo de quince dólares diarios, aunque parte no lo cobré hasta después de la condena.

Después hice una serie de trabajos por los que no recibí pagos especiales, solo la nómina habitual, que en este caso era de veinticinco dólares a la semana. En ese momento solo recibía este sueldo y no cobraba extras por cada faena. Después tuve que coger trabajos sueltos otra vez que casi equivalían a uno entero. Cobraba trescientos cincuenta dólares por hacer un trabajo. Esto, aparte de mis veinticinco dólares de sueldo a la semana. Ocupé a treinta hombres para un trabajo, y muchos de ellos salieron heridos.

En enero de 1914, me llevaron a juicio y me condenaron por asalto a mano armada. La condena fue de cinco años de prisión federal, pero después se anuló la condena y salí. Mientras estuve en la prisión del estado seguí cobrando la nómina y encargué algún que otro trabajo. Algunos eran cosas tranquilas, sin armas —solo asustar y amenazar a la gente— y otros eran trabajos violentos.

Seducido por las oportunidades casi constantes de exhibir sus talentos, algunos de los gánsteres independientes más violentos se aliaron con Benny. Además, su hueste de hombres también se nutrió de las deserciones de bandas rivales. Incluso Joe *el Engrasador* perdió muchos de sus mejores hombres, pero este astuto cabecilla evitó su caída libre formando una alianza con Benny. Joe lo aceptó como jefe supremo de todas las bandas, aunque siguió gestionando su grupo como unidad independiente. Con esta alianza, Benny y Joe controlaban prácticamente toda la situación. Little Rhody, Pinchey Paul y Billy Lustig, así como una veintena de otros jefecillos, fueron totalmente ignorados por los directivos de los sindicatos que asignaban los trabajos. De pura desesperación, estas bandas más pequeñas se unieron, y a finales de 1913 les declararon la guerra a Benny y a Joe. Dejaron patente su hostilidad mutua con un tiroteo en el cruce entre las calles Grand y Forsyth. Pero los gánsteres eran muy malos tiradores y nadie salió herido, a pesar del fuego indiscriminado que rompió varios escaparates y provocó muchas corredizas en las calles abarrotadas de gente. Uno de los principales instigadores de la guerra, y un constante urdidor de planes contra el poder de Benny y Joe, fue Jewbach, quien con el tiempo se convirtió en un

personaje tan detestable que a *Negro Benny Zinder*, uno de los hombres de Joe, le encargaron que acabara con él. El Negro atacó a Jewbach con un cuchillo en la calle Rivington a la altura de Norfolk, pero no le dio tiempo a atestar otro cuchillazo antes de que lo detuvieran. Jewbach gritó que denunciaría a *Negro Benny* y que lo enviaría a prisión, con lo cual Joe *el Engrasador* convocó a seis de sus hombres. Mientras los gánsteres sujetaban a Jewbach, Joe le cortó una parte de su labio inferior.

—Con esto aprenderás a no hablar tanto —dijo Joe.

Jewbach no pudo hablar durante varias semanas, y se acobardó tanto por las amenazas de Joe que no compareció ante el tribunal. *Negro Benny* fue absuelto. Posteriormente, cuando Pinchey Paul fue hallado muerto, *Negro Benny* fue acusado de asesinato y se vio en tal aprieto que confesó ante el fiscal del distrito. Dijo que el responsable del homicidio fue Joe y que este le había dado cinco dólares por el trabajo. *Negro Benny* fue condenado a veinte años de prisión. Joe se declaró culpable de homicidio en legítima defensa y en diciembre de 1915 fue condenado a diez años en Sing Sing.

Fue esta guerra, trivial comparada con las de antaño, lo que desencadenó el derrumbe final de las bandas de gánsteres. En noviembre de 1913, los gánsteres de grupos rivales se enfrentaron delante de una fábrica de sombreros de la calle Greenwich, donde los hombres de Benny estaban esperando a que salieran unos trabajadores para atizarlos. En diciembre de ese mismo año, la carrera de bicicletas de seis días, en el Madison Square Garden, se puso muy animada gracias a una pelea en la que uno de los gánsteres contrarios a Benny murió de un disparo. Al cabo de un mes, unos treinta gánsteres se congregaron frente al Arlington Hall, donde se celebraba un baile bajo los auspicios de la Lenny Dyke Association, inspirada por Tommy Dyke, dueño del antro de Bowery de Chick Tricker. Durante casi media hora, los gánsteres se fueron disparando desde las puertas de los distintos edificios. Nadie resultó herido, aunque una de las balas mató a Frederick Strauss, un funcionario de tribunales que pasaba por ahí de camino a una reunión. Strauss era un hombre de peso, con importantes contactos políticos y amistades de renombre, y su asesinato suscitó tal conmoción que el alcalde John Purroy Mitchel, quien acababa de asumir el cargo tras derrotar al candidato de Tammany Hall, ordenó al comisario de policía Douglas I. McKay que acabara con las bandas de gánsteres a toda costa. Al mismo tiempo, revocó la directiva del alcalde Gaynor sobre el uso de las porras y aseguró a los agentes de que no se tomaría ninguna acción legal contra ellos si veían necesario pegar a un gánster.

El comisario McKay suspendió del cargo inmediatamente al jefe de policía de la prefectura donde había ocurrido la batalla de gánsteres. En un plazo de veinticuatro horas el cuerpo uniformado, asistido por una brigada de detectives a las órdenes del subcomisario George S. Douigherty, ya había arrestado a más de cien gánsteres. Muchos fueron enviados a prisión, ya que las organizaciones de distrito de Tammany Hall habían quedado muy desacreditadas con la derrota electoral, y los políticos de

Wigwam no fueron capaces de proteger a sus aliados hereditarios. Arthur Woods, quien había sido secretario del alcalde, sucedió a McKay en el cargo de comisario, y continuó la guerra contra los gánsteres con aún más vigor. El fiscal del distrito, Charles A. Perkins, abrió una investigación sobre los sindicatos que habían contratado los servicios de los gánsteres. Los directivos del sindicato United Hebrew Trade Union empezaron a recaudar fondos para su defensa, y gravaron un impuesto de siete centavos a la semana a sus sesenta mil miembros, y luego subieron esta cantidad a cuarenta centavos cuando las investigaciones del fiscal revelaban percances mayores. A finales de 1914, Benny fue arrestado. En mayo, después de haber esperado pacientemente a que sus amigos políticos y sindicales le facilitaran su libertad, acabó por convencerse de que trataban precisamente de sacrificarlo. Así que hizo un trato con el fiscal del distrito. A cambio de una pena menor, él prepararía una confesión en la que detallaría sus contactos y actividades en los últimos cinco años. Sobre la base de ese informe, once gánsteres y veintitrés directivos sindicales fueron procesados, aunque ninguno llegó a dormir en prisión. En junio de 1917, se retiraron las acusaciones cuando el fiscal del distrito Edward Swann, sucesor en el cargo de Perkins, informó al Tribunal de que no había reunido pruebas suficientes para dictar una sentencia. Seis meses después de su confesión, Benny fue arrestado de nuevo y procesado por el asesinato de Strauss. Pero el jurado no estuvo de acuerdo con las acusaciones y, en mayo de 1917, los tribunales revocaron la demanda. Sus sucesivos encuentros con la policía resquebrajaron el dominio de Benny en el East Side, y nunca más volvió a recuperar su antiguo poder. Sus gánsteres se dedicaron a otros asuntos y los sindicatos se negaron a tener trato con él.

Durante el primer año de su gestión, el comisario Woods procuró el encarcelamiento de más de doscientos gánsteres destacados de la ciudad. De algunos gánsteres no pudieron reunir pruebas concluyentes de sus actividades, pero fueron apaleados por los agentes uniformados y estrictamente vigilados por los detectives. A mediados de 1916, la policía ya había completado la destrucción de los Hudson Dusters y de todas las otras bandas que habían merodeado por la isla de Manhattan desde Battery hasta Spuyten Duyvil. A medida que sus organizaciones perdían cohesión, los gánsteres se fueron dedicando a trabajos honestos o bien entraban a formar parte de grupos reducidos de delincuentes comunes. Solo unos cuantos pudieron seguir trabajando para los sindicatos, aunque la mayoría de directivos de estas organizaciones quedaron atemorizados por la actividad de la policía y la perseverancia del alcalde Mitchel de poner fin a los apuñalamientos y disparos que mantuvieron a la ciudad sumida en un caos durante tantos años. De modo que los sindicatos se buscaron otra forma de dirimir las disputas industriales.

No quedaron bandas de gánsteres organizadas y de cierta importancia en Nueva York hasta finales de 1917, cuando Johnny Spanish y Dropper *el Niño* salieron de Sing Sing y regresaron de inmediato al East Side, donde trataron de revivir sus antiguas glorias y renovaron su enemistad que había surgido cuando ambos

estuvieron a las órdenes de Paul Kelly. Reclutaron a una treintena de hombres cada uno y se enfrentaron en peleas de poca consideración, sin causar muchos estragos ni llamar mucho la atención de la policía. Finalmente, el 29 de junio de 1919, Johnny Spanish fue asesinado frente a un restaurante del número 19 de la segunda avenida. Los verdugos fueron tres hombres que se le acercaron por la espalda y descargaron sus revólveres en el cuerpo de Johnny.

Dropper *el Niño* fue arrestado enseguida, pero lo absolvieron por falta de pruebas. A pesar de que su enemistad con Johnny estaba en boca de todos, también eran adversarios en sus negocios con los pequeños sindicatos que quedaban. En la época de Eastman y Kelly, Dropper no había sido un gánster destacado, pero con la muerte de Johnny se convirtió en la figura más imponente del submundo. En los viejos tiempos, también había sido descuidado con su aspecto y era de andar desgarbado, pero a raíz de su influencia se vistió según su posición. Se aparecía por Broadway y East Side con un traje caro de elegante corte; unos zapatos estrechos y puntiagudos, y unas camisas y corbatas con diseños y colores de lo más extravagantes. Su cara era grisácea, seguramente por los años pasados en prisión, y llevaba un bombín de moda que le caía divertidamente sobre un ojo. En verano usaba un sombrero de paja con un ala muy estrecha y una franja de colores vistosos. También dejaba muy claro que prefería que le llamaran Jack, y bautizó a su banda con el nombre de Los jinetes peligrosos de Jack Dropper. Durante los siguientes tres años después de salir de prisión, Dropper tuvo bastante éxito en sus actividades de las calles Monroe y Rutgers, con alguna que otra incursión en el distrito teatral de Broadway. Parecía gozar de una singular inmunidad. En esos tres años la policía le implicó en veinte homicidios, pero nunca reunieron pruebas suficientes para juzgarlo. Dropper ganaba considerables sumas de dinero con sus diversas operaciones delictivas y prestando hombres a los sindicatos. Alentado por este éxito, Jacob Orgen, alias *El Pequeño Augie*, un miembro secundario de la banda de Benny, salió de su retiro y organizó un pequeño grupo al que llamó los Little Augies. Salomón Schapiro, un gánster independiente, apareció en escena con otra banda menor. Los Jinetes peligrosos y los Little Augies eran pistoleros judíos y buenos luchadores, mientras que los hombres de Schapiro eran italianos.

Little Augie y Schapiro se unieron contra Dropper durante una huelga en 1923. En agosto de ese mismo año, las bandas se enfrentaron en un tiroteo en la calle Essex, a raíz del cual murieron dos peatones inocentes. Dropper y quince de sus hombres fueron arrestados por ello, pero tampoco en este caso pudieron relacionarlos con los asesinatos. Fueron absueltos tras llegar a un acuerdo con el magistrado. La policía preparó a Dropper para que este compareciera ante los tribunales del West Side, donde solo le imputaron cargos por tenencia oculta de armas. La comisaría se enteró del rumor de que Los jinetes preparaban el rescate de su cabecilla, de modo que seis agentes y detectives vigilaron el edificio por dentro y por fuera. Se pusieron a las órdenes del jefe de policía Cornelius Willemse, un tipo muy activo en los golpes

contra las bandas del East Side. Dropper entró en la sala del tribunal rodeado de policías, y todos ellos habían desatado las pistoleras por lo que pudiera pasar.

Mientras tanto, varias personas se habían congregado en la calle para ver al famoso gánster, y Dropper fue escoltado a lo largo de un pasadizo que abrieron entre la multitud y lo hicieron entrar en un taxi. Los detectives advirtieron la mirada ceñuda de Little Augie hacia su enemigo. Pero no vieron la de Louis Kushner, también conocido como Louis Cohen, ya que Louis vivía en una casucha cerca de allí, y esperaba en ella la mínima oportunidad para matar al jefe de los Jinetes. Kushner no era un brazo fuerte de Augie, y por tanto solo le habían encargado trabajos menores. A pesar de ser un gánster a la sombra, siempre tuvo la ambición de convertirse en asesino y ver su nombre publicado en los periódicos como el del tipo más duro. También guardaba mucho resentimiento hacia Dropper porque hacía poco había tratado de chantajearle con quinientos dólares a cambio de una información muy perjudicial sobre la paliza de un esquírol. Kushner no estaba fuera del edificio de los tribunales para ver a Dropper, sino para matarle, por venganza y por afán de gloria.

Cuando Dropper *el Niño* y el grupo de policías que lo acompañaban llegaron al taxi, el detective Jesse Joseph abrió la puerta y entró, seguido de Dropper. El detective La Battaglia y el jefe de policía Willemse se quedaron de pie en la puerta y retrasaron un momento la partida del taxi para dar instrucciones al conductor. En ese momento, Kushner atravesó la calle y, sin ser visto por la policía, se escondió detrás de otro taxi desde donde veía la cabeza de Dropper a través de una ventanita en la parte trasera del vehículo. Raudo como una serpiente, Kushner apuntó desde detrás del coche, colocó el cañón de su revólver contra la ventana y apretó el gatillo. La bala rompió el cristal y penetró en la cabeza de Dropper. El líder se vino abajo y su cabeza acabó en el pecho del detective Joseph. Kushner disparó de nuevo, y el conductor gritó y se puso las manos en los oídos. Luego salieron dos disparos más de Kushner, y Willemse se abalanzó contra él, creyendo que el detective Joseph había muerto. Kushner le retorció el brazo al policía y disparó otra bala que le sacó el sombrero a Willemse. Al instante, los detectives se tiraron encima de Kushner y le arrebataron el revólver de la mano. El Asesino no opuso resistencia. Estaba pálido y le brillaban los ojos. Luego dio un paso hacia el cerco policial y suspiró: «¡Lo maté!». Eso es todo lo que dijo, y luego añadió: «Quiero un cigarrillo».

Little Augie y uno de sus principales secuaces, Sammy Weiss, fueron arrestados de inmediato. Los absolvieron enseguida porque Kushner insistió en que el asesinato de Dropper había sido un asunto totalmente suyo y que Augie no le había dado instrucciones al respecto. Con el tiempo, el joven asesino fue enviado a Sing Sing con una condena de veinte años. Los gánsteres se dedicaron a otros asuntos tras la muerte de su líder, y pocas semanas después del atentado la policía tuvo una charla con Schapiro y Augie. No se sabe de qué hablaron, pero lo cierto es que los dos gánsteres abandonaron de inmediato sus negocios ilegales. Schapiro desapareció de escena. A Augie, mucho más peligroso, le obligaron a presentarse dos veces por semana a la

comisaría de policía de la calle Clinton. Y menudo espectáculo debió de ser para los fantasmas de Eastman o Mose: Little Augie, el último líder de los gánsteres, gordo, ostentoso, adicto a las polainas *beiges* y compareciendo sumisamente ante un sargento de policía para contarle sus hazañas, ¡no sin antes leerlas de un cuaderno para recordarlas!

Al cabo de dos años, la policía libró a Augie de tan pesada obligación, aunque los detectives siguieron más o menos vigilándole. Vivió tranquilo una existencia que le habían impuesto. En 1925, empezó a robar por las calles de Broadway y a suministrar alcohol a los clubs nocturnos y los bares ilegales. Estas ocupaciones le reportaron muchos beneficios, y en cuestión de un año confesó a sus amigos que se retiraría pronto. Pero los traficantes de alcohol se la tenían jurada porque Dropper se había apropiado de sus clientes. El 16 de octubre de 1927, Little Augie fue asesinado frente al número 13 de la calle Norfolk, entre Delancey y Rivington, mientras hablaba con su guardaespaldas, Legs Diamond. Cuatro hombres se habían metido en un coche negro, y cuando Little Augie se dio la vuelta para contestar a un saludo, uno de ellos le disparó detrás de la cabeza. Fue enterrado en un ataúd enorme de color rojo carmín y con una franja de satén blanco. Sobre la tapa relucía una inscripción de plata:

JACOB ORGEN
EDAD 25 AÑOS

En realidad tenía treinta y tres. Pero como hacía ocho que había tomado las riendas de su banda, su padre lo dio por muerto a partir de ese día.

Bibliografía

Gran parte del material para este libro proviene de periódicos y revistas, de los archivos de la policía y de los juzgados, y de entrevistas personales con delincuentes y agentes de policía. Además, se han consultado más de doscientos libros y folletos, incluidos textos históricos oficiales y libros de referencia; informes de reformatorios; memorias de criminales y funcionarios de los tribunales y de la policía; guías, etcétera. A continuación, se enumeran algunas de las fuentes más importantes:

Anónimo, *Account of the Terrific and Fatal Riot at the New York Astor Place Opera House*, 1849.

Anónimo, *Asmodeus in New York*, 1868.

Anónimo, *Hot Corn*, 1854.

Barnard, F. William, *Forty years at the Five Points*, 1893.

Barnes, David, *The Metropolitan Police*, 1864.

Barrett, Walte, *The Old Merchants of New York City*, 1885.

Brace, Charles Loring, *The Dangerous Classes Of New York*, 1880.

Byrnes, inspector Thomas, *Professional Criminals of America*, 1886-1895.

Costello, A. E., *Our Police Protectors; a History of the New York Police*, 1885.

Damas de la Misión, *The Old Brewery and the New Mission House at the five Points*, 1854.

Gerard. J. A., *London and New York: Their Crime and Police*, 1853.

Green, J. H., *Report of Gambling in New York*, 1851.

Headley J. T., *The Great Riots of New York*, 1873.

Howe, William E, y Abraham Hummel, *Danger! A True History of a Great City's Wiles and Temptations*, 1886.

Ingersoll, Ernest, *A Weck in New York*, 1892.

King. Moses, *King's Handbook of New York City*, 1892.

Lewis, Alfred Henry, *Nation-Famous New York Murders*, 1914.

Lewis, Alfred Henry, *The Apaches of New York*, 1912.

Moss, Frank, Ll. D., *The American Metropolis, From Knickerboker Days to the Present Time*, 1897.

Mott, Hopper Striker, *The New York of Yesterday; a Descriptive Narrative of Old Bloomingdale*, 1908.

Myers, Gustavus, *History of Tammany Hall*, 1917.

Parkhurst, rev. Charles H., *Our Fight with Tammany*, 1923.

Parkhurst, rev. Charles H., *My Forty Years in New York*, 1923.

Rider, Fremont, ed., *Rider's New York City*, 1924.

Stone, William L., *History of New York City*, 1872.

Sutton, Warden Charles, *The New York Tombs; its Secrets and Mysteries*, 1874.

Thrasher, Frederic, M., Ph., D., *The gang*, 1927.

Un voluntario especial, *The Volcano Under the City*, 1887.

Valentine's Manual of Old New York, 1866-1927.

Wakeman, Abram, *History of Lower Wall Street and Vicinity*, 1914.

Walling, George W., *Recollections of a New York Chief of Police*, 1888.

Winslow Martin, Edward, *Secrets of the Great City; the Virtues and the Vices, the Mysteries, Miseries and Crimes of New York City*, 1868.



HERBERT ASBURY (Farmington, Missouri, 1889 - New York City, New York, 1963) fue un reputado periodista que escribió algunos interesantes libros acerca del lado más oscuro de la vida en Estados Unidos en los últimos años del siglo XIX y primeros del XX. Al estallar la Primera Guerra Mundial se alistó en el ejército, donde inició una prometedora carrera que sin embargo se truncó debido a problemas pulmonares derivados de la inhalación de gases. A lo largo de toda su vida se vería acosado por enfermedades derivadas de esta etapa de su biografía.

Se dio a conocer con un extenso reportaje publicado en 1926 en la revista *American Mercury* acerca de una prostituta que conseguía sus clientes en los cementerios y que provocó un gran revuelo. Posteriormente trabajaría en el *Atlanta Georgian*, el *New York Sun*, el *New York Herald* y el *New York Tribune*, hasta que en 1928, buscando una mayor libertad de expresión, se dedicó por completo a la escritura de libros, artículos para revistas, obras teatrales y guiones para películas.

Sus libros están impregnados de un estilo documental y se centran en los temas del crimen y el pecado.

Notas

[1] Para más detalles sobre este motín, de incidentes parecidos en 1712, y del Motín de los Médicos (The Doctors' Riot) en 1788, véase la obra de Headley *Sketches of the Great Riots*. El Motín de los Médicos partió de la profanación de tumbas en los cementerios por parte de los estudiantes de Medicina. La mayoría de los médicos se vieron obligados a irse de la ciudad, la milicia tomó las armas durante varios días, y Baron Steuben y John Jay salieron heridos mientras intentaron dispersar a la muchedumbre. Este suceso ocurrió antes de que aparecieran las bandas de gánsteres, y el mundo de los bajos fondos no tenía nada que ver con ninguna de estas revueltas.

<<

[2] En los grabados de la época, la Old Brewery consta solo de tres pisos, pero los escritores la describen con cinco. <<

[3] En la jerga de la época se llamaba «conejo» a un alborotador; y un «conejo muerto» era alguien muy alborotador, camorrista y muy fuerte. <<

[4] *Stuss*: juego de cartas parecido al *faro*. En el mundo de los bajos fondos era conocido como *faro judío*. <<

[5] Un *dropper* era un ladrón que dejaba caer una cartera repleta de dinero falso a los pies de alguna víctima y luego simulaba haberla encontrado. Alegando tener mucha prisa, se la vendía al incauto para que la devolviera y se cobrara una recompensa. Dropper *el Niño* tenía un raro talento para ello desde muy joven, de ahí su apodo. <<

Notas de la traductora

[a] Bowery es una calle en Lower Manhattan, antiguo centro de actividades delictivas.

<<

[b] Distrito de Brooklyn, Nueva York, famoso por sus establecimientos de recreo y ocio. <<

[c] Del libro de poemas *Baladas líricas*, de William Wordsworth (1770-1850) y Samuel Coleridge (1772-1834). <<

[d] *Copper* significa «cobre» en inglés, y «policía» por extensión. <<

[e] Erin es el nombre poético referido a Irlanda. <<

[f] «Hoy» es un vocablo inglés de origen neerlandés. Da nombre a una barcaza para transportar mercancía. <<

[g] Partido político creado en el siglo XIX y de signo opuesto al Partido Demócrata. <<

[h] Juego de palabras con el término «cheap» (barato). <<